

RICK RIORDAN

EL
TRONO DE
FUEGO

Traducción de

Manuel Viciano Delibano

montena

www.megustaleer.com

Índice

Cubierta

Advertencia

1. La combustión espontánea es divertida

2. Domamos un colibrí de tres toneladas

3. El hombre de los helados trama nuestra muerte

4. Una invitación de cumpleaños al Apocalipsis

5. Aprendo a detestar a los escarabajos peloteros

6. Casi me mata un bebedero de pájaros

7. Un regalo del chico con cabeza de perro

8. Trenes con retraso en la estación de Waterloo (rogamos disculpen el babuino gigante)

9. Una gira verticalmente impedida por Rusia

10. Un viejo amigo rojo viene de visita

11. Carter hace una estupidez increíble (y nadie se sorprende)

12. Llamando a las cosas por su nombre

13. Se me mete un demonio por la nariz

14. En la cripta de Zia Rashid

15. Los camellos son malvados...

16. ... pero no tanto como los romanos

17. Ménshikov contrata a su Feliz Escuadrón de la Muerte

18. Apostando en la víspera del Apocalipsis

19. La venganza de Bullwinkle, dios de los alces

20. Visitamos la Casa de la hipopótamo simpática

21. Ganamos un poco de tiempo

22. Amigos en los lugares más insospechados

23. En casa sí que sabemos montar buenas fiestas

24. Hago una promesa imposible de cumplir

Nota del autor

Glosario

Dioses y diosas egipcios mencionados en El Trono de Fuego

Créditos

Acerca de Random House Mondadori

*Para Conner y Maggie,
el gran equipo hermano-hermana
de la familia Riordan*

Advertencia

El siguiente texto es la transcripción de un archivo de audio. Carter y Sadie Kane se dieron a conocer el año pasado mediante una grabación que llegó a mis manos y transcribí con el título de *La Pirámide Roja*. Este segundo archivo de audio llegó a mi residencia poco después de que se publicara el libro, lo que me lleva a suponer que los Kane confían en mí lo suficiente para permitirme que siga transmitiendo su historia. Si esta segunda grabación narra fielmente los hechos, entonces los acontecimientos están precipitándose de un modo que solo puede tacharse de alarmante. Por el bien de los Kane, y por el mundo entero, espero que se trate de un relato de ficción. En caso contrario, estamos todos metidos en un buen lío.

1. La combustión espontánea es divertida

CARTER

A qué Carter.

Escuchad, no tenemos mucho tiempo para hacer introducciones largas. Tengo que contar esta historia deprisa o moriremos todos.

Si no habéis oído nuestra primera grabación... bueno, esto es lo que hay: los dioses egipcios andan sueltos por el mundo moderno, un puñado de magos que se hacen llamar la Casa de la Vida intentan detenerlos, todo el mundo nos odia a Sadie y a mí, y una gran serpiente está a punto de tragarse el Sol y destruir el mundo.

[¡Ay! ¿Se puede saber a qué viene eso?]

Sadie acaba de darme un puñetazo. Dice que voy a asustaros demasiado. Que debería parar, tranquilizarme y empezar por el principio.

Muy bien. Pero, si me preguntáis a mí, creo que hay motivos de sobra para estar asustados.

El propósito de esta grabación es que sepáis lo que está sucediendo de verdad y cómo se torcieron las cosas. Oiréis a mucha gente ponernos a caldo, pero aquellas muertes no las provocamos nosotros. Y en cuanto a la serpiente, tampoco fue culpa nuestra. Bueno... no del todo. Es necesario que todos los magos del mundo se unan. No tendremos otra oportunidad.

Así que allá va la historia. Decidid por vosotros mismos. Todo empezó cuando incendiábamos Brooklyn.

Se suponía que era un trabajo sencillo: colarnos en el Museo Brooklyn, coger prestada una pieza egipcia en concreto y marcharnos sin que nos pillaran.

No, no era un robo. Tarde o temprano habríamos devuelto el artefacto. Pero supongo que pinta de sospechosos sí teníamos: cuatro chicos vestidos con ropa negra de ninja en el techo del museo. Ah, y un babuino, también vestido de ninja. Definitivamente, sospechoso.

Lo primero que hicimos fue enviar a Jaz y Walt, nuestros aprendices, a que abrieran una ventana de la fachada lateral mientras Keops, Sadie y yo inspeccionábamos la enorme cúpula de cristal que había en el centro del techo, en la que habíamos basado la estrategia para escapar del museo.

Nuestra estrategia no tenía muy buena pinta.

Ya había anochecido, y en teoría el museo debía estar cerrado. Sin embargo, la cúpula resplandecía. Dentro, quince metros más abajo, cientos de personas vestidas de esmoquin o traje de noche charlaban y bailaban en una sala del tamaño de un hangar de aviación. Había una orquesta tocando, pero, como el viento aullaba en mis oídos y los dientes me castañeteaban, no alcancé a oír la música. Estaba congelándome vestido con mi pijama de hilo.

Se supone que los magos llevan ropa de lino porque no obstaculiza la magia, y supongo que será una tradición estupenda en el desierto egipcio, donde casi nunca hace frío ni llueve. En Brooklyn y en pleno marzo... digamos que no tanto.

A mi hermana Sadie no parecía importarle el frío. Estaba abriendo las cerraduras de la cúpula mientras tarareaba algo que llevaba en el iPod. En serio, ¿quién se prepara una lista de canciones para robar un museo?

Sadie llevaba prendas parecidas a la mías, solo que con botas militares. Tenía el pelo rubio teñido con mechas rojizas, lo más discreto del mundo para una misión de infiltración. Con sus ojos azules y su tez clara, no se parecía en nada a mí, cosa que los dos llevábamos bien. Me tranquiliza poder negar que la loca que tengo al lado es mi hermana.

—Has dicho que el museo estaría vacío —protesté.

Sadie no me oyó hasta que le quité los auriculares y repetí la frase.

—Es que se suponía que iba a estar vacío. —Ella lo negará, pero, después de tres meses viviendo en Estados Unidos, empezaba a perder su acento inglés—. En la página web decía que cerraban a las cinco. ¿Cómo iba a saber que habría una boda?

¿Boda? Miré hacia abajo y comprobé que Sadie tenía razón. Algunas mujeres llevaban vestidos color melocotón de damas de honor. En una de las mesas había una tarta blanca enorme, de varios pisos. Dos grupos separados de invitados habían alzado a los novios en dos sillas y los paseaban por toda la sala mientras sus amigos revoloteaban alrededor, dando palmas y bailando. Todo indicaba que pronto habría una colisión de mobiliario.

Keops dio un golpecito en el cristal. Incluso vestido de negro, tenía problemas para fundirse en las sombras por culpa de su pelaje dorado, y eso sin mencionar su hocico y su trasero, que brillaban con todos los colores del arcoíris.

—¡Ajk! —gruñó.

Al ser un babuino, ese sonido podía significar cualquier cosa, desde «Mirad, ahí abajo hay comida» hasta «Anda, qué tonterías hace esa gente con las sillas, ¿no?».

—Keops tiene razón —dijo Sadie después de interpretarlo—. Será difícil colarnos entre la fiesta. A lo mejor si fingimos que somos de mantenimiento...

—Claaaro —respondí—. «Disculpen. Pasábamos por aquí los cuatro llevando una estatua de tres toneladas. Vamos a sacarla flotando por el techo; ustedes sigan a lo suyo, como si no estuviéramos.»

Sadie puso los ojos en blanco. Sacó su varita (una pieza curva de marfil con dibujos de monstruos grabados) y señaló con ella hacia la base de la cúpula. Apareció un jeroglífico hecho de llamas doradas, y se abrió el último candado.

—Oye —dijo—, si no vamos a salir por aquí, ¿para qué lo abrimos? ¿Por qué no salimos por la misma ventana lateral que usaremos para entrar?

—Ya te lo he dicho. La estatua es inmensa. No cabe por esa ventana. Además, las trampas...

—Entonces, ¿volvemos a casa y lo intentamos mañana? —preguntó.

Negué con la cabeza.

—Mañana empaquetan la exposición entera y la mandan de gira.

Enarcó las cejas con ese gesto suyo tan irritante.

—A lo mejor, si alguien nos hubiera avisado con más tiempo de que necesitábamos robar esa estatua...

—Olvídalo.

Yo ya sabía hacia dónde iba aquella conversación, y no serviría de nada que Sadie y yo nos pasáramos toda la noche discutiendo en el tejado. Tenía razón ella, claro: se lo había dicho hacía muy poco. Pero en fin, mis fuentes no eran exactamente fiables. Después de pedirle ayuda durante semanas, por fin mi coleguita, el dios halcón guerrero Horus, me

había dado una pista hablándome en sueños: *Ah, por cierto, el artefacto que querías... Ese que podría ser la clave para salvar el planeta, ¿te acuerdas? Pues lleva treinta años sin moverse del Museo Brooklyn, pero mañana se lo llevan a Europa, así que más vale que os deis prisa. Tenéis cinco días para averiguar cómo usarlo o estamos perdidos todos. ¡Buena suerte!*

Podría haberle gritado por no avisarme antes, pero no habría servido de nada. Los dioses solo hablan cuando lo ven oportuno, y no tienen muy buen sentido del tiempo mortal. Yo lo sabía porque Horus había estado compartiendo espacio en mi cabeza unos meses antes. Aún no había podido quitarme algunas de sus costumbres menos civilizadas, como el impulso de cazar pequeños roedores o desafiar a la gente en combate mortal.

—Ciñámonos al plan —dijo Sadie—. Entramos por la ventana lateral, encontramos la estatua y la sacamos flotando por la sala de baile. Ya nos preocuparemos de la boda cuando llegue el momento. A lo mejor podemos distraerlos.

Torcí el gesto.

—¿Distraerlos?

—Carter, te preocupas demasiado —dijo—. Saldrá genial. A no ser que tengas otra idea, claro.

El problema era que no la tenía.

Lo lógico habría sido que la magia facilitara las cosas. En realidad, por lo general, terminaba complicándolas. Siempre había un millón de motivos por los que un hechizo no funcionaba en ciertas situaciones. O tal vez había algún otro tipo de magia que te impedía lanzarlo, como los conjuros de protección que tenía aquel museo.

No estábamos seguros de quién se los había puesto. A lo mejor, algún trabajador del museo era un mago de incógnito. Tampoco sería tan raro; sin ir más lejos, el doctorado en egiptología de nuestro padre le había servido de tapadera para tener acceso a piezas antiguas. Además, el Museo Brooklyn contaba con la mayor colección de papiros mágicos egipcios del mundo. Por eso nuestro tío Amos había establecido su cuartel general en Brooklyn. Muchos magos podían tener razones para proteger los tesoros del museo mediante hechizos o trampas mágicas.

Lo hubiera hecho quien lo hubiera hecho, en las puertas y ventanas había unas maldiciones bastante feas. No podíamos abrir un portal mágico hasta el interior de la exhibición, ni utilizar a nuestros *shabtis* —sirvientes mágicos hechos de arcilla que nos atendían en nuestra biblioteca— para que nos trajeran el artefacto que necesitábamos.

Teníamos que entrar y salir por las malas. Y, si cometíamos algún error, era imposible saber lo que liberaríamos; podían ser monstruos guardianes, plagas, fuego o asnos explosivos (y no os riáis, que son peligrosos).

La única salida sin trampas era la cúpula que coronaba la sala de baile. Por lo visto, los guardianes del museo no habían previsto que un ladrón hiciera levitar el artefacto por una abertura que estaba a quince metros de altura. O tal vez la cúpula también tuviera trampas, pero demasiado bien escondidas para que las detectáramos.

En todo caso, había que intentarlo. Era nuestra última oportunidad para robar —perdón, coger prestada— la pieza. Después de lograrlo, nos quedarían cinco días para averiguar cómo usarla. Me encanta que haya una fecha tope.

—Entonces, ¿seguimos adelante y ya improvisaremos? —preguntó Sadie.

Bajé la mirada hacia la boda, esperando no estar a punto de estropearles su noche especial.

—Supongo que sí.

—Estupendo —dijo ella—. Keops, tú quédate aquí montando guardia. Abre la cúpula cuando nos veas llegar, ¿vale?

—¡Ajk! —respondió el babuino.

Se me erizaron los pelillos de la nuca. Tenía la corazonada de que ese golpe no iba a salirnos precisamente estupendo.

—Venga —dije dirigiéndome a Sadie—, vamos a ver cómo lo llevan Jaz y Walt.

Nos dejamos caer al saliente del segundo piso, que albergaba la colección egipcia del museo.

Jaz y Walt habían cumplido a la perfección. Ya había cuatro estatuillas de los Hijos de Horus pegadas con cinta de embalar a las aristas de la ventana, y jeroglíficos pintados en el cristal para contrarrestar tanto las maldiciones mágicas como el sistema de alarma físico.

Cuando Sadie y yo aterrizamos, daba la impresión de que ellos dos estaban manteniendo una conversación seria. Jaz tenía cogidas las manos de Walt. Verlo me sorprendió, pero Sadie se quedó aún más parada. Dio un gritito ahogado, como el de un ratón cuando lo pisan.

[Ya lo creo que lo diste. Estabas a mi lado.]

¿Que a Sadie qué más le daba? Voy a ello. Después de Nochevieja, cuando mi hermana y yo liberamos nuestro amuleto *dyed* como baliza para atraer a chicos con potencial mágico a nuestro cuartel, Jaz y Walt fueron los primeros en responder. Ya llevaban siete semanas entrenándose con nosotros, más que los demás chicos, así que los conocíamos bastante bien.

Jaz antes era animadora en Nashville. Su nombre es abreviatura de Jasmine, pero nunca la llaméis así, a no ser que queráis que os transforme en arbusto. Era una chica bonita, en plan animadora rubia (no del todo mi tipo), pero no podía caerte mal porque se portaba bien con todo el mundo y siempre estaba dispuesta a echar una mano. Además, tenía un talento natural para la magia curativa, así que nos venía de maravilla por si salía algo mal, cosa que a Sadie y a mí nos pasaba el noventa y nueve por ciento de las veces.

Esa noche se había cubierto el pelo con un pañuelo negro. Llevaba cruzada al hombro su bolsa de maga, con el símbolo inscrito de la diosa leona Sejmet.

Estaba diciendo a Walt «Lo resolveremos» cuando Sadie y yo caímos junto a ellos.

Walt puso cara de vergüenza.

Era un chico... bueno, a ver cómo describo a Walt.

[No, Sadie, gracias. No pienso describirlo diciendo que estaba muy bueno. Espera a que te toque hablar a ti.]

Walt tenía catorce años, como yo, pero era lo bastante alto para jugar de ala pívot en un equipo de baloncesto universitario. Tenía la constitución perfecta para el puesto, delgada y musculosa, y unos pies enormes. Su piel era del color de los granos de café, un poco más oscura que la mía, y llevaba el pelo rapado tan al ras que parecía una sombra en su cuero cabelludo. A pesar del frío que hacía, llevaba solo una camiseta negra sin mangas y pantalones cortos de deporte. No era la ropa típica de mago, pero no había quien discutiera con él. Walt había sido el primer chico que vino a aprender de nosotros, desde Seattle, nada menos, y era un *sau* nato: un creador de amuletos. Llevaba una buena cantidad de cadenas doradas al cuello, de las que colgaban amuletos mágicos que había creado él mismo.

El caso es que me pareció que Sadie se puso celosa porque le gustaba Walt, aunque no quería reconocerlo porque se había pasado meses lloriqueando por otro tío (un dios, en realidad) del que se había encaprichado.

[Vale, Sadie, lo deo estar de momento. Pero no te veo negarlo.]

Cuando interrumpimos su conversación, Walt soltó las manos de Jaz a toda prisa y dio un paso atrás. Los ojos de Sadie pasaron de uno al otro, intentando comprender lo que ocurría.

Walt carraspeó.

—La ventana ya está.

—Genial. —Sadie miró a Jaz—. ¿Qué era eso de «lo resolveremos»?

Jaz boqueó como un pez fuera del agua.

Walt respondió en su lugar:

—Ya sabes, lo del *Libro de Ra*. Lo resolveremos.

—¡Sí! —dijo Jaz—. El *Libro de Ra*.

Se notaba que mentían, pero supuse que no era asunto mío si se gustaban o no. No teníamos tiempo para el romanticismo.

—Vale —dije antes de que Sadie les pidiera más explicaciones—. Que empiece la fiesta.

La ventana se abrió sin incidentes. No hubo explosiones mágicas. No sonó la alarma. Suspiré de alivio y me metí en el ala egipcia del museo, confiando un poquito más en que aquello acabara saliéndonos bien.

La exhibición de piezas egipcias me trajo mil recuerdos a la mente. Hasta el año anterior, había pasado casi toda la vida viajando por el mundo con mi padre, que iba de museo en museo para dar conferencias sobre el antiguo Egipto. Eso fue antes de enterarme de que era un mago... antes de que liberase a unos cuantos dioses y nuestras vidas se complicaran.

Ahora, cada vez que miraba una obra de arte egipcio, sentía una conexión personal. Me estremecí cuando pasamos por delante de una estatua de Horus, el dios con cabeza de halcón que habitó mi cuerpo durante las Navidades pasadas. Mientras andaba junto a un sarcófago, recordé cómo el dios maligno Set había encerrado a mi padre en un ataúd dorado, en el Museo Británico. Por todas partes había imágenes de Osiris, el dios de los muertos con piel azulada, que me recordaban todo lo que sacrificó mi padre para convertirse en su nuevo anfitrión. En ese preciso momento, en algún lugar del reino mágico de la Duat, nuestro padre era el rey del inframundo. No puedo ni empezar a describir lo raro que se me hacía ver el retrato de un dios egipcio, datado hace cinco mil años, y pensar: «Ajá, es mi padre».

Todos aquellos artefactos eran como recuerdos familiares para mí: una varita igual que la de Sadie, una ilustración de las serpientes leopardo que nos atacaron en una ocasión, o una página del *Libro de los muertos* donde salían demonios que habíamos conocido en persona. También había *shabtis*, figurillas mágicas que cobraban vida al invocarlas. Unos meses antes me había enamorado de una chica llamada Zia Rashid, que al final resultó ser una *shabti*.

Enamorarse por primera vez ya es bastante difícil. Pero que la chica que te gusta resulte ser de cerámica y se haga astillas ante tus ojos... bueno, entonces la expresión «romperse el corazón» gana un significado nuevo.

Recorrimos la primera sala, en cuyo techo había un gran mural que representaba el zodiaco egipcio. Por el pasillo que teníamos a la derecha nos llegó el sonido de la celebración que seguía su curso en la gran sala de baile. La música y las risas resonaban por todo el edificio.

Al llegar a la segunda sala egipcia, nos detuvimos ante un friso de piedra que tenía

el tamaño de una puerta de garaje. En la roca había tallas que representaban a un monstruo pisoteando a unos cuantos hombres.

—¿Eso es un grifo? —preguntó Jaz.

Asentí.

—La versión egipcia, sí.

El animal tenía cuerpo de león y cabeza de halcón, pero sus alas no eran como las de la mayoría de los grifos mitológicos que se ven por ahí. En lugar de alas de ave, las del monstruo nacían de la parte más alta del lomo; eran alargadas, horizontales y erizadas como dos cepillos de acero puestos del revés. Para que el animal pudiera volar con esas alas, supuse que debía de moverlas como las mariposas. El friso había estado pintado en sus tiempos. Distinguí motas rojas y doradas en el pelaje de la criatura pero, incluso sin esos toques de color, el grifo era tan realista que asustaba. Sus ojos redondos parecieron seguirme por la sala.

—Los grifos eran protectores —dije, recordando lo que me había contado mi padre una vez—. Vigilaban los tesoros y eso.

—Yupi —dijo Sadie—. Entonces, su misión es atacar a... no sé, ¿ladrones que se cuelan en los museos a robar, por ejemplo?

—Solo es un friso —repliqué, pero no creo que eso tranquilizara mucho a nadie. La magia egipcia consistía en volver reales las palabras y las imágenes.

—Ahí. —Walt señaló hacia el otro extremo de la sala—. Es eso, ¿verdad?

Dimos un gran rodeo en torno al grifo y nos acercamos a una estatua que se alzaba en el centro de la sala.

El dios medía unos dos metros y medio. Estaba tallado en piedra de color negro y vestido a la moda del antiguo Egipto: pecho al descubierto, faldita y sandalias. Tenía cara de carnero y unos cuernos que se habían ido rompiendo un poco con el paso de los siglos. Sobre su cabeza había una corona con forma de disco volador: un círculo solar flanqueado de serpientes. Delante de él se encontraba de pie una figura humana de tamaño mucho menor. El dios tenía las manos extendidas por encima del tipo pequeñito, como si estuviera bendiciéndolo.

Sadie estudió la inscripción jeroglífica. Desde que había albergado al espíritu de Isis, diosa de la magia, mi hermana tenía una capacidad pasmosa para interpretar jeroglíficos.

—JNM —leyó—. Se pronunciaría Jnum, supongo. Rima con «ja-bum».

—Sí —confirmé—, es la estatua que buscábamos. Horus me dijo que oculta el secreto para encontrar el *Libro de Ra*.

Por desgracia, Horus no había sido más explícito. Ahora que estábamos ante la estatua, no tenía ni la menor idea de para qué nos serviría. Repasé los jeroglíficos, esperando que pudieran darme alguna pista.

—¿Quién es el canijo que tiene delante? —preguntó Walt—. ¿Un niño?

Jaz chasqueó los dedos.

—¡No, ya me acuerdo! Jnum creó a la humanidad en un torno de alfarero. Seguro que aquí está haciendo eso: modelar a un ser humano con arcilla.

Me miró para que se lo confirmara. La verdad es que yo no me acordaba de esa historia. Se suponía que los profesores éramos Sadie y yo, pero Jaz solía recordar muchos más detalles que su maestro.

—Sí, eso es —dije—. Hombres de arcilla. Exacto.

Sadie miró con cara pensativa la cabeza de carnero del dios.

—Se parece un poco al de aquellos dibujos animados... ¿Bullwinkle, se llamaba? A lo mejor es el dios de los alces.

—No es ningún dios de los alces —dije yo.

—Pero si estamos buscando el *Libro de Ra* —insistió—, y Ra es el dios del sol, ¿para qué queremos un alce?

Sadie puede ser muy irritante, ¿os lo había dicho ya?

—Jnum era un aspecto del dios solar —le dije—. Ra tenía tres personalidades distintas. Por la mañana era Jepri, el dios escarabajo, a mediodía era Ra y al anochecer se convertía en Jnum, el dios con cabeza de carnero, para recorrer el inframundo.

—Qué mareo —dijo Jaz.

—En realidad, no —dijo Sadie—. Carter también tiene personalidades distintas. Pasa de ser zombi por las mañanas a babosa por la tarde, y luego...

—Sadie —la interrumpí—, cállate.

Walt se rascó la barbilla.

—Yo creo que tiene razón Sadie. Es un alce.

—Hombre, muchas gracias —dijo Sadie.

Walt le dedicó una sonrisa, pero aún parecía ensimismado, como si estuviera dando vueltas a algún problema, y me pregunté de qué hablarían antes él y Jaz.

—Vale ya de alces —dije—. Tenemos que llevarnos esta estatua a la Casa de Brooklyn. Contiene alguna clase de pista...

—Pero ¿cómo la encontraremos? —preguntó Walt—. Y aún no nos has explicado para qué nos hace tanta falta ese *Libro de Ra*.

Me quedé indeciso. Había infinidad de cosas que aún no habíamos contado a nuestros aprendices, ni siquiera a Walt y Jaz... por ejemplo, que el mundo podría acabarse cinco días después. Esas cosas suelen desconcentrar bastante a la gente mientras entrena.

—Os lo cuento cuando volvamos —les aseguré—. Ahora, pensemos cómo movemos la estatua.

Jaz frunció el ceño.

—No creo que vaya a caber en mi bolsa.

—Os preocupáis por nada —dijo Sadie—. Mirad, lanzamos un hechizo de levitación a la estatua. Provocamos alguna distracción bien gorda para despejar la sala de baile y...

—Espera. —Walt se inclinó para observar la figura humana. El hombrecillo sonreía como si ser moldeado a partir de arcilla fuera lo más divertido del mundo—. Lleva amuleto. Un escarabajo.

—Es un símbolo muy habitual —dije yo.

—Ya... —Walt se llevó una mano a su propia colección de amuletos—. Pero el escarabajo simboliza el renacimiento de Ra, ¿verdad? Y en esta estatua, Jnum está creando una nueva vida. A lo mejor no necesitamos la estatua entera. Puede que la pista sea...

—¡Ah! —Sadie sacó su varita—. Genial.

Estuve a punto de gritar «¡No, Sadie!», pero por supuesto no habría servido de nada. Sadie no me escucha nunca.

Tocó el amuleto de la figura con su varita. Las manos de Jnum empezaron a brillar. La cabeza de la estatua más pequeña se abrió en cuatro gajos, como la parte superior de un silo de misiles, y dejó a la vista un papiro amarillento que tenía encajado en el interior del cuello.

—*Voilà!* —dijo Sadie con orgullo.

Se guardó la varita en la bolsa y agarró el papiro mientras yo le gritaba:

—¡Puede haber trampas!

Como os decía, no escucha nunca.

En el mismo instante en que sacó el papiro de la estatua, la sala entera retumbó. El cristal de las vitrinas se llenó de grietas.

Sadie chilló al ver que el papiro que tenía en la mano se había encendido en llamas. Ni el papiro se estaba consumiendo ni Sadie parecía quemarse, pero, cuando agitó la mano para apagarlo, saltaron unas lenguas de fuego blancas y fantasmales que salpicaron la vitrina más cercana y recorrieron la sala entera como si siguieran un rastro de gasolina. El fuego alcanzó las ventanas, y en el cristal se encendieron unos jeroglíficos blancos que seguramente disparaban un millón de salvaguardas y maldiciones de protección. Entonces el fuego fantasmal prendió por completo el gran friso que había en la entrada de la sala. La losa de piedra se agitó con violencia. No podíamos ver los grabados de la otra cara, pero se oyó un chillido rasposo, como el de un loro muy grande y muy enfadado.

Walt empuñó el báculo que llevaba a la espalda. Sadie agitó el papiro ardiente como si lo tuviera pegado a la mano.

—¡Quitadme esta cosa! ¡Yo no he tenido la culpa de nada!

—Hummm... —Jaz sacó su varita—. ¿Qué ha sido ese ruido?

Se me cayó el alma a los pies.

—Creo que Sadie ya tiene esa distracción bien gorda que quería —respondí.

2. Domamos un colibrí de tres toneladas

CARTER

U nos meses atrás, todo habría sido distinto. Sadie podría haber pronunciado una sola palabra y provocar una explosión de categoría militar. Yo podría haberme rodeado de un avatar mágico de combate y volverme prácticamente invencible.

Pero eso era cuando estábamos combinados del todo con los dioses, yo con Horus y Sadie con Isis. Habíamos renunciado a ese poder por la sencilla razón de que era demasiado peligroso. Hasta que controláramos mejor nuestras propias capacidades, encarnar a dioses egipcios podía volvernos locos o incluso quemarnos. Literalmente.

Ahora solo contábamos con nuestra propia magia limitada, lo que nos dificultaba hacer cosas importantes como sobrevivir cuando un monstruo cobraba vida y se nos lanzaba al cuello.

El grifo se hizo visible por completo. Era el doble de grande que un león normal, y su pelaje, entre rojizo y dorado, estaba cubierto de polvo de piedra caliza. Tenía la cola tachonada de plumas puntiagudas, que parecían duras y afiladas como puñales. De un solo coletazo, destrozó la losa de piedra de donde había salido. Levantó las alas espinosas hasta dejarlas verticales sobre su lomo. Cuando el grifo empezó a avanzar, se movieron tan deprisa que costaba distinguirlas, y zumbaron como las alas del colibrí más grande y feroz del mundo.

El monstruo fijó su mirada hambrienta en Sadie. Las llamas blancas seguían envolviendo a mi hermana y el papiro, y el grifo daba la impresión de interpretarlas como una especie de desafío. Yo había oído muchos gritos de halcones —es más, hasta había sido halcón un par de veces—, pero aquel bicho abrió el pico y dio un graznido tan agudo que hizo temblar las ventanas y me puso los pelos de punta.

—Sadie —dije—, suelta el papiro.

—¿Perdona? ¡Lo tengo pegado a la mano! —se quejó—. ¡Y estoy ardiendo! ¿Te lo había mencionado?

Ahora el fuego fantasmal ya lamía todas las ventanas y las piezas de exhibición. El rollo de papiro parecía haber disparado todos los receptáculos de magia egipcia que había en la sala, y yo sabía que no era una buena noticia. Walt y Jaz se habían quedado paralizados por la impresión. Supongo que era comprensible, dado que nunca antes habían visto un monstruo de verdad.

El grifo dio un paso hacia mi hermana.

Me situé junto a ella y puse en práctica el único truco de magia que aún dominaba del todo. Metí una mano en la Duat e hice aparecer de la nada mi espada, un *jopesh* egipcio con una hoja afiladísima en forma de gancho.

Con la mano y el papiro incendiados, Sadie tenía una pinta bastante ridícula, como una Estatua de la Libertad demasiado vehemente, pero aun así logró convocar su arma ofensiva preferida, un báculo de metro y medio con jeroglíficos tallados.

Me preguntó:

—¿Algún consejo para combatir contra grifos?

—¿Evitar las partes puntiagudas? —aventuré.

—Genial. Muchísimas gracias.

—¡Walt! —llamé—. Mira esas ventanas, a ver si puedes abrirlas.

—Pero... están maldecidas.

—Ya —dije—, pero si intentamos salir por la sala de baile, el grifo se nos comerá antes de que lleguemos.

—Voy a las ventanas.

—Jaz —dije—, ayuda a Walt.

—Esas marcas del cristal... —murmuró Jaz—. Ya... ya las había visto...

—¡Ve con Walt! —le ordené.

El grifo se lanzó hacia nosotros con sus alas de motosierra. Sadie le arrojó su báculo, que a medio camino se transformó en un tigre y acabó empotrándose contra el grifo con las garras extendidas.

El monstruo no se acobardó. Rechazó el ataque del tigre y luego reaccionó con una velocidad sobrenatural, abriendo el pico hasta un tamaño imposible. ¡Chas! El grifo tragó y soltó un eructo, y nos quedamos sin tigre.

—¡Era mi báculo favorito! —gritó Sadie.

El grifo desvió su atención hacia mí.

Agarré fuerte la empuñadura de mi espada. La hoja empezó a brillar. Eché de menos la voz de Horus en mi mente, azuzándome al combate. Tener un dios guerrero personal facilita mucho cometer actos de valentía descerebrada.

—¡Walt! —exclamé—. ¿Cómo va esa ventana?

—Voy a probar ahora mismo —dijo.

—Espera —dijo Jaz, nerviosa—. Esos símbolos son de Sejmet. ¡Para, Walt!

Entonces ocurrieron varias cosas a la vez. Walt abrió la ventana y hubo una explosión de fuego blanco que lo derribó al suelo.

Jaz corrió a su lado. Inmediatamente el grifo se olvidó de mí. Como buen depredador, se concentró en el objetivo móvil, Jaz, y se lanzó a por ella.

Yo corrí tras él. Pero, en lugar de zamparse a nuestros amigos, el monstruo pasó volando por encima de ellos y embistió la ventana. Jaz arrastró a Walt por el suelo para alejarlo de allí mientras el grifo se volvía loco, revolviéndose e intentando dar picotazos a las llamadas blancas.

Intentaba atacar el fuego, nada menos. Trató de engullir el aire. Dio media vuelta, derribando una vitrina llena de *shabtis*. Su cola dejó un sarcófago hecho trizas.

No sé por qué me dio por ahí, pero grité:

—¡Basta!

El grifo se quedó quieto un momento. Después se giró hacia mí, dando graznidos de irritación. Un manto de fuego blanco se alejó a toda prisa para arder en una esquina de la sala, casi como reagrupándose. Entonces vi que había otras lenguas de fuego uniéndose, componiendo siluetas ardientes que tenían cierta forma humana. Una me miró directamente, y noté una inconfundible aura de malevolencia.

—Carter, sigue entreteniéndolo. —Al parecer, Sadie no se había fijado en las figuras llameantes. Tenía la mirada fija en el monstruo y estaba sacándose un cordel mágico del bolsillo—. Si puedo acercarme un poco más...

—Sadie, espera.

Intenté dar sentido a todo lo que ocurría. Walt estaba tumbado en el suelo, tiritando. Sus ojos resplandecían de luz blanca, como si se le hubiera metido el fuego en el cuerpo. Jaz estaba arrodillada junto a él, musitando un hechizo curativo.

—¡RUAAAC!

El graznido del grifo fue lastimero, casi como si estuviera pidiendo permiso, como si hubiera obedecido mi orden de detenerse pero no le gustara la idea.

Las figuras ardientes brillaban cada vez más, e iban solidificándose. Conté siete de ellas, cada vez un poco más definidas, ya con piernas y brazos.

Siete enemigos... Jaz había dicho algo sobre los símbolos de Sejmet. Me invadió el horror al comprender qué clase de maldición protegía el museo. Liberar al grifo había sido un accidente. El monstruo no era nuestro auténtico problema.

Sadie arrojó su cordel.

—¡Espera! —vociferé, pero ya era demasiado tarde.

El cordel mágico cortó el aire como un látigo, creciendo hasta transformarse en una gruesa cuerda mientras se acercaba al grifo.

El animal dio un chillido de indignación y se arrojó hacia las figuras en llamas, que se dispersaron para iniciar una partida mortífera de «tú la llevas».

El monstruo voló por toda la sala, haciendo vibrar sus alas. Las vitrinas se hicieron pedazos. El estruendo de las alarmas llenó el aire. Grité al grifo para que se detuviera, pero esta vez no me hizo caso.

Por el rabillo del ojo vi cómo Jaz se desplomaba en el suelo, quizá agotada por su hechizo de curación.

—¡Sadie! —grité—. ¡Ayúdala!

Mi hermana corrió hacia Jaz. Yo perseguí al grifo. Seguramente parecía tonto de remate, con mi pijama negro y mi espada brillante, tropezando con artefactos rotos y gritando órdenes a un colibrí gato gigante.

Y justo cuando ya pensaba que la situación no podía empeorar, llegaron cinco o seis invitados de la boda, doblando la esquina para ver qué era todo aquel jaleo. Se quedaron boquiabiertos. Una mujer con vestido de color melocotón dio un chillido.

Las siete criaturas de fuego blanco se lanzaron en tropel hacia los invitados y pasaron a través de ellos, haciéndolos caer inconscientes al suelo. Después siguieron adelante, girando en dirección a la sala de baile. El grifo voló tras ellas.

Eché una mirada a Sadie, que estaba arrodillada junto a Jaz y Walt.

—¿Cómo están?

—Walt ya vuelve en sí —dijo ella—, pero Jaz está K.O.

—Seguidme cuando podáis. Creo que puedo controlar al grifo.

—Carter, ¿te has vuelto loco? Nuestros amigos están heridos y yo tengo un papiro encendido pegado a la mano. La ventana está abierta. ¡Ayúdame a sacar a Jaz y Walt de aquí!

Tenía sentido. A lo mejor, era nuestra única posibilidad de llevarnos a nuestros amigos con vida. Pero en aquel momento ya sabía qué eran las siete llamas, y también que, si no las detenía, podrían salir heridos muchos inocentes.

Murmuré una maldición egipcia —del tipo palabrota, no del tipo mágico— y corrí a autoinvitarme a la boda.

La sala de baile principal se había convertido en un caos absoluto. Había invitados corriendo en todas las direcciones, dando voces y derribando mesas. Un tío vestido con esmoquin había caído contra la tarta nupcial y ahora se apartaba a gatas con unos pequeños novios de plástico pegados al trasero. Un músico intentaba huir con el tobillo metido en un tambor.

Los fuegos blancos habían ganado la solidez suficiente para poder distinguirles la

forma: una combinación entre canina y humana, con brazos alargados y piernas torcidas. Resplandecían como el gas hipercalentado mientras recorrían la sala a toda velocidad, en torno a las columnas que rodeaban la pista de baile. Uno pasó a través de una dama de honor. Los ojos de la mujer se volvieron de un blanco lechoso mientras caía al suelo entre toses y temblores.

A mí también me apetecía hacerme un ovillo en el suelo. No conocía ningún hechizo que pudiera combatir a criaturas como esas, y si alguna de ellas me tocaba...

El grifo apareció de la nada, planeando solo unos centímetros por delante de la cuerda mágica de Sadie, todavía empeñada en capturarlo. El grifo devoró de un bocado una de las criaturas flamígeras y siguió volando. De sus fosas nasales salieron volutas de humo, pero fue el único efecto de haberse comido el fuego blanco.

—¡Eh! —grité.

Comprendí demasiado tarde que era un error.

El grifo se volvió hacia mí, frenando lo justo para que la cuerda de Sadie le envolviera las patas traseras.

—¡CRAAAUC!

El animal cayó contra una mesa de bufet. La cuerda se extendió mientras se enrollaba alrededor de su cuerpo, pero aun así las veloces alas del monstruo hicieron picadillo la mesa, el suelo y las bandejas de bocadillos, como si fueran un triturador de madera descontrolado.

Los invitados de la boda empezaron a evacuar la sala de baile. Muchos de ellos corrieron hacia los ascensores, pero aún quedaban docenas que estaban inconscientes o sufriendo espasmos, con los ojos brillantes. Otros se habían quedado atrapados bajo montones de escombros. Las alarmas seguían ululando, y las seis figuras de fuego blanco que seguían en activo campaban a sus anchas.

Corrí en dirección al grifo, que estaba rodando sobre sí mismo e intentando morder la cuerda sin éxito.

—¡Cálmate! —le chillé—. ¡Déjame ayudarte, idiota!

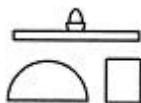
—¡FRIIC!

La cola del animal barrió el aire por encima de mí y le faltó un pelo para decapitarme.

Respiré hondo. A grandes rasgos, yo era mago de combate. Nunca se me habían dado muy bien los hechizos con jeroglíficos, pero señalé al monstruo con mi espada y dije:

—*Ha-tep*.

Un jeroglífico de color verde, que significaba «queda en paz», ardió en el aire junto a la punta de mi espada:



El grifo dejó de revolverse. El zumbido de sus alas se hizo más grave al ralentizarse. La confusión y los gritos llenaron la sala de baile, pero yo procuré calmarme mientras me acercaba al monstruo.

—Me reconoces, ¿verdad?

Extendí la mano, y sobre mi palma refulgió otro símbolo, el que siempre podía invocar en cualquier circunstancia: el Ojo de Horus.



—Eres un animal sagrado de Horus, ¿a que sí? Por eso me obedeces.

El grifo parpadeó al ver la señal del dios guerrero. Se le erizaron las plumas del cuello y protestó con un graznido, retorciéndose bajo la cuerda que le iba envolviendo poco a poco el cuerpo.

—Ya, ya lo sé —dije—. Mi hermana es lo peor. Espera, que te desato.

En algún lugar detrás de mí, Sadie gritó:

—¡Carter!

Al girarme, vi que ella y Walt estaban acercándose con dificultad, sosteniendo a Jaz entre los dos. Sadie aún imitaba a la Estatua de la Libertad, sosteniendo su papiro ígneo en una mano. Walt estaba recuperado y ya no le brillaban los ojos, pero Jaz estaba laxa como si todos los huesos del cuerpo se le hubieran vuelto gelatina.

Evitaron a un espíritu llameante y a un grupo de invitados y, de algún modo, consiguieron cruzar la pista de baile.

Walt se quedó mirando al grifo.

—¿Cómo lo has calmado?

—Los grifos son siervos de Horus —respondí—. Tiraban de su carro de combate. Creo que ha intuido que tengo una conexión con él.

El grifo dio unos alaridos impacientes e hizo restallar su cola, con lo que derribó una columna de piedra.

—Tampoco está tan calmado —observó Sadie. Levantó la mirada hacia la cúpula de cristal que teníamos quince metros por encima, desde donde la diminuta silueta de Keops nos hacía señas frenéticas—. Hay que sacar a Jaz de aquí cuanto antes.

—Estoy bien —musitó nuestra aprendiz.

—No es verdad —dijo Walt—. Carter, ella me ha sacado el espíritu del cuerpo, pero casi le cuesta la vida. Es una especie de demonio de la enfermedad...

—Un *bau*. —Asentí—. Un espíritu maligno. Estos siete se llaman...

—Las Flechas de Sejmet —dijo Jaz, confirmando mis temores—. Son espíritus de la epidemia, nacidos de la diosa. Puedo detenerlos...

—Lo que puedes hacer es descansar —la interrumpió Sadie.

—Exacto —dije yo—. Sadie, quítale la cuerda al grifo y...

—No hay tiempo. —Jaz señaló con una mano. Los *baus* estaban creciendo y ganando brillo. Seguían cayendo invitados al suelo mientras los espíritus revoloteaban sin oposición por la sala—. Si no los paro, morirá gente —siguió diciendo—. Puedo canalizar el poder de Sejmet y desterrarlos a la Duat. Para eso he estado entrenándome.

Yo no las tenía todas conmigo. Jaz nunca había intentado un hechizo tan poderoso, y para colmo se había debilitado curando a Walt. Pero estaba bien preparada. Puede parecer raro que los curanderos aprendan la senda de Sejmet, pero dado que es la diosa de la destrucción, las plagas y la hambruna, tiene sentido que un sanador aprenda a controlar sus fuerzas, incluidos los *baus*.

Además, aunque desatáramos al grifo, no tenía la certeza de poder controlarlo. Había bastantes probabilidades de que se emocionara y se nos tragara a nosotros en vez de a los espíritus.

En el exterior, las sirenas de la policía sonaban cada vez más altas. Se nos acababa el tiempo.

—No hay elección —insistió Jaz.

Sacó su varita y entonces, para sorpresa de mi hermana, dio un beso a Walt en la mejilla.

—Todo irá bien, Walt. No te rindas.

Jaz también sacó una figurilla de cera de su bolsa de maga, y se la puso en la mano a Sadie.

—Esto te hará falta pronto, Sadie. Siento no poder ayudarte más. Cuando llegue el momento de usarla, lo sabrás.

Creo que nunca había visto a Sadie quedarse tan pasmada.

Jaz corrió hasta el centro de la pista y bajó su varita hasta el suelo para trazar un círculo de protección en torno a sus pies. Sacó de su bolsa una estatuilla de Sejmet, su diosa patrona, y la sostuvo en alto.

Inició un cántico y a su alrededor empezó a brillar una luz roja. Del círculo brotaron unos aros de energía, que se extendieron por la sala como las ramas de un árbol. Los aros empezaron a rotar, despacio al principio pero ganando rapidez hasta generar una corriente mágica que empezó a tirar de los *baus*, obligándolos a volar en su mismo sentido y atrayéndolos hacia el centro. Los espíritus aullaron, luchando por resistirse al conjuro.

Jaz se tambaleó pero siguió cantando, con la cara perlada de sudor.

—¿No podemos ayudarla? —preguntó Walt.

—¡RUAAAC! —chilló el grifo, supongo que queriendo decir «¡Eh, hola! ¡Que aún estoy aquí!».

Las sirenas ya sonaban como si la policía hubiera llegado al edificio. Al fondo del vestíbulo, junto a los ascensores, alguien daba gritos por un megáfono pidiendo a los últimos invitados que salieran del museo. Como si hiciera falta decírselo.

Había llegado la policía y, si nos detenían, la situación iba a ser difícil de explicar.

—Sadie —dije—, prepárate para retirar la cuerda del grifo. Walt, ¿aún tienes tu amuleto de la barca?

—¿Mi amu...? Sí. Pero aquí no hay agua.

—¡Tú convócala! —Me hurgué en los bolsillos y acabé encontrando mi propio cordel mágico. Pronuncié un encantamiento y al instante tuve una cuerda de unos seis metros en la mano. Le hice un nudo corredizo en el centro, como una corbata gigantesca, y me acerqué con cautela al grifo—. Voy a ponerte esto en el cuello. No te vuelvas loco, ¿vale?

—¡FRIIIC! —dijo el grifo.

Seguí avanzando, consciente de lo rápido que podía engullirme aquel pico si se ponía a ello, pero al final logré rodear el cuello del grifo con la cuerda.

Entonces falló algo. El tiempo se ralentizó. Los aros rojos del hechizo de Jaz empezaron a frenarse, como si el aire se hubiera transformado en almíbar. Los chillidos y las sirenas se apagaron hasta quedar convertidos en un rugido lejano.

No os saldrá bien, susurró una voz.

Di media vuelta y me encontré cara a cara con un *bau*. Estaba flotando en el aire a unos centímetros de mí, con sus rasgos de fuego blanco casi nítidos. Pareció sonreír, y habría jurado que su cara me sonaba de algo.

El caos es demasiado poderoso, chico, dijo. El mundo gira más allá de vuestro control. ¡Renunciad a vuestra misión!

—Cierra el pico —dije entre dientes, pero tenía el corazón a punto de salirse del pecho.

Nunca la encontrarás, siguió diciendo el espíritu en tono burlón. Ahora está dormida en el Lugar de las Arenas Rojas, pero morirá si os empecináis en vuestra búsqueda sin sentido.

Me sentí como si tuviera una tarántula bajando por mi espalda. El espíritu estaba hablando de Zia Rashid, la auténtica Zia, a quien llevaba buscando desde Navidad.

—No —repliqué—. Eres un demonio, un impostor.

Sabes que no es así, niño. Tú y yo nos conocemos.

—¡Calla!

Invocé el Ojo de Horus y el espíritu retrocedió con un siseo. El tiempo volvió a su velocidad normal. Los aros rojos del hechizo de Jaz rodearon al *bau* y lo arrastraron hasta el vórtice entre chillidos de frustración.

Nadie más parecía haber visto lo que acababa de ocurrir.

Sadie estaba a la defensiva, blandiendo su papiro en llamas cada vez que se le acercaba un *bau*. Walt dejó su amuleto de barca en el suelo y pronunció la palabra de mando. En cuestión de segundos, como si fuera uno de esos locos juguetes de esponja que se expanden al mojarlos, el amuleto se convirtió en una barca de juncos egipcia que quedó cruzada sobre los restos de una mesa de bufet.

Me temblaban las manos, pero cogí los dos extremos de la nueva corbata del grifo y los até a la proa y a la popa de la barca.

—¡Carter, mira! —me llamó Sadie.

Me volví a tiempo de ver un cegador destello de luz roja. El vórtice se colapsó sobre sí mismo, absorbiendo a los seis *baus* al interior del círculo de Jaz. La luz se apagó. Jaz cayó desmayada, mientras su varita y la estatuilla de Sejmet que tenía en las manos se deshacían en polvo.

Corrimos hacia ella. Su ropa soltaba vapor. No estaba seguro de que siguiera respirando.

—Metedla en la barca —dije—. Tenemos que salir de aquí.

Oí un débil gruñido procedente de arriba. Keops había abierto la cúpula. Gesticuló para meternos prisa mientras unos faros barrían el cielo con rayos de luz. Seguramente el museo estaba rodeado de vehículos de emergencia.

En la sala de baile, los huéspedes caídos empezaban a recobrar la conciencia. Jaz los había salvado a todos, pero ¿cuál sería el precio? La llevamos a la barca y subimos todos en ella.

—Agarraos bien —les advertí—. Esto no está equilibrado. Como vuelque...

—¡Eh! —gritó una voz grave y masculina a nuestras espaldas—. ¿Qué estáis...?
¡Eh! ¡Deteneos!

—¡Sadie! ¡Cuerda! ¡Ya! —exclamé yo.

Mi hermana chasqueó los dedos y la cuerda que retenía al grifo se evaporó.

—¡Vamos! —grité—. ¡Arriba!

—¡FRIIIC!

El grifo revolucionó sus alas. La barca se sacudió al elevarse del suelo, se zarandó de un lado a otro y subió disparada hacia la cúpula abierta. Daba la impresión de que el grifo ni siquiera notaba el peso que arrastraba. Ascendió tan deprisa que Keops tuvo que saltar sobre el vacío para agarrarse a la borda. Le ayudé a entrar en la barca y los dos nos quedamos muy quietos para no hacerla zozobrar.

—¡Ajk! —protestó Keops.

—Sí —admití—. Toma trabajito fácil.

Pero claro, éramos la familia Kane. Aquel era el día más relajado que íbamos a tener en bastante tiempo.

De algún modo, nuestro grifo sabía hacia dónde debía ir. Dio un alarido triunfal y se elevó hacia la noche fría y lluviosa. Mientras regresábamos volando a casa, el papiro que tenía Sadie en la mano empezó a arder con más intensidad. Cuando miré abajo, vi unas llamaradas blancas y fantasmales crepitando en todos los tejados de Brooklyn.

Empecé a preguntarme qué habíamos robado exactamente. Ni siquiera sabía si sería el objeto correcto, o si solo serviría para meternos en más problemas. En cualquier caso, no pude evitar tener la sensación de que esta vez habíamos forzado demasiado la suerte.

3. El hombre de los helados trama nuestra muerte

SADIE

Qué fácil es olvidarse de que una tiene la mano en llamas.

Ah, perdón. Aquí Sadie. No pensaríais que iba a dejar que mi hermano siguiese hablando dale que te pego todo el rato, ¿verdad? ¡Venga ya! Nadie merece una maldición tan horrible.

Regresamos a la Casa de Brooklyn, y todo el mundo empezó a revolotear a mi alrededor porque tenía la mano pegada a un papiro que ardía sin consumirse.

—¡Que yo estoy bien! —insistí—. ¡Preocupaos por Jaz!

En serio, de vez en cuando me gusta que me hagan un poquito de caso, pero en aquel momento estaban ocurriendo cosas bastante más interesantes. Habíamos aterrizado en el tejado de la mansión, que ya de por sí es una visión estrafalaria: una estructura cúbica de cinco plantas hecha de piedra caliza y acero, un cruce entre templo egipcio y museo de arte situado encima de un almacén abandonado a orillas del East River, en Brooklyn. Por no mencionar que la mansión resplandece de magia y es invisible a ojos de los mortales corrientes.

Desde el tejado se divisaba el paisaje de Brooklyn incendiado. Mi incordio de papiro mágico había dejado una buena franja de llamas fantasmales en el distrito, mientras regresábamos volando del museo. No había nada ardiendo de verdad, y el fuego no quemaba, pero aun así habíamos provocado un gran revuelo. Las sirenas ululaban. La gente atiborraba las calles, mirando boquiabierta los tejados encendidos. Los helicópteros hacían rondas, iluminándolo todo con sus focos.

Por si no hubiese bastante emoción, mi hermano estaba discutiendo con un grifo, intentando desatarle del cuello un barco de pesca mientras impedía que la bestia devorase a nuestros aprendices.

Además estaba Jaz, la que más nos preocupaba. Habíamos comprobado que seguía respirando, pero parecía haber entrado en algún tipo de coma. Cuando le abrimos los ojos, resplandecían con una luz blanca, lo que no suele ser buen síntoma.

Durante nuestro trayecto en barca, Keops había probado en ella algo de su famosa magia babuina: darle palmaditas en la frente, hacer ruidos desagradables e intentar meterle gominolas en la boca. Seguro que tenía la mejor intención del mundo, pero los cuidados de Keops no hicieron gran cosa por la salud de Jaz.

Ahora la cuidaba Walt. La levantó con suavidad y la dejó en una camilla, la cubrió de mantas y le acarició el pelo mientras nuestros otros alumnos se congregaban. Y me pareció bien. Bien del todo.

No me interesaba para nada lo guapo que estaba a la luz de la luna, ni sus brazos musculosos en esa camiseta sin mangas, ni que hubiera tenido las manos de Jaz entre las suyas, ni...

Perdonad. Me iba por las ramas.

Me dejé caer en el rincón más lejano del tejado, hecha una piltrafa. Me picaba la mano derecha de sostener el papiro tanto tiempo, y las llamas mágicas me hacían cosquillas en los dedos.

Busqué en el bolsillo y saqué la figura de cera que me había dado Jaz. Era una de sus estatuillas curativas, que usaba para expulsar enfermedades o maldiciones. Las figuras de cera no suelen representar a nadie en particular, pero Jaz había dedicado tiempo a tallar bien aquella. Era evidente que estaba creada para sanar a una persona concreta, y por lo tanto sería más poderosa y habría que guardarla para una situación de vida o muerte. Reconocí el pelo rizado de la estatuilla, sus facciones y la espada que empuñaba. Jaz hasta se había molestado en escribirle el nombre en el pecho con jeroglíficos: CARTER.

«Esto te hará falta pronto, Sadie», me había dicho.

Que yo supiera, Jaz no era predictora. No podía ver el futuro. Entonces, ¿qué había querido decir? ¿Cómo iba a saber yo cuándo usar la figura? Mirando al mini-Carter, tuve la espantosa sensación de que tenía en mis manos la vida de mi hermano, bastante literalmente.

—¿Te encuentras bien? —preguntó una voz de mujer.

Guardé la figurilla a toda prisa.

Mi vieja amiga Bast estaba plantada delante de mí. La ligera sonrisa y los ojos amarillos brillantes podían significar que estaba preocupada o que le hacía gracia algo. Con una diosa gata, es difícil saberlo seguro. Tenía el cabello negro recogido en una coleta. Llevaba su habitual malla con estampado de leopardo, como si quisiera estar siempre lista para ejecutar un salto mortal hacia atrás. Tampoco me habría extrañado; ya os digo que con los gatos nunca se sabe.

—Estoy bien —mentí—. Es que...

Meneé mi mano flamígera de un lado a otro, desesperada.

—Hummm. —Bast parecía turbada al mirar el rollo—. A ver qué puedo hacer.

Se arrodilló enfrente de mí y empezó a entonar un cántico.

Mientras tanto, yo reflexioné sobre lo raro que era ver a mi ex mascota lanzarme un conjuro. Durante años, Bast se había hecho pasar por mi gata, Tarta. En ningún momento me di cuenta de que tenía a una diosa durmiendo en mi almohada. Más adelante, cuando nuestro padre liberó a una ristra de dioses en el Museo Británico, Bast por fin se dio a conocer.

Nos dijo que llevaba seis años cuidándome, desde el momento en que mis padres la liberaron de la prisión en la Duat donde la habían enviado para combatir a Apofis, la serpiente del caos, hasta el fin de los tiempos.

Es una larga historia, pero mamá había predicho que Apofis acabaría escapando de su encierro, y eso equivalía, en pocas palabras, al Juicio Final. Si Bast seguía luchando sola contra Apofis, sería destruida. Sin embargo, mamá creía que, si liberaban a Bast, podía tener un papel importante en la futura batalla contra el caos. De modo que la sacaron de la Duat antes de que Apofis acabara de imponerse. Mi madre murió en el acto de abrir y luego cerrar enseguida la celda de Apofis, de modo que Bast se sentía en deuda con nuestros padres. Había pasado a ser mi guardiana.

En los últimos tiempos se había convertido también en tutora mía y de Carter, compañera de viajes y a veces en cocinera personal. (Consejo: si os ofrece los Friskies *du jour*, decidle que no.)

Aun así, yo echaba de menos a Tarta. A veces tenía que resistir el impulso de rascar a Bast detrás de las orejas y darle croquetitas para gatos, aunque me alegraba de que ya no intentara subirse a mi almohada por las noches. Habría sido un poco raro.

Al terminar Bast su cántico, las llamas chisporrotearon y se apagaron. Abrí la mano y dejé caer el papiro en mi regazo.

—Dios, gracias —dije.

—Diosa —me corrigió Bast—. De nada. No podemos permitirnos iluminar toda la ciudad con el poder de Ra, ¿eh?

Paseé la mirada por los edificios. Ya no había fuego. El perfil nocturno de Brooklyn había vuelto a la normalidad, si exceptuamos las luces de emergencia y los mortales que gritaban por las calles. Bueno, ahora que lo pienso, supongo que esas dos cosas también eran bastante habituales.

—¿El poder de Ra? —pregunté—. Yo creía que el papiro era una pista. No será el *Libro de Ra* en sí, ¿verdad?

La coleta de Bast se erizó como suele hacer cuando se pone nerviosa. Con el tiempo, había caído en la cuenta de que Bast se recogía el pelo en una cola de caballo para que su cabeza no se inflara como un erizo de mar cada vez que algo la sobresaltaba.

—El papiro es... parte del libro —dijo—. Y ya os avisé de que el poder de Ra es casi imposible de controlar. Si os empeñáis en despertarlo, puede que el próximo incendio que tengáis que apagar no sea tan inofensivo.

—Pero ¿no es tu faraón? —le pregunté—. ¿No quieres que despierte?

Bast bajó la mirada al suelo, y comprendí lo tonto que había sido mi comentario. Ra era el maestro y señor de Bast. Él la había elegido como campeona suya hacía eones. Sin embargo, también era quien la había metido en aquella prisión para entretener a su archienemigo Apofis por toda la eternidad, y así poder retirarse él con la conciencia tranquila. Si queréis mi opinión, lo veo bastante egoísta por su parte.

Bast había podido escapar gracias a mis padres, pero al hacerlo había renunciado a su misión de luchar contra Apofis. Era normal que no acabase de gustarle la idea de ver otra vez a su antiguo jefe.

—Será mejor que hablemos por la mañana —dijo Bast—. Tienes que descansar, y ese papiro solo debería desenrollarse a la luz del día, cuando el poder de Ra es más fácil de controlar.

Miré atentamente mi regazo. El papiro seguía humeando.

—Cuando dices «más fácil de controlar»... ¿te refieres a que no me pegará fuego?

—Ahora ya puedes tocarlo sin miedo —me aseguró Bast—. Al haber pasado unos cuantos milenios encerrado a oscuras, estaba muy sensitivo y reaccionaba a cualquier tipo de energía: mágica, eléctrica, emocional. Lo que he hecho es, hummm... sintonizarle la sensibilidad para que no empiece a arder otra vez.

Levanté el rollo. Menos mal que Bast tenía razón. No se me quedó pegado a la mano ni pegó fuego a la ciudad entera.

Bast me ayudó a levantarme.

—Venga, a dormir. Yo le digo a Carter que estás bien. Además... —Compuso una sonrisa—, mañana es tu gran día.

«Genial —pensé, abatida—. Solo se ha acordado una persona y es mi gata.»

Miré en dirección a mi hermano, que seguía intentando controlar al grifo. La bestia tenía los cordones de los zapatos de Carter agarrados con el pico, y no parecía muy dispuesta a soltarlos.

La mayoría de nuestros veinte aprendices había rodeado a Jaz e intentaba despertarla. Walt no se había movido de su lado. Me dirigió una mirada breve e insegura antes de volver a concentrarse en Jaz.

—A lo mejor tienes razón, Bast —refunfuñé—. Aquí arriba no hago falta a nadie.

Mi habitación era el lugar ideal para enfurruñarse. Durante los anteriores seis años, había vivido en la buhardilla del piso de mis abuelos en Londres y, aunque echaba de menos mi antigua vida, a mis compis Liz y Emma y prácticamente todo lo inglés, no se podía negar que mi cuarto de Brooklyn era mucho más lujoso.

Mi terraza privada tenía vistas al East River. Disponía de una cama inmensa y cómoda, de mi propio cuarto de baño y de un vestidor en el que las prendas aparecían y se limpiaban ellas solas cuando era necesario. La cómoda tenía incorporada una neverita llena de latas de Ribena, mi bebida favorita, importadas del Reino Unido, y de chokolatinas (eh, hay que cuidarse). El equipo de sonido era de ultimísima tecnología y las paredes estaban insonorizadas mágicamente, por lo que podía poner la música tan alta como me diera la gana sin preocuparme del soso de mi hermano, que tenía la habitación al lado de la mía. En el tocador estaba una de las pocas cosas que me había traído de mi cuarto de Londres, una maltratada grabadora de casete que me habían regalado mis abuelos hacía siglos. Estaba pasadísima de moda, claro, pero la guardaba por motivos sentimentales. Al fin y al cabo, Carter y yo habíamos grabado con ella nuestras aventuras en la Pirámide Roja.

Coloqué el iPod en su soporte y recorrí mis listas de reproducción. Escogí una selección vieja que había llamado TRISTE, porque así es como me sentía.

Empezó a sonar el álbum *19* de Adele. Dios, no lo escuchaba desde...

Sin previo aviso, me brotaron las lágrimas. Esa selección era la que había tenido puesta en Nochebuena, cuando papá y Carter me recogieron para llevarme al Museo Británico... la noche en que nuestras vidas cambiaron para siempre.

Adele cantaba como si estuvieran arrancándole el corazón. Hablaba del chico que le gustaba, preguntándose qué debía hacer para que él la quisiera como es debido. No me costó nada simpatizar con ella. Pero la Navidad pasada, la canción también me había hecho pensar en mi familia: en mi madre, que había muerto siendo yo muy pequeña, y en mi padre y Carter, que recorrían el mundo juntos mientras yo seguía en Londres con mis abuelos, y no parecían necesitarme en sus vidas.

Por supuesto, yo sabía que no era tan sencillo. Había habido una auténtica batalla por nuestra custodia, con abogados y ataques con espátula incluidos, y papá quiso separarnos a Carter y a mí para que no despertásemos la magia del otro antes de poder manejar el poder. Y sí, ahora nos llevábamos todos mucho mejor. Mi padre había vuelto a formar parte de mi vida, aunque ahora fuese el dios del inframundo. Y respecto a mi madre... bueno, al menos había conocido a su fantasma. Digo yo que eso también cuenta para algo.

Aun así, la música me devolvió todo el dolor y la rabia que había sentido en Navidad. Por lo visto, no me había librado de ellos tan completamente como pensaba.

Acerqué el dedo al icono de adelantar canción, pero decidí dejarla sonar. Puse mis cosas en el tocador: el rollo de papiro, el miniCarter de cera, mi bolsa mágica y mi varita. Moví la mano para coger el báculo antes de recordar que ya no lo tenía. Se lo había comido el grifo.

—Será cabeza de chorlito —mascullé.

Empecé a cambiarme. El interior de la puerta del armario estaba recubierto de fotos, en las que salíamos sobre todo mis compis y yo en el colegio, el curso anterior. En una estábamos Liz, Emma y yo haciendo muecas en un fotomatón de Piccadilly. Qué jóvenes y ridículas parecíamos.

No podía creerme que fuese a verlas el día siguiente, por primera vez después de varios meses. Mis abuelos me habían invitado a visitarlos, y yo había quedado para salir

con las amigas... o al menos esa era la idea hasta que Carter soltó la bomba de que el mundo acabaría en cinco días. Después de eso, ¿cómo saber lo que iba a pasar?

En el armario solamente había dos imágenes en las que no apareciesen Liz y Emma. En una salíamos Carter y yo con nuestro tío Amos, el día en que se fue a Egipto de... hummm, ¿cómo se dice cuando alguien va a curarse después de ser poseído por un dios maligno? Vacaciones no, eso seguro.

La última era un retrato de Anubis. Tal vez lo hayáis visto alguna vez: es el coleguita con cabeza de chacal, el dios de la muerte, los funerales y esas cosas. Está por todas partes en las obras de arte egipcio, ya sea acompañando a las almas fallecidas a la Sala del Juicio o arrodillado ante la balanza cósmica para sopesar un corazón contra la pluma de la verdad.

¿Que por qué tenía un retrato de él?

[Sí, sí, Carter. Lo admitiré, aunque solo sea para que calles de una vez.]

Yo estaba un poco colada por Anubis. Ya sé que suena ridículo que una chica moderna suspire por un chico de más de cinco mil años de edad y con cabeza de perro, pero al mirar el retrato no veía eso. Me venía a la mente Anubis tal y como se había presentado en Nueva Orleans cuando nos conocimos en persona: un chico de unos dieciséis años, con vaqueros y chaqueta de cuero negro, cabello moreno y unos ojos tristes, como de chocolate fundido. Muy, muy distinto de un chico con cabeza de perro.

No deja de ser ridículo, ya lo sé. Él era un dios. No teníamos absolutamente nada en común. No había vuelto a saber nada de él desde todo el jaleo de la Pirámide Roja, y tampoco debería sorprenderme. Aunque en su momento pareciera interesado por mí y posiblemente hasta dejase caer algunas indirectas... no, seguro que eran imaginaciones mías.

Durante las siete semanas que habían pasado desde que Walt Stone llegó a la Casa de Brooklyn, me había visto capaz de superar lo de Anubis. Desde luego, Walt era aprendiz mío y no debería pensar en él como posible novio, pero cuando nos conocimos me pareció que saltaba una chispa entre nosotros. Sin embargo, últimamente parecía que intentaba apartarse de mí. Se mostraba reservado, parecía tener remordimientos por algo y siempre estaba hablando con Jaz.

Mi vida era un asco.

Me puse el pijama mientras Adele seguía cantando. ¿Tenía alguna canción que no tratase de chicos que pasaban de ella? De pronto, el tema se me hizo molesto.

Apagué la música y me metí en la cama.

Por desgracia, dormirme solo consiguió empeorar la noche.

En nuestra mansión de Brooklyn dormimos con hechizos de todo tipo para evitar los sueños maliciosos, los espíritus invasores o que a nuestras almas les apetezca salir a pasear fuera del cuerpo. Tengo hasta una almohada mágica para garantizar que mi alma —mi *ba*, si queréis que nos pongamos en plan egipcio— se quede anclada a mi cuerpo.

Pero el sistema no es perfecto. De vez en cuando, noto que alguna fuerza exterior me tira del alma para llamarme la atención. O a veces es mi alma la que me hace saber que tiene un sitio al que ir, una escena importante que debería enseñarme.

Tan pronto como caí dormida, tuve esa sensación. Podéis imaginarla como una llamada entrante, que mi cerebro tiene la opción de aceptar o rechazar. En general, lo mejor es rechazarlas, sobre todo si el cerebro indica «número desconocido».

Sin embargo, en ocasiones son llamadas importantes. Y el día siguiente era mi

cumpleaños. A lo mejor, papá y mamá intentaban hablar conmigo desde el inframundo. Me los imaginé en la Sala del Juicio, mi padre en su trono como el dios de piel azul Osiris y mi madre con su vaporosa túnica blanca. Seguro que llevarían gorros de papel y cantarían el «Cumpleaños feliz» mientras Ammit la Devoradora, su diminuto monstruo mascota, ladraba y daba saltitos.

O a lo mejor, solo tal vez, podría estar llamando Anubis. «Hola. Esto... ¿te apetece que vayamos a un funeral o algo así?»

Bueno... posible era.

De modo que acepté la llamada. Dejé que mi espíritu se marchara adonde quisiera llevarme, y mi *ba* flotó por encima de mi cuerpo.

Si nunca habéis probado el viaje *ba*, no os lo recomiendo... a no ser que os guste convertirlos en un pollo fantasma y dejaros arrastrar sin control por las corrientes de la Duat.

Normalmente, el *ba* es invisible para los demás, y menos mal, ya que tiene la forma de un pájaro gigante con tu cabeza pegada al cuello. Antes había sido capaz de manipular la forma de mi *ba* para que no diera tanta vergüenza pero, cuando Isis se marchó de mi cabeza, perdí el poder. Ahora siempre despegaba de mi cuerpo sin que pudiera cambiarle el modo predeterminado: ave de corral.

Se abrieron las puertas de la terraza y una brisa mágica se me llevó de la mansión. Las luces de Nueva York fueron emborronándose hasta desaparecer, y me encontré en una sala subterránea que ya conocía: el Salón de las Eras, en el cuartel general de la Casa de la Vida, situado bajo la ciudad de El Cairo.

La estancia era tan alargada que podría usarse para celebrar maratones. Por su centro se extendía una alfombra azul que centelleaba como un río. Entre las columnas que había a ambos lados brillaban unas cortinas de luz que mostraban imágenes holográficas de la larga historia de Egipto. La luz cambiaba de color para representar los distintos períodos, desde el brillo blanco de la Era de los Dioses a la luz carmesí de los tiempos modernos.

El techo era incluso más alto que el de la sala de baile del Museo Brooklyn, y unas esferas de energía y símbolos jeroglíficos que flotaban de un lado a otro iluminaban el amplio espacio. Parecía como si alguien hubiera detonado unos cuantos kilos de cereales para niños en gravedad cero y ahora los dulces trocitos coloreados flotaran y chocaran entre ellos a cámara lenta.

Floté hasta el final de la sala, por encima del estrado donde descansaba el trono del faraón. Era un asiento honorífico, desocupado desde la caída de Egipto, pero en el último escalón se sentaba el lector jefe, maestro del Nomo Primero, líder de la Casa de la Vida y mi mago menos favorito de todos: Michel Desjardins.

No me había cruzado con monsieur Delicias desde que atacamos la Pirámide Roja, y me sorprendió verlo tan envejecido. Había ocupado el puesto de lector jefe hacía solo unos meses, pero ahora su cabello moreno liso y su barba bifurcada estaban salpicados de canas. Se apoyaba cansado en su báculo, como si le pesara en los hombros la capa de piel de leopardo que simbolizaba su cargo.

No puedo decir que me diera lástima. No nos habíamos despedido como amigos. Habíamos unido nuestras fuerzas (de aquella manera) para derrotar al dios Set, pero él seguía considerándonos unos peligrosos magos renegados. Nos había advertido que, si seguíamos estudiando la senda de los dioses (y habíamos hecho justo eso), la próxima vez que nos encontrásemos nos destruiría. Comprenderéis que, después de eso, poco incentivo teníamos para invitarle a tomar el té.

Su rostro estaba demacrado, pero en sus ojos se veía el mismo brillo malicioso.

Desjardins estaba escrutando las imágenes en rojo sangre de las cortinas de luz como si esperase que pasara algo.

—*Est-il allé?* —preguntó, y gracias a las clases de francés del cole supe que decía «¿Se ha ido?» o, posiblemente, «¿Has reparado la isla?».

Vale... casi seguro que era la primera opción.

Por un instante, temí que estuviese hablándome a mí. Entonces, una voz le respondió desde detrás del trono:

—Sí, milord.

Salió un hombre de entre las sombras. Iba vestido todo de blanco: traje, pañuelo, hasta unas gafas de sol blancas con cristales de espejo. Lo primero que pensé fue: «Dios mío, es un vendedor de helados malvado».

Tenía una sonrisa agradable y una cara regordeta envuelta en una mata de pelo canoso y rizado. Podría haber pasado por inofensivo, o incluso amistoso... hasta que se quitó las gafas.

Sus ojos estaban destrozados.

Reconozco que soy muy aprensiva con los ojos. Si alguien pone un vídeo de una operación de retina, salgo corriendo de la habitación. Me da escalofríos hasta pensar en lentillas de contacto.

Pero los ojos del hombre de blanco tenían aspecto de que les hubiese caído ácido encima y luego unos gatos se hubieran dedicado a arañárselos a conciencia. Los párpados eran campos de cicatrices y no podían cerrarse del todo. Las cejas estaban quemadas y surcadas de muecas profundas. La piel de los pómulos era una máscara de verdugones rojizos, y los ojos en sí eran una combinación tan horrible de rojo sangre y blanco lechoso que costaba creer que pudiera ver algo con ellos.

Tomó aire con tanta dificultad que el resuello hizo que me doliera el pecho a mí. Sobre su camisa relucía un colgante de plata con un amuleto en forma de serpiente.

—Ha cruzado el portal hace un momento, milord —dijo con voz áspera—. Por fin se ha marchado.

La voz era tan horrible como sus ojos. Si de verdad le había salpicado ácido, una parte debía de habersele colado en los pulmones. Aun así, el hombre seguía sonriendo, con el aspecto tranquilo y satisfecho, en su impoluto traje blanco, de quien solo pretende vender helados a los niñitos buenos.

Se acercó a Desjardins, que seguía concentrado en las cortinas de luz. El heladero siguió la dirección de su mirada. Al hacer lo mismo, reparé en lo que tenía tan absorto al lector jefe. El tinte rojizo de la era moderna estaba apagándose hacia un tono violeta oscuro, el color de los moretones. La primera vez que visité el Salón de las Eras, me explicaron que la habitación iba alargándose con el paso de los años, y en aquel preciso momento lo estaba presenciando. El suelo y las paredes ondeaban como un espejismo, extendiéndose milímetro a milímetro y ampliando lentamente la franja de luz violeta.

—Ah —dijo el vendedor de helados—. Ya se distingue mucho mejor.

—Una nueva era —murmuró Desjardins—. Una era más oscura. La luz no había cambiado de color en mil años, Vladímir.

¿Un heladero maligno llamado Vladímir? Pues qué bien.

—Son los Kane, por supuesto —aseguró Vladímir—. Tendríais que haber matado al más mayor mientras lo teníais en vuestro poder.

Se me erizaron las plumas de *ba*. Comprendí que se refería a mi tío Amos.

—No —dijo Desjardins—. Se hallaba bajo nuestra protección. Todo aquel que

venga buscando la sanación tiene derecho a asilo, incluso Kane.

Vladimir respiró profundamente, haciendo un sonido como el de una aspiradora obstruida.

—Pero sin duda, ahora que se ha marchado debemos actuar. Ya habéis oído las noticias de Brooklyn, milord. Los niños han encontrado su primer papiro. Si consiguen los otros dos...

—Lo sé, Vladimir.

—Ya humillaron a la Casa de la Vida en Arizona. Llegaron a un acuerdo con Set en vez de destruirlo. Y ahora andan detrás del *Libro de Ra*. Si me permitierais ocuparme de ellos...

En la punta del báculo de Desjardins estalló un fulgor púrpura.

—¿Quién es lector jefe? —preguntó levantando la voz.

La expresión amistosa de Vladimir decayó.

—Vos, milord.

—Me encargaré de los Kane a su debido tiempo, pero nuestra mayor amenaza es Apofis. Debemos dedicar toda nuestra energía a retener a la Serpiente. Si existe la posibilidad de que los Kane nos ayuden a restaurar el orden...

—Lector jefe —interrumpió Vladimir. En su tono había una intensidad renovada, casi un vigor mágico—. Los Kane forman parte del problema. Han alterado el equilibrio de la Maat al despertar a los dioses. Se dedican a enseñar magia prohibida. ¡Ahora buscan la restauración de Ra, que no ha gobernado desde los inicios de Egipto! Sembrarán la confusión en el mundo. Sus actos solo pueden favorecer al caos.

Desjardins parpadeó, confundido.

—Puede que tengas razón. Debo... debo meditar sobre ello.

Vladimir hizo una reverencia.

—Como deseéis, milord. Agruparé nuestras fuerzas y esperaré órdenes vuestras para destruir la Casa de Brooklyn.

—Destruir... —Desjardins torció el gesto—. Sí, esperarás mis órdenes. Yo decidiré el momento de atacar, Vladimir.

—Muy bien, milord. ¿Y si los niños Kane buscan los otros dos papiros para despertar a Ra? Uno está fuera de su alcance, por supuesto, pero el otro...

—Eso te lo dejo a ti. Protégelo como consideres mejor.

La emoción volvió aún más horripilantes los ojos de Vladimir. Se pusieron llorosos y brillantes debajo de los párpados destrozados. Me recordaron el desayuno favorito de mi abuelo, huevos pasados por agua con salsa de tabasco.

[Oye, lo siento si te da asco, Carter. ¡No deberías comer mientras cuento la historia!]

—Actuáis con sabiduría, milord —dijo Vladimir—. Los niños irán tras los papiros; no tienen opción. Si abandonan su baluarte y se adentran en mis dominios...

—¿No acabo de decirte que nos ocuparemos de ellos? —replicó Desjardins en tono categórico—. Ahora márchate. Debo pensar.

Vladimir se retiró a las sombras. Para ir vestido de blanco, se las apañó para desaparecer con bastante eficacia.

Desjardins volvió a prestar atención a la titilante cortina de luz.

—Una nueva era —musitó—, una era de oscuridad...

Las corrientes de la Duat hicieron girar a mi *ba* en redondo y lo devolvieron rápidamente al interior de mi cuerpo durmiente.

—¿Sadie? —dijo una voz.

Me incorporé en la cama con el corazón acelerado. Por las ventanas entraba la luz gris de la mañana. Sentado al pie de mi cama estaba...

—¿Tío Amos? —balbucí.

Él sonrió.

—Felicidades, cariño. Perdona el susto. Es que no contestabas a la puerta y me he preocupado.

Parecía recuperado por completo e iba vestido a la última moda, como siempre. Llevaba gafas de montura metálica, sombrero de copa baja y un traje negro de lana, italiano, que le hacía parecer menos bajo y fornido. Llevaba el pelo largo en trencitas decoradas con cuentas negras y brillantes, tal vez de obsidiana. Podría haber pasado por músico de jazz, cosa que era, o por un Al Capone afroamericano, cosa que no.

Empecé a decir:

—¿Cómo es...?

Pero entonces fluyó a mi mente la visión del Salón de las Eras, las consecuencias de lo que había presenciado.

—No pasa nada raro, tranquila —dijo Amos—. Acabo de volver de Egipto.

Intenté tragar saliva, con la respiración casi igual de trabajosa que la de ese hombre tan espantoso, Vladímir.

—Yo también, Amos. Y sí que pasa. Vienen a destruirnos.

4. Una invitación de cumpleaños al Apocalipsis

SADIE

D después de contar a Amos la horrible visión que había tenido, necesitaba una cosa más que nada en la vida: un buen desayuno.

Amos parecía aturdido, pero se empeñó en no hablar más del tema hasta haber reunido a todo el Nomo Vigésimo Primero, que es como se llamaba nuestra sección de la Casa de la Vida. Quedamos en vernos en la terraza al cabo de veinte minutos.

Cuando se marchó, me di una ducha y pensé en qué ponerme. Los lunes solía enseñar magia simpática, cosa que exigía llevar prendas de lino como una buena maga. Pero mi cumpleaños se consideraba vacaciones.

Dadas las circunstancias, dudaba mucho que Amos, Carter y Bast me dejaran ir a Londres, pero decidí ser optimista. Me puse unos vaqueros rasgados, mis botas militares, un top y la chaqueta de cuero. No era un vestuario muy apropiado para la magia, pero me había levantado rebelde.

Metí la varita y la estatuilla de miniCarter en mi bolsa de herramientas mágicas. Estaba a punto de echármela al hombro cuando pensé: «Ni hablar. No pienso cargar esto el día de mi cumpleaños».

Respiré hondo y me concentré en abrir un espacio en la Duat. Me da corte admitirlo, pero ese truco me sale fatal. Me parece de lo más injusto que Carter pueda sacar cosas del aire sin pensárselo y a mí me cueste cinco o diez minutos de pura concentración, además de que el esfuerzo me da náuseas cada vez que lo intento.

Los días normales, simplemente cargo la bolsa al hombro. Pero, si iba a salir con mis compis, no quería llevarla encima, aunque tampoco quería dejarla atrás del todo.

Por fin centelleó el aire y la Duat se plegó a mi voluntad. Tiré la bolsa hacia delante y desapareció sin más. Asunto resuelto, siempre que luego supiera cómo recuperarla.

Cogí el papiro que habíamos robado a Bullwinkle la noche anterior y bajé la escalera.

Con todos desayunando en la terraza, había un extraño silencio en la mansión. A la Gran Sala daban cinco niveles de balconadas, por lo que solía haber un gran bullicio, pero recordé lo vacía que me había parecido cuando Carter y yo la vimos por primera vez, la Navidad pasada.

La Gran Sala conservaba casi todos los detalles que me habían llamado la atención al principio: la enorme estatua de Tot en el centro, la colección de armas e instrumentos de jazz que Amos tenía colgada en las paredes y la alfombra de piel de serpiente ante la chimenea del tamaño de un garaje. Sin embargo, se notaba que ahora vivían allí veinte magos jóvenes. En la mesilla de café había un gran surtido de mandos a distancia, varitas, iPads, envoltorios vacíos y figuritas *shabti*. Alguien que tenía los pies grandes —seguramente Julian— se había dejado las zapatillas de deporte embarradas en la escalera. Y uno de los más gamberretes, supuse que Felix, había transformado mágicamente la chimenea en un parque de atracciones de la Antártida, con su nieve y su pingüino vivo. A Felix le encantan los pingüinos.

Las fregonas y escobas mágicas se afanaban de un lado al otro de la casa, intentando mantenerla limpia. Tuve que agacharme para que no me quitaran el polvo. Por algún motivo, los plumeros consideran mi pelo como un problema de mantenimiento.

[Y no quiero oírte, Carter.]

Como esperaba, ya estaban todos en la terraza, que usábamos de comedor y hábitat para nuestro cocodrilo albino. Filippo de Macedonia chapoteaba feliz en su piscina, saltando para cazar al vuelo las lonchas de beicon que le tiraban los chicos. Era una mañana fría y lluviosa, pero en la terraza había unos braseros mágicos que nos mantenían secos y calientes como tostadas.

Me serví una napolitana de chocolate y una taza de té de la mesa de bufet, y me senté. Hasta entonces no me había dado cuenta de que los demás no estaban comiendo. Estaban mirándome.

En la cabecera de la mesa, Amos y Bast tenían una expresión lúgubre. Enfrente de mí, Carter no había tocado su plato de gofres, cosa nada propia de él. A mi derecha, la silla de Jaz estaba vacía. (Amos me había dicho que seguía en la enfermería, sin cambios.) A mi izquierda estaba Walt, con muy buen aspecto como siempre, aunque yo intenté hacerle el menor caso posible.

Los otros aprendices parecían hallarse en diversos estados de conmoción. Eran un batiburrillo de chicos de todas las edades, procedentes de todos los rincones del mundo. Unos pocos eran mayores que Carter y yo, y en realidad lo bastante viejos para ir a la universidad; nos venía de maravilla para que cuidaran de los más pequeños, pero siempre me incomodaba un poco cuando les daba clase. La mayoría de los demás tenían entre diez y quince años. Felix, solo nueve. Estaba Julian de Boston, Alyssa de Carolina, Sean de Dublín y Cleo de Río de Janeiro (sí, ya sé que cuesta pronunciar «Cleo de Río», pero de verdad que no me lo invento). Lo que todos teníamos en común era la sangre de los faraones. Todos éramos descendientes de las dinastías reales de Egipto, lo que nos otorgaba una capacidad natural para hacer magia y albergar el poder de los dioses.

El único que no parecía víctima del ambiente sombrío era Keops. Por motivos que nunca llegamos a comprender, nuestro babuino solo come alimentos que acaben en o. Hacía poco había descubierto la gelatina Jell-O, que consideraba una sustancia milagrosa. Me imagino que la o mayúscula hacía que todo le supiera mejor. Ahora comía casi cualquier cosa, siempre que estuviese envuelta en gelatina: fruta, insectos, frutos secos y animales pequeños. En aquel momento tenía la cara hundida en la montaña roja y temblorosa que se había preparado para desayunar, y hacía ruiditos desagradables al excavar en busca de uvas.

Todos los demás me miraban a mí, como exigiéndome explicaciones.

—Buenos días —dije en voz baja—. Hace un tiempo estupendo. Hay un pingüino en la chimenea, por si le interesa a alguien.

—Sadie —dijo Amos con amabilidad—, cuenta a todo el mundo lo que me has dicho.

Di un sorbo al té para calmarme. Después intenté no parecer muerta de miedo mientras les narraba mi visita al Salón de las Eras.

Cuando me callé, solo quedó el crepitar de las llamas en los braseros y los chapoteos de Filippo de Macedonia en su piscina.

Al final fue el niño de nueve años, Felix, el que preguntó lo que pensaban todos:

—Entonces, ¿vamos a morir?

—Ni hablar. —Amos enderezó la espalda—. De ninguna manera. Niños, ya sé que

acabo de llegar. A la mayoría casi ni os conozco, pero os prometo que haremos todo lo posible para que estéis a salvo. Esta casa está cubierta de protecciones mágicas. Tenéis a una diosa importante de vuestro lado. —Hizo un gesto hacia Bast, que estaba abriendo una lata de Delicias para Gatos Fancy Feast con las uñas—. Y la familia Kane os defiende. Carter y Sadie son más poderosos de lo que podáis creer y, si llegáramos a eso, yo ya he luchado antes contra Michel Desjardins.

Teniendo en cuenta las dificultades que habíamos pasado en Navidad, el discurso de Amos se pasaba un poco de optimista, pero pareció reconfortar a los chicos.

—¿Cómo que «si llegáramos a eso»? —preguntó Alyssa—. Está bastante claro que van a atacarnos.

Amos frunció el entrecejo.

—Tal vez, pero me extraña que Desjardins pueda aceptar una jugada tan insensata. El enemigo de verdad es Apofis, y Desjardins lo sabe. Debería comprender que necesitará toda la ayuda posible. A no ser que... —Dejó la frase en el aire. Pensara lo que pensara, tenía pinta de inquietarle mucho—. En todo caso, si Desjardins acaba viniendo a por nosotros, lo planeará meticulosamente. Sabe que esta mansión no será fácil de tomar, y no puede permitirse que la familia Kane vuelva a dejarlo en ridículo. Estudiará el problema, considerará sus opciones y reunirá sus fuerzas. Debería tardar unos días en estar listo, días que tendría que dedicar a detener a Apofis.

Walt levantó el dedo índice. No sé qué tiene ese chico, pero cuando va a hablar tiene como una gravedad que atrae la atención del grupo. Hasta Keops levantó la mirada de su gelatina.

—Si Desjardins nos ataca —dijo Walt—, vendrá bien preparado y con magos mucho más expertos que nosotros. ¿Podría superar nuestras defensas?

Amos contempló las puertas deslizantes de cristal, supongo que recordando la última vez que falló nuestra protección. El resultado había sido bastante feo.

—Hay que procurar que no lleguemos a eso —respondió—. Desjardins sabe lo que intentamos, y que solo nos quedan cinco días... bueno, ahora cuatro. Según la visión de Sadie, Desjardins sabe lo que planeamos e intentará evitarlo, porque tiene la idea equivocada de que trabajamos para las fuerzas del caos. Pero si nos sale bien, tendremos una baza para negociar y que se eche atrás.

Cleo levantó la mano.

—Esto... nosotros no sabemos cuál es el plan. ¿Nos quedan cuatro días para qué?

Amos hizo una señal a Carter para que lo explicara él. A mí me pareció bien porque, sinceramente, el plan me parecía un poco alocado.

Mi hermano se adelantó al borde de su silla. He de reconocer que, durante los últimos meses, había empezado a parecerse a un adolescente normal. Los seis años anteriores, en los que estuvo viajando con papá y sin ir al colegio, lo habían dejado horriblemente desfasado. Solía vestir como un ejecutivo novato, con camisas blancas almidonadas y pantalones anchos. Ahora, al menos se había acostumbrado a los vaqueros, las camisetas y alguna sudadera con capucha de vez en cuando. Se había dejado crecer el pelo rizado de cualquier manera, y le quedaba mucho mejor. Si seguía mejorando, quizá algún día hasta tenía una cita y todo.

[¿Qué pasa? No me des codazos, que era un cumplido.]

—Vamos a despertar al dios Ra —dijo Carter, como si hablara de sacar una chocolatina de la nevera.

Los aprendices se miraron entre sí. Carter no era precisamente famoso por su

sentido del humor, pero tuvieron que preguntarse si estaba bromeando.

—Te refieres al dios del sol —dijo Felix—. El antiguo rey de los dioses.

Carter asintió.

—Todos conocéis la historia. Hace miles de años, Ra empezó a chochar y se retiró a los cielos, dejando a Osiris al mando. Entonces a Osiris lo derrocó Set. Luego Horus venció a Set y pasó a ser el faraón. Luego...

Carraspeé.

—La versión corta, por favor.

Carter me miró, molesto.

—Lo importante es que Ra fue el primer y más poderoso rey de los dioses. Creemos que sigue vivo, pero duerme en algún lugar muy profundo de la Duat. Si podemos despertarlo...

—Pero, si se retiró porque ya chocheaba —objetó Walt—, ¿ahora no estará senil del todo?

Yo había preguntado lo mismo cuando Carter me contó su idea por primera vez. Lo último que necesitábamos era un dios todopoderoso que no recordase su propio nombre, oliera a viejales y babeara toda la almohada mientras dormía. Además, ¿cómo podía chochar un ser inmortal? Hasta el momento, nadie me había dado una respuesta satisfactoria a eso.

Amos y Carter miraron a Bast, la única diosa egipcia sentada a la mesa.

Ella torció el gesto sin apartar la mirada de su lata de comida intacta.

—Ra es el dios del Sol. En los viejos tiempos, envejecía a medida que lo hacía el día; luego navegaba cada noche por la Duat con su barca y renacía con el alba cada mañana.

—Pero el Sol no renace —intervine—. Solo es la rotación de la Tierra...

—Sadie —me advirtió Bast.

Vale, vale. La mitología y la ciencia eran ciertas al mismo tiempo, distintas versiones de la misma realidad, bla bla bla. Me habían dado esa charla cientos de veces y no quería volver a oírla.

Bast señaló el papiro, que yo había dejado junto a mi taza de té.

—Cuando Ra dejó de hacer su travesía nocturna, se rompió el ciclo y Ra quedó reducido al ocaso permanente... o al menos, eso creemos. Su intención era dormir para siempre. Pero si lográis encontrarlo en la Duat, que ya es mucho lograr, tal vez con la magia apropiada pudiéramos traerlo de vuelta y hacer que renazca. El *Libro de Ra* describe la forma de hacerlo. Lo escribieron sus sacerdotes en tiempos remotos, y lo dividieron en tres partes que solo debían reunirse si el mundo estaba a punto de acabar.

—¿Si... si estaba a punto de acabar? —repitió Cleo—. Entonces, ¿Apofis de verdad va a... tragarse el Sol?

Walt me miró.

—¿Eso es posible? En vuestra historia de la Pirámide Roja, decíais que Apofis estaba detrás de que Set intentara destruir Norteamérica. Intentaba generar el caos en grandes cantidades para poder huir de su prisión.

Tuve un escalofrío al recordar la aparición que habíamos visto en el cielo de Washington, D. C.: una serpiente gigante que se retorció en el aire.

—La auténtica amenaza es Apofis —confirmé—. Conseguimos detenerlo esa vez, pero su cárcel se debilita cada vez más. Como logre escapar...

—Lo hará —dijo Carter—. En cuatro días. A no ser que lo evitemos. Y luego

destruirá la civilización y acabará con todo lo que ha construido el ser humano desde los inicios de Egipto.

Eso dejó la mesa envuelta en un silencio gélido.

Carter y yo ya habíamos hablado en privado de nuestra fecha límite de cuatro días, por supuesto. Tanto Horus como Isis nos habían sacado el tema, pero siempre había sido en términos de posibilidad horrible, no de certeza absoluta. Ahora Carter parecía estar seguro. Observé su expresión y caí en la cuenta de que habría visto algo la pasada noche, seguramente una visión incluso peor que la mía. Sin que dijera nada, le entendí: «Aquí no. Luego te lo cuento».

Bast estaba arañando la mesa con sus garras. Fuese cual fuese el secreto, ella debía de estar en el ajo.

Al fondo de la mesa, Felix contaba con los dedos.

—¿Por qué cuatro días? ¿Qué tiene de especial el... hummm, 21 de marzo?

—Es el equinoccio de primavera —explicó Bast—. Un momento propicio para la magia. Las horas de luz y oscuridad están perfectamente equilibradas, lo que vuelve muy fácil decantar la balanza de la Maat y el caos en un sentido u otro. Es el momento perfecto para despertar a Ra. De hecho, será nuestra única oportunidad hasta que llegue el equinoccio de otoño, dentro de seis meses. No podemos esperar tanto.

—Porque, por desgracia —añadió Amos—, el equinoccio también es el momento perfecto para que Apofis escape e invada el mundo de los mortales. Podéis estar seguros de que sus esbirros ya están trabajando en ello. Nuestras fuentes entre los dioses afirman que Apofis lo conseguirá, y por eso debemos despertar a Ra antes.

Yo ya lo sabía todo pero, al hablarlo abiertamente con nuestros alumnos y ver las caras de horror que ponían, parecía tan real que asustaba.

Carraspeé.

—Vale. Entonces, cuando Apofis logre huir, intentará acabar con la Maat, el orden del universo. Se tragará el Sol, condenará el planeta a una oscuridad eterna, y tranquilos, que ya se le ocurrirán más cosas para amargarnos el día.

—Por eso necesitamos a Ra. —Amos lo dijo con un tono medido para tranquilizar a los chicos. Proyectaba tanta serenidad que hasta a mí se me pasó un poco el miedo. Me pregunté si sería algún tipo de magia o si, simplemente, se le daba mejor que a mí explicar el Apocalipsis—. Ra, señor del orden, era el enemigo de Apofis, señor del caos. Las dos fuerzas están enzarzadas desde el amanecer de los tiempos en una batalla para destruirse mutuamente. Si Apofis regresa, debemos asegurarnos de tener a Ra de nuestro lado para contrarrestarlo. Es la única posibilidad.

—Posibilidad —dijo Walt—. Y eso suponiendo que encontremos a Ra para poder espabilarlo, y que la Casa de la Vida no nos arrase primero.

Amos asintió.

—Pero, si podemos levantar a Ra, sería la gesta más difícil jamás lograda por un mago. Desjardins tendría que pensárselo dos veces. El lector jefe... bueno, parece que tiene nublado el entendimiento, pero no es idiota. Sabe reconocer lo peligroso que sería el regreso de Apofis. Tenemos que convencerle de que estamos del mismo lado, y de que la senda de los dioses es la única que puede vencer a la Serpiente. Preferiría hacer eso que luchar contra él.

Yo, personalmente, quería dar un puñetazo a Desjardins en toda la cara y pegarle fuego a la barba, pero supongo que Amos tenía razón.

La pobrecita Cleo tenía el rostro desencajado. Había venido a Brooklyn desde Brasil

para aprender la senda de Tot, el dios del Conocimiento, y ya la considerábamos nuestra futura bibliotecaria, pero cuando había un peligro real fuera de las páginas de los libros..., bueno, le costaba digerirlo. Esperé que fuese capaz de llegar al borde de la terraza, si le surgía la necesidad.

—El... el papiro —logró decir—. ¿Decíais que hay dos partes más?

Lo levanté de la mesa. A la luz del día tenía un aspecto más frágil, quebradizo, amarillento, a punto de deshacerse. Me temblaron los dedos. Sentí el cosquilleo de la magia del papiro, como una corriente de bajo voltaje. Noté un deseo abrumador de abrirlo.

Empecé a desenrollar el cilindro. Carter tensó los músculos. Amos dijo:

—Sadie...

Seguro que se temían que incendiase Brooklyn otra vez, pero no ocurrió nada. Extendí el rollo y vi que no eran más que garabatos: ni jeroglíficos ni letras en ningún idioma reconocible. El borde de abajo era irregular, como si lo hubieran rasgado.

—Me imagino que las tres partes encajarán —dije—, y solo podrá leerse combinando las tres secciones.

Carter puso cara de estar impresionado, pero caray, algunas cosas sí que sé. En nuestra última aventura había leído un papiro para expulsar a Set, y había funcionado más o menos de esa forma.

Keops levantó la mirada de su Jell-O.

—¡Ajk! —dijo, y puso tres uvas pringosas en la mesa.

—Exacto —confirmó Bast—. Como dice Keops, las tres partes del libro representan los tres aspectos de Ra: mañana, mediodía y noche. El rollo que tenemos es el hechizo de Jnum. Ahora tenéis que encontrar los otros dos.

No sabía cómo lo hacía Keops para embutir tanta información en un solo gruñido, pero ojalá todos los profesores de mi colegio hubiesen sido babuinos. Habría acabado primaria y secundaria en una semana.

—Entonces, las otras dos uvas —dije—, perdón, hechizos..., según mi visión de anoche, no serán fáciles de conseguir.

Amos asintió.

—El primer fragmento se perdió hace una eternidad. La parte central está en poder de la Casa de la Vida. La han trasladado muchas veces, y siempre está muy bien protegida. A juzgar por tu visión, yo diría que ahora el papiro está en manos de Vladímir Ménshikov.

—El hombre de los helados —supuse—. ¿Quién es?

Amos garabateó con el dedo en la mesa, posiblemente un jeroglífico de protección.

—Es el tercer mago más poderoso del mundo, y uno de los partidarios más fuertes de Desjardins. Es el líder del Nomo Decimoctavo, en Rusia.

Bast bufó entre dientes. Al ser una gata, le salía bastante bien.

—Vlad el Inhalador. Tiene una reputación nefasta.

Recordé sus ojos hechos papilla y su voz rasposa.

—¿Qué le pasó en la cara?

Bast iba a responderme, pero Amos la interrumpió.

—Lo que tiene que entraros en la cabeza es que es muy peligroso —nos advirtió—. Vlad es especialista en silenciar a los magos renegados.

—¿Te refieres a que es un asesino? —pregunté—. Genial. Y Desjardins acaba de darle permiso para que nos atrape a Carter y a mí si salimos de Brooklyn.

—Cosa que tendréis que hacer —dijo Bast—, si queréis localizar las otras partes del *Libro de Ra*. Solo os quedan cuatro días.

—Sí —dije en voz baja—, me suena que ya lo habías comentado. Pero tú vendrás con nosotros, ¿verdad?

Bast dejó caer la mirada a su paté de atún.

—Sadie... —dijo con voz abatida—. Lo he hablado con Carter y... bueno, alguien tiene que ir a revisar la prisión de Apofis. Necesitamos saber qué pasa, cuánto tiempo falta para que se venga abajo, y si hay alguna forma de impedirlo. Tenemos que verla con nuestros propios ojos.

No podía creerme lo que oía.

—¿Vas a volver allí? ¿Después de todo lo que hicieron mis padres para sacarte?

—Solo me acercaré a su cárcel desde fuera —me aseguró—. Iré con cuidado. Al fin y al cabo, estoy hecha para el sigilo. Además, soy la única que sabe dónde está su celda, y ese sector de la Duat sería letal para los seres humanos. Yo... tengo que hacerlo. —Le tembló la voz. Una vez me había dicho que los gatos no son valientes, pero volver al lugar donde la habían encerrado me parecía un acto de coraje—. No voy a dejaros desprotegidos. Tengo... un amigo. Debería llegar mañana desde la Duat. Le he pedido que os busque y cuide de vosotros.

—¿Un amigo? —pregunté.

Bast se retorció en su asiento.

—Bueno... algo así.

La respuesta no me dio muchos ánimos.

Miré la ropa de calle que me había puesto y noté un sabor acre en la boca. Carter y yo teníamos una misión que cumplir, y no era muy probable que saliéramos con vida. Una responsabilidad más sobre mis hombros, otra exigencia irracional de sacrificarme por un bien mayor. Feliz cumpleaños, Sadie.

Keops eructó y apartó su plato vacío hacia el centro de la mesa. Enseñó sus colmillos manchados de gelatina, como diciendo: «¡Vale, pues ya está! ¡Qué desayuno más bueno!».

—Voy a preparar la bolsa —dijo Carter—. Podemos salir dentro de una hora.

—No —repliqué.

No sé quién se sorprendió más, si mi hermano o yo misma.

—¿No? —dijo Carter.

—Es mi cumpleaños —dije, posiblemente sonando como una niña malcriada de siete años, pero en aquel momento me traía sin cuidado.

Los aprendices pusieron cara de asombro. Algunos farfullaron sus felicitaciones. Keops me ofreció su cuenco de gelatina vacío como regalo. Felix empezó a cantar «Cumpleaños feliz» sin poner mucho empeño, pero, como nadie se sumó, dejó la tonadilla en el segundo verso.

—El amigo de Bast no llega hasta mañana —seguí diciendo—. Amos dice que Desjardins aún tardará en preparar cualquier clase de ataque. Además, tengo planeada la excursión a Londres desde hace siglos. Creo que puedo tomarme un puñetero día libre antes de que se acabe el mundo.

Los demás se me quedaron mirando. ¿Estaba siendo egoísta? Vale, sí. ¿Irresponsable? Quizá. Pero, entonces, ¿por qué tenía tan claro que hasta ahí habíamos llegado?

Puede que os sorprenda saber que no me gusta sentirme controlada. Carter estaba decidiendo lo que haríamos y, como de costumbre, no me lo había contado todo. Era evidente que ya se había reunido con Amos y Bast, y se habían puesto de acuerdo en un

curso de acción. Entre los tres habían decidido lo mejor que podíamos hacer, sin molestarse en consultarme.

Mi única compañera constante, Bast, iba a abandonarme para emprender una misión horriblemente peligrosa. Y a mí me tocaba quedarme con mi hermano el día de mi cumpleaños para buscar otro papiro mágico que podía hacerme estallar en llamas, o algo peor.

Lo siento. Gracias, pero no. Si tenía que morir, al menos que fuese a partir de mañana por la mañana.

La expresión de Carter era mitad de enfado, mitad de incredulidad. En general, procurábamos tratarnos bien delante de nuestros alumnos. Ahora le estaba dejando en evidencia. Él siempre estaba quejándose de que me lanzaba a hacer cosas sin pensar. La noche anterior le había fastidiado que cogiera el papiro, y me daba la impresión de que, en el fondo, me culpaba de que todo hubiera salido mal y Jaz estuviese herida. Seguro que aquello le parecía un nuevo ejemplo de mi carácter temerario.

Ya estaba lista para una pelea difícil, pero Amos intercedió.

—Sadie, ir a Londres es peligroso. —Levantó una mano antes de que pudiera quejarme—. De todas formas, si vas a hacerlo... —Inspiró profundamente, como si no le gustara lo que estaba a punto de decir—. Al menos prométeme que tendrás cuidado. Me extrañaría que Vlad Ménshikov pudiera mover ficha contra nosotros tan pronto. Supongo que todo irá bien mientras no uses la magia ni lllames la atención de ninguna manera.

—¡Amos! —protestó Carter.

Nuestro tío lo silenció con una mirada firme.

—Hasta que vuelva Sadie, podemos empezar a hacer planes. Partiréis a vuestra misión mañana por la mañana. Yo me encargaré de dar vuestras clases a los chicos y de supervisar la defensa de la Casa de Brooklyn.

A Amos se le notaba en los ojos que no quería que me fuese. Era una jugada estúpida, peligrosa y precipitada... es decir, bastante propia de mí. Pero también noté que comprendía mis penurias. Me vino a la mente el aspecto tan frágil que había tenido mi tío después de que Set se apoderara de su cuerpo en Navidad. Cuando se marchó al Nomo Primero para curarse, supe que se sentía culpable por dejarnos solos. Aun así, había sido la decisión correcta si no quería perder la cordura. Amos era el primero en comprender que a veces había que alejarse. Si me quedaba allí, si me metía en una nueva aventura sin tener ni un momento para respirar, explotaría.

Por otra parte, me sentía mucho más tranquila sabiendo que nuestro tío se ocuparía de la Casa de Brooklyn. Me alivió poder dejar de enseñar unos días. A decir verdad, soy una profesora horrorosa. No tengo bastante paciencia; es lo que hay.

[Eh, tú calla, Carter. Se supone que has de llevarme la contraria.]

—Gracias, Amos —conseguí decir.

Se levantó, dejando claro que la reunión había terminado.

—Creo que ya ha habido bastante por esta mañana —dijo—. Lo importante es que todos sigáis entrenando y no os desesperéis. Tenéis que estar en vuestra mejor forma para defender la mansión. Y triunfaremos, eso no lo dudéis ni por un momento. Con los dioses de nuestra parte, la Maat se impondrá al caos, como ha hecho siempre.

Los chicos seguían sin tenerlas todas consigo, pero se levantaron y empezaron a recoger los platos. Carter me dedicó otra mirada furibunda y se metió en la casa como un vendaval.

Era problema suyo. Yo ya había decidido no tener remordimientos. No pensaba

dejar que me arruinaran el cumpleaños. Aun así, mientras miraba mi té frío y la napolitana de chocolate sin tocar, tuve la horrible sensación de que nunca más volvería a sentarme a esa mesa.

Una hora después, estaba lista para irme a Londres.

Había elegido un báculo nuevo del arsenal y lo había guardado en la Duat con mis otros objetos. Dejé el papiro de Bullwinkle a Carter, que no me dirigió la palabra, y luego fui a la enfermería a ver cómo estaba Jaz. Seguía en coma. Tenía una toallita encantada refrescándole la frente. Alrededor de su cama flotaban jeroglíficos curativos, pero aun así se veía muy débil. Sin su sonrisa de siempre, parecía una persona distinta.

Me senté junto a ella y le cogí la mano. Me pesaba el alma como una bola de bolera. Jaz había puesto en peligro su vida para protegernos. Se había enfrentado a una horda de *baus* con solo unas semanas de entrenamiento. Había obtenido energía de su diosa patrona, Sejmet, como le habíamos enseñado a hacer, y el esfuerzo casi la había destruido.

¿Qué había sacrificado yo últimamente? ¡Pero si acababa de tener un berrinche por no perderme mi fiesta de cumpleaños!

—Cuánto lo siento, Jaz. —Sabía que no me oía, pero me flaqueó la voz—. Es que... si no me alejo un poco, voy a volverme loca. Ya tuvimos que salvar el puñetero mundo, y ahora nos toca hacerlo otra vez...

Me imaginé lo que respondería Jaz. Seguro que serían palabras amables: «No es culpa tuya, Sadie. Te mereces unas pocas horas para ti sola».

Me hizo sentir peor. Nunca debí permitir que Jaz se arriesgase. Seis años atrás, mi madre había muerto por canalizar demasiada magia. Se había consumido al cerrar la puerta de la cárcel de Apofis. Y yo, sabiéndolo, había dejado que alguien con mucha menos experiencia arriesgara su vida para salvar las nuestras.

Como os decía, soy una profesora horrorosa.

No pude soportarlo más. Apreté la mano de Jaz, le deseé que se pusiera buena pronto y salí de la enfermería. Subí hasta el tejado, donde teníamos nuestra reliquia para abrir portales, una esfinge de piedra procedente de las ruinas de Heliópolis.

Me puse en tensión al ver que Carter estaba en el extremo opuesto del tejado, dando de comer pavos y más pavos asados al grifo. Había tenido tiempo de construir para el monstruo un establo bastante decente, por lo que supuse que íbamos a quedárnoslo. Al menos, espantaría a las palomas.

Casi deseé que Carter no me hiciera caso. No estaba de humor para más discusiones. Pero al verme subir, frunció el entrecejo, se limpió las manos de grasa de pavo y echó a andar hacia mí.

Me preparé para una regañina.

En lugar de dármele, dijo con voz seria:

—Ten mucho cuidado. Tengo un regalo de cumpleaños para ti, pero esperaré a que... vuelvas.

No añadió la palabra «viva», pero me pareció oírla en su tono.

—Oye, Carter...

—Vete, anda —dijo—. Discutir no servirá de nada.

No sabía si sentirme culpable o enfadada, pero me pareció que tenía razón. Los cumpleaños nunca habían sido nuestro fuerte. Uno de mis primeros recuerdos era pelearme con Carter cuando cumplí los seis años, y la tarta de cumpleaños estallando por la energía mágica que liberamos. Teniéndolo en cuenta, tal vez debería haber dejado correr el tema,

pero no pude.

—¡Lo siento! —exploté—. Ya sé que cogí el papiro anoche, y que me culpas de que Jaz esté herida, pero es que creo que me estoy viniendo abajo...

—No eres la única —dijo él.

Se me hizo un nudo en la garganta. Estaba tan preocupada de que Carter se cabrease conmigo que no había prestado atención a su tono. Hablaba como si fuese la persona más desgraciada del mundo entero.

—¿Qué pasa? —pregunté—. ¿Qué te ocurre?

Se frotó las manos grasientas contra los pantalones.

—Anoche, en el museo... esos espíritus que vimos... uno me habló.

Me contó su extraño encuentro con el *bau* llameante, cuando el tiempo se había ralentizado y el espíritu había advertido a Carter que fracasaríamos en nuestra misión.

—Me dijo... —La voz de Carter se quebró—. Me dijo que Zia estaba dormida en el Lugar de las Arenas Rojas, que vete a saber dónde es. Y que si no renunciaba a nuestra misión y la rescataba a ella, moriría.

—Carter —dije con cautela—, ¿el espíritu pronunció el nombre de Zia?

—Bueno, no...

—¿No pudo referirse a otra cosa?

—No; estoy seguro. Hablaba de Zia.

Intenté morderme la lengua. De verdad, lo intenté. Pero el tema de Zia Rashid se había convertido en una obsesión insana para mi hermano.

—Carter, no te lo tomes a mal —dije—, pero llevas unos meses viendo señales de Zia por todas partes. Hace dos semanas, pensaste que te enviaba una señal de socorro a tu plato de puré de patatas.

—¡Era una zeta! ¡El surco se veía clarísimo!

Levanté las dos manos.

—Como quieras. ¿Y tu sueño de anoche?

Se le crisparon los hombros.

—¿Por qué lo dices?

—¡No me vengas con esas! En el desayuno has dicho que Apofis escaparía de su cárcel durante el equinoccio. Parecías seguro del todo, como si hubieras visto alguna prueba. Ya habías hablado con Bast, y la habías convencido para que eche un vistazo a la celda de Apofis. No sé qué habrás visto... pero tiene que ser malo.

—No... no lo sé. No estoy seguro.

—Ya veo. —Me volvió el enfado. Así que mi hermano no quería contármelo. Conque volvíamos a tener secretos entre nosotros, ¿eh? Pues muy bien—. Hablaremos más tarde, entonces. Nos vemos esta noche.

—No te lo crees —dijo—. Lo de Zia.

—Y tú no confías en mí. Empate.

Nos miramos con furia. Luego Carter dio media vuelta y regresó con paso firme hacia el grifo.

Estuve a punto de llamarle. No había pretendido ponerme tan borde con él. Aunque, por otro lado, soy malísima disculpándome y él estaba de lo más insoportable.

Llegué a la esfinge e invoqué un portal. Se me daba muy bien, aunque esté feo que lo diga yo. Al instante apareció un embudo de arena delante de mí, y salté al otro lado.

Un instante después, salí dando un tropezón en la Aguja de Cleopatra, junto a la ribera del Támesis.

Mi madre había muerto allí mismo, seis años atrás, por lo que no podía decirse que fuera precisamente mi monumento egipcio favorito. Pero la Aguja era el portal mágico que más cerca caía del piso de mis abuelos.

Por suerte, hacía mal tiempo y no había gente paseando, así que me sacudí la arena de la ropa y enfilé hacia la estación de metro.

Media hora más tarde, estaba en los escalones del piso de mis abuelos. Se me hacía raro volver a... ¿casa? Ni siquiera estaba segura de poder seguir llamándola así. Llevaba meses añorando Londres: las calles conocidas, mis tiendas favoritas, a mis compis, mi viejo cuarto... Hasta echaba de menos su clima gris. Pero ahora todo me parecía distinto, extranjero.

Llamé nerviosa a la puerta.

No hubo respuesta. Pero estaban avisados de que vendría. Volví a llamar.

Quizá estuvieran escondidos, esperando a que entrara. Me imaginé a mis abuelos agachados detrás de los sofás junto con Liz y Emma, preparados para saltar y gritar: «¡Sorpresa!».

Hummm... los abuelos agachados y dando brincos. Ni de milagro.

Busqué mi llave y abrí la cerradura.

La sala estaba oscura y vacía. La luz de la escalera estaba apagada, cosa que nunca permitiría mi abuela, que tenía un miedo atroz a caer y romperse la cadera. Ni siquiera estaba encendido el televisor del abuelo, y eso sí que era imposible. Mi abuelo siempre dejaba puestos los partidos de rugby, aunque no los mirara.

Husmeé el aire. Las seis de la tarde, hora de Londres, y no llegaba el olor a galletas haciéndose en la cocina. Mi abuela debería haber horneado como mínimo una bandeja para tomárnoslas con el té. Teníamos esa tradición.

Saqué el teléfono para llamar a Liz o a Emma, pero no funcionaba. Yo sabía a ciencia cierta que tenía la batería cargada.

Mi mente empezaba a procesar una idea —«estoy en peligro»— cuando la puerta se cerró de sopetón a mis espaldas. Me volví mientras intentaba sacar una varita que no llevaba.

Por encima, en lo alto de la escalera, una voz que definitivamente no era humana susurró desde las sombras:

—Bienvenida a casa, Sadie Kane.

5. Aprendo a detestar a los escarabajos peloteros

CARTER

Muchísimas gracias, Sadie.

Me pasas el micro justo cuando llegas a una parte buena. Pues sí, Sadie se fue a celebrar su cumpleaños a Londres. El mundo terminaba en cuatro días, teníamos una misión por delante y a mi hermana no se le ocurre otra cosa que irse de fiesta con sus amigas. Eso es tener claras las prioridades, ¿eh? No es que estuviera mosqueado ni nada.

La parte positiva es que la Casa de Brooklyn se quedó bastante tranquila cuando se fue, por lo menos hasta que apareció la serpiente de tres cabezas. Pero antes debería contaros la visión que había tenido.

Sadie pensaba que le había estado ocultando algo durante el desayuno, ¿verdad? Bueno, pues es un poco verdad. Pero, para ser sincero, lo que había visto por la noche me había dejado tan aterrado que no quería hablar de ello, y menos aún en su cumpleaños. Desde que empecé a aprender magia había pasado por situaciones bastante estrambóticas, pero aquello se llevó el Premio Nobel de Rareza.

Después de la excursión al Museo Brooklyn, me costó dormirme. Y, cuando por fin lo logré, fue para despertar en un cuerpo distinto.

No era un viaje del alma ni un sueño. Yo era Horus el Vengador.

Horus y yo ya habíamos compartido cuerpo. La Navidad anterior pasó casi una semana entera instalado en mi cabeza, susurrándome consejos y tocando las narices en general. Durante la batalla de la Pirámide Roja, hasta habíamos experimentado una fusión perfecta de sus pensamientos con los míos. Me había convertido en lo que los egipcios llamaban el «Ojo» del dios: tenía todo su poder a mi disposición, nuestros recuerdos estaban combinados, éramos un humano y un dios funcionando al unísono. Pero seguía en mi propio cuerpo.

Esta vez fue al revés. Yo era un invitado en el cuerpo de Horus, que estaba de pie en la proa de un barco, surcando el río mágico que serpenteaba por la Duat. Tenía la vista afilada de un halcón. Entre la niebla distinguí figuras que se movían en el agua, lomos escamosos de reptiles y aletas monstruosas. Vi los fantasmas de los muertos que flotaban junto a las dos orillas. Muy por encima, el techo de la caverna era de un rojo brillante, como si navegáramos por la garganta de una bestia viva.

Tenía los brazos bronceados y musculosos, envueltos en franjas de oro y lapislázuli. Iba equipado para la lucha con coraza de cuero, jabalina en una mano y un *jopesh* en la otra. Me sentía fuerte y poderoso como... bueno, como un dios.

Hola, Carter, dijo Horus, aunque fue como si estuviera hablando solo.

«Horus, ¿qué tal?». No le expliqué lo mucho que me fastidiaba que no me dejara dormir porque no hacía falta. Compartíamos la mente.

Yo respondí a tus preguntas, dijo Horus. *Te dije donde hallar el primer rollo. Ahora eres tú quien debe hacer algo por mí. Quiero enseñarte una cosa.*

El barco se puso en marcha con una sacudida. Me agarré a la barandilla de la plataforma del vigía. Mirando atrás, constaté que el barco era una barcaza real, de unos

veinte metros de eslora y con la forma de una canoa inmensa. En su centro, un dosel desmadejado cubría un estrado vacío donde una vez pudo haber un trono. El único mástil sostenía una vela cuadrada que antiguamente estaría decorada, pero ahora estaba desteñida y hecha jirones. A babor y estribor sobresalían hileras de remos rotos e inservibles.

Esa barcaza debía de llevar siglos abandonada. Las jarcias estaban cubiertas de telarañas. Los cabos se habían podrido. Los tablones del casco chirriaron y crujiaron mientras el barco ganaba impulso.

Es viejo, como Ra, dijo Horus. ¿De verdad querrías volver a dar uso a este barco? Déjame mostrarte la amenaza a la que os enfrentáis.

El timón giró para incorporarnos a la corriente. De pronto, volábamos río abajo. Ya había navegado antes en el Río de la Noche, pero esa vez parecía hallarme en un nivel mucho más profundo de la Duat. El aire era más frío; los rápidos, más pronunciados. En una catarata, saltamos por los aires. Tan pronto como volvimos a tocar agua, los monstruos empezaron a atacarnos. Del agua surgieron caras terroríficas: un dragón marino con ojos de gato, un cocodrilo con cerdas de puercoespín, una serpiente con la cabeza de un hombre momificado. Cada vez que se acercaba uno, yo lo reducía con mi espada, o lo pinchaba con la jabalina para alejarlo del barco. Pero seguían atacando sin descanso, cambiando de forma una y otra vez, y supe que si no hubiera sido Horus el Vengador, si solo estuviera allí Carter Kane para enfrentarse a aquellos horrores, me volvería loco o moriría o las dos cosas.

Hacíamos este mismo recorrido cada noche, dijo Horus. No era Ra quien ahuyentaba a las criaturas del caos. Los demás dioses defendíamos la barcaza conteniendo a Apofis y a sus esbirros.

Nos precipitamos por otra catarata y caímos a un remolino. No sé cómo, pero evitamos zozobrar. La barcaza se salió de la corriente y flotó hacia la orilla.

La ribera era un campo de piedras negras relucientes... o eso pensé al principio. Cuando nos acercamos, resultó que eran caparazones de insectos: millones y millones de corazas secas de escarabajo, que se extendían hasta perderse en la penumbra. Unos pocos escarabajos vivos se movían con torpeza entre los caparazones vacíos, dando la impresión de que todo el paisaje se arrastraba. Ni siquiera voy a empezar a describir cómo olían varios millones de escarabajos peloteros muertos.

La prisión de la Serpiente, dijo Horus.

Escruté la oscuridad buscando una celda, cadenas, un pozo o algo por el estilo. Lo único que vi fue la extensión inacabable de insectos muertos.

«¿Dónde está?», pregunté.

Estoy mostrándote el lugar con un aspecto que puedas comprender, me explicó Horus. Si estuvieras aquí en persona, arderías hasta hacerte cenizas. Si vieras este sitio como es en realidad, tus sentidos mortales se derretirían.

«Estupendo —murmuré—. Lo que más me gusta es que se me derritan los sentidos.»

La embarcación rozó contra la orilla, espantando a unos pocos escarabajos vivos. El terreno entero parecía retorcerse de dolor.

Todos estos escarabajos estuvieron vivos una vez, dijo Horus. Simbolizaban el renacimiento diario de Ra y contenían al enemigo. Ahora solo quedan unos pocos. La Serpiente va abriéndose una salida a mordiscos.

«Un momento —repliqué—. ¿Quieres decir que...?»

Ante mis ojos, la orilla se abombó, como si tuviera algo debajo empujando... una forma gigantesca que intentara liberarse.

Cerré con fuerza los puños en torno a la espada y la jabalina, pero, aun con la fuerza y el valor de Horus, estaba temblando. Por debajo de los caparazones vacíos de escarabajo brillaba una luz rojiza. Los cascarones crujían al moverse, mientras la cosa que había debajo arremetía contra la superficie. Por entre la fina capa de bichos muertos, clavó su mirada en mí un círculo rojo de tres metros, un ojo de serpiente lleno de odio y hambre. Hasta en mi forma divina, sentí el poder del caos atravesándome como una radiación letal, cocinándome desde el interior, carcomiendo mi alma... y fue entonces cuando creí lo que me había dicho Horus. Si hubiera estado allí en carne y hueso, ahora sería un montoncito de cenizas.

«Está escapando. —Se me empezó a cerrar la garganta de puro pánico—. Horus, está saliendo...»

Sí, dijo él. *Pronto...*

Horus guió mi brazo. Alcé la jabalina y la clavé en el ojo de la Serpiente. Apofis aulló de rabia. La ribera se agitó. Entonces Apofis se hundió por debajo de los caparazones de escarabajos muertos, y el brillo rojo menguó.

Pero no hoy, dijo Horus. En el equinoccio, las ligaduras se debilitarán lo suficiente para que por fin escape la Serpiente. Vuelve a convertirte en mi avatar, Carter. Ayúdame a capitanear a los dioses en la batalla. Juntos podríamos detener el alzamiento de Apofis. Pero si despertáis a Ra y reclama su trono, ¿tendrá la fuerza necesaria para reinar? ¿Este barco está en condiciones de volver a cruzar la Duat?

«Entonces, ¿por qué me ayudaste a encontrar el papiro? —pregunté—. Si no quieres a Ra despierto...»

Debe ser decisión tuya, me interrumpió Horus. Creo en ti, Carter Kane. Elijas lo que elijas, yo te apoyaré. Pero muchos de los otros dioses no opinan igual. Creen que tendríamos mejores expectativas si yo fuera su rey y general, si yo encabezara la carga contra la Serpiente. Consideran que vuestro plan de despertar a Ra es un error y una temeridad. Apenas he logrado impedir una rebelión abierta. Tal vez escapen a mi control y os ataquen para evitar que cumpláis la misión.

«Justo lo que nos hacía falta —respondí—. Más enemigos.»

No tiene por qué ser así, insistió Horus. Ahora has visto al enemigo. ¿Quién crees que puede enfrentarse mejor al señor del caos, Ra u Horus?

La barcaza se separó de la playa oscura. Horus liberó mi *ba*, y mi conciencia ascendió de vuelta al mundo mortal como si fuera un globo de helio. Durante lo que quedaba de noche, soñé con un paisaje de escarabajos muertos y con un ojo que me miraba furioso desde las profundidades de una cárcel cada vez más débil.

Si estaba un poco descolocado a la mañana siguiente, ya sabéis cuál era el motivo.

Estuve un buen rato preguntándome qué motivo tenía Horus para enseñarme todo aquello. La respuesta evidente era que Horus era el actual rey de los dioses, y por tanto no quería que Ra regresara para desafiar su autoridad. Los dioses suelen ser egoístas. Hasta cuando te ayudan, siempre es porque les conviene. Por eso no se puede confiar en ellos a la ligera.

Por otra parte, lo que me había dicho tenía sentido. Ra ya era viejo cinco milenios atrás. No había forma de saber en qué estado lo encontraríamos. Además, aunque lográramos despertarlo, no había garantías de que fuera a ayudarnos. Si estaba en tan mala forma como su barco, era imposible que Ra pudiera vencer a Apofis.

Horus me había preguntado quién tenía más posibilidades contra el señor del caos.

La cruda verdad era que, en el fondo de mi alma, yo sabía que ninguno de nosotros. Ni los dioses, ni los magos, ni todos juntos cooperando. Horus quería seguir en el trono y guiar a los dioses a la batalla, pero su enemigo era el más poderoso al que se hubiera enfrentado nunca. Apofis era tan antiguo como el universo, y solo tenía miedo de un adversario: Ra.

Quizá restaurar a Ra no funcionase, pero el instinto me decía que era nuestra única opción. Y, la verdad, cuanta más gente me decía que era mala idea —Bast, Horus, hasta Sadie—, más convencido estaba de que era lo correcto. A veces soy así de tozudo.

«La decisión correcta casi nunca es la fácil», solía decirme mi padre.

Papá había desafiado a toda la Casa de la Vida. Había sacrificado su propia vida para liberar a los dioses, porque estaba seguro de que no había otra forma de salvar el mundo. Ahora me tocaba a mí tomar la decisión difícil.

Sadie ya os ha contado el desayuno y la discusión que tuvimos. Después de que se marchara por el portal, me quedé en el tejado sin más compañía que la de mi nuevo amigo, el grifo psicótico.

Gritaba tantas veces «¡FRIIC!» que al final lo llamé Freak. Además, el nombre le pegaba. Había esperado que ya no estuviera allí al amanecer —podía haberse ido volando o regresar a la Duat—, pero parecía contento en su establo nuevo. Le había recubierto la esquina de la terraza con un fajo de periódicos del día, todos con titulares acerca de la extraña erupción de gas de alcantarilla que había recorrido Brooklyn la noche anterior. Según los artículos, el gas había encendido unos fuegos fantasmales por todo el vecindario, causando graves daños en el museo y dejando indispuestos a varios ciudadanos con náuseas, mareos e incluso alucinaciones de colibrís con el tamaño de rinocerontes. ¡Dichoso gas de alcantarilla!

Estaba tirando más pavos asados a Freak (no sabéis las cantidades que comía) cuando Bast apareció a mi lado.

—En general, me gustan los pájaros —dijo—. Pero ese bicho es inquietante.

—¡FRIIC! —dijo Freak.

Él y Bast se contemplaron mutuamente, como si cada uno se preguntara qué sabor tendría el otro. Bast dio un bufido.

—No pensarás quedártelo, ¿verdad?

—Bueno, no está atado ni nada —dije—. Podría irse si quisiera, pero creo que le gusta el sitio.

—Estupendo —murmuró Bast—. Otra cosa que podría mataros mientras no estoy.

Mi opinión era que Freak y yo nos estábamos llevando muy bien, pero nada de lo que dijera iba a tranquilizar a Bast.

Llevaba ropa de viaje. Por encima de su habitual mono de leopardo, llevaba un largo abrigo negro con jeroglíficos protectores bordados. Al moverse, el tejido titilaba y la hacía invisible en parte.

—Ten cuidado —le pedí.

Bast sonrió.

—Soy una gata, Carter. Sé cuidar de mí misma. Me preocupa más lo que os pase a ti y a Sadie mientras no estoy. Si tu visión era acertada y la celda de Apofis está a punto de abrirse... Bueno, volveré tan pronto como pueda.

No había gran cosa que responder. Si mi visión era acertada, estábamos todos metidos en un buen jaleo.

—Puede que esté fuera de contacto un par de días —siguió diciendo—. Mi amigo

debería llegar antes de que tú y Sadie empecéis la búsqueda mañana. Él se asegurará de que sobreviváis.

—¿No puedes decirme ni cómo se llama?

Bast me dedicó una mirada que podía indicar diversión o nerviosismo, o tal vez las dos cosas a la vez.

—Es un poco difícil describirle. Será mejor que se presente él mismo. —Dicho eso, Bast me dio un beso en la frente—. Cuídate, gatito mío.

Me quedé demasiado aturdido para responder. Siempre había considerado que Bast era la guardiana de Sadie. Yo era una especie de añadido. Pero había tanto afecto en su voz que seguramente me ruboricé. Bast corrió hasta el borde del tejado y saltó.

Pero no me preocupé por ella. Estaba convencido de que caería de pie.

Quería alterar lo menos posible la rutina de nuestros aprendices, así que les di mi clase normal de cada mañana. Yo la llamaba Fundamentos de Problemas Mágicos. Mis alumnos la llamaban Todo Vale.

Al empezar, les planteaba un problema y ellos podían afrontarlo como quisieran. En el momento en que lo hubieran resuelto, la clase terminaba.

Era un método bastante distinto al del colegio de verdad, donde había que quedarse todo el día aunque no se hiciera nada de provecho, pero es que yo nunca había ido a un colegio de verdad. En los años en que mi padre estuvo educándome, aprendía a mi propio ritmo. Cuando había terminado las tareas y mi padre les daba el visto bueno, se acababan las clases. A mí me había funcionado ese sistema, y parece que a los aprendices también les gustaba.

Además, pensaba que Zia Rashid lo aprobaría. La primera vez que Sadie y yo habíamos practicado con ella, nos dijo que la magia no podía aprenderse en aulas y con libros de texto. Se dominaba haciéndola. De modo que, para dar Fundamentos de Problemas Mágicos, íbamos a la sala de entrenamiento y hacíamos explotar cosas.

Aquel día vinieron cuatro alumnos. Los demás aprendices estarían investigando sus propias sendas de la magia, practicando encantamientos o haciendo sus tareas bajo la supervisión de nuestros iniciados más mayores. Como tutora nuestra en ausencia de Amos, Bast había insistido en que no descuidáramos las asignaturas normales, como mates y lengua, aunque a veces ella misma impartía optativas como Acicalamiento Gatuno Avanzado o Siesta. La clase de siesta tenía lista de espera.

Bueno, a lo que iba. La sala de entrenamiento ocupaba casi todo el primer piso de la mansión. Tenía las dimensiones aproximadas de una cancha de baloncesto, que era el uso que le dábamos por las tardes. Tenía suelo de parqué, estatuas de dioses a lo largo de las paredes y un techo abovedado con ilustraciones de antiguos egipcios haciendo ese paso lateral suyo tan característico. En las paredes de los extremos de la sala habíamos fijado, a tres metros de altura, unas estatuas de Ra, en horizontal y con los discos solares de las coronas vaciados para usarlos de aros de baloncesto.

Tal vez fuera una blasfemia, pero ¡qué narices! Si Ra no tenía sentido del humor, era problema suyo.

Allí me esperaban Walt, Julian, Felix y Alyssa. Jaz solía venir a aquellas sesiones, pero por supuesto seguía en coma... y ese era un problema que ninguno sabíamos resolver.

Intenté poner mi cara de profesor seguro de sí mismo.

—Vale, chicos. Hoy probaremos unos simulacros de combate. Empezaremos con la parte fácil.

Saqué cuatro figurillas *shabti* de mi bolsa y las coloqué en las cuatro esquinas de la sala. Situé a un aprendiz delante de cada una y pronuncié una orden. Las cuatro figuras ganaron tamaño hasta convertirse en guerreros egipcios a escala real, armados con espada y escudo. No eran lo más realista del mundo. Su piel parecía de arcilla barnizada, y se movían más despacio que un ser humano, pero servirían para calentar.

—Felix —dije desde el centro de la sala—, por favor, nada de pingüinos.

—¡Venga ya!

Felix era un firme creyente de que la respuesta a todo problema debía incluir pingüinos, pero para las pobres aves no era justo, y ya empezaba a cansarme de tener que teletransportarlos de vuelta a casa. En algún lugar de la Antártida había una bandada entera de pingüinos de Magallanes yendo a sesiones de psicoterapia.

—¡Adelante! —grité, y los *shabtis* atacaron.

Julian, un alumno grandote de primero de secundaria que ya había optado por la senda de Horus, se lanzó a la batalla. Aún no dominaba del todo la invocación de un avatar de combate, pero recubrió su puño con energía dorada, formando una especie de bola de demolición con la que atacó al *shabti*. El guerrero egipcio se estampó contra la pared que tenía detrás y cayó al suelo hecho pedazos. Uno menos.

Alyssa había estudiado la senda de Geb, el dios de la Tierra. En la Casa de Brooklyn no había ningún experto en magia terrestre, pero Alyssa pocas veces necesitaba que la ayudáramos. Se había criado con una familia de alfareros en Carolina del Norte, y sabía trabajar la arcilla desde muy pequeña.

Alyssa esquivó la torpe acometida del *shabti* y lo tocó en la espalda. En la armadura de barro del guerrero brilló un jeroglífico:



El *shabti* parecía intacto pero, cuando se giró para atacar de nuevo, Alyssa se quedó quieta. Yo iba a gritarle que esquivara, pero el golpe del *shabti* no le pasó ni de cerca. Dio un espadazo al suelo y tropezó. Volvió a la carga y lanzó otra media docena de tajos, pero la hoja no amenazó a Alyssa en ningún momento. Por último, el confundido guerrero se tambaleó hacia la esquina, se dio un cabezazo contra la pared y se quedó quieto tras un temblor.

Alyssa me sonrió de oreja a oreja.

—*Sa-per* —explicó—. «Falla» en jeroglífico.

—Muy bueno —le dije.

Mientras tanto, Felix encontró una solución que no incluía pingüinos. No sabíamos en qué clase de magia terminaría especializándose, pero ese día optó por la violencia pura y dura. Cogió una pelota de baloncesto del banco, esperó a que su *shabti* diera un paso y se la lanzó a la cabeza. La pelota rebotó en el momento exacto. El *shabti* perdió el equilibrio y, al caer al suelo, se le partió el brazo de la espada. Felix se acercó y le dio pisotones hasta romperlo en pedazos.

Me miró con cara de satisfacción.

—No has dicho que tuviéramos que hacer magia.

—Cierto —dije, mientras tomaba nota de no volver a jugar a baloncesto con Felix nunca más.

El más interesante de observar siempre era Walt. Era un *sau*, un creador de amuletos, por lo que normalmente luchaba usando lo que tenía a mano. Nunca sabíamos por dónde iba a salir.

Respecto a las sendas, Walt no había decidido la magia de qué dios quería estudiar. Era buen investigador, como Tot, dios del conocimiento. Usaba los papiros y pociones casi tan bien como Sadie, por lo que tenía abierta la senda de Isis. Hasta podría escoger a Osiris: parecía que hubiera aprendido a insuflar vida en objetos inanimados antes que a andar.

Ese día se lo tomó con calma, tocando sus amuletos y considerando qué opciones tenía. El *shabti* fue hacia él y Walt retrocedió. Si tenía alguna debilidad, era la cautela. Le gustaba pensárselo mucho antes de actuar. En otras palabras, era totalmente lo contrario de Sadie.

[Deja de darme en el hombro, Sadie. ¡Es cierto!]

—Venga, Walt —le dijo Julian—, mávalo de una vez.

—Tú puedes —dijo Alyssa.

Walt hizo ademán de quitarse un anillo pero, al dar un paso atrás, tropezó con los restos del *shabti* que había destrozado Felix.

—¡Cuidado! —grité.

Pero Walt resbaló y dio con todo su cuerpo en el suelo. Su adversario *shabti* arremetió contra él, lanzando un golpe bajo.

Corrí hacia Walt, pero estaba demasiado lejos. Ya había empezado a levantar la mano por instinto para bloquear el tajo. La espada de cerámica encantada estaba casi tan afilada como el metal de verdad. Walt debería haber terminado malherido, pero agarró la hoja y el *shabti* se quedó paralizado. Por debajo de los dedos de Walt, la espada se volvió gris y empezó a recorrerla una red de grietas. El gris se extendió como la escarcha hasta recubrir al guerrero completo, y entonces el *shabti* se deshizo en un montón de polvo.

Walt puso cara de asombro. Abrió la mano y vio que no tenía la palma herida.

—¡Cómo mola! —exclamó Felix—. ¿Qué amuleto has usado?

Walt me comunicó la respuesta con una mirada nerviosa. No había sido un amuleto. Walt no tenía ni idea de cómo lo había hecho.

Normalmente, aquello habría sido emoción suficiente para todo el día. Demasiada y todo. Pero los sustos no habían hecho más que empezar.

Antes de que nadie pudiera decir nada, el suelo tembló. Pensé que a lo mejor la magia de Walt se había extendido por el edificio, lo que sería un desastre. O tal vez alguien estaba probando otra vez las maldiciones de asnos explosivos en la planta baja.

Alyssa dio un gemido.

—Chicos...

Señaló la estatua de Ra que se proyectaba desde la pared, a tres metros del suelo. Nuestro aro divino de baloncesto estaba desmoronándose.

Al principio no entendí lo que estaba viendo. La estatua de Ra no estaba deshaciéndose igual que habían hecho los *shabtis*. Estaba resquebrajándose, cayendo al suelo a trozos. Entonces se me encogió el estómago. Los trozos que caían no eran de piedra. La estatua estaba transformándose en caparazones de escarabajo.

Acabó deshaciéndose del todo, y entonces el montón de corazas de escarabajo pelotero que había en el suelo empezó a moverse. De su centro se alzaron tres cabezas de serpiente.

No tengo problemas en confesarlo: me entró el pánico. Creí que mi visión de Apofis estaba haciéndose realidad en ese mismo momento. Retrocedí tan deprisa que tropecé con

Alyssa. Si no me fui corriendo como alma que lleva el diablo fue porque había cuatro aprendices que confiaban en mí para inspirarles coraje.

«No puede ser Apofis», me dije.

Las serpientes acabaron de salir del suelo y caí en la cuenta de que no eran tres animales distintos. Era una cobra gigantesca con tres cabezas. Y para colmo, desplegó unas alas semejantes a las de un gavilán. Su cuerpo era tan grueso como mi pierna, y el animal era tan largo como yo, pero ni se acercaba al tamaño de Apofis. En sus ojos no había ningún resplandor rojizo. Eran horripilantes ojos verdes de reptil como los de toda la vida.

Aun así... que ninguna de las tres cabezas dejara de mirarme tampoco me tranquilizó mucho.

—¿Carter? —dijo Felix, inquieto—. ¿Esto es parte del ejercicio?

La serpiente inició un coro triple de siseos. Me pareció oír su voz dentro de la cabeza, y sonaba exactamente igual que el *bau* del Museo Brooklyn.

Último aviso, Carter Kane. Dame el papiro.

El corazón me dio un vuelco. ¡El rollo! ¡Sadie me lo había dado después de desayunar! Tendría que haberlo guardado bajo llave, dejarlo en uno de los cubículos de seguridad que había en la biblioteca, pero aún estaba en la bolsa que llevaba al hombro.

«¿Qué eres?», pregunté a la serpiente.

—Carter. —Julian desenvainó su espada—. ¿Atacamos?

Ninguno de mis alumnos daba señales de habernos oído hablar ni a la serpiente ni a mí.

Alyssa levantó las manos como si fuera a atrapar una volea de béisbol. Walt se situó entre la serpiente y Felix, que se inclinó un poco a un lado para no perderla de vista.

Dámelo. La serpiente se comprimió para atacar, aplastando caparazones de escarabajos bajo su cuerpo. Extendió tanto las alas que podría habernos envuelto a todos. Renuncia a tu misión o yo destruiré a la chica que buscas, del mismo modo que destruí su aldea.

Intenté sacar la espada, pero el brazo no me respondía. Me sentí paralizado, como si los tres pares de ojos me hubieran sumido en un trance.

«Su aldea —pensé—. El pueblo de Zia.»

Las serpientes no ríen, pero el sonido siseante que hizo aquella parecía de diversión.

Tendrás que decidirte, Carter Kane: la chica o el dios. Renuncia a tu estúpido objetivo, o pronto serás un cascarón seco más, como los escarabajos de Ra.

Me salvó mi furia. Superé la parálisis y grité:

—¡Matadla!

En ese preciso instante, la serpiente abrió las bocas y arrojó tres columnas de llamas.

Alcé un escudo mágico verde para desviar el fuego. Julian empuñó su espada como si fuera un hacha arrojadiza. A un gesto de la mano de Alyssa, tres estatuas bajaron de sus pedestales y embistieron a la serpiente. Walt lanzó un rayo de luz gris con su varita. Y Felix se quitó el zapato izquierdo y se lo tiró al monstruo.

A partir de entonces, no me habría gustado estar en la piel de la serpiente. La espada que lanzó Julian le cortó una de las cabezas. El zapato de Felix rebotó en otra. El rayo gris de Walt convirtió la tercera en polvo. Entonces las estatuas de Alyssa cargaron contra el monstruo, sepultándolo bajo una tonelada de piedra.

Lo que quedaba del cuerpo de la serpiente se deshizo en hilillos de arena.

La sala quedó en un silencio absoluto. Mis cuatro alumnos me miraron. Yo me

agaché para recoger un caparazón de escarabajo.

—Carter, esto era un ejercicio, ¿verdad? —preguntó Felix—. Dime que lo tenías preparado.

Recordé la voz de la serpiente, la misma voz que había tenido el *bau* del Museo Brooklyn. Y caí en la cuenta de por qué me sonaba tanto. La había oído en la batalla de la Pirámide Roja.

—¿Carter? —Felix parecía a punto de echarse a llorar. Como siempre estaba haciendo gamberradas, a veces me olvidaba de que solo tenía nueve años.

—Claro que era un ejercicio —mentí. Miré un momento a Walt y llegamos a un acuerdo tácito: «De esto hay que hablar luego». Pero antes, debía consultarlo con alguien—. Se acabó la clase.

Corrí a buscar a Amos.

6. Casi me mata un bebedero de pájaros

CARTER

A mos dio vueltas al caparazón de escarabajo entre los dedos.

—¿Una serpiente de tres cabezas, dices?

Me sentí culpable por soltarle aquello encima. Desde la última Navidad había sufrido mucho. Y cuando por fin se había curado y volvía a casa, ¡toma! Se cuelga un monstruo en nuestra sala de prácticas. Pero el caso es que no sabía con quién hablar. Lamenté un poco que Sadie no estuviera por allí.

[Venga, Sadie, no te crezcas. Tampoco lo lamenté tanto.]

—Sí —respondí—, con alas y aliento de lanzallamas. ¿Lo habías visto antes?

Amos dejó el caparazón en la mesa. Le dio un golpecito, como esperando que resucitara. Estábamos los dos solos en la biblioteca, por extraño que parezca. En general, la gran estancia redonda se llenaba de aprendices que buscaban papiros en las hileras de cubículos, o enviaban a *shabtis* a lo largo y ancho del mundo para traerles artefactos, libros o pizzas. En el suelo estaba pintado Geb, el dios de la tierra, con el cuerpo salpicado de árboles y ríos. Sobre nuestras cabezas, la diosa del cielo Nut extendía su piel de estrellas en el techo. Siempre que entraba en la sala, me sentía a salvo, protegido por dos dioses que se habían portado bien con nosotros en el pasado. Pero ahora no paraba de mirar de reojo a los *shabtis* que había por toda la biblioteca, dudando si se desharían en caparazones de insecto o decidirían atacarnos sin previo aviso.

Amos entonó una orden:

—A *'max*.

«Arde.»

Un pequeño jeroglífico rojo se encendió sobre el escarabajo:



El caparazón estalló en llamas y solo dejó un montoncito de cenizas en la mesa.

—Creo recordar que había una pintura en la tumba de Tutmosis III —dijo Amos—. Era de una serpiente con tres cabezas y unas alas como las que me has descrito. Pero su significado... —Negó con la cabeza—. En la leyenda egipcia, las serpientes pueden ser buenas o malas. Pueden ser enemigas de Ra o sus defensoras.

—Esta no lo defendía nada —dije yo—. Quería el papiro.

—Y aun así tenía tres cabezas, que podrían simbolizar los tres aspectos de Ra. Y ha nacido de los restos de una estatua suya.

—No la enviaba él —insistí—. ¿Por qué iba a querer Ra que no lo encontráramos? Además, he reconocido la voz de la serpiente. Era la voz de tu... —Me mordí la lengua—. Quiero decir, la voz del siervo de Set que conocimos en la Pirámide Roja, el que había poseído Apofis.

La mirada de Amos se desenfocó.

—Rostro de Horror —recordó por fin—. ¿Crees que Apofis te ha hablado por medio de la serpiente?

Asentí.

—Pienso que también puso las trampas en el Museo de Brooklyn. Allí me habló por medio de un *bau*. Si es tan poderoso como para colarse en esta mansión...

—No, Carter. Aunque tengas razón, no puede tratarse del propio Apofis. Si hubiera escapado de su encierro, recorrerían la Duat unas ondas tan intensas que las sentirían todos los magos. Sin embargo, dominar la mente de un esbirro, o incluso infiltrarlo en lugares protegidos para transmitir un mensaje, es mucho más fácil. No creo que esa serpiente pudiera haberos dado mucha guerra. Después de burlar nuestras defensas, debía de estar muy débil. La han enviado sobre todo para advertiros y meteros miedo.

—Ha funcionado —dije.

No pregunté a Amos cómo sabía tanto de posesiones y de las técnicas del caos. Cuando Set, el dios del mal, se apoderó de su cuerpo, debió de ser todo un cursillo intensivo. Ahora parecía recuperado pero, al haber compartido yo mi mente con Horus, sabía por experiencia propia que una vez habías albergado a un dios, voluntariamente o no, jamás volvías a ser el mismo. Siempre te quedaban los recuerdos, y hasta algunas briznas del poder del dios. Era imposible no darse cuenta de que el color de la magia de Amos había cambiado. Antes era azul. Ahora, siempre que invocaba jeroglíficos, brillaban en rojo, el color de Set.

—Reforzaré los conjuros que rodean la casa —me prometió—. De todas formas, ya tocaba mejorar el sistema de seguridad. Los mensajeros de Apofis no podrán volver a entrar.

Asentí, pero la promesa no me había tranquilizado demasiado. Al día siguiente, si Sadie volvía sana y salva, saldríamos en busca de los otros dos papiros del *Libro de Ra*.

Sí, lo sé, habíamos sobrevivido a nuestra última aventura contra Set, pero Apofis jugaba en una liga muy distinta. Y ahora ya no albergábamos dioses. Éramos simples chavales que se enfrentaban a magos malvados, demonios, monstruos, espíritus y al eterno señor del caos. En la lista de puntos a mi favor tenía una hermana gruñona, una espada, un babuino y un grifo con trastorno de la personalidad. No acababa de gustarme la perspectiva.

—Amos —dije—, ¿y si nos equivocamos? ¿Qué pasa si despertar a Ra no sirve de nada?

Hacía muchísimo tiempo que no veía una sonrisa en el rostro de mi tío. No se parecía mucho a mi padre, pero al sonreír le salían las mismas arrugas junto a los ojos.

—Carter, mira todo lo que habéis logrado ya. Tú y Sadie habéis vuelto a descubrir un tipo de magia que llevaba milenios sin practicarse. En dos meses, habéis llevado más lejos a vuestros aprendices que donde llegan la mayoría de los iniciados del Nomo Primero en dos años. Habéis combatido a dioses. Habéis conseguido más que cualquier otro mago vivo; más que yo, incluso más que Michel Desjardins. Confíad en vuestro instinto. Si me gustaran las apuestas, mi dinero siempre iría contigo y con tu hermana.

Se me hizo un nudo en la garganta. No me habían dado una charla de ánimo como aquella desde que mi padre vivía, y creo que no me había dado cuenta de cómo la necesitaba.

La lástima fue que el nombre de Desjardins me trajo a la mente que teníamos otros problemas, aparte de Apofis. Tan pronto como iniciáramos la misión, un mago vendedor de helados ruso llamado Vlad el Inhalador intentaría asesinarlos. Y si Vlad era el tercer mago más poderoso del mundo...

—¿Quién es el segundo? —pregunté.

Amos frunció el ceño.

—¿Cómo dices?

—Antes has dicho que ese tío ruso, Vlad Ménshikov, es el tercer mago vivo más poderoso. Desjardins es el número uno. ¿Quién es el segundo? Quiero saberlo por si hemos de preocuparnos de otro enemigo.

Amos pareció encontrar divertida la idea.

—Por eso no pierdas el sueño. Y aunque hayáis tenido vuestros encontronazos con Desjardins, yo no diría que es un auténtico enemigo.

—Explícaselo a él —musité.

—Ya lo hice, Carter. Cuando estaba en el Nomo Primero, hablamos varias veces. Creo que lo que lograsteis tú y Sadie en la Pirámide Roja lo dejó muy alterado. Sabe que no habría podido vencer a Set sin vosotros. Sigue siendo vuestro oponente pero, si tuviéramos más tiempo, quizá pudiera convencerlo...

A mí me sonaba tan probable como que Apofis y Ra se hicieran amigos en Facebook, pero preferí callarme.

Amos hizo un pase de mano por encima de la mesa y pronunció un hechizo. Apareció un holograma rojo de Ra, una réplica en miniatura de la estatua que teníamos en la sala de prácticas. El dios solar se parecía a Horus en que también era un hombre con cabeza de halcón. Sin embargo, Ra llevaba el disco solar como corona y sostenía el cayado del pastor y el látigo de guerra, los símbolos del faraón. Llevaba túnica en vez de armadura y estaba sentado con aire regio y tranquilo en su trono, como si se contentara con ver luchar a los demás. Se me hizo raro ver la imagen del dios en rojo, brillando con los colores del caos.

—Ah, otra cosa que has de tener en cuenta —dijo Amos—. No lo digo para desanimarte, pero me has preguntado por qué podría querer Ra que no le despertéis. El *Libro de Ra* no fue dividido en tres partes porque sí. Se hizo con la intención de que fuera difícil de encontrar, de modo que solo pudieran conseguirlo los mejores. En vuestra misión habrá desafíos y obstáculos, de eso puedes estar seguro. Los otros dos papiros estarán, como mínimo, tan bien protegidos como el primero. Y deberíais preguntaros: ¿qué sucede si despertáis a un dios que no quiere despertar?

Las puertas de la biblioteca se abrieron de golpe y casi salté de la silla. Entraron Cleo y otras tres chicas, charlando y riendo, cargadas de papiros.

—Es la hora de mi clase de investigación. —Amos movió la mano y el holograma de Ra desapareció—. Luego hablamos, Carter, supongo que después de comer.

Asentí, aunque tenía la sospecha de que nunca tendríamos esa conversación. Cuando miré atrás desde la puerta de la biblioteca, Amos saludaba a sus alumnos mientras, como quien no quiere la cosa, limpiaba la mesa de cenizas de escarabajo.

Llegué a mi habitación y encontré a Keops tumbado en la cama, haciendo *zapping* por los canales de deportes. Llevaba su sudadera preferida de los Lakers y tenía un cuenco lleno de Cheetos sobre la barriga. Desde que habían llegado nuestros aprendices, la Gran Sala se había vuelto demasiado ruidosa para que pudiera ver la tele en paz, así que había decidido convertirse en mi compañero de cuarto.

Debería tomármelo como un cumplido, pero compartir el espacio con un babuino no es nada fácil. ¿Creéis que los perros y los gatos sueltan pelo? Pues intentad dejar la ropa presentable después de que la haya tocado un mono.

—¿Qué tal? —le dije.

—¡Ajá!

Era más o menos lo que decía siempre.

—Genial —respondí—. Me voy al balcón.

Fuera seguía lloviendo y haciendo frío. El viento que venía del East River habría hecho temblar a los pingüinos de Felix, pero no me importó. Por primera vez en todo el día, tenía un rato para estar solo.

Desde que habían llegado los chicos a la mansión de mi tío Amos, me sentía como si no pudiera bajar del escenario. Tenía que aparentar confianza hasta cuando me asaltaban las dudas. No podía mandar a freír espárragos a nadie (bueno, excepto a Sadie de vez en cuando) y, si algo salía mal, no podía protestar demasiado. Los demás habían venido desde muy lejos para entrenar con nosotros. Muchos de ellos se habían enfrentado a monstruos o magos en el camino. No podía reconocer ante ellos que no tenía ni la más remota idea de lo que estaba haciendo, ni tampoco preguntarme en voz alta si todo aquello de la senda de los dioses acabaría por matarnos a todos. No podía decirles: «Ahora que estáis aquí, creo que igual no era tan, tan buena idea».

Pero, en muchas ocasiones, esa era la sensación que me daba. Con Keops ocupando mi habitación, solo me quedaba mi terraza para poder deprimirme a solas.

Miré hacia Manhattan, al otro lado del río. Desde la terraza, tenía una vista estupenda. Cuando Sadie y yo llegamos por primera vez a la Casa de Brooklyn, Amos nos dijo que los magos procuraban apartarse de Manhattan. Que Manhattan tenía otros problemas, aunque no nos explicó cuáles. Y a veces, cuando miraba en aquella dirección, podría haber jurado que veía cosas. Sadie siempre se reía cuando le sacaba el tema, pero una vez me pareció que había un caballo volador. Seguro que serían ilusiones ópticas provocadas por las barreras de la mansión, pero seguía haciéndoseme raro.

Me volví hacia el único objeto que había en la terraza, mi cuenco de adivinación. Parecía un bebedero de pájaros, ya que consistía solo en un platillo de bronce sobre un pedestal de piedra, pero era mi utensilio mágico favorito. Me lo había hecho Walt al poco tiempo de llegar.

Un día le había comentado cuánto me gustaría saber lo que pasaba en otros nomos, y entonces me fabricó el cuenco.

En el Nomo Primero había visto a los iniciados usarlos, pero siempre me habían parecido difíciles de dominar. Por suerte, Walt era un experto en encantamientos. Si mi cuenco de adivinación fuera un coche, sería un Cadillac con dirección asistida, transmisión automática y calentaculos. Lo único que había que hacer era llenarlo de aceite de oliva y pronunciar la palabra de mando. El cuenco me enseñaba absolutamente cualquier cosa, siempre que pudiera visualizarla y no estuviera escudada con magia. Los lugares que no había visitado eran más complicados. La gente o los sitios que hubiera visto en persona o que fueran importantes en mi vida... solían estar chupados.

Había buscado a Zia cien veces sin ningún éxito. Lo único que sabía de ella era que su mentor, Iskandar, le había inducido un sueño mágico y la había escondido en algún sitio, poniendo a un *shabti* en su lugar para que nadie sospechara y proteger su auténtico cuerpo. Pero no tenía ni idea de dónde dormía la auténtica Zia.

Probé algo nuevo. Pasé la mano sobre el platillo e imaginé el Lugar de las Arenas Rojas. No ocurrió nada. Nunca había estado allí, y lo único seguro de su aspecto es que sería rojo y, posiblemente, arenoso. En el aceite solo vislumbé mi propio reflejo.

Vale, no podía ver a Zia. Hice lo que más se le acercaba: me concentré en su

habitación secreta del Nomo Primero. Solo la había visitado una vez, pero recordaba hasta el último detalle. Era el primer lugar en que me había sentido unido a ella. La superficie del aceite onduló para convertirse en un reproductor mágico de vídeo.

La habitación estaba igual que siempre. Los cirios mágicos seguían encendidos en la mesita. Las paredes estaban cubiertas de fotos de Zia, imágenes del pueblo de su familia a orillas del Nilo, de sus padres y de ella misma cuando era pequeña.

Me había contado la historia de cuando su padre desenterró una antigua reliquia egipcia, y liberó por accidente a un monstruo en el poblado. Llegaron magos para reducir al monstruo, pero no fue antes de que el pueblo quedara arrasado del todo. Solo sobrevivió Zia, a quien sus padres habían escondido. Iskandar, el viejo lector jefe, se la había llevado al Nomo Primero para entrenarla. Después de eso, había sido como un padre para ella.

Luego, la Navidad pasada, los dioses se liberaron en el Museo Británico. Una de ellos, Neftis, había elegido a Zia como anfitriona. En el Nomo Primero, ser un «deificado» podía castigarse con la muerte, quisieras o no albergar el espíritu del dios, así que Iskandar había sacado de allí a Zia para ocultarla. Seguro que tenía intención de rescatarla cuando se arreglaran las cosas, pero había muerto antes de poder hacerlo.

Por tanto, la Zia que yo había conocido era una réplica, pero quería creer que el *shabti* y la auténtica Zia habían compartido sus pensamientos. Allá donde estuviera la Zia real, me recordaría cuando despertara. Sabría que habíamos tenido una conexión, quizá el principio de una relación maravillosa. De ningún modo podía aceptar que me hubiera enamorado de algo que no era más que un cacho de cerámica. Y ni muerto aceptaría que me era imposible rescatar a Zia.

Me concentré en la imagen del aceite. Enfoqué una fotografía de Zia subida a hombros de su padre. En la foto era muy pequeña, pero ya se notaba que sería muy hermosa cuando creciera. Llevaba el pelo cortado en cuña, igual que cuando la conocí. Sus ojos eran de un tono ámbar brillante. La fotografía la había pillado en plena carcajada, intentando tapar los ojos de su padre con las manos. Su sonrisa irradiaba travesura juguetona.

«Destruiré a la chica que buscas —había dicho la serpiente de tres cabezas—, del mismo modo que destruí su aldea.»

No dudé ni por un momento que se refería al pueblo de Zia. Pero ¿qué tenía que ver el ataque de seis años antes con que en ese momento se alzara Apofis? Si no había sido un accidente fortuito, si Apofis había acabado a propósito con el hogar de Zia... ¿qué motivo tenía?

Debía encontrarla. Ya no era solo un asunto personal. De alguna manera, Zia estaba relacionada con la batalla contra Apofis que cada vez se acercaba más. ¿Y si la advertencia de la serpiente era cierta? ¿Y si tenía que elegir entre encontrar el *Libro de Ra* y salvar a Zia? Bueno, ya había perdido a mi madre, a mi padre y mi antigua vida, todo sacrificado para detener a Apofis. No iba a perder también a Zia.

Estaba meditando sobre lo fuertes que serían las patadas de Sadie si me oyera decirlo cuando, de pronto, alguien llamó a la puerta de cristal que daba al balcón.

—¡Eh! —Walt se encontraba en el umbral, con Keops cogido de la mano—. Esto... espero que no te importe. Me ha dejado entrar Keops.

—¡Ajk! —confirmó el babuino. Sacó fuera a Walt y después se subió a la barandilla, sin miedo a los treinta metros de caída que lo separaban del río.

—No pasa nada —repuse. Tampoco es que tuviera elección. A Keops le caía de maravilla Walt, posiblemente porque jugaba mejor al baloncesto que yo.

Walt hizo un gesto con la cabeza hacia el cuenco de adivinación.

—¿Funciona bien o qué?

La imagen de la habitación de Zia aún rielaba en el aceite. Pasé la mano sobre el cuenco para cambiarla. Como había estado pensando en Sadie, de inmediato sintonizó la sala de estar de nuestros abuelos.

—Va perfectamente. —Me volví hacia Walt de nuevo—. ¿Cómo te encuentras?

Por algún motivo, se le crispó el cuerpo entero. Me miró como si estuviera intentando arrinconarlo.

—¿Por qué lo dices?

—Por el incidente de la sala de entrenamiento. La serpiente de tres cabezas. ¿Por qué va a ser?

Los tendones de su cuello se destensaron.

—Claro... Perdona, es que ha sido una mañana muy rara. ¿Amos le ha encontrado explicación?

No sabía por qué se había alterado tanto, pero decidí olvidarlo. Le conté la conversación que había tenido con Amos. En general, Walt se tomaba las cosas con tranquilidad. Se le daba bien escuchar. Pero, aun así, seguía mostrándose reservado, nervioso.

Cuando acabé de hablar, se acercó a la barandilla donde se había acuclillado Keops.

—¿Apofis nos ha metido ese bicho en la casa? Si no lo hubiéramos tumbado...

—Amos cree que la serpiente no era muy poderosa. Solo ha venido a entregar un mensaje y darnos un susto.

Walt meneó la cabeza, desalentado.

—Bueno... pues ahora sabe cuáles son nuestras capacidades, supongo. Sabe que Felix es peligroso con su zapato.

No pude evitar una sonrisa.

—Ya lo creo. Pero yo no pensaba en esa capacidad. La luz gris que has disparado tú a la serpiente... y lo de convertir al *shabti* del entrenamiento en polvo...

—¿Me preguntas cómo lo he hecho? —Walt se encogió de hombros, abatido—. De verdad que no lo sé, Carter. No he parado de darle vueltas desde entonces, y... ha sido por instinto. Al principio creía que el *shabti* tendría algún tipo de conjuro de autodestrucción y que lo había activado sin saberlo. A veces me pasa con los objetos mágicos: los pongo en marcha o los apago sin pensar.

—Pero eso no explicaría que lo hayas vuelto a hacer con la serpiente.

—No —admitió. Parecía que el incidente le había afectado incluso más que a mí.

Keops empezó a hurgar en el pelo de Walt, buscando piojos, y Walt ni siquiera intentó evitarlo.

—Walt... —Vacilé antes de seguir porque no quería apretarle demasiado—. Ese poder nuevo, el de convertir las cosas en polvo, ¿no tendrá algo que ver con... ya sabes, con lo que le estuvieras contando a Jaz anoche?

Ahí estaba otra vez la mirada de animal enjaulado.

Me apresuré a añadir:

—Ya sé que no es asunto mío. Pero es que últimamente te veo muy hundido. Si puedo ayudarte en algo...

Se quedó mirando el río. Parecía tan deprimido que Keops gruñó y le dio unas palmaditas en el hombro.

—A veces me pregunto por qué vine aquí —dijo.

—Será broma —repliqué—. Eres un mago estupendo. ¡De los mejores! Aquí tienes

un gran futuro.

Se llevó una mano al bolsillo y sacó uno de los escarabajos secos de la sala de prácticas.

—Gracias. Pero ha ocurrido precisamente en un momento... es como una broma pesada. Me pasan cosas complicadas, Carter. Y en el futuro... no sé.

Sospeché que no solo hablaba de nuestros cuatro días de plazo para salvar el mundo.

—Oye, si tienes algún problema... —dije—. Si es por la manera que tenemos Sadie y yo de enseñar...

—Claro que no. Lo has hecho de maravilla. Y Sadie...

—Le gustas mucho —dije—. Ya sé que a veces es un poco directa. Si quieres que le pida que te deje espacio...

[Vale, Sadie. A lo mejor no tendría que habérselo dicho. Pero es que cuando te gusta un chico no eres muy disimulada que digamos. Supuse que a lo mejor el pobre estaba incómodo.]

Walt rió.

—No, no, de verdad, no es por Sadie. A mí también me gusta ella. Es que...

—¡Ajá! —El bramido de Keops fue tan fuerte que di un saltito. Nos enseñó los colmillos.

Me volví hacia él y comprendí que estaba rugiendo al cuenco de adivinación.

La escena seguía siendo la sala de estar de mis abuelos. Pero, al prestarle más atención, reparé en que algo no andaba bien. La luz y la tele estaban apagadas. Alguien había volcado el sofá.

Noté un sabor metálico en la boca.

Me concentré en resintonizar la imagen hasta que vi la puerta de entrada. Estaba rota en pedazos.

—¿Qué pasa? —Walt se acercó a mi lado—. ¿Qué es?

—Sadie...

Concentré toda mi fuerza de voluntad en localizarla. La conocía tan bien que normalmente la encontraba al instante, pero esa vez el aceite se volvió negro. Noté un dolor agudo detrás de las cuencas oculares, y la superficie del aceite se encendió en llamas.

Walt me apartó antes de que pudiera quemarme la cara. Keops chilló, alarmado, y de un manotazo tiró el cuenco por encima de la barandilla, hacia el East River.

—¿Qué ha pasado aquí? —preguntó Walt—. Nunca había visto a un cuenco hacer...

—Portal a Londres —le interrumpí entre toses, con la nariz dolorida por el aceite de oliva quemado—. El más cercano. ¡Ya!

Walt pareció entenderlo. Puso una expresión decidida.

—Nuestro portal aún se está enfriando. Tendremos que volver al Museo Brooklyn.

—El grifo —dije yo.

—Sí. Voy contigo.

Me volví hacia Keops.

—Dile a Amos que nos vamos. Sadie está en apuros. No tengo tiempo de explicárselo.

Keops gruñó y se arrojó por un lateral del balcón. Era su ascensor exprés para bajar.

Walt y yo salimos de mi cuarto a la carrera y subimos los escalones de tres en tres hacia el tejado.

7. Un regalo del chico con cabeza de perro

SADIE

Bueno, ya has contado bastante, querido hermano.

Mientras tú hablabas y hablabas sin parar, todo el mundo estaba imaginándose a mí congelada en el recibidor del piso de los abuelos, chillando: «¡AAAH!».

Y lo de que Walt y tú vinierais corriendo a Londres, dando por hecho que necesitaba que me rescataran... ¡cómo sois los tíos!

Vale, seamos justos: sí que necesitaba ayuda. Pero no es el tema.

Volvamos a la historia. Acababa de oír una voz en lo alto de la escalera que me decía:

—Bienvenida a casa, Sadie Kane.

Por supuesto, sabía que aquello pintaba mal. Las manos me hormigueaban como si hubiera metido los dedos en un enchufe. Intenté convocar mi báculo y mi varita pero, como puede que ya haya mencionado, soy una negada recuperando objetos de la Duat sin previo aviso. Me maldije por no haber venido preparada pero, en serio, no iba a ponerme un pijama de hilo y cargar con un zurrón mágico para una noche de fiesta en la ciudad con mis compis.

Pensé en huir, pero tal vez mis abuelos corrieran peligro. No podía marcharme sin asegurarme de que estaban bien.

La escalera crujió. En la cima apareció el dobladillo de un vestido oscuro, acompañado de unos pies con sandalias que no eran humanos del todo. Los dedos eran nudosos y apergaminados, y las uñas largas como las garras de un ave. Mientras la mujer bajaba y me dejaba verla del todo, solté un gemido ciertamente muy poco digno.

Aparentaba unos cien años, toda jorobada y escuálida. La cara, los lóbulos de las orejas y el cuello le colgaban en pliegues de arrugada piel rosa, como si una lámpara ultravioleta se los hubiese derretido. Su nariz era un pico flácido. Le brillaban los ojos en sus cuencas hundidas, y estaba casi calva: del arrugado cuero cabelludo solo brotaban unos grasientos mechones negros que me recordaron a las malas hierbas.

El vestido, por el contrario, parecía de peluche. Era negro como la medianoche, sedoso y amplio como un abrigo de pieles seis tallas demasiado grande. Pero cuando la criatura dio otro paso hacía mí, el tejido se movió y caí en la cuenta de que no eran pieles. El vestido estaba hecho de plumas negras.

Entonces sacó las manos de las mangas y movió unos dedos que eran como garras, indicándome que me acercara. Al sonreír, mostró unos dientes que parecían cachitos de cristal. Por cierto, ¿he mencionado el olor? Ya no es que oliera a viejo, es que olía a viejo... muerto.

—Estaba esperándote —dijo la arpía—. Por fortuna, tengo mucha paciencia.

Di un agarrón al aire intentando sacar mi varita de la Duat. Por supuesto, no hubo suerte. Y desde que Isis se había marchado de mi cabeza, ya no podía resolver los problemas a base de palabras de poder. Necesitaba mis herramientas. Mi única esperanza era ganar tiempo y confiar en poder concentrarme lo suficiente para acceder a la Duat.

—¿Quién eres? —pregunté—. ¿Dónde están mis abuelos?

La arpía había llegado al pie de la escalera. Desde dos metros de distancia, su vestido parecía estar cubierto de trocitos de... ¡Puaj! ¿Eso era carne?

—¿Acaso no me reconoces, querida?

Su imagen vaciló. El vestido se convirtió en una bata de florecitas. Las sandalias, en unas zapatillas verdes de andar por casa. Tenía el pelo gris y rizado, unos ojos azules llorosos y el gesto de un conejo asustado. Era la cara de mi abuela.

—¿Sadie? —Su voz sonó débil y confundida.

—¡Abuela!

Volvió a convertirse en la arpía de plumas negras, pero ahora con una sonrisa malévolamente en su horrible cara derretida.

—Sí, querida. Al fin y al cabo, tu familia es de la sangre de los faraones, lo que os convierte en huéspedes perfectos para los dioses. Aún así, será mejor que no me hagas cansarme mucho. El corazón de tu abuela ya no está para tantos trotes.

Empezó a temblarme todo el cuerpo. Había visto otras posesiones antes, y siempre eran algo espantoso. Pero aquello, la idea de que una arpía egipcia se apoderase de mi pobre abuela... me horripiló. Aunque mi sangre fuese la de los faraones, se me congeló en las venas.

—¡Déjala en paz! —La intención era gritar, pero me temo que salió un chillidito de terror—. ¡Fuera de su cuerpo!

La arpía estalló en carcajadas.

—Me temo que no puedo. Verás, Sadie Kane, algunos de nosotros dudamos de vuestra fuerza.

—¿Algunos de quiénes? ¿De los dioses?

Su cara vibró y cambió por un instante a una horrible cabeza de pájaro, calva, con escamas rosadas y un pico largo y puntiagudo. Enseguida volvió a transformarse en la arpía sonriente. Ojalá se decidiera de una vez.

—A los fuertes no los molesto, Sadie Kane. En los viejos tiempos, incluso defendía al faraón, siempre que hubiera demostrado su valía. Sin embargo, los débiles... Ah, en cuanto caen bajo la sombra de mis alas, ya no los dejo escapar. Espero a que mueran. Aguanto el momento de alimentarme. Y, querida, creo que mi próximo alimento serás tú.

Apreté la espalda contra la puerta.

—Sé quién eres —mentí.

Recorrí mi lista mental de dioses egipcios a la desesperada, intentando situar a la vieja arpía. Aún no era ni la mitad de buena que Carter recordando todos esos nombres tan raros. [Y no, Carter, no es ningún cumplido. Solo significa que tú eres el doble de bicho raro.] Pero, en las dos semanas que llevaba dando clase a nuestros aprendices, algo había mejorado.

Los nombres tenían poder. Si lograba descubrir el nombre de mi enemiga, sería un primer paso para derrotarla. Un pajarraco negro y grasiento... un ave que se alimenta de los muertos...

Para mi sorpresa, recordé algo.

—Eres la diosa buitres —dije orgullosa—. Nestlé, ¿verdad?

La vieja arpía gruñó.

—¡Nejbet!

Bueno, pero casi.

—¡Se supone que eres una diosa buena! —protesté.

La diosa abrió los brazos. Se convirtieron en alas, de plumaje negro y apelmazado,

que olían a muerto y tenían moscas zumbando alrededor.

—Los buitres somos buenísimos, Sadie. Eliminamos a los enfermos y los débiles. Volamos en círculos sobre sus cabezas hasta que mueren, y luego devoramos sus carcasas, purgando el mundo de su hedor. Tú, por tu parte, buscas restaurar a Ra, ese viejo cadáver enloquecido de dios solar. Luchas por sentar a un faraón débil en el trono de los dioses. ¡Va contra la naturaleza! Solo los fuertes deben sobrevivir. Los débiles están para comerlos.

Su aliento olía a mofeta podrida.

Vaya bichos más despreciables, los buitres. Seguro que no hay ningún pájaro más asqueroso. Supongo que cumplen su función, pero ¿era necesario ser tan sucios y feos? ¿No podrían ser unos conejitos de color rosa los que limpiaran los huesos de animales junto a la carretera?

—Muy bien —dije—. Ahora vas a salir de mi abuela. Si luego te portas como los buitres buenos, te compraré unos caramelos para el aliento.

Por lo visto, ahí toqué hueso con Nejbet. Se arrojó sobre mí. Yo la esquivé hacia un lado, pero tropecé con el sofá y perdí el equilibrio. Nejbet derribó toda la colección de porcelana del aparador.

—¡Vas a morir, Sadie Kane! —exclamó—. Dejaré limpios tus huesos. ¡Eso demostrará a los otros dioses que no eres digna!

Esperé su siguiente ataque, pero ella solo se quedó mirándome con rabia desde el otro extremo del sofá. Me vino entonces a la cabeza que normalmente los buitres no matan. Esperan a que su presa muera.

Las alas de Nejbet llenaron la sala. Su sombra cayó sobre mí, dejándome envuelta en penumbra. Empecé a sentirme atrapada, indefensa como un animalillo enfermizo.

Si nunca antes hubiera enfrentado mi voluntad a los dioses, a lo mejor no habría identificado aquello como magia. Era como un runrún constante al fondo de la mente, diciéndome una y otra vez que perdiese la esperanza y me rindiera... Pero yo había resistido contra un buen montón de dioses horribles del inframundo. Podía manejar a un pajarraco grasiento.

—No está mal —le dije—. Pero no pienso tumbarme a morir.

Los ojos de Nejbet brillaron.

—A lo mejor lleva un tiempo, querida mía, pero ya te he dicho que tengo paciencia. Si tú no sucumbes, tus amigas mortales no tardarán en llegar. ¿Cómo se llamaban? ¿Liz y Emma?

—¡Ellas no tienen nada que ver!

—Ah, pero serán unos aperitivos estupendos. Y aún no has saludado a tu querido abuelito.

De pronto, solo pude oír el fragor de mi propia sangre.

—¿Dónde está? —le exigí.

Nejbet señaló el techo con la cabeza.

—Tranquila, vendrá enseguida. A los buitres nos gusta seguir a un depredador bien grandote, ¿sabes?, para esperar a que cace por nosotros.

Llegó un estruendo apagado del piso de arriba, como si hubieran tirado un mueble grande por la ventana.

Mi abuelo gritó:

—¡No! ¡Nooo! —Pero en pleno grito, su voz se transformó en un rugido animal—:
¡NOOOAAARRR!

El poco coraje que me quedaba cayó fundido dentro de mis botas militares.

—¿Qué...?

—Sí —dijo Nejbet—. Babi ha despertado.

—¿Bobby? ¿Hay un dios que se llama Bobby?

—B-A-B-I —gruñó la diosa buitres—. Muy lista no eres, ¿verdad, querida?

El enlucido del techo se resquebrajó cuando alguien pesado dio un pisotón en el piso de arriba. Algo inmenso se dirigía hacia la escalera.

—Babi se encargará de ti —me aseguró Nejbet—. Y me dejará unas sobras bien ricas.

—Adiós —dije, y salí corriendo por la puerta.

Nejbet no intentó impedírmelo. Chilló a mis espaldas:

—¡Una cacería! ¡Excelente!

Estaba terminando de cruzar la calle cuando nuestra puerta principal estalló.

Eché un vistazo por encima del hombro y vi que salía algo de entre los cascotes y el polvo. Era una silueta demasiado grande y peluda para ser la de mi abuelo.

No me detuve a verlo mejor.

Doblé la esquina de Colonnade Sur como una exhalación y casi me llevé por delante a Liz y a Emma.

—¡Sadie! —chilló Liz mientras se le caía un regalo de cumpleaños—. ¿Qué ocurre?

—¡No hay tiempo! —dije—. ¡Venid!

—Yo también me alegro de verte —rezongó Emma—. ¿Por qué sales disparada...?

La criatura que me perseguía rugió, ya bastante cerca.

—Luego os lo explico —respondí—. ¡Si no queréis que os descuartice un dios llamado Bobby, seguidme!

Visto con perspectiva, ahora aprecio lo espantoso que estaba resultando mi cumpleaños, pero en aquel momento estaba demasiado asustada para compadecerme de mí misma como era debido.

Corrimos por toda Colonnade Sur, con los rugidos que llegaban de detrás casi sofocados por las quejas de Liz y Emma.

—¡Sadie! —dijo Emma—. ¿Esto no será una broma de las tuyas?

Mi amiga había crecido un poco, pero tenía el mismo aspecto de siempre, con sus gafotas brillantes y el pelo corto y de punta. Llevaba una minifalda de cuero negro, jersey peludo rosa y unos ridículos zapatos de plataforma con los que apenas podía andar, no digamos correr. ¿Cómo se llama ese tío tan extravagante que hacía rock en los setenta? ¿Elton John? Pues si tuviese una hija india, podría parecerse a Emma.

—No es broma —le aseguré—. ¡Y por lo que más quieras, quítate esos zapatos!

Emma se escandalizó.

—Pero ¿tú sabes lo que cuestan?

—Va, en serio, Sadie —terció Liz—. ¿Adónde nos llevas?

Liz vestía con más tino: vaqueros, zapatillas de deporte, un top blanco y chaqueta vaquera, pero ponía la misma cara de alucinada que Emma. Estaba aplastando un poco mi regalo de cumpleaños bajo el brazo. Liz era una pelirroja con muchas pecas y, cuando algo le daba vergüenza o hacía algún esfuerzo, la cara blanca se le ponía tan roja que no se apreciaban las pecas. En circunstancias normales, Emma y yo nos habríamos dedicado a tocarle las narices con aquello, pero esa noche no.

Detrás de nosotros, la criatura volvió a rugir. Volví la mirada, lo que fue un error. Frené hasta pararme y mis compis se toparon conmigo.

Por un breve instante, pensé: «Dios mío, es Keops».

Pero Keops no tenía el tamaño de un oso pardo. Ni el pelaje plateado y brillante, ni colmillos como cimitarras, ni una mirada asesina. El babuino que estaba haciendo estragos en el muelle Canary parecía dispuesto a comerse lo primero que pillara, no solo alimentos terminados en o, y me descuartizaría sin pensárselo dos veces.

La única buena noticia era que, por el momento, estaba distraído con la actividad de la calle. Los coches hacían eses para esquivar a la bestia. Los peatones chillaban y corrían. El babuino empezó a volcar taxis, a destrozar escaparates y a crear problemas en general. Mientras avanzaba hacia nosotros, vi que le colgaba un trozo de tela roja del brazo izquierdo: los restos de la chaqueta de punto favorita de mi abuelo. También tenía sus gafas atascadas en la frente.

Hasta ese momento no había acabado de asumir lo terrorífica que era la situación. Esa cosa era mi abuelo, que nunca había usado la magia ni hecho nada para molestar a los dioses egipcios.

A veces mis abuelos no me caían bien, sobre todo cuando echaban pestes de mi padre, o no hacían caso a Carter, o cuando la Navidad anterior dejaron que Amos se me llevara de su casa sin plantarle cara. Pero, aun así, me criaron durante seis años. De pequeña, mi abuelo me había sentado en sus rodillas para leerme sus viejos libros polvorientos de Enid Blyton. Cuidaba de mí en el parque y me había llevado muchas veces al zoo. Me compraba caramelos sin que lo supiera mi abuela. Podía tener mal genio, pero en el fondo era un viejo pensionista bastante inofensivo. Ni de lejos merecía que alguien se apoderase así de su cuerpo.

El babuino arrancó la puerta de un pub y olisqueó su interior. Los clientes, aterrorizados, salieron rompiendo una ventana y huyeron calle arriba, sin soltar sus pintas de cerveza. Un policía se acercó corriendo, vio al babuino y entonces dio media vuelta y corrió hacia el otro lado, gritando a su radio para pedir refuerzos.

Cuando se enfrentan a acontecimientos mágicos, los ojos de los mortales suelen cortocircuitarse, y solo envían al cerebro las imágenes que pueda entender. No había forma de saber lo que esa gente pensaría que estaba viendo —posiblemente un animal huido del zoo o un pistolero enloquecido—, pero sí tenían la lucidez de escapar. Me pregunté cómo interpretarían aquella escena las cámaras de seguridad londinenses.

—Sadie —dijo Liz con un hilo de voz—, ¿qué es eso?

—Babi —respondí—. El puñetero dios babuino. Se ha apoderado de mi abuelo y quiere matarnos.

—Perdona —dijo Emma—, pero ¿acabas de decir que un dios babuino quiere matarnos?

La criatura bramó, y luego parpadeó y entrecerró los ojos como si se le hubiera olvidado qué estaba haciendo. A lo mejor había heredado el despiste y la miopía de mi abuelo. A lo mejor no se daba cuenta de que tenía las gafas en la frente. Husmeó el suelo, rugió de frustración y destrozó el escaparate de una panadería.

Casi creí que por fin nos sonreía la suerte. Tal vez pudiéramos largarnos con disimulo. Pero una silueta oscura nos alcanzó planeando, extendió sus negras alas y gritó:

—¡Aquí! ¡Aquí!

Maravilloso. El babuino tenía refuerzo aéreo.

—En realidad son dos dioses, no uno —dije a mis amigas—. Y ahora, a no ser que tengáis más preguntas... ¡a correr!

Esta vez no hizo falta insistir. Emma se quitó los zapatos, Liz tiró mi regalo a un

lado (lástima) y nos echamos a la carrera calle abajo.

Nos metimos por los callejones, pegándonos a las paredes para ocultarnos cada vez que la diosa buitres pasaba planeando por encima. Oíamos los rugidos de Babi por detrás; el babuino estaba amargando el día a mucha gente y destrozando el vecindario, pero de momento todo indicaba que nos había perdido el rastro.

Nos detuvimos en un cruce y empecé a pensar hacia dónde correr. Delante teníamos una iglesia pequeña, un edificio antiguo de los que suelen encontrarse en Londres, una apagada franja de piedra medieval encajonada entre una cafetería Nero y una farmacia con anuncio de neón que ofrecía tres productos capilares por una libra. La iglesia tenía un minúsculo cementerio rodeado por una valla oxidada, pero habríamos pasado de largo si una voz no hubiera susurrado desde allí:

—Sadie.

Casi me subió el corazón de la boca. Al girarme, Anubis estaba enfrente de mí. Se había presentado en su forma mortal, como un joven con el pelo oscuro y revuelto y unos cálidos ojos castaños. Llevaba una camiseta negra de los Dead Weather y vaqueros también negros, que le sentaban de maravilla.

Liz y Emma no son famosas por mantener la calma si hay un chico guapo cerca. De hecho, sus cerebros más o menos dejaron de funcionar.

Liz, entre jadeos, farfulló unas sílabas que sonaban como ejercicios de respiración para el parto:

—¡Oh! ¡Ah! ¡Eh! ¿Quién? ¿Qué?

Emma perdió el control de sus piernas y tropezó conmigo.

Las fulminé con la mirada y me volví hacia Anubis.

—Ya era hora de que se presentara alguien amable —protesté—. Hay un babuino y un buitres que intentan matarnos. ¿Me haces el favor de ocuparte de ellos?

Anubis apretó los labios, y me dio en la nariz que no se había presentado para traerme buenas noticias.

—Ven a mi territorio —dijo, abriendo la puerta del cementerio—. Tenemos que hablar y no hay mucho tiempo.

Emma volvió a tropezar conmigo.

—¿Tu, hummm, territorio?

Liz tragó saliva.

—¿Quién... eh...?

—¡Chist! —les dije, intentando mantener la serenidad como si me reuniera con tíos buenos en cementerios todos los días.

Eché un vistazo calle abajo y no vi señales de Babi ni Nejbet, pero aún los oía. El babuino seguía dando bramidos y la diosa buitres chillaba con la voz de mi abuela (si la abuela se hubiera hinchado a cazalla y esteroides):

—¡Por aquí! ¡Por aquí!

—Esperadme —dije a mis amigas, y crucé la verja.

Al momento, el aire se volvió más frío. Se levantó una neblina del terreno húmedo. Las lápidas resplandecieron, y todo lo que había fuera del cementerio se desenfocó levemente. Anubis tenía muchas muchas formas de desorientarme, por supuesto, pero aquel efecto lo reconocí. Estábamos pasando a la Duat y percibíamos el cementerio en dos niveles al mismo tiempo: el mundo de Anubis y el mío.

Me llevó a un sarcófago de piedra que se caía a trozos y se inclinó hacia él con

respeto.

—Beatrice, ¿te importa si nos sentamos?

No ocurrió nada. La inscripción del sarcófago se había desgastado hacía siglos, pero supuse que aquello sería la sepultura de la tal Beatrice.

—Gracias. —Anubis me indicó que podía sentarme—. No le importa.

—¿Y si luego resulta que sí le importa?

—El Nomo Decimoctavo —dijo Anubis.

—¿Disculpa?

—Es donde tenéis que ir. Vlad Ménshikov tiene el segundo fragmento del *Libro de Ra* guardado en el cajón de arriba de su escritorio, en su cuartel general de San Petersburgo. Por supuesto, es una trampa. Espera que mordáis el anzuelo. Pero, si queréis el papiro, no os queda más opción. Deberíais ir esta misma noche, antes de que pueda reforzar más sus defensas. Y Sadie, si los otros dioses se enteraran de que te estoy diciendo esto, me metería en un buen lío.

Lo miré fijamente. A veces Anubis tenía un comportamiento tan adolescente que costaba creer que tuviera miles de años. Me imagino que sería por vivir siempre protegido en la Tierra de los Muertos, sin que le afectara el paso del tiempo. Ese chico tenía que salir más, estaba claro.

—¿Y te preocupa meterte en líos? —pregunté—. Anubis, no es que no te lo agradezca, pero ahora mismo tengo problemas más gordos. Dos dioses han poseído a mis abuelos. Si quieres echar una mano...

—Sadie, yo no puedo intervenir. —Levantó las manos con las palmas hacia arriba, frustrado—. Ya te lo dije cuando nos conocimos: esto no es un cuerpo físico de verdad.

—Lástima —murmuré.

—¿Qué?

—Nada, sigue.

—Puedo manifestarme en los lugares de muerte, como este cementerio, pero fuera de mi territorio puedo hacer muy poco. En fin, si ya estuvieras muerta y quisieras un buen funeral, podría ayudarte, pero...

—¡Vaya, muchísimas gracias!

En algún lugar cercano, el dios babuino rugió. Un cristal se hizo añicos y cayeron ladrillos al suelo. Mis amigas me llamaron, pero el sonido llegaba distorsionado y amortiguado, como si lo oyera desde debajo del agua.

—Si huyo sin mis amigas —dije a Anubis—, ¿los dioses las dejarán en paz?

Él negó con la cabeza.

—Nejbet se alimenta de los débiles. Y sabe que hacer daño a tus amigas te debilitará a ti. Por eso ataca por medio de tus abuelos. La única forma de detenerla es enfrentarse a ella. En cuanto a Babi, representa las cualidades más tétricas de vosotros, los primates: rabia asesina, fuerza sin controlar...

—¿De nosotros, los primates? —dije—. Perdona, pero ¿acabas de llamarme babuina?

Anubis me observó con una especie de asombro confundido.

—Había olvidado lo irritante que eres. Me refería a que te matará por el gusto de matar.

—Y no puedes ayudarme.

Me dedicó una mirada lastimera con sus preciosos ojos castaños.

—Oye, te he dicho lo de San Petersburgo.

Dios, lo guapo que era y lo mucho que me ponía de los nervios.

—Pues nada, oh, dios de las cosas poco útiles —dije—, ¿alguna otra cosa antes de que me maten ahí fuera?

Levantó una mano y en ella se materializó un cuchillo bastante raro. Parecía la navaja de Sweeney Todd, el barbero diabólico de la calle Fleet: era una hoja larga, curva y tremendamente afilada, hecha de metal negro.

—Coge esto —dijo Anubis—. Te ayudará.

—Pero ¿tú has visto lo grande que es ese babuino? ¿Qué quieres, que le dé un buen afeitado?

—Esto no es para luchar contra Babi y Nejbet —respondió—, pero pronto lo necesitarás para algo más importante. Es una azuela *netjeri*, hecha de hierro meteórico. Se usa para una ceremonia de la que te hablé una vez, la apertura de la boca.

—Ya, bien. Pues, si sobrevivo esta noche, me aseguraré de llevar esta navaja de afeitar y abrirle la boca a alguien. No sabes cómo te lo agradezco.

Liz chilló:

—¡Sadie!

Más allá de la niebla del cementerio, distinguí a Babi a pocas manzanas de distancia, acercándose a la iglesia con paso torpe. Nos había encontrado.

—Coged el metro —sugirió Anubis mientras me ayudaba a levantarme—. Hay una estación cerca, hacia el sur. Bajo tierra no podrán rastrearos muy bien. También os interesa el agua corriente. Las criaturas de la Duat se debilitan al cruzar un río. Si os veis obligadas a luchar, buscad un puente sobre el Támesis. Ah, y he dicho a tu chófer que venga a buscarte.

—¿Mi chófer?

—Sí. No planeaba reunirse con vosotros hasta mañana, pero...

Un buzón de correos de color rojo surcó el aire y se incrustó en el edificio de al lado. Mis amigas me gritaron para que me diera prisa.

—Ve —dijo Anubis—. Siento no poder hacer más. Pero feliz cumpleaños, Sadie.

Se inclinó hacia mí y me dio un beso en los labios. Entonces se deshizo en niebla y desapareció. El cementerio volvió a la normalidad, al mundo cotidiano y sin fulgores mágicos.

Tendría que haberme cabreado mucho con Anubis. ¡Menudo morro, besarme sin permiso! Pero allí me quedé, hipnotizada, sin quitar ojo al deteriorado sarcófago de Beatrice hasta que Emma gritó:

—¡Venga, Sadie!

Mis amigas me agarraron de los brazos y yo recordé cómo se hacían los movimientos necesarios para correr.

Nos lanzamos hacia la estación de metro del muelle Canary. El babuino bramaba y sembraba el caos entre el tráfico a nuestra espalda. Por encima, la voz de Nejbet sonaba como un chirrido:

—¡Ahí están! ¡Mátalas!

—¿Quién era ese chico? —preguntó Emma mientras entrábamos a la carrera en la estación—. Dios, qué bueno estaba.

—Un dios —dije en voz baja—, sí.

Me guardé la navaja negra en el bolsillo y bajé la escalera mecánica, con los labios aún cosquilleándome por mi primer beso.

Y si estaba tarareando «Cumpleaños feliz» y sonriendo como una idiota mientras

corría para salvar la vida... en fin, no es asunto de nadie, ¿a que no?

8. Trenes con retraso en la estación de Waterloo (rogamos disculpen el babuino gigante)

SADIE

El metro de Londres tiene una acústica sensacional. Los túneles hacían mucho eco, así que mientras bajábamos a la estación se oían los trenes que pasaban, los músicos que tocaban para sacarse unas monedas y, por supuesto, el babuino gigante que se desgañitaba clamando por nuestra sangre mientras despedazaba los molinetes de entrada que acabábamos de cruzar.

Con tanto terrorismo y tanta preocupación por la seguridad, habría sido razonable que hubiese unos cuantos policías cerca, pero, por desgracia, a esas horas de la tarde y en una estación relativamente pequeña, no era así. En la calle se oía el escándalo de las sirenas, pero cuando llegara la ayuda mortal ya estaríamos muertas o demasiado lejos. Además, si la policía intentaba disparar a Babi mientras poseía el cuerpo de mi abuelo... No. Me obligué a no pensar en eso.

Anubis me había recomendado desplazarme bajo tierra. Y si tenía que pelear, que fuese en un puente. Debía ceñirme a ese plan.

En la estación de Canary no había mucha variedad de trenes. Por suerte, la línea gris iba puntual. Llegamos al andén, subimos de un salto al último vagón mientras se cerraban las puertas y nos dejamos caer rendidas en un banco.

El tren se metió traqueteando en el túnel oscuro. Mirando hacia atrás, no vi ni rastro de Babi o Nejbet.

—Sadie Kane —dijo Emma entre bocanadas de aire—. ¿Quieres hacernos el favor de contarnos qué pasa?

Mis pobres amigas. Nunca las había metido en un lío tan gordo como aquel, ni cuando nos quedamos encerradas en el vestuario de los chicos del colegio. (Es una larga historia que incluye una apuesta de cinco libras, los calzoncillos de Dylan Quinn y una ardilla; luego os la cuento si eso.)

Emma tenía los pies llenos de cortes y ampollas por haber corrido descalza. Su suéter rosa parecía pelo de caniche empapado, y a sus gafas les faltaban unos cuantos brillantes.

Liz tenía la cara roja como un tomate. Se había quitado la chaqueta, cosa que no hace nunca porque es muy friolera. Llevaba el top blanco empapado de sudor. Tenía tantas pecas en los brazos que me recordaron a la constelación que decoraba la piel de Nut, la diosa del cielo.

Emma parecía la más enfadada de las dos, la que me exigía explicaciones con la mirada. Liz se había asustado mucho y abría y cerraba la boca como si quisiera hablar pero hubiese perdido las cuerdas vocales. Pensé que iba a comentar algo de los dioses sanguinarios que nos perseguían, pero, cuando por fin encontró la voz, dijo:

—¡Ese chico te ha besado!

Liz siempre ha tenido sus prioridades claras.

—Os lo explicaré —prometí—. Ya sé que soy una amiga horrible por haberos metido en esto, pero necesito que me deis un momento. He de concentrarme.

—¿En qué? —replicó Emma.

—¡Emma, calla! —le riñó Liz—. Ha dicho que la dejemos concentrarse.

Cerré los ojos e intenté tranquilizarme.

No fue fácil, y mucho menos teniendo público. Pero estaba indefensa sin mis herramientas mágicas, y aquella podía ser mi única oportunidad de recobrarlas. Me dije: «Puedes hacerlo, Sadie. Solo hay que meter la mano en otra dimensión. Total, es abrir una brecha en el tejido de la realidad y listos».

Extendí un brazo. No pasó nada. Volví a probar y mi mano desapareció en la Duat. Liz dio un chillido. Menos mal que no perdí la concentración (ni la mano). Cerré los dedos en torno al asa de mi bolsa mágica y la saqué al mundo mortal.

Emma puso los ojos como platos.

—¡Eso ha sido genial! ¿Cómo lo has hecho?

En realidad, yo estaba preguntándome lo mismo. Dadas las circunstancias, no podía creer que me hubiera salido al segundo intento.

—Es, hummm... magia —dije.

Mis compis se quedaron mirándome, perplejas y asustadas, y de pronto caí en la cuenta de lo enormes que se habían vuelto mis problemas.

Un año atrás, Liz, Emma y yo habríamos estado subidas a ese vagón para ir al centro comercial o al cine. Nos habríamos reído de los ridículos tonos de llamada que llevaba Liz en el teléfono, o de las imágenes trucadas por ordenador que hacía Emma de las chicas que odiábamos en el cole. Los dos mayores peligros de mi vida eran la comida de mi abuela y el mal genio de mi abuelo cuando le llevaba las notas a casa.

Ahora mi abuelo era un babuino gigante. Mi abuela, un buitre malvado. Mis amigas me miraban como si acabase de llegar de otro planeta, cosa que más o menos era cierta.

Aun teniendo mis herramientas mágicas conmigo, no sabía qué hacer. Ya no disponía del poder de Isis. Si intentaba luchar contra Babi y Nejbet, podía hacer daño a mis propios abuelos y seguramente yo acabaría muerta. Pero si no los detenía yo, ¿quién iba a hacerlo? La posesión divina acaba consumiendo al anfitrión humano. Casi le pasó al tío Amos, que era un mago hecho y derecho y sabía defenderse. Mis abuelos eran muy mayores, frágiles y bastante poco mágicos. No les quedaba mucho tiempo.

Me invadió la desesperación, mucho más intensa que la de las alas de la diosa buitre.

No me di cuenta de que había empezado a llorar hasta que Liz me puso una mano en el hombro.

—Sadie, cariño, lo sentimos mucho. Es que todo esto es un poco... raro, ¿sabes? Cuéntanos lo que pasa. Déjanos ayudarte.

Tomé aire mientras temblaba. ¡Cómo las había echado de menos! Siempre las había tenido por unas chicas un poco raras, pero ahora eran la normalidad personificada y formaban parte de un mundo que ya no era el mío. Intentaban hacerse las valientes, pero se les notaba que la procesión iba por dentro. Ojalá pudiera seguir sin ellas, esconderlas, evitar que les hicieran daño, pero no había olvidado las palabras de Nejbet: «Serán unos aperitivos estupendos». Anubis me había advertido que la diosa buitre perseguiría a mis amigas y les haría daño, solo por hacérmelo a mí. Si seguíamos juntas, al menos podía intentar protegerlas. No quería poner patas arriba sus vidas como me había pasado a mí, pero como mínimo les debía la verdad.

—Esto va a sonar a locura absoluta —avisé.

Les di la versión más corta que pude; expliqué por qué me había ido de Londres,

cómo habían escapado a nuestro mundo los dioses egipcios y mi linaje de maga. Les hablé de nuestra lucha contra Set, del alzamiento de Apofis y de nuestra idea descabellada de despertar al dios Ra.

Dejamos atrás dos estaciones, pero me estaba sentando tan bien contárselo todo a mis amigas que perdí la noción del tiempo.

Cuando callé, Liz y Emma se miraron, sin duda preguntándose cómo decirme suavemente que me había vuelto majara.

—Ya sé que parece imposible —dije—, pero...

—Sadie, te creemos —me interrumpió Emma.

Parpadeé.

—¿De verdad?

—¡Pues claro que sí! —Liz tenía la cara colorada, como después de subir varias veces a la montaña rusa—. Nunca te había oído hablar tan en serio de algo. Has... has cambiado.

—Es porque ahora soy maga y... y no puedo creer lo tonto que ha sonado eso.

—Hay más. —Emma miró mi cara como si estuviese transformándome en algo que daba miedo—. Pareces mayor. Más madura.

Capté un matiz de tristeza en su voz, y comprendí que mis compis y yo cada vez nos distanciábamos más, como si estuviéramos en lados opuestos de una grieta que se abría. Y tuve la lúgubre certeza de que la brecha ya era demasiado ancha para poder saltar de vuelta.

—Tu novio es increíble —añadió Liz, supongo que para animarme.

—No es mi... —Dejé ahí la frase. Sería imposible convencer a Liz. Además, ese puñetero chacal de Anubis me había dejado la cabeza tan liada que no sabía ni por dónde empezar.

El tren perdió velocidad. Vi los letreros de la estación de Waterloo.

—Dios, no —dije—. Yo quería bajar en el puente de Londres. Necesito un puente.

—¿Podemos volver atrás? —preguntó Liz.

Un bramido en el túnel por el que veníamos respondió a su pregunta.

Miramos atrás y vi que llegaba algo enorme y de brillante pelo plateado corriendo a zancadas entre las vías. Pisó el raíl eléctrico y saltaron chispas, pero el babuino siguió adelante sin inmutarse. A medida que el tren iba frenando, Babi nos ganaba terreno.

—No hay vuelta atrás —dije—. Habrá que intentar llegar al puente de Waterloo.

—¡Está casi a un kilómetro de la estación! —exclamó Liz—. ¿Y si nos pilla?

Revolví las cosas de mi bolsa y saqué el báculo nuevo. Al instante, se expandió en toda su longitud, y la cabeza de león que había tallada en la punta emitió un fulgor dorado.

—Entonces supongo que lucharemos.

¿Debería describir la estación de Waterloo tal y como era antes o después de que la destruyésemos? La terminal principal era inmensa. Tenía el suelo de mármol pulido, muchísimas tiendas y quioscos y un techo acristalado tan alto que un helicóptero podría volar tranquilamente allí dentro.

Entraban y salían ríos de personas, mezclándose, separándose y a veces colisionando unos con otros de camino a las diversas escaleras mecánicas y andenes.

Cuando era pequeña, el edificio de la estación me daba un poco de miedo. Temía que se me cayera encima el reloj gigante de la época victoriana que colgaba del techo. Los anuncios por megafonía sonaban demasiado alto. (Y a mí me gusta ser siempre lo más ruidoso de mi entorno, muchas gracias.) La muchedumbre que buscaba la hora de sus

transbordos, hipnotizada bajo los paneles luminosos, me recordaba a las películas de zombis, que no debería haber visto siendo tan pequeña, cierto, pero es que siempre fui un poco precoz.

En todo caso, mis compis y yo íbamos corriendo por la terminal principal, abriéndonos paso hacia la salida más cercana, cuando una escalera mecánica saltó por los aires detrás de nosotras.

El gentío se dispersó mientras Babi salía de entre los escombros. Los ejecutivos que había en el andén se pusieron a chillar, soltaron sus maletines y corrieron como alma que lleva el diablo. Liz, Emma y yo nos apretamos contra un quiosco de prensa para evitar que nos arrollara un grupo de turistas que gritaban en italiano.

Babi aulló. Tenía el pelaje cubierto de la mugre y el hollín de los túneles. La chaqueta del abuelo colgaba hecha retales de su brazo pero, por puro milagro, seguía llevando las gafas sobre la frente.

Olisqueó el aire, supongo que en busca de mi olor. Entonces nos sobrevoló una sombra oscura.

—¿Adónde vas, Sadie Kane? —graznó Nejbet. Cruzó la terminal de un lado al otro, haciendo picados hacia los grupos de gente que ya huía, presa del pánico—. ¿Es que pretendes vencernos escapando? ¡No eres digna!

La voz tranquila de un locutor resonó por todo el recinto:

—Tren de las 8.02 a Basingstoke, andén tres.

—¡GROOOAR!

Babi dio una bofetada a la estatua de bronce de algún pobre tipo famoso y lo decapitó limpiamente. Un policía llegó corriendo, enarbolando su pistola. Antes de que me diera tiempo a gritarle que no lo hiciera, disparó a Babi. Liz y Emma chillaron. La bala rebotó en el pelaje del babuino como si fuese de titanio, y destrozó un letrero de McDonald's que había cerca. El agente se desmayó allí mismo.

Nunca había visto salir a tanta gente de la terminal en tan poco tiempo. Me planteé la idea de seguirlos, pero pensé que sería demasiado peligroso. No podía permitir que aquellos dioses trastornados empezasen a matar a inocentes solo porque yo corría entre ellos, y si intentábamos darnos a la fuga solo conseguiríamos que la masa de gente nos cerrase el camino o nos aplastara.

—¡Sadie, mira! —Liz señaló hacia arriba, y Emma dio un gritito.

Nejbet ascendió hasta las vigas del techo y se posó en ellas junto a las palomas. Nos lanzó una mirada de odio y gritó a Babi:

—¡Está aquí, querido! ¡Aquí!

—Ojalá se callara —dije entre dientes.

—¡Qué tonta fue Isis al escogerte! —vociferó Nejbet—. ¡Me alimentaré de tus entrañas!

—¡GROOOAR! —dijo Babi, muy de acuerdo con la idea.

—El tren de las 8.14 a Brighton viene con retraso —dijo el locutor—. Rogamos disculpen las molestias.

Babi nos había visto. Le ardían los ojos con una rabia primigenia, pero en su expresión también había algo de mi abuelo. Su forma de fruncir el ceño y proyectar la mandíbula era la misma que tenía el abuelo cuando se enfadaba con la tele y gritaba a los jugadores de rugby. Ver el rostro del babuino estuvo a punto de hacerme perder los nervios.

No pensaba morir allí. No permitiría que esos dos dioses repulsivos hicieran daño a mis amigos ni consumieran a mis abuelos.

Babi se nos acercó con paso torpe. Ahora que nos había localizado, debía de haber perdido toda la prisa por matarnos. Levantó la cabeza y dio unos ladridos graves a derecha e izquierda, como si llamara a unos amigos para invitarles a cenar. Los dedos de Emma se hundieron en mi brazo y Liz dijo con un hilo de voz:

—¿Sadie...?

La terminal ya estaba casi vacía. No había más policías a la vista. Era posible que hubieran huido, o a lo mejor estaban todos yendo hacia el muelle Canary porque no sabían que ahora el problema estaba allí.

—No vamos a morir —aseguré a mis compis—. Emma, sostén el báculo.

—¿El qué? Ah, vale.

Lo cogió como si le hubiera dado un lanzamisiles, cosa en la que supongo que podría convertirlo con el hechizo adecuado.

—Liz —le ordené—, vigila al babuino.

—Vigilando babuino —dijo—. Lo difícil sería no vigilarlo.

Revolví mi bolsa mágica mientras hacía inventario a la desesperada. Varita: buena para la defensa, pero no bastaría luchando contra dos dioses a la vez. Hijos de Horus, tiza mágica... la estación no era buen lugar para trazar un círculo protector. Tenía que llegar al puente. Necesitaba ganar tiempo para salir de la terminal.

—Sadie —me avisó Liz.

Babi se había subido de un salto al techo de una tienda Body Shop. Soltó un gran bramido, y de todas partes empezaron a salir babuinos más pequeños. Treparon sobre las cabezas de los pasajeros que corrían, se descolgaron de las vigas o se asomaron desde las escaleras y las tiendas. Había docenas de animales, todos vestidos con camisetas de baloncesto de colores negro y plata. ¿El baloncesto sería una especie de deporte oficial internacional para los babuinos?

Hasta ese día, los babuinos me habían caído bastante bien. Los que conocía, como Keops y sus sociables amigos, eran los animales sagrados de Tot, dios del conocimiento. Solían ser sabios y amables. Sin embargo, me pareció que la tropa de Babi eran de otra clase. Tenían el pelaje de color rojo sangre, ojos enloquecidos y unos colmillos que harían avergonzarse a un tigre dientes de sable.

Empezaron a rodearnos, gruñendo y preparándose para saltarnos encima.

Saqué un bloque de cera de la bolsa, pero no había tiempo para modelar un *shabti*. Dos amuletos *tyt* y la máscara sagrada de Isis; bueno, podían servir de algo. Entonces encontré un frasquito de cristal que casi había olvidado. Contenía el brebaje turbio y denso que había sido mi primer intento para crear pociones. Llevaba siglos en el fondo de mi bolsa, porque nunca había estado tan desesperada como para probarla.

Agité la poción y el líquido brilló con una luz verde enfermiza. En su interior giraban acumulaciones de porquería. Le quité el tapón y me vino a la nariz un olor peor que el de Nejbet.

—¿Qué es eso? —preguntó Liz.

—Repugnante —dije—. Papiro de animación mezclado con aceite, agua y unos cuantos ingredientes secretos. Me salió un poco grumoso, me temo.

—¿Animación? —repitió Emma—. ¿Vas a invocar dibujos animados?

—Sería genial —admití—, pero es más peligroso. Si funciona, podré canalizar una cantidad enorme de magia sin consumirme.

—¿Y si no funciona? —dijo Liz.

Entregué un amuleto de Isis a cada una.

—No los soltéis. Cuando diga «ya», corred hacia la parada de taxis. No os paréis por nada.

—Sadie —protestó Emma—. ¿Qué diablos...?

Me bebí la poción de un trago, antes de poder arrepentirme.

En el aire, Nejbet estalló en carcajadas.

—¡Ríndete! ¡No puedes resistir!

La sombra de sus alas pareció extenderse por toda la terminal, obligando a los últimos pasajeros a huir enloquecidos y llenándome a mí de temor. Sabía que solo era un hechizo, pero aun así me costó horrores resistirme a aceptar una muerte rápida.

Algunos babuinos se distrajeron por el olor de la comida y asaltaron el McDonald's. Otro grupo estaba persiguiendo a un conductor de metro y azotándole con revistas enrolladas.

Por desgracia, la mayoría de ellos seguían atentos a nosotras. Formaron un círculo irregular en torno al quiosco de prensa. Desde su puesto de mando en el techo del Body Shop, Babi aulló lo que era una clara orden de ataque.

Entonces me hizo efecto la poción. La magia surcó todo mi cuerpo. La boca me supo como si me hubiera tragado una rana muerta, pero en ese momento comprendí por qué las pociones estaban tan de moda entre los magos antiguos.

El conjuro de animación, que había tardado días en escribir y normalmente me llevaría más de una hora lanzar, ya cosquilleaba en mi torrente sanguíneo. El poder alcanzó las puntas de mis dedos. Ahora el problema consistía en hacer circular la magia, asegurarme de que no me dejara como una patata frita.

Convoqué a Isis lo mejor que pude, ayudándome de su poder para componer mi hechizo. Visualicé lo que buscaba y me vino a la mente la palabra correcta: «Proteger». *N'dah*. Liberé la magia. Enfrente de mí ardió un jeroglífico dorado:



Una onda de oro se extendió por toda la estación. La tropa babuina se quedó dubitativa. Babi tropezó con algo en el techo de la tienda de productos de belleza. Hasta Nejbet dio un graznido y resbaló en las vigas metálicas de la cristalera.

Por todas partes empezaron a moverse objetos inanimados. Las mochilas y maletines aprendieron a volar de repente. Los expositores de revistas, chicles, caramelos y bebidas variadas salieron en tromba de las tiendas y atacaron a la escuadra de babuinos. La cabeza decapitada de la estatua apareció de pronto como de la nada y dio un golpe a Babi en el pecho que lo tumbó y le hizo atravesar el techo de la tienda. Un remolino de *Financial Times* de color rosa se elevó hacia las alturas. En un instante envolvió a Nejbet, que trastabilló a ciegas hasta caer chillando de la viga, hecha un batiburrillo de rosa y negro.

—¡Ya! —dije a mis amigas.

Echamos a correr hacia la salida, sorteando a unos babuinos demasiado ocupados para detenernos. A uno lo estaban aporreando seis botellas de agua con gas. Otro intentaba mantener alejados a un maletín y varias Blackberry kamikazes.

Babi intentó levantarse, pero de pronto lo rodeó un remolino de productos Body Shop; las distintas lociones, esponjas y champús empezaron a golpearle, a salpicarle en los ojos o a usarlo de modelo para practicar el maquillaje extremo. Babi rugió de irritación,

resbaló y volvió a caer al interior de la tienda derruida. Yo dudaba mucho que mi conjuro fuese a hacer ningún daño permanente a los dioses, pero con un poco de suerte los entretendría durante unos minutos.

Liz, Emma y yo salimos de la terminal. Como habían evacuado la estación entera, no esperaba que hubiera ningún taxi haciendo cola, y en efecto la parada estaba vacía. Me resigné a llegar corriendo hasta el puente de Waterloo, aunque Emma iba descalza y la poción me había revuelto el estómago.

—¡Mirad! —dijo Liz.

—Ah, así da gusto, Sadie —dijo Emma.

—¿El qué? —pregunté—. ¿Qué he hecho?

Entonces reparé en el chófer. Al final del acceso para taxis había un hombre extremadamente bajito y desaliñado, vestido con traje negro y sosteniendo un letrero que decía: KANE.

Mis amigas debieron de pensar que lo había convocado con magia. Antes de que pudiera corregirlas, Emma dijo:

—¡Vamos!

Y las dos salieron disparadas hacia el hombrecillo. No tuve otra opción que seguirlas. Me acordé de lo que había dicho Anubis, aquello de enviar a mi «chófer» a recogerme. Deduje que tenía que tratarse de él, pero, cuanto más me acercaba, menos ganas tenía de conocerle.

Medía la mitad que yo y era más fornido que mi tío Amos, aparte de más feo que cualquier otra persona del planeta. Sus rasgos eran definitivamente de neandertal. Bajo su ancha, peluda y única ceja, tenía un ojo más grande que el otro. Parecía que hubiera usado la barba para rebañar la grasa de un plato. Tenía la piel invadida de verdugones, y su pelo parecía un nido de pájaros que hubieran incendiado y luego pisoteado para apagarlo.

Al verme arrugó la frente, con lo que su apariencia no mejoró en absoluto.

—¡Ya era hora! —Tenía acento americano. Se tapó la boca para eructar y, aun así, el olor a curry casi me tumbó de espaldas—. ¿Eres la amiga de Bast? ¿Sadie Kane?

—Hummm... es posible. —Decidí tener pronto una conversación muy seria con Bast sobre su criterio para elegir amigos—. Por cierto, ahí detrás vienen dos dioses que intentan matarnos.

El hombrecillo verrugoso chasqueó la lengua, como si aquello pasase todos los días.

—Entonces supongo que querréis un puente. —Se giró hacia el bordillo y gritó—: ¡BUUU!

Una limusina Mercedes negra apareció de la nada, como si hubiese saltado a la existencia de un susto.

El chófer volvió a mirarme y enarcó su ceja.

—¿Qué hacéis ahí? ¡Adentro!

Nunca había montado en limusina. Espero que las demás sean más agradables que la que nos tocó a nosotras. El asiento trasero estaba lleno de envases vacíos de curry, viejos envoltorios de pescado con patatas, bolsas de patatas fritas y diversos calcetines sucios. A pesar de ello, Emma, Liz y yo nos apretujamos en el asiento de atrás porque ninguna se atrevía a ir delante.

A lo mejor pensáis que fue una locura meterme en el coche con un desconocido. Y tenéis razón, por supuesto. Pero Bast nos había prometido un aliado, y Anubis me había avisado de que llegaría un chófer. El hecho de que la ayuda viniese en forma de

hombrecillo poco higiénico con limusina mágica tampoco me sorprendió tanto. Había visto cosas más raras.

Además, ¿qué elección tenía? Se me había pasado el efecto de la pócima, y estaba torpe y mareada por el esfuerzo de liberar tanta magia. No estaba nada segura de poder llegar andando al puente de Waterloo sin desmayarme.

El conductor pisó el acelerador a fondo y salimos a toda pastilla de la estación. La policía la había acordonado, pero nuestra limusina pasó entre las barreras haciendo zigzag y luego dejó atrás una furgoneta de informativos de la BBC y un grupo de espectadores sin que nadie nos prestara atención.

Nuestro chófer empezó a silbar una melodía que sonaba como «Aibó, aibó». El asiento le venía tan grande que casi no llegaba ni al reposacabezas. Lo único que se veía de él era una maraña de pelo y un par de manos peludas en el volante.

En el parabrisas había pegada una tarjeta identificativa con su retrato... por llamarlo así. La foto estaba sacada muy de cerca, y solo se veía una nariz desenfocada y una boca horrenda, que parecía a punto de devorar la cámara. Debajo de la foto ponía: «Su chófer de hoy es BES».

—¿Es usted Bes? —pregunté.

—Así es —dijo.

—Aquí huele a pies —murmuró Liz.

—Como alguien más haga una rima —gruñó Emma—, voy a vomitar.

—¿Le llamo señor Bes? —dije, para ganar tiempo mientras lo situaba en la mitología egipcia. Estaba convencida de que no había ningún dios de los chóferes—. ¿Lord Bes? ¿Bes el Extremadamente Bajito?

—Bes y ya está —dijo con un bufido—. Una sola ese. De tú. Y no, no es un nombre de chica. Como me llames Bessie, tendré que matarte. Y en cuanto a lo de ser bajito, ¿qué esperabas del dios de los enanos? Por cierto, ahí detrás hay botellas de agua, si tenéis sed.

Bajé la mirada. Entre mis pies rodaban dos botellas medio vacías. Una tenía carmín en el tapón y la otra parecía masticada.

—No tengo sed —decidí.

Liz y Emma murmuraron que ellas tampoco. Era increíble que no se hubieran quedado catatónicas, con todo lo que nos había pasado esa tarde, pero, en fin, eran mis compis. Yo no me hago amiga de gente sin carácter. Incluso antes de descubrir que era maga, para juntarse conmigo hacía falta tener una constitución fuerte y bastante capacidad de adaptación. [Y no quiero ni oírte, Carter.]

Había otro cordón policial bloqueando el puente de Waterloo, pero Bes lo rodeó, se subió a la acera y siguió adelante. Los agentes ni parpadearon.

—¿Somos invisibles? —pregunté.

—Para la mayoría de los mortales, sí —dijo con un eructo—. Son un poco bobos, ¿no os parece? Sin ánimo de ofender y todo eso.

—¿De verdad eres un dios? —dijo Liz.

—Y de los importantes —respondió Bes—. En el mundo de los dioses, soy un tío enorme.

—Un dios enorme de los enanos —se maravilló Emma—. ¿De enanos como los de Blancanieves o...?

—De todos los enanos. —Bes hizo un gesto amplio para recalcarlo, con lo que separó las dos manos del volante y me puso un poco tensa—. Los egipcios eran listos y honraban a la gente que nacía distinta a los demás. Los enanos se consideraban

extremadamente mágicos. De modo que sí, soy el dios de los enanos.

Liz carraspeó.

—¿Hoy en día no deberíamos usar una expresión más respetuosa? Como... persona pequeña, o verticalmente impedido, o...

—No pienso llamarme «Bes, dios de los verticalmente impedidos» —gruñó Bes—. ¡Soy un enano! Bueno, ya hemos llegado. Justo a tiempo.

Detuvo el coche derrapando en el centro del puente. Al mirar atrás, casi tuve que despedirme del contenido de mi estómago. Una figura negra y alada volaba en círculos sobre la ribera. Al principio del puente, Babi se ocupaba del cordón policial a su manera, lanzando coches patrulla al río Támesis mientras los agentes se dispersaban y abrían fuego, aunque las balas no tuvieron efectos visibles en el pelaje de acero del dios.

—¿Por qué hemos parado? —preguntó Emma.

Bes se puso de pie en el asiento y se estiró; lo difícil habría sido que se encogiera.

—Esto es un río —dijo—. Un buen sitio para luchar contra dioses, si queréis mi opinión. La naturaleza fluye con tanta fuerza por debajo que nos cuesta esfuerzos seguir anclados al mundo de los mortales.

Al fijarme en él, entendí a qué se refería. A veces su cara se veía borrosa, como un espejismo.

Se me hizo un nudo en la garganta. Había llegado el momento de la verdad. Me sentía descolocada por los efectos de la poción y por el miedo. No estaba nada segura de tener magia suficiente para enfrentarme a los dos dioses. Pero no había más salida.

—Liz, Emma —dije—, salgamos.

—¿Salir... del coche? —gimió Liz.

Emma tragó saliva.

—¿Estás segura...?

—Ya sé que estáis asustadas —dije—, pero ahora tenéis que hacer exactamente lo que yo diga.

Asintieron con reparo y abrieron las puertas de la limusina. Pobrecillas. Una vez más, deseé haber podido separarme de ellas, aunque, la verdad, después de ver poseídos a mis abuelos, no me hacía ninguna gracia la idea de dejarlas solas.

Bes contuvo un bostezo.

—¿Necesitas ayuda?

—Esto...

Babi ya venía hacia nosotros. Nejbet volaba en círculos por encima de él, chillándole órdenes. Si el río estaba afectándolos en algo, no se les notaba.

No creía que un dios enano fuese a aguantar mucho contra esos dos, pero dije:

—Sí. Necesito ayuda.

—Vale. —Bes hizo crujir los nudillos—. Pues salid.

—¿Cómo?

—No querréis que me cambie con vosotras dentro del coche, ¿verdad? Tengo que ponerme mi traje de feo.

—¿Traje de feo?

—¡Fuera! —ordenó el enano—. Estaré en un minuto.

No le hizo falta insistir. Ninguna quería ver nada más de Bes si podía evitarlo. Bajamos de la limusina y Bes puso el seguro a las puertas. Las ventanas estaban muy tintadas, de modo que no se veía el interior. Si Bes decidía quedarse allí dentro oyendo música mientras nos destripaban, ni nos enteraríamos. En todo caso, yo no confiaba mucho

en que un cambio de vestuario bastase para derrotar a Babi y Nejbet.

Miré a mis compis asustadas y luego a los dos dioses que se abalanzaban sobre nosotras.

—Aquí es donde nos jugamos el todo por el todo.

—No, no, no —dijo Liz—. Qué poquito me gusta eso del todo por el todo.

Revolví mi bolsa hasta sacar una tiza y los cuatro Hijos de Horus.

—Liz, coloca estas figuritas en los puntos cardinales, norte, sur y tal. Emma, coge la tiza y dibuja un círculo que conecte las estatuas. Solo nos quedan unos segundos.

Le cambié la tiza por mi báculo y me entró un *déjà vu* espantoso. Acababa de asignar tareas a Liz y Emma de la misma forma en que Zia me había dado órdenes a mí la primera vez que nos enfrentamos juntas a una diosa enemiga.

Yo no quería parecerme a Zia. Pero, por otra parte, por primera vez me di cuenta del coraje que hacía falta para plantar cara a una diosa y, al mismo tiempo, proteger a dos completos novatos. No me gusta admitirlo, pero sentí un nuevo respeto por ella. Ojalá yo fuese tan valiente.

Alcé mi báculo y mi varita mientras intentaba concentrarme. Noté que el tiempo se ralentizaba. Extendí mis sentidos hasta ser consciente de todo lo que me rodeaba: Emma rascando el asfalto con la tiza para completar el círculo, el corazón de Liz latiendo demasiado deprisa, las patas enormes de Babi dando martillazos contra el puente mientras corría hacia nosotras, el Támesis pasando por debajo y las corrientes de la Duat fluyendo en torno a mí con su misma fuerza.

Bast me había dicho una vez que la Duat era como un océano de magia que había bajo la superficie del mundo mortal. Si era cierto, entonces aquel lugar (un puente con agua pasando debajo) era como los rápidos de un río. La magia fluía con más intensidad. Podías ahogarte si no ibas con cuidado. La corriente podía llevarse por delante hasta a los dioses.

Intenté concentrarme en el paisaje para que me hiciese de ancla. Londres era mi ciudad. Desde aquel lugar se veía todo: el Palacio de Westminster, el Ojo de Londres y hasta la Aguja de Cleopatra en el muelle de Victoria, donde había muerto mi madre. Si ahora fracasaba, tan cerca del lugar donde ella había lanzado su último hechizo... Ni pensarlo. No podía permitir que llegásemos a eso.

Babi estaba solo a un metro cuando Emma completó el círculo. Toqué la marca de tiza con mi varita y desde el círculo se elevó una muralla de luz dorada.

El babuino se estampó contra mi campo de fuerza como si fuera una plancha de metal. Trastabilló hacia atrás. Nejbet hizo un viraje en el último momento y nos rodeó, graznando de impaciencia.

Por desgracia, la luz del círculo empezó a flaquear. Cuando era muy pequeña, mi madre me había enseñado que cada acción tiene una reacción, que se opone a ella con igual intensidad. El principio también se aplicaba a la magia, no solo a la ciencia. La fuerza del impacto de Babi me hizo ver chiribitas. Si el babuino atacaba de nuevo, tal vez no pudiera mantener el círculo.

Consideré la idea de salir y convertirme en su objetivo. Si antes canalizaba energía para reforzar el círculo, podía seguir funcionando un rato por su cuenta, aunque yo muriese. Al menos, mis amigas sobrevivirían.

Zia Rashid debió de pensar lo mismo la Navidad anterior, cuando salió de su círculo para defendernos a Carter y a mí. Qué rabia me dio pensar en lo valiente que había sido.

—Me pase lo que me pase —dije a mis amigas—, vosotras quedaos dentro del círculo.

—Sadie —dijo Emma—. Ese tono de voz me lo conozco. No sé qué estás planeando, pero no lo hagas.

—No puedes dejarnos —me rogó Liz. Luego gritó a Babi con voz de pito—: ¡Que... que te largues, horrible simio espumoso! Mi amiga no quiere destruirte, pero... ¡pero lo hará!

Babi rugió. Era cierto que se había llenado de espuma, gracias al ataque Body Shop, y además olía como los ángeles. Tenía restos de champú y sales de baño de distintos colores por todo su pelo plateado.

Nejbet no había tenido tanta suerte. Estaba posada en una farola cercana, con pinta de haber recibido el ataque de toda la fábrica de empanadas West Cornwall. Tenía el plumaje embadurnado de trozos de jamón, queso y patata, en recuerdo de los valientes pasteles de carne hechizados que habían sacrificado sus breves vidas para retrasarla. Tenía la melena decorada con tenedores de plástico, servilletas y trozos de periódico rosado. Parecía tener bastantes ganas de hacerme trizas.

La única buena noticia era que los esbirros de Babi debían de haberse quedado retenidos en la estación de metro. Imaginé a un escuadrón de babuinos manchados de empanada siendo empujados contra los coches de policía para esposarlos. Me subió un poco el ánimo.

Nejbet dijo con voz seca:

—En la estación nos has cogido por sorpresa, Sadie Kane. Reconozco que ha sido una buena jugada. Y traernos a este puente... sí, buen intento. Pero no somos tan débiles. Ya no te quedan fuerzas para seguir resistiendo. Si no eres capaz de derrotarnos a nosotros, ¿cómo pretendes restituir a Ra en el trono?

—Todos vosotros deberíais estar ayudándome —dije—, no luchando contra mí.

—¡Uuuj! —aulló Babi.

—Exacto, Babi —asintió la diosa buitre—. Los fuertes sobreviven sin ayuda de nadie. Los débiles deben morir y ser devorados. ¿Qué eres tú, niña? Dime la verdad.

¿La verdad? Estaba a punto de derrumbarme. Parecía que el puente rotaba bajo mis pies. En las dos orillas del río sonaban las sirenas; habían llegado más policías al bloqueo, pero de momento no hacían ademán de avanzar.

Babi enseñó los colmillos. Lo tenía tan cerca que pude oler el champú de su pelaje y su aliento apesoso. Cuando miré hacia las gafas de mi abuelo, que seguían encajadas en su cabeza, regresó toda mi furia.

—Lo vas a comprobar —dije—. Soy seguidora de la senda de Isis. Si te interpones en mi camino, te destruiré.

Logré iluminar mi bastón. Babi dio un paso atrás. Nejbet aleteó en su farola. Sus formas ondularon durante un breve instante. Era cierto que el río los debilitaba, atenuaba su conexión con el mundo mortal igual que una interferencia en la señal de telefonía móvil. Pero no bastaba.

Nejbet debió de ver la desesperación en mi rostro. Como buen buitre que era, su especialidad consistía en saber cuándo su presa estaba derrotada.

—Un último esfuerzo muy aceptable, niña —dijo, casi con admiración—, pero ya no te queda nada. ¡Babi, ataca!

El dios babuino se encabritó sobre las patas traseras. Yo me preparé para acumular y lanzar un último impulso de energía, para convertir mi propia fuerza vital en magia y, con un poco de suerte, desintegrar a los dioses. Tenía que asegurarme de que Liz y Emma sobrevivían.

Entonces se abrió la puerta de la limusina, detrás de mí. Bes anunció:

—¡Aquí nadie ataca a nadie! Excepto yo, claro.

Nejbet soltó un graznido de alarma y yo me giré para ver qué pasaba. Tan pronto como lo hice, me entraron ganas de sacarme los ojos con un rayo de fuego.

Liz tuvo una arcada.

—¡Dios, no! ¡Qué horror!

—¡Ajá! —gritó Emma, en perfecto idioma babuino—. ¡Dile que pare!

Ciertamente, Bes se había puesto su traje de feo. Trepó al techo de la limusina y se quedó allí de pie, con las piernas separadas y los brazos en jarras, como Superman... pero en ropa interior.

No entraré en detalles por si sois aprensivos, pero allí estaba el enano de un metro de altura luciendo su horroroso físico —la panza, las extremidades peludas, los pies grotescos, los michelines carnosos— vestido solo con un bañador de *slip* azul marca Speedo. Imaginad a la persona más desagradable que hayáis visto jamás en la playa, esa que debería tener prohibido ponerse en traje de baño. Pues Bes era peor.

No supe qué decir, aparte de:

—¡Ponte ropa!

Bes soltó la clase de carcajada que significa: «¡Jo, jo! ¡Qué estupendo soy!».

—¡No hasta que se vayan! —gritó—. O hasta que los envíe a la Duat de un susto.

—¡Esto no es asunto tuyo, dios enano! —graznó Nejbet, apartando la mirada de su fealdad—. ¡Vete!

—Estas niñas están bajo mi protección —replicó Bes.

—Yo no te conozco —dije—. Nunca te había visto antes de hoy.

—Chorradas. Me has pedido expresamente que te ayude.

—¡No me refería al comando calzoncillo!

Bes se lanzó desde la limusina y aterrizó delante de mi círculo, entre Babi y yo. Visto desde atrás, el enano era todavía más repulsivo. Tenía la espalda tan peluda que parecía un abrigo de visón. Y en la parte trasera de su bañador se leían las palabras **ORGULLO ENANO**.

Bes y Babi dieron vueltas uno alrededor del otro como luchadores profesionales. El dios babuino intentó atizarle, pero el enano era ágil. Se encaramó al pecho de Babi y le asestó un cabezazo en el hocico. Babi retrocedió dando tumbos mientras el enano seguía propinándole golpes, usando su propia cara como arma mortal.

—¡No le hagas daño! —grité—. ¡Ahí dentro está mi abuelo!

Babi se apoyó en la barandilla del puente para no caer al suelo. Pestañeó, intentando orientarse, pero entonces Bes le tiró el aliento, y el olor a curry debió de ser la gota que colmó el vaso. Al babuino le flaquearon las piernas. Su cuerpo resplandeció y empezó a encogerse. Se fue arrugando sobre el asfalto hasta reducirse a la forma de un pensionista canoso y achaparrado, con una chaqueta de punto destrozada.

—¡Abuelo! —No pude resistirme. Salí del círculo de protección y corrí junto a él.

—Se recuperará —me aseguró Bes. Entonces se volvió hacia la diosa buitres—. Tu turno, Nejbet. Márchate.

—¡He robado este cuerpo con todas las de la ley! —protestó ella—. ¡Aquí dentro se está bien!

—Tú te lo has buscado.

Bes se frotó las manos, respiró profundamente e hizo algo que nunca podré borrar de mi memoria.

Si os dijera que hizo una mueca y gritó «¡UH!», sería totalmente cierto, pero ni se acercaría a lo horroroso que fue en realidad.

Se le infló la cabeza. La mandíbula se desencajó para que la boca pudiera abrirse cuatro veces más de lo normal. Tenía los ojos tan salidos que parecían uvas. Se le erizó todo el pelo como a Bast. Agitó la cabeza y dejó que su lengua verde y babosa se balanceara de un lado a otro mientras vociferaba un «¡UUUH!» tan fuerte que resonó contra las orillas del Támesis con la fuerza de un cañonazo. La onda de fealdad en estado puro se llevó por delante las plumas de Nejbet y todo el color de su cara. Le arrancó la esencia de la diosa como si fuera un pañuelo de papel en plena tormenta. Solo quedó una anciana perpleja, con vestido de flores y acuclillada sobre una farola.

—Oh, cielos... —Mi abuela se desmayó.

Bes dio un brinco y la atrapó antes de que pudiera caer al agua. La cara del enano volvió a la normalidad (bueno, a su fealdad normal, por lo menos) mientras dejaba suavemente a mi abuela junto a su marido, en el asfalto.

—Gracias —le dije a Bes—. Y ahora, por favor, ¿podrías ponerte ropa?

Me dedicó una sonrisa de oreja a oreja, sin la que podría haber vivido.

—Eres de las buenas, Sadie Kane. Ya veo por qué le caes bien a Bast.

—¿Sadie? —gimió mi abuelo, esforzándose por abrir los ojos.

—Estoy aquí, abuelo. —Le acaricié la frente—. ¿Cómo te encuentras?

—Me apetece mucho comer mangos, qué raro. —Bizqueó—. Y a lo mejor algún insecto. ¿Nos... nos has salvado tú?

—En realidad, no —reconocí—. Mi amigo...

—Y tanto que los ha salvado —dijo Bes—. Tienen ustedes a una niña muy valiente. Menuda maga está hecha.

El abuelo enfocó la mirada en Bes y torció el gesto.

—Puñeteros dioses egipcios con su puñetera ropa de playa sugerente. Son cosas como esta por las que no queremos saber nada de la magia.

Suspiré de alivio. Si el abuelo empezaba a quejarse, era que iba a ponerse bien. Mi abuela seguía inconsciente, pero tenía la respiración firme. Ya iba volviéndole el color a los mofletes.

—Tenemos que irnos —dijo Bes—. Los mortales están preparándose para asaltar el puente.

Bastó con una mirada rápida al cordón policial para confirmarlo. Estaban reuniendo un equipo de asalto, hombres bien acorazados con fusiles, lanzagranadas y seguro que muchos otros juguetitos que pudieran matarnos.

—¡Liz, Emma! —las llamé—. Ayudadme con mis abuelos.

Mis amigas se acercaron enseguida y empezaron a incorporar a mi abuelo, pero entonces Bes dijo:

—No pueden venir.

—¿Cómo? —salté yo—. Pero si acabas de decir...

—Son mortales —dijo Bes—. Tu misión no es la suya. Si queremos manganle el segundo papiro a Vlad Ménshikov, hay que salir ya.

—¿Cómo sabes eso? —pregunté, antes de recordar que había hablado con Anubis.

—Tus abuelos y tus amigas corren menos peligro aquí —dijo Bes—. La policía los interrogará, pero no tratarán como amenazas a unos ancianos y unas niñas.

—No somos niñas —gruñó Emma.

—Buitres... —susurró mi abuela entre sueños—. Empanadas...

El abuelo tosió.

—Tiene razón el enano, Sadie. Ve. Yo estaré de perlas en un momento, de verdad, aunque es una lástima que ese amiguete babuino no me haya dejado un poco de poder. Hacía siglos que no me sentía tan fuerte.

Contemplé a mis desaliñados abuelos y amigas. Sentí el corazón como si me lo estiraran en más direcciones que la cara de Bes hacía un momento. El enano tenía razón: correrían menos riesgo aquí, enfrentándose al equipo de asalto, que si venían con nosotros. Y también comprendí que en una misión mágica no había lugar para ellos. Mucho tiempo atrás, los abuelos habían optado por no utilizar sus capacidades hereditarias. Y mis amigas eran solo unas mortales, unas mortales valientes, locas, ridículas y maravillosas. Pero no podían acompañarme donde yo iba.

—Sadie, no pasa nada. —Emma se ajustó las gafas rotas y forzó una sonrisa—. Ya nos apañaremos con la policía. Tampoco será la primera vez que nos salva nuestra labia, ¿eh?

—Cuidaremos de tus abuelos —me prometió Liz.

—A mí no hay que cuidarme —protestó el abuelo. Entonces le dio un ataque de tos—. Tú vete, cariño. He tenido a ese dios babuino en la cabeza, y te lo digo: quiere destrozarte. Cumple esa misión antes de que vuelva a por ti. Yo no podía ni retrasarlo. No podía... —Miró con rencor sus viejas manos temblorosas—. No me lo habría perdonado nunca. ¡Venga, largo de aquí!

—Lo siento —les dije a todos—. No pretendía...

—¡Será broma! —exclamó Emma—. ¡Sadie Kane, esta ha sido la fiesta de cumpleaños más genial del universo! ¡Venga, vete!

Ella y Liz me abrazaron y, antes de que pudiera echarme a llorar, Bes me hizo entrar en el Mercedes.

Pusimos rumbo norte, hacia el muelle de Victoria. Casi habíamos llegado a las barricadas cuando Bes aflojó.

—¿Qué pasa? —pregunté—. ¿No podemos pasar invisibles?

—Lo que me preocupa no son los mortales —dijo, señalando con el dedo.

Todos los agentes, reporteros y espectadores que pululaban tras los parapetos se habían quedado dormidos. Varios militares con coraza estaban acurrucados en el suelo, abrazando sus fusiles de asalto como ositos de peluche.

Y delante del bloqueo policial, impidiendo el paso a nuestro coche, estaban Carter y Walt. Iban despeinados y resollaban, como si hubieran llegado corriendo desde Brooklyn. Los dos tenían las varitas listas. Carter avanzó un paso, apuntando al parabrisas.

—¡Suéltala! —gritó a Bes—. ¡O te aniquilaré!

Bes me miró de reojo.

—¿Quieres que lo asuste?

—¡No! —contesté. No me hacía ninguna falta volver a ver aquello—. Me encargo yo.

Bajé de la limusina.

—Hola, chicos. Llegáis justo a tiempo.

Walt y Carter fruncieron el entrecejo.

—¿No corres peligro? —me preguntó Walt.

—Ya no.

Carter bajó la espada de mala gana.

—Entonces, el tío feo...

—Es un amigo —dije yo—. Amigo de Bast. Y nuestro chófer.
Carter parecía confundido, molesto e incómodo a partes iguales, lo que puso un agradable punto final a mi fiesta de cumpleaños.

—¿Chófer para qué? —preguntó.

—Para llevarnos a Rusia, claro —dije—. Venga para adentro.

9. Una gira verticalmente impedida por Rusia

CARTER

Como de costumbre, Sadie se ha dejado detalles importantes, como que Walt y yo casi nos matamos intentando encontrarla.

No fue divertido volar hasta el Museo Brooklyn. Tuvimos que ir colgados de una cuerda bajo la barriga del grifo, como un dúo de Tarzanes, esquivando a policías, protección civil, enviados del Ayuntamiento y varias señoras mayores que nos perseguían con los paraguas en alto y gritaban:

—¡Ahí está el colibrí! ¡Matadlo!

Cuando logramos abrir un portal, quise llevarme a Freak a Londres, pero vio la entrada de arena arremolinada y se puso... bueno, *freaknético*, y tuvimos que irnos sin él.

Llegamos a Londres y en los televisores de todos los escaparates salía la estación de Waterloo. Había habido un disturbio muy raro dentro de la terminal principal, con animales sueltos y rachas de viento huracanado. Vaya, vaya, ¿quién habría sido? Walt utilizó un amuleto de Shu, dios del aire, para convocar una ventolera que nos llevara al puente de Waterloo de un salto. Y por supuesto, aterrizamos justo en el centro de un pelotón de antidisturbios armados hasta los dientes. Menos mal que me acordé del hechizo del sueño.

Y entonces, por fin, cuando ya estábamos listos para hacer nuestra entrada triunfal y salvar a Sadie, a ella no se le ocurre otra cosa que salir de una limusina conducida por un enano espantoso en bañador, y encima reñirnos por llegar tarde.

Así que cuando nos dijo que el enano iba a llevarnos a Rusia, pensé: «Ah, pues muy bien», y me metí en el coche.

La limusina recorrió Westminster mientras Sadie, Walt y yo nos poníamos al día.

Al oír todo lo que le había pasado a Sadie, dejé de lamentar el día que había tenido yo. Soñar con Apofis y combatir a una serpiente de tres cabezas en la sala de entrenamiento no podía ni compararse a que unos dioses dominaran a nuestros abuelos. La verdad es que ellos dos nunca me han caído de maravilla, pero aun así... ¡madre mía!

Tampoco me entraba en la cabeza que nuestro conductor fuera Bes. Mi padre y yo siempre nos reíamos cuando veíamos imágenes suyas en los museos; esos ojos saltones, esa lengua colgando, esa ausencia general de ropa... En teoría, Bes era capaz de asustar a casi cualquier cosa, ya fueran espíritus, demonios o incluso otros dioses, y por eso había sido tan popular entre el pueblo raso del antiguo Egipto. Bes cuidaba de la gente pequeña... y que conste que no lo he dicho por bromear con los enanos. En carne y hueso era clavadito a sus retratos, solo que en multicolor y en multihedor.

—Te debemos una —le dije—. Entonces, ¿eres amigo de Bast?

Se puso rojo hasta las orejas.

—Sí... eso es. De vez en cuando, me pide algún favorcillo. A veces le echo una mano.

Me olí que el dios no quería seguir hablando del tema.

—Cuando hablé con Horus —dije—, me avisó de que algunos dioses podrían oponerse a que despertemos a Ra. Supongo que ahora ya sabemos cuáles.

Sadie resopló.

—Si no les parecía bien nuestro plan, podrían haberme enviado un mensaje al móvil para protestar. ¡Nejbet y Babi casi me hacen pedazos!

Tenía la cara un poco descompuesta. Sus botas militares estaban salpicadas de champú y barro, y su chaqueta de cuero favorita tenía una mancha en el hombro que se parecía sospechosamente a caca de buitre. De todas formas, lo que me impresionó fue que seguía consciente. Las pociones son difíciles de hacer y más aún de utilizar. Siempre se paga un precio por canalizar tanta magia.

—Lo has hecho de maravilla —le dije.

Sadie miró con rencor el cuchillo negro que tenía en el regazo, el arma ceremonial que le había dado Anubis.

—Si no fuese por Bes, estaría muerta.

—Qué va —dijo Bes—. Bueno, vale, es probable que sí. Pero habrías caído con estilo.

Sadie dio la vuelta a la extraña navaja negra, como si fuera a llevar instrucciones escritas.

—Es un *netjeri* —dije—. Una hoja de serpiente, Sadie. Los sacerdotes la usaban para...

—La ceremonia de apertura de la boca —dijo ella—. Pero ¿a nosotros de qué nos sirve?

—No lo sé —reconocí—. ¿Bes?

—Rituales funerarios. Yo procuro no mezclarme con ellos.

Miré a Walt. Los objetos mágicos eran su especialidad, pero al parecer no estaba prestando atención. Desde que Sadie nos había contado su conversación con Anubis, Walt no había abierto la boca. Estaba sentado junto a ella, toqueteando sus anillos.

—¿Estás bien? —le pregunté.

—Sí... Solo pensaba. —Miró a Sadie un momento—. En filos *netjeri*, claro.

Sadie se arregló el pelo como si quisiera cerrar una cortina entre ella y Walt. Había tanta tensión entre los dos que dudé que pudiera cortarse ni con un cuchillo mágico.

—Puñetero Anubis —dijo entre dientes—. Podría haberme muerto, y mira lo preocupado que estaba.

Avanzamos un rato en silencio después de esa frase. Por fin, Bes giró para cruzar el río por el puente de Westminster.

Sadie arrugó la frente.

—¿Adónde vamos? Necesitamos un portal, y los mejores artefactos están en el Museo Británico.

—Ya —dijo Bes—. Pero los otros magos también lo saben.

—¿Los otros magos? —pregunté yo.

—Chaval, la Casa de la Vida tiene delegaciones por todo el mundo. Londres es el Nomo Noveno. Ese jaleo de Waterloo ha sido una bengala que ha lanzado la señorita Sadie, como diciendo: «¡Eh, que estoy aquí!». Seguro que ya hay magos siguiéndonos el rastro. Tendrán vigilado el museo por si intentáis huir por ahí. La suerte es que conozco otro sitio donde podemos abrir un portal.

Un enano dándome lecciones. Tendría que haberseme ocurrido que en Londres habría otros magos. La Casa de la Vida estaba en todas partes. Fuera de la seguridad de nuestra mansión de Brooklyn, no existía un solo continente donde estuviéramos a salvo.

La limusina recorrió el lado sur de Londres. El paisaje de la avenida Camberwell era tan depresivo como mis pensamientos. La calle pasaba entre hileras de sucios

apartamentos de ladrillo y locales baratos, alquilados por tiendas de mala muerte. Una mujer nos miró mal desde una parada de autobús. En el portal de un autoservicio Asda, dos jóvenes con pinta de duros pasaron revista al Mercedes como si quisieran robarlo. Me pregunté si serían dioses o magos disfrazados, porque la mayoría de la gente no veía el coche.

No tenía ni idea de adónde nos llevaba Bes. No parecía el tipo de barrio donde se encontrarán muchas estatuas egipcias.

Por fin se extendió un gran parque a nuestra izquierda, todo campos verdes cubiertos de niebla, caminos delimitados por árboles y unas pocas murallas casi en ruinas y cubiertas de enredaderas, parecidas a acueductos. El terreno ascendía con suavidad hasta la cima de una colina donde había una antena de radio.

Bes subió el bordillo y condujo directamente encima de la hierba, después de derribar un letrero que decía: NO SALGAN DEL CAMINO. La tarde era gris y lluviosa, así que no había mucha gente paseando. Las únicas dos personas que vimos haciendo *footing* por el sendero ni siquiera nos miraron, como si fuera lo más normal del mundo que una limusina Mercedes cruzara el parque a lo bruto.

—¿Adónde vamos? —pregunté.

—Mira y aprende, chaval —dijo Bes.

Que me llamara «chaval» un tío más bajito que yo daba un poco de rabia, pero no dije nada. Bes llevó el coche directamente colina arriba. Cerca de la cima empezaba una escalinata de piedra de unos diez metros de ancho, incrustada en la ladera. Por lo que se veía, no llevaba a ninguna parte. Bes pisó el freno y nos detuvimos dando un derrape. La colina era bastante más alta de lo que yo había creído. A nuestros pies se extendía todo Londres.

Entonces observé la escalinata con más atención. En ambos lados de los primeros peldaños había dos esfinges hechas de piedra, algo erosionadas pero todavía vigilando la ciudad. Cada una tendría unos tres metros de largo, entre el típico cuerpo de león y la cabeza de faraón, pero se veían totalmente fuera de lugar en un parque de Londres.

—No son de verdad —dije.

Bes dio un bufido.

—Pues claro que son de verdad.

—Quiero decir que no son del antiguo Egipto. No son lo bastante antiguas.

—Va, no nos pongamos quisquillosos —dijo Bes—. Esta era la escalera hacia el Palacio de Cristal, un salón de exposiciones grande como una catedral y hecho de cristal y acero que había antes en esta colina.

Sadie frunció el ceño.

—Eso lo dimos en clase. La reina Victoria dio allí una fiesta o algo así.

—¿«Una fiesta o algo así»? —refunfuñó Bes—. Fue la Gran Exposición de 1851. Escaparate del poder del Imperio británico, etcétera. Tenían unas manzanas de caramelo buenísimas.

—¿La visitaste? —pregunté.

Bes se encogió de hombros.

—El palacio se quemó en los años treinta del siglo XX, por culpa de unos magos idiotas... pero eso es otra historia. Ahora solo quedan unas pocas reliquias, como esta escalinata y las esfinges.

—La escalinata a ninguna parte —dije.

—¿Cómo que a ninguna parte? —me contradijo Bes—. Esta noche nos llevará a

San Petersburgo.

Walt enderezó la espalda. Por lo visto, su interés por las estatuas había podido con la melancolía.

—Pero, si las esfinges no son egipcias de verdad —dijo—, ¿cómo pueden abrir un portal?

Bes le dedicó una amplia sonrisa.

—Depende de lo que signifique «egipcias de verdad», chaval. Todo gran imperio envidia al antiguo Egipto. Tener por ahí cacharros egipcios hace que se sientan importantes. Por eso ahora se han creado artefactos egipcios nuevos en Roma, París, Londres... en todas partes. Ese obelisco de Washington...

—Ni lo menciones, por favor —interrumpió Sadie.

—Da igual —siguió Bes—. El caso es que estas dos esfinges siguen siendo egipcias, las tallara quien las tallara. Las esculpieron para representar la conexión entre el Imperio británico y el egipcio. Por tanto, sí, pueden canalizar magia. Sobre todo, si conduzco yo. Y ahora... —Miró a Walt—. Creo que es hora de que vuelvas a casa.

Me sorprendió demasiado para decir nada, pero Walt tenía la mirada gacha como si ya se lo hubiese esperado.

—Un momento —dijo Sadie—. ¿Por qué no puede venir con nosotros? Es mago. Puede ayudarnos.

La expresión de Bes se volvió grave.

—Walt, ¿no se lo has contado?

—¿Contarnos qué? —se encendió Sadie.

Walt agarró sus amuletos, como esperando encontrar uno que le evitara aquella conversación.

—No es nada. En serio. Solo que... debería echar una mano en la Casa de Brooklyn. Y Jaz me dijo...

Titubeó, probablemente al caer en que no debería haberla mencionado.

—¿Sí? —El tono de Sadie tenía una calma peligrosa—. ¿Cómo está Jaz?

—Sigue... sigue en coma —dijo Walt—. Aмос dice que seguro que lo supera, pero no me refería...

—Bien —dijo Sadie—. Me alegro de que vaya a mejorar. Pues entonces has de volver. Genial. Venga, nos vemos. Anubis ha dicho que deberíamos darnos prisa.

Mi hermana no fue muy sutil sacando el nombre como quien no quiere la cosa. A Walt se le contrajo la cara como si acabara de asestarle un puñetazo en el estómago.

Yo sabía que Sadie estaba siendo injusta. Por la conversación que habíamos tenido Walt y yo en la Casa de Brooklyn, sabía que le gustaba Sadie. Lo que lo tenía inquieto no era ningún tipo de asunto romántico con Jaz. Por otra parte, si me ponía de su lado, Sadie me diría que no me metiera donde no me llamaban. Hasta podría empeorar las cosas entre Sadie y él.

—No es que quiera volver —logró decir Walt.

—Pero no puedes venir con nosotros —replicó Bes en tono firme, aunque también me pareció detectar cierta preocupación, incluso pena—. Venga, chaval. Todo irá bien.

Walt se sacó algo del bolsillo.

—Sadie, por tu cumpleaños... bueno, seguro que ya tienes regalos de sobra. Esto no es un cuchillo mágico, pero lo he hecho para ti.

Dejó caer poco a poco un collar de oro en la mano de mi hermana. Tenía un pequeño símbolo egipcio de colgante:



—Eso es el aro de baloncesto que lleva Ra en la cabeza —dije. Sadie y él me fulminaron con la mirada, y me di cuenta de que seguramente no estaba ayudando a crear un momento mágico para ellos—. Quiero decir que es el símbolo que rodea la corona solar de Ra —continué—. Un bucle infinito, que simboliza la eternidad, ¿verdad?

Sadie tragó saliva como si aún le hirviera la poción mágica en el estómago.

—¿La eternidad?

Walt me dirigió una mirada que decía a las claras: «Deja de ayudarme, por favor».

—Sí —dijo—. Hummm..., se llama *shen*. He pensado que, bueno, como buscáis a Ra... Y creo que las cosas buenas, las importantes, deberían ser eternas. Así que espero que te traiga suerte. Pensaba dártelo esta mañana, pero... me ha entrado vergüenza.

Sadie contempló el talismán que relucía en su mano.

—Walt, yo no... O sea, gracias, pero...

—Tú recuerda que no quería marcharme —dijo él—. Siempre que necesites ayuda, aquí me tienes. —Me miró un instante y se corrigió—: Quiero decir que aquí me tenéis los dos, por supuesto.

—Pero ahora —terció Bes—, has de marcharte.

—Feliz cumpleaños, Sadie —dijo Walt—. Y buena suerte.

Salió del coche y empezó a bajar la colina con desgana. Lo miramos hasta que solo quedó una silueta diminuta en la penumbra. Entonces se desvaneció en la arboleda.

—Dos regalos de despedida —murmuró Sadie— de dos tíos guapísimos. Odio mi vida.

Cerró la cadenita de oro en torno a su cuello y tocó el símbolo *shen*.

Bes tenía la mirada perdida en los árboles por los que había desaparecido Walt.

—Pobre chaval. Con lo suyo sí que nacen pocos. Qué injusto.

—¿Por qué lo dices? —pregunté—. ¿A qué venían tantas ganas de que se marchara?

El enano se rascó la maraña que tenía por barba.

—No me corresponde a mí explicarlo. Ahora mismo tenemos trabajo por delante.

Cuanto más tiempo demos a Ménshikov para reforzar sus defensas, más nos costará.

Yo no quería dar el tema por zanjado, pero Bes me miró con cara de tozudo y supe que no iba a sacarle más respuestas. Nadie pone cara de tozudo como un enano.

—A Rusia, pues —dije—. Una escalinata vacía nos lleva allí.

—Exacto.

Bes pisó el acelerador a fondo. El Mercedes provocó una lluvia de hierba y barro antes de subir disparado la escalera. Yo estaba convencido de que llegaríamos arriba y solo habríamos logrado romper un eje, pero en el último segundo se abrió un portal de arena arremolinada frente a nosotros. Las ruedas se separaron del suelo y la limusina negra voló directa hacia el vórtice.

Caímos de sopetón contra el asfalto del otro lado, dispersando un grupo de adolescentes sorprendidos. Sadie gimió y tensó los músculos del cuello para separarse del reposacabezas.

—¿Es que nunca podemos llegar suavemente a ningún sitio? —preguntó.

Bes accionó el limpiaparabrisas para quitar la arena del cristal. Fuera del coche estaba oscuro y nevaba. Unos edificios de piedra del siglo XVIII flanqueaban un río helado, visible a la luz de las farolas. En la orilla opuesta resplandecían otras construcciones de cuento de hadas: doradas cúpulas de iglesia, palacios blancos y ornamentadas mansiones pintadas de color verde manzana y azul. Podría haber creído que el portal nos había llevado tres siglos atrás en el tiempo... si no fuera por los coches, la luz eléctrica y sobre todo los jóvenes con *piercings*, pelo teñido y ropa negra de cuero que nos increpaban en ruso y daban golpes al capó del coche porque casi los atropellamos.

—¿Pueden vernos? —se sorprendió Sadie.

—Son rusos —dijo Bes con una especie de admiración reticente—. Un pueblo muy supersticioso. Suelen ver la magia como lo que es. Aquí tendremos que andarnos con ojo.

—¿Ya habías estado antes? —pregunté.

Me dijo «vaya pregunta» con la mirada y luego señaló a ambos lados del coche. Habíamos caído entre dos esfinges de piedra instaladas sobre pedestales. Se parecían a muchas otras esfinges —cabeza humana con corona en un cuerpo de león—, pero eran las primeras que yo veía cubiertas de nieve.

—¿Estas son auténticas? —pregunté.

—Los artefactos egipcios situados más al norte de todo el mundo —dijo Bes—. Fueron expoliadas de Tebas y traídas aquí arriba para decorar la nueva ciudad imperial rusa, San Petersburgo. Como os decía, todos los nuevos imperios quieren trocitos de Egipto.

Los chicos de fuera seguían dando voces y sacudiendo el coche. Uno estrelló una botella contra nuestro parabrisas.

—Esto... —dijo Sadie—. ¿No nos iremos?

—Qué va —dijo Bes—. Los chavales rusos siempre están rondando las esfinges. Llevan cientos de años haciéndolo.

—Pero aquí será medianoche —dije—. Y está nevando.

—¿No os había comentado que son rusos? —dijo Bes—. No os preocupéis. Yo me encargo.

Abrió su puerta. Un viento gélido como un glaciar se coló en el Mercedes, pero Bes salió vestido solo con su bañador de *slip*. Los jóvenes retrocedieron a toda prisa. No pude reprochárselo. Bes les dijo algo en ruso y a continuación rugió como los leones. Los chicos dieron media vuelta y echaron a correr.

La forma de Bes titiló. Al volver dentro del coche, llevaba puesto un abrigo de invierno, un sombrero forrado en piel y manoplas de lana.

—¿Lo veis? —nos dijo—. Supersticiosos. Tienen suficiente sentido común para huir de un dios.

—De un dios pequeño y peludo en bañador, sí —dijo Sadie—. Bueno, y ahora, ¿qué?

Ben señaló al otro lado del río, hacia un brillante palacio de piedra, blanco y dorado.

—Eso es el Hermitage.

—¿Ahí viven ermitaños? —dijo Sadie.

—No —dije yo—. Me han hablado del sitio. Antes era el palacio del zar, pero ahora es un museo. Tienen la mejor colección egipcia de toda Rusia.

—¿Y supongo que papá te trajo una vez? —preguntó Sadie. Creía que teníamos superado lo de ponerse celosa-porque-veías-mundo-con-papá, pero volvía a salir de vez en

cuando.

—No vinimos nunca. —Intenté no sonar como si estuviera a la defensiva—. Una vez le llegó una invitación para dar una charla, pero la rechazó.

Bes soltó una risita.

—Vuestro padre era listo. Los magos rusos no son famosos por recibir de brazos abiertos a los extranjeros. Defienden su territorio como fieras.

Sadie miró al otro lado del río.

—Entonces, ¿el cuartel del Nomo Decimoctavo está dentro del museo?

—En alguna parte —admitió Bes—, pero lo tienen oculto con magia, porque yo nunca he encontrado la entrada. La parte que veis ahora es el Palacio de Invierno, la vieja residencia del zar. Detrás tiene todo un complejo de mansiones. Dicen que se tarda once días solo en ver todas las colecciones del Hermitage.

—Pero, como no despertemos a Ra, en cuatro días se acaba el mundo —le recordé.

—Ahora ya tres días —me corrigió Sadie—: ya es más de medianoche.

Hice una mueca de dolor.

—Gracias por recordármelo.

—Tendréis que hacer el recorrido corto —dijo Bes—. Empezad por la sección egipcia. Planta baja, museo principal.

—¿Tú no nos acompañas? —pregunté.

—No puede, ¿verdad que no? —adivinó Sadie—. Igual que Bast no pudo entrar en casa de Desjardins cuando estuvimos en París. Los magos encantan sus cuarteles para protegerlos de los dioses, ¿no es así?

Bes puso una cara aún más fea de lo normal.

—Os acompañaré hasta el puente, pero de ahí no puedo pasar. Si cruzo el río Neva demasiado cerca del Hermitage, haré saltar alarmas de todo tipo. Tendréis que ingeniáros las para colaros...

—Allanamiento nocturno a un museo —musitó Sadie—. Hasta la fecha, se nos ha dado de maravilla.

—... y encontrar la entrada al Nomo Decimoctavo. Y que no os capturen con vida.

—¿Por qué lo dices? —repliqué—. ¿Es mejor que nos capturen muertos?

Tenía una mirada tétrica.

—Vosotros confiad en mí. No queréis ser prisioneros de Ménshikov.

Bes chasqueó los dedos y de pronto nos vimos vestidos con parkas de lana, pantalones de esquiador y botas de invierno.

—Vamos, *malishi* —dijo—. Caminaré con vosotros hasta el puente Dvortsovyy.

El puente solo quedaba a unos cientos de metros, pero el camino se nos hizo largo. Obviamente, marzo no significaba primavera en San Petersburgo. La oscuridad, el viento y la nieve lo acercaban más a enero en Alaska. Personalmente, habría preferido un día sofocante en el desierto egipcio. Hasta con las ropas cálidas que Bes había convocado para nosotros, no podía dejar de castañear los dientes.

Bes se lo tomó con calma. Estuvo retrasándonos y haciendo de guía turístico hasta que pensé que se me caería la nariz al suelo, congelada. Nos explicó que estábamos en la isla Vasilievsky, separada por el río Neva del centro de San Petersburgo.

Nos señaló los distintos capiteles de iglesia y los monumentos, diciendo alguna palabra suelta en ruso cuando se emocionaba.

—Has pasado aquí mucho tiempo —dije.

Anduvo unos pasos en silencio.

—Casi todo fue hace una eternidad. No era...

Se detuvo tan en seco que topé con él. Miraba fijamente al otro lado de la calle, donde se alzaba un palacio con fachada de color amarillo chillón y un tejado verde a dos aguas. Iluminado en plena noche y bajo un remolino de nieve, tenía un aspecto irreal, como el de las imágenes fantasmales del Salón de las Eras, en el Nomo Primero.

—El palacio del príncipe Ménshikov —murmuró Bes.

Su voz llegó cargada de odio. Casi pensé que iba a gritar «¡BU!» al edificio, pero solo hizo rechinar los dientes.

Sadie me miró desconcertada, pero yo no era la Wikipedia andante que ella parecía considerarme. Sabía cosas de Egipto, pero ¿de Rusia? No tantas.

—¿Ménshikov, igual que Vlad el Inhalador? —dije.

—Es descendiente suyo. —Bes torció un labio, disgustado. Pronunció una palabra en ruso que habría apostado a que era un insulto de los gordos—. Cuando corría el siglo XVIII, el príncipe Ménshikov dio una fiesta en honor a Pedro el Grande, el zar que construyó esta ciudad. Pedro adoraba a los enanos, en eso se parecía mucho a los egipcios. Creía que dábamos buena suerte, así que siempre tenía unos cuantos en la corte. Total, que como Ménshikov quería agasajar al zar, pensó que sería gracioso representar una boda enana. Les obligó... nos obligó a ponernos traje, fingir que nos casábamos y ofrecer un baile. Todos los grandullones se reían, se burlaban...

Su voz se fue apagando.

Bes acababa de contarnos la fiesta como si se hubiera celebrado el día anterior. Entonces recordé que aquel tío tan pequeño y raro era un dios. Llevaba milenios dando vueltas por ahí.

Sadie le puso una mano en el hombro.

—Lo siento, Bes. Tuvo que ser horrible.

Él frunció el ceño.

—A los magos rusos... les encanta capturar a los dioses y utilizarlos. Todavía puedo oír la marcha nupcial, y la risa del zar...

—¿Cómo escapaste? —pregunté.

Bes me miró con dureza. Estaba claro que había sido la pregunta equivocada.

—Bueno, ya está bien. —Bes se subió el cuello del abrigo—. No perdamos más tiempo.

Eché a andar con paso firme, pero me dio la impresión de que no lograba dejar atrás el palacio de Ménshikov. De pronto, sus alegres paredes amarillas y sus ventanas bien iluminadas me parecieron siniestras.

Recorrimos otros cien metros de ventolera helada y llegamos al puente. Al otro lado, resplandecía el Palacio de Invierno.

—Daré un buen rodeo con el Mercedes —dijo Bes—. Voy hasta el próximo puente y luego doy la vuelta al Hermitage por el sur. Así es menos probable que alerte a los magos que si me quedo aquí.

En ese momento entendí por qué estaba tan paranoico con lo de disparar las alarmas. Unos magos lo habían atrapado en San Petersburgo una vez. Recordé lo que nos había dicho en el coche: «Que no os capturen con vida».

—¿Cómo te encontraremos si nos sale bien? —preguntó Sadie.

—Cuando os salga bien —corrigió Bes—. Sé optimista, chica, o adiós mundo.

—Vale. —Sadie se estremeció dentro de su nueva parka—. Optimismo.

—Nos vemos en la Nevsky Prospekt, la avenida principal donde están todas las tiendas, un poco al sur del Hermitage. Os espero en el Museo del Chocolate.

—¿En el qué? —dije yo.

—Bueno, en realidad, no es un museo. Sería más como una tienda; a estas horas de la noche está cerrada, pero el dueño siempre me deja pasar. Tienen de todo hecho con chocolate: juegos de ajedrez, leones, cabezas de Vladímir Lenin...

—¿Ese tío comunista? —le interrumpí.

—Sí, profesor Sabelotodo —dijo Bes—. El tío comunista, pero hecho de chocolate.

—A ver si lo he entendido bien —dijo Sadie—. Nosotros asaltaremos un museo nacional ruso fuertemente protegido, encontraremos el cuartel secreto de los magos, buscaremos un papiro peligroso y escaparemos. Tú, mientras tanto, estarás comiendo chocolate.

Bes asintió solemnemente.

—Es buen plan. Podría salir bien. Si pasa algo y no nos encontramos en el Museo del Chocolate, nuestro punto de salida es el puente egipcio, que cruza el río Fotanka más al sur. Tenéis que girar por...

—Silencio —atajó Sadie—. Nos veremos en la tienda de chocolate, sí o sí. Y me conseguirás un surtido para llevar. No admito discusión. ¡Y ahora, vete!

Bes le dedicó una sonrisa torcida.

—Tú vales, chica.

Regresó con paso errático hacia la limusina.

Contemplé el Palacio de Invierno, al otro lado del río a medio congelar. De algún modo, Londres ya no era tan gris y aterrador.

—¿Estamos metidos en un lío tan gordo como creo? —pregunté a Sadie.

—Y más —dijo—. En fin, vayamos a liar una buena en el palacio del zar, ¿no?

10. Un viejo amigo rojo viene de visita

CARTER

Entrar en el Hermitage no supuso ningún problema.

Ni siquiera los sistemas de seguridad más avanzados protegen contra la magia. Sadie y yo tuvimos que combinar nuestras fuerzas para rebasar el perímetro, pero con un poco de concentración, tinta, papiro y un pelín de energía que cogimos prestada a nuestros divinos amigos Isis y Horus, conseguimos improvisar un atajo por la Duat.

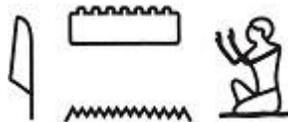
Empezamos en la desierta plaza del Palacio. Todo se puso gris y neblinoso, y me cosquilleó el estómago como si estuviera en caída libre. Nos desfasamos con respecto al mundo mortal y atravesamos rejas de hierro y muros de piedra sólida para entrar en el museo.

La sala egipcia estaba en la planta baja, como había dicho Bes. Regresamos al dominio mortal para aparecer en el centro de la exposición. Había sarcófagos en vitrinas de cristal, papiros con jeroglíficos y estatuas de dioses y faraones. No se diferenciaba mucho de otras cien colecciones egipcias que ya había visto, pero el entorno era bastante espectacular. Por encima de nosotros se alzaba un techo abovedado. El suelo de mármol pulido tenía un diseño de rombos grises y blancos que daba la sensación de estar pisando una ilusión óptica. Me pregunté cuántas salas como aquella habría en el palacio del zar, y si de verdad costaría once días recorrerlas todas. Ojalá Bes estuviera en lo cierto, y la entrada al Nomo estuviera en algún lugar de aquella habitación. No teníamos once días para buscarla. En menos de setenta y dos horas, Apofis escaparía. Me vino a la mente el ojo rojo y brillante, bajo los caparazones de escarabajo; una fuerza caótica tan poderosa que podía derretir los sentidos humanos. Otros tres días, y esa cosa se desataría sobre el mundo.

Sadie convocó su báculo y apuntó con él a la cámara de seguridad más cercana. La lente se quebró con el sonido de un matamoscas eléctrico. Incluso en el mejor de los casos, la tecnología y la magia no se llevan nada bien. Uno de los hechizos más fáciles que existen es el de hacer fallar aparatos electrónicos. A mí me bastaba con mirar mal a un teléfono móvil para que estallara. ¿Ordenadores? Mejor olvidarlo. Supuse que el impulso mágico de Sadie habría recorrido el sistema de seguridad hasta achicharrar todas las cámaras y sensores de la red.

Sin embargo, había otro tipo de protección... la mágica. Saqué de mi bolsa un retal de lino negro y un par de bastos *shabtis*. Envolví los *shabtis* en la tela y pronuncié una orden:

—*I'mun*.



El jeroglífico que significaba «ocultar» brilló por un instante encima de la tela. Del improvisado paquete surgió una masa de oscuridad, como la nube de tinta de un calamar. Ganó volumen hasta envolvernos a Sadie y a mí en una sedosa burbuja de sombras.

Nosotros podíamos ver más allá, pero la idea era que a nosotros no se nos veía. La nube debía ser invisible para cualquiera que no estuviera dentro.

—¡Esta vez te ha salido! —exclamó Sadie—. ¿Desde cuándo dominas el conjuro?

Posiblemente me ruborizara. Había estado obsesionado con aprender el hechizo de invisibilidad desde hacía meses, cuando había visto a Zia usarlo en el Nomo Primero.

—En realidad, aún... —Una chispa dorada salió disparada de la nube, como un cohete de pólvora en miniatura—. Aún estoy practicándolo.

Sadie suspiró.

—Bueno, esta vez ha salido mejor que la anterior. La nube parecía una lámpara de lava. Y la de antes de esa, la que olía a huevo podrido...

—¿Podríamos seguir adelante? —le pedí—. ¿Por dónde empezamos?

Mi hermana fijó la mirada en un expositor. Se dejó llevar hacia él, como si estuviera en trance.

—¿Sadie?

La seguí hasta una lápida de piedra caliza (una estela) de unos sesenta por noventa centímetros. Tenía una tarjeta descriptiva al lado escrita en ruso y en inglés.

—«De la tumba del escriba Ipi» —leí en voz alta—. «Siervo en la corte del rey Tut.» ¿Por qué te interesa tanto la...? Oh.

Seré idiota. En la imagen de la lápida se veía al fallecido escriba rindiendo honor a Anubis. Después de hablar cara a cara con Anubis, a Sadie debía de resultarle raro verlo pintado en una tumba de tres mil años de antigüedad, y más si salía con la cabeza de chacal y vestido con faldita.

—A Walt le gustas.

No tengo ni idea de por qué le solté aquello de golpe. No era el momento ni el lugar. Sabía que no beneficiaba en nada a Walt poniéndome de su lado. Pero tenía remordimientos desde que Bes le había echado de la limusina. El tío había venido hasta Londres para ayudarme a salvar a Sadie y lo habíamos dejado tirado como a un autoestopista molesto en el parque del Palacio de Cristal.

Me molestaba un poco que Sadie le hiciera el vacío y se embobara tanto con Anubis, que era cinco milenios demasiado mayor para ella y, encima, no era humano. Además, había tratado a Walt con un desdén que me recordaba demasiado la actitud que había tenido Zia hacia mí al principio. Y quizá, siendo sinceros, me cabreaba que Sadie hubiera resuelto sus problemas en Londres sin nuestra ayuda.

Uau. Qué egoísta ha sonado eso. Pero supongo que era la verdad. Es increíble la cantidad de formas en que puede molestarte una hermana pequeña al mismo tiempo.

Sadie tenía los ojos clavados en la estela.

—Carter, no sabes de lo que hablas.

—No le has dado ni una oportunidad —insistí—. No sé qué le pasa, pero no tiene nada que ver contigo.

—Me quedo más tranquila, pero no es...

—Además, Anubis es un dios. No pensarás de verdad que...

—¡Carter! —me espetó. Mi hechizo de camuflaje debía de ser sensible a las emociones, porque otra chispa dorada saltó pitando de nuestra nube de casi invisibilidad—. No miraba esta piedra por Anubis.

—Ah, ¿no?

—No. Y tampoco pienso discutir contigo sobre Walt. Por extraño que te parezca, no me paso todas las horas del día pensando en chicos.

—¿Solo casi todas?

Mi hermana puso los ojos en blanco.

—Mira la lápida, tarugo. Tiene un borde alrededor, como un marco de ventana o...

—Una puerta —acabé su frase—. Es una puerta falsa. Estaban en muchas tumbas.

Era un acceso simbólico para el *ba* del fallecido, de modo que pudiera ir y volver de la Duat.

Sadie sacó su varita y recorrió con un extremo los bordes de la estela.

—El coleguita este, Ipi, era un escriba, que era otra forma de llamar a los magos. A lo mejor era de los nuestros.

—¿Y qué?

—Que puede que sea el motivo de que la piedra esté brillando, Carter. ¿Y si esta puerta falsa no fuese falsa?

Estudí la estela más atentamente, pero no vi que brillara. Tal vez Sadie estuviera alucinando por el agotamiento o por haber bebido demasiado veneno. Pero entonces tocó el centro de la estela con su varita y pronunció la primera orden mágica que habíamos aprendido:

—*W'peh*.

«Abre.» Un jeroglífico dorado ardió sobre la piedra:



La lápida emitió un rayo de luz parecido al de los proyectores de cine. De repente apareció ante nosotros un brillante portal a tamaño natural, un rectángulo por el que se entreveía otra sala distinta.

Miré a Sadie estupefacto.

—¿Cómo lo has hecho? —dije—. Eso antes no podías hacerlo.

Se encogió de hombros como si diera igual.

—Antes no tenía trece años. Será eso.

—¡Pero yo tengo catorce! —me quejé—. ¡Y sigo sin poder hacerlo!

—Las chicas maduramos antes.

Tensé la mandíbula. Aborrecía los meses de primavera (marzo, abril y mayo) porque, hasta que cumpliera años yo en junio, Sadie podía afirmar que solo era un año menor que yo. Al pasar su cumpleaños, siempre le entraba la chulería, como si creyera posible alcanzarme y convertirse en mi hermana mayor. ¡Eso sí que sería una pesadilla!

Señaló el portal brillante.

—Tú primero, querido hermano. Eres quien lleva la capa de invisibilidad que suelta chispas.

Antes de perder los nervios del todo, crucé el portal.

Estuve a punto de caer y partirme la cara. El portal daba a un espejo colgado en una pared, a metro y medio de altura. Tenía los pies sobre la repisa de una chimenea. Agarré a Sadie cuando llegó, justo a tiempo de evitar que cayera al suelo.

—Gracias —susurró—. Alguien ha leído demasiadas veces *A través del espejo*.

La sala egipcia del museo ya me había impresionado, pero comparada con aquel

salón de baile no era nada. En el techo relucían unos diseños geométricos hechos en cobre. Las paredes estaban adornadas con columnas de color verde oscuro y puertas doradas. El suelo era un patrón octogonal de baldosas de mármol con incrustaciones en blanco y oro. El ardor de la lámpara de araña daba tanto brillo a la filigrana dorada y la piedra verde y blanca que me dolieron los ojos.

Entonces caí en la cuenta de que la mayoría de la luz no provenía de la lámpara. Provenía del mago que estaba lanzando un conjuro al otro lado de la sala. Estaba de espaldas a nosotros, pero supe que era Vlad Ménshikov. Sadie lo había clavado al describirlo: un hombre bajito y regordete con el pelo canoso rizado y un traje blanco. Estaba dentro de un círculo protector que latía con luz de color esmeralda. Alzó su báculo y la punta ardió con la intensidad de un soplete. A su derecha, poco más allá del círculo, había un jarrón verde del tamaño de un hombre adulto. A su izquierda, retorciéndose entre unas cadenas doradas, estaba un ser que reconocí como un demonio. Tenía el cuerpo humanoide, peludo y con la piel violeta, pero en lugar de cabeza le salía un sacacorchos gigante de entre los hombros.

—¡Piedad! —chilló con voz llorosa y metálica.

No me preguntéis cómo puede chillar un demonio con cabeza de sacacorchos, pero las palabras resonaron por la hélice de metal como si fuera un diapasón gigantesco.

Vlad Ménshikov siguió con su cántico. El jarrón verde vibraba de luz.

Sadie me dio un codazo y susurró:

—Mira.

—Ya —dije yo, también en susurros—. Algún tipo de invocación.

—No —insistió—, mira ahí.

Señaló a nuestra derecha. En el rincón de la sala, a unos seis metros de nuestra repisa de la chimenea, había un anticuado escritorio de caoba.

Sadie me había explicado las instrucciones de Anubis. Debíamos localizar el escritorio de Ménshikov. La segunda parte del Libro de Ra estaría en el primer cajón. ¿Sería el escritorio que buscábamos? Demasiado fácil me pareció. Sadie y yo bajamos de la repisa con tanto sigilo como pudimos, y nos acercamos poco a poco sin separarnos de la pared. Yo deseé con todas mis fuerzas que la capa de invisibilidad no lanzara más fuegos artificiales.

Habíamos recorrido la mitad de la distancia hasta el escritorio cuando Vlad Ménshikov acabó de cantar. Dio con la contera de su báculo contra el suelo y se quedó allí plantado, con la punta todavía ardiendo a un millón de grados. Volvió levemente la cabeza y alcancé a ver el brillo de sus gafas de sol blancas. Se hurgó en los bolsillos del abrigo mientras el jarrón verde refulgía y el demonio encadenado gritaba.

—No montes escándalo, Mueran los Corchos —le regañó Ménshikov. Tenía la voz más rasposa que en la descripción de Sadie, como la de un fumador compulsivo hablando desde detrás de un ventilador—. Ya sabes que hace falta un sacrificio para convocar a un dios tan importante. No es nada personal.

Sadie me miró con el ceño fruncido y vocalizó: «¿Dios importante?».

Meneé la cabeza a los lados, desconcertado. La Casa de la Vida prohibía que un mortal invocara a los dioses. Era por lo que más nos odiaba Desjardins. Se suponía que Ménshikov era su mejor amigo, así que ¿por qué violaba sus reglas?

—¡Me duele! —gimoteó el pobre demonio—. Os he servido durante cincuenta años, amo. ¡Por favor!

—Venga, venga —le contestó Ménshikov sin un ápice de compasión—. No tengo

más remedio que recurrir a la execración. Solo generaré la energía necesaria mediante la forma más dolorosa de destierro.

Ménshikov sacó del bolsillo de su abrigo un sacacorchos normal y un fragmento de cerámica cubierto de jeroglíficos rojos.

Sostuvo los dos objetos en alto y retomó los cánticos.

—Yo te nombro Mueran los Corchos, Siervo de Vladímir, Aquel que Gira en la Noche.

A medida que eran pronunciados los nombres del demonio, sus cadenas mágicas soltaron vapor y se le apretaron más y más en torno al cuerpo. Ménshikov sostuvo el sacacorchos por encima de la llama de su báculo. El demonio se revolvió entre gemidos. Mientras el sacacorchos pequeño se ponía al rojo vivo, el cuerpo del demonio empezó a humear.

Lo observé, horrorizado. Conocía la magia simpática, desde luego. Se basaba en lograr que una cosa pequeña afectara a otra grande enlazándolas entre sí. Cuanto más semejantes fueran esas cosas —como el sacacorchos y el demonio—, más fácil era el enlace. Los muñecos vudú funcionaban bajo los mismos principios.

Pero la execración era un asunto muy serio. Suponía destruir por completo a una criatura, eliminar de la existencia su forma física e incluso su nombre. Un conjuro así requería una cantidad considerable de magia. Si salía mal, podía acabar con el hechicero. Pero, si salía bien, rara era la víctima que tenía la menor oportunidad. Se podía expulsar a mortales corrientes, magos, fantasmas o incluso demonios de la faz de la Tierra. Tal vez la execración no acabara con las grandes fuerzas, como los dioses, pero aun así era como detonarles una bomba nuclear en toda la cara. Los mandaría tan al fondo de la Duat que quizá no regresaran nunca.

Vlad Ménshikov entretejía el hechizo como si lo lanzara todos los días. Seguía canturreando mientras el sacacorchos empezaba a derretirse, y el demonio con él. Ménshikov dejó caer el fragmento de arcilla donde estaban grabados los distintos nombres del demonio. Con una última palabra de poder, Ménshikov pisó la cerámica y la hizo pedazos. Mueran los Corchos se volatilizó, con cadenas incluidas.

En general, no me dan lástima los seres del inframundo, pero no pude evitar que se me cerrara la garganta. Era increíble lo despreocupado que estaba Ménshikov de haberse cargado a un sirviente solo para alimentar un hechizo poderoso.

Cuando hubo desaparecido el demonio, se apagó el fuego del báculo. Unos jeroglíficos ardieron alrededor del círculo de invocación. El gran jarrón verde tembló, y de su interior salió una voz potente:

—Hola, Vladímir. Cuánto tiempo.

Sadie tomó una bocanada rápida de aire. Tuve que taponarle la boca para evitar que diera un grito. Los dos conocíamos aquella voz. Yo no podía quitármela de la cabeza desde la Pirámide Roja.

—Set. —Ménshikov no parecía ni cansado después del hechizo. Su voz tenía una calma inquietante, para estar dirigiéndose al dios de la maldad—. Tenemos que hablar.

Sadie me apartó la mano y susurró:

—¿Se ha vuelto loco?

—Escritorio —repliqué—. Papiro. Largarnos. Ya.

Por una vez en la vida, Sadie no discutió. Empezó a sacar herramientas de su bolsa. Mientras tanto, el jarrón verde se tambaleó como si Set intentara volcarlo.

—¿Una vasija de malaquita? —El dios sonaba molesto—. Venga, hombre,

Vladimir. Yo creía que nos llevábamos mejor.

La risotada de Ménshikov sonó como si alguien estrangulara a un gato.

—No hay nada mejor para retener a los espíritus malignos, ¿verdad que no? Y en esta habitación hay más malaquita que en ningún otro lugar del planeta. La emperatriz Alejandra se hizo construir el salón con bastante tino.

Hubo un tintineo en el jarrón.

—Pero aquí dentro huele a rayos, y hace un frío que pela. ¿Alguna vez te han encerrado en una vasija de malaquita, Vlad? No soy un genio, sino un dios. Estaría mucho más locuaz sentado a tu mesa, quizá con una taza de té.

—Me temo que no —dijo Ménshikov—. Ahora responde a mis preguntas.

—Ah, como quieras —dijo Set—. Mi favorito para el mundial es Brasil. Te aconsejo invertir en platino y en fondos de baja capitalización. Y tus números de la suerte esta semana son el dos, el trece...

—¡No son esas preguntas! —levantó la voz Ménshikov.

Sadie sacó un bloque de cera de su bolsa y la amasó frenéticamente, dándole la forma de algún animal. Su intención era comprobar si había defensas mágicas en el escritorio. Ese tipo de conjuro se le daba mejor que a mí, pero no estaba muy seguro de cómo pretendía hacerlo. La magia de Egipto es bastante flexible; siempre hay mil formas distintas de afrontar un problema. El truco está en ser creativo con lo que tienes a mano y escoger un procedimiento que no vaya a matarte.

—Me dirás lo que necesito saber —exigió Ménshikov—, o ese jarrón se volverá aún más incómodo.

—Querido Vladimir. —La voz de Set estaba impregnada de maligna diversión—. Lo que necesitas saber puede ser muy distinto de lo que quieres saber. ¿Acaso tu desgraciado accidente no te enseñó esa lección?

Ménshikov se tocó las gafas de sol, como asegurándose de que no se le hubieran caído.

—Me dirás cuál es el vínculo para Apofis —afirmó con voz férrea—. También me dirás cómo se neutralizan los encantamientos de la Casa de Brooklyn. Tú conoces las protecciones de los Kane mejor que nadie. En cuanto le destruya, nadie se opondrá a mí.

Al comprender el significado de lo que decía Ménshikov, casi me levantó del suelo una oleada de furia. Esta vez le tocó a Sadie taptarme la boca a mí.

—¡Tranquilízate! —susurró—. ¡O volverán a saltar petardos del escudo de invisibilidad!

Le aparté la mano y dije entre dientes:

—¡Pero es que quiere liberar a Apofis!

—Lo sé.

—Y atacar a Amos.

—¡Lo sé! Por eso has de ayudarme a sacar el condenado papiro, ¡para que nos larguemos de aquí!

Puso su animal de cera (un perro, creo) en el escritorio y empezó a escribirle jeroglíficos en el lomo con un estilete.

Me obligué a respirar, aunque temblaba. Sadie tenía razón, pero aun así... Ménshikov estaba hablando de soltar a Apofis y matar a nuestro tío. ¿Qué clase de mago hace tratos con Set? Bueno, excepto Sadie y yo. Eso fue distinto.

La risa de Set retumbó en el jarrón verde.

—Ajá: el vínculo para Apofis y los secretos de la Casa de Brooklyn. ¿No quieres

nada más, Vladímir? Me pregunto qué diría tu maestro Desjardins si averiguara lo que planeas en realidad, y con qué clase de gente te codeas.

Ménshikov agarró su báculo. La punta, donde había una serpiente tallada, volvió a llamear.

—Cuidado con tus amenazas, Día Aciago.

La vasija se bamboleó. Por la sala vibraron los cristales de las urnas. La lámpara de araña tañó como un carillón de tres toneladas.

Miré asustado a Sadie.

—¿Acaba de...?

—El nombre secreto de Set —confirmó ella, sin dejar de escribir en su perro de cera.

—¿Cómo...?

—Ni idea, Carter. ¡Y calla!

El nombre secreto de un dios tenía un poder inimaginable. Se suponía que era casi imposible de conseguir. Para aprenderlo del todo, no bastaba con que te lo repitiera cualquiera unas pocas veces. Había que oírlo de labios del propio dios, o de la persona más cercana a su corazón. Una vez se poseía, otorgaba una considerable influencia mágica sobre ese dios. Sadie había aprendido el nombre de Set durante nuestra aventura de las Navidades pasadas, pero ¿de dónde lo había sacado Ménshikov?

Dentro del jarrón, Set gruñó con fastidio.

—De verdad que odio ese nombre. ¿Por qué no podía ser «Día Glorioso», o «Alucinante Muerte Roja»? Ese está muy bien. Ya era bastante malo cuando solo lo conocías tú, Vlad. Ahora también he de preocuparme de esa niña Kane...

—Sírvenos —dijo Ménshikov— y los Kane serán destruidos. Serás el honorable lugarteniente de Apofis. Podrás alzar un nuevo templo, más grandioso que la Pirámide Roja.

—Nanai —dijo Set—. A lo mejor no te has fijado, pero la idea de ser el segundo al mando no va mucho conmigo. Por lo que respecta a Apofis, tampoco es de los que permiten que otro dios se lleve la atención.

—Liberaremos a Apofis con tu ayuda o sin ella —le advirtió Ménshikov—. Cuando llegue el equinoccio, se alzaré. Pero si colaboras y lo soltamos antes, tendrás tu recompensa. Eso, o la execración. Sí, ya sé que no puedo destruirte por completo, pero sabiendo tu nombre secreto puedo mandarte al abismo durante eones, y será una experiencia muy, muy dolorosa. Te dejo cuarenta segundos para decidirte.

Di un codazo a Sadie.

—Corre.

Dio un golpecito al perro de cera, que cobró vida. Empezó a andar con el morro pegado al escritorio, olisqueando en busca de trampas mágicas.

Dentro del jarrón, Set suspiró.

—Bueno, Vladímir, tú sí que sabes hacer ofertas atractivas. ¿El vínculo para Apofis, decías? En efecto, estuve allí cuando Ra encerró a la Serpiente en su celda de escarabajos. Puede que recuerde los ingredientes que utilizó en el vínculo. ¡Menudo día tuvimos! Yo iba de rojo, creo. En el banquete que dio tras la victoria, sirvieron la langosta a la miel más deliciosa que...

—Tienes diez segundos —dijo Ménshikov.

—¡Que sí, ya voy! Espero que tengas papel y pluma a mano. La lista de ingredientes es bastante larga. A ver... ¿qué base utilizó Ra? ¿Guano? Había rana

pulverizada, por supuesto. Y luego...

Set siguió enumerando los ingredientes mientras el perro de Sadie olisqueaba el escritorio. Por último, se tumbó en el cartapacio a echar una cabezadita.

Sadie me miró muy seria.

—No hay trampas.

—Demasiado fácil —respondí en voz baja.

Abrió el cajón de arriba y allí estaba el rollo de papiro, igual que el que habíamos encontrado en Brooklyn. Se lo metió en la bolsa.

A medio camino de regreso a la chimenea, Set nos pilló por sorpresa.

Estaba recitando su lista de ingredientes ridículos:

—Y pieles de serpiente. Sí, tres, y han de ser grandes, con un poco de salsa picante... —Y calló de repente, como si hubiera tenido una revelación. Siguió con voz mucho más alta, para que se oyera por toda la sala—. ¡Y también una víctima para el sacrificio! ¡A lo mejor un joven mago idiota que no sabe lanzar bien los hechizos de invisibilidad, como CARTER KANE ahí al fondo!

Me quedé paralizado. Al girarse Vladímir Ménshikov, el pánico que me recorrió fue demasiado para la capa de invisibilidad.

Saltaron media docena de chispas con un silbido alto y alegre. La nube de oscuridad se disolvió.

Ménshikov me miró directamente.

—Vaya, vaya... qué amable por vuestra parte entregaros a mí. Así me gusta, Set.

—¿Hummm? —dijo Set con tono inocente—. ¿Tenemos vi sita?

—¡Set! —gruñó Sadie—. ¡Voy a darte una patada en el *ba* que te acordarás de esta! La voz de la vasija ahogó un grito.

—¿Sadie Kane? ¡Qué emocionante! Lástima que esté encerrado en esta vasija y nadie me deje salir.

No fue una indirecta muy sutil, pero aun así no podía pensar en serio que lo soltaríamos después de habernos delatado.

Sadie se encaró a Ménshikov, con varita y báculo preparados.

—Eres colaborador de Apofis. Estás en el bando equivocado.

Ménshikov se quitó las gafas. Sus ojos eran hoyos en su cara, todo cicatrices, piel quemada y córneas húmedas. Creedme, no puedo describirlo de forma que dé menos asco.

—¿El bando equivocado? —repitió Ménshikov—. Niña, no eres consciente de los poderes que hay en liza. Hace cinco mil años, los sacerdotes egipcios profetizaron cómo acabaría el mundo. Ra envejecería y se agotaría, y Apofis lo devoraría y sumiría el mundo en la oscuridad absoluta. El caos reinaría para siempre. ¡Ese momento ha llegado! No podéis impedirlo. La única opción que os queda es elegir entre ser destruidos e hincar la rodilla ante el poder del caos y sobrevivir.

—Eso —terció Set—. Qué pena que esté atrapado en esta vasija. Si no, a lo mejor tendría que elegir bando y ayudar a alguien.

—Cállate, Set —le soltó Ménshikov—. Aquí no hay nadie tan loco como para confiar en ti. Y en cuanto a vosotros, niños, es evidente que no sois el desafío que me esperaba.

—Genial —dije—. Entonces, ¿podemos irnos?

Ménshikov rió.

—¿Para ir a Desjardins con el cuento de lo que habéis oído? No os creería. Lo que haría es someteros a juicio y luego ejecutaros. Os ahorraré el bochorno matándoos ahora

mismo.

—¡Qué divertido! —dijo Set—. Ojalá pudiera verlo, pero es que estoy encerrado en esta vasija.

Intenté razonar. Ménshikov seguía dentro de su círculo de protección, que le daba una gran ventaja defensiva. No estaba seguro de poder quebrarlo, ni aunque aún pudiera invocar un avatar de combate. Mientras tanto, Ménshikov podía ir probando distintas formas de aniquilarnos con toda la calma del mundo. ¿Nos tumbaría con magia elemental? ¿Nos convertiría en insectos?

Arrojó su báculo al suelo y yo maldije por lo bajo.

Soltar el arma puede parecer un signo de rendición, pero en la magia egipcia nunca es buena señal. El significado del gesto suele ser: «Eh, voy a convocar alguna cosa grandota y fea para que te mate mientras yo me quedo aquí en mi círculo, riéndome».

Y en efecto, el báculo de Ménshikov empezó a retorcerse y crecer.

«Estupendo —pensé—. Otra serpiente.»

Pero aquella tenía algo raro. En vez de cola, tenía una cabeza en cada extremo. Al principio lo vi como un golpe de suerte: Ménshikov había convocado a un monstruo con algún defecto genético. Entonces al bicho le salieron cuatro patas de dragón. El tronco siguió creciendo hasta el tamaño de un caballo percherón, curvado en forma de U, con escamas rojas y verdes y una cabeza de serpiente cascabel en cada lado. Me recordó a aquel animal tan raro del doctor Dolittle, ¿sabéis? ¿El testadoble? Solo que el doctor Dolittle nunca habría querido hablar con un monstruo como aquel y, de hacerlo, la respuesta más probable sería: «Hola, voy a devorarte».

Las dos cabezas se volvieron hacia nosotros, siseando.

—Como si esta semana no hubiera tenido bastantes serpientes —murmuré.

Ménshikov sonrió.

—¡Ah, pero las serpientes son mi especialidad, Carter Kane! —Tocó un colgante de plata que llevaba sobre la corbata, un amuleto con forma de serpiente—. Y esta criatura en particular es mi favorita, el *tjesu heru*. Dos bocas hambrientas y dos niños problemáticos. ¡Es perfecto!

Sadie y yo nos miramos. Compartimos uno de esos momentos en que podíamos interpretarnos el rostro perfectamente.

Ambos sabíamos que no podíamos vencer a Ménshikov. El mago se limitaría a dejar que la serpiente testadoble nos cansara y, si sobrevivíamos, nos atacaría con otra cosa. Aquel tío era un profesional. Acabaríamos muertos o en su poder, y Bes nos había advertido que no nos dejáramos atrapar vivos. Habiendo visto lo que le había pasado al demonio Mueran los Corchos, me tomé la advertencia muy en serio.

Solo podíamos sobrevivir haciendo alguna locura, un acto tan suicida que Ménshikov no pudiera esperárselo. Necesitábamos ayuda de inmediato.

—¿Lo hago? —preguntó Sadie.

—Hazlo —asentí.

Los colmillos del *tjesu heru* rezumaban veneno. Nadie diría que un monstruo sin parte trasera pudiera moverse muy deprisa, pero el testadoble volvió sus dos cabezas hacia nosotros, como una herradura gigante, y se lanzó a la carga.

Desenvainé mi espada. Sadie fue más rápida.

Apuntó con el báculo al jarrón de malaquita donde estaba Set y gritó su orden mágica preferida:

—*Ha-di!*

Temí que no funcionara. Sadie no había probado el hechizo de destrucción desde antes de separarse de Isis. Sin embargo, justo antes de que el monstruo llegara a mí, el jarrón se hizo pedazos.

Ménshikov chilló:

—*Nyet!*

Se desató una tormenta de arena en la sala. El viento cálido nos empujó hacia la chimenea. Un muro de arena rojiza impactó contra el *tjesu heru* y lo hizo volar de lado hasta una columna de malaquita. Vlad Ménshikov salió despedido de su círculo protector y se dio un cabezazo contra una mesa. Se desplomó en el suelo, y la arena roja se arremolinó sobre él hasta dejarlo enterrado.

Cuando cesó la tormenta, teníamos delante a un hombre vestido con un traje de seda roja. Tenía la tez del color de un refresco de cereza, la cabeza afeitada, una perilla morena y ojos brillantes y oscuros, resaltados con kohl. Parecía un diablo egipcio a punto de salir de fiesta.

Sonrió mientras extendía los brazos en gesto de «tachán».

—¡Excelente! ¡Gracias, Sadie Kane!

A nuestra izquierda, el *tjesu heru* se debatía entre siseos, intentando ponerse de pie. El montón de arena roja que cubría a Vlad Ménshikov empezó a moverse.

—¡Haz algo, Día Aciago! —ordenó Sadie—. ¡Encárgate de ellos!

Set hizo una mueca.

—Eh, no hace falta ponerse ofensivo con los nombres.

—¿Prefieres que te llamemos Alucinante Muerte Roja? —pregunté.

Set formó un marco con los dedos, como si imaginara el nombre en su carnet de conducir.

—Sí... Suena bien, ¿verdad?

El *tjesu heru* se levantó con dificultades. Sacudió las dos cabezas y nos miró con odio, sin hacer ningún caso a Set, que era quien lo había estampado contra la pared.

—¿A que tiene una coloración preciosa? —comentó Set—. Es un espécimen maravilloso.

—¡Tú mávalo! —grité.

Set puso cara de espanto.

—¿Cómo voy a hacer eso? Si a mí me encantan las serpientes. Además, DTEN me metería un buen puro.

—¿Detén? —pregunté.

—Dioses por el Trato Ético a los Monstruos.

—¡Te lo acabas de inventar! —le espeté.

Set sonrió de oreja a oreja.

—Aun así... me temo que tendréis que ocuparos del *tjesu heru* por vuestra cuenta.

El monstruo hizo un sonido sibilante, que seguramente significaba: «¡De lujo!». Yo blandí mi espada para mantenerlo a raya.

El montón de arena se movió, y la cara aturdida de Ménshikov asomó de la cima. Set chasqueó los dedos y en el aire apareció un gran frasco de cerámica, que cayó y se hizo añicos contra la cabeza del mago. Ménshikov volvió a resbalar al fondo de la arena.

—Yo me quedaré aquí a entretener a Vladímir —dijo Set.

—¿No puedes execrarlo, o algo por el estilo? —exigió Sadie.

—¡Ay, ojalá! Qué mala suerte que mis manos estén atadas cuando alguien posee mi nombre secreto, y más si tengo órdenes específicas de no matarle. —Lanzó una mirada

acusadora a Sadie—. En todo caso, podría daros unos minutos, pero cuando Vlad vuelva en sí estará de bastante mal humor, así que yo de vosotros correría. ¡Buena suerte y que sobreviváis! ¡Y a ti, *tjesu heru*, buena suerte y que te los comas!

Me entraron ganas de estrangular a Set, pero teníamos problemas más gordos. Como si las palabras de Set le hubieran dado ánimos, el *tjesu heru* arremetió contra nosotros. Sadie y yo salimos a toda pastilla por la puerta más cercana.

Corrimos por el Palacio de Invierno, mientras la risa de Set resonaba a nuestra espalda.

11. Carter hace una estupidez increíble (y nadie se sorprende)

SADIE

Lo comprendo, Carter, de verdad que sí.

Quieres que cuente yo la parte que más te escuece. No me extraña. Lo que pasó ya fue horrible para mí, así que para ti... bueno, yo tampoco querría hablar de ello.

Allí estábamos, en el Palacio de Invierno, huyendo por unos vestíbulos de mármol pulido que no estaban diseñados para correr. Detrás de nosotros, el *tjesu heru* de dos cabezas no paraba de resbalar y darse contra las paredes cada vez que intentaba doblar una esquina, como le pasaba a Tarta cuando mi abuela fregaba el suelo. Por eso, y solo por eso, el monstruo no nos pilló al instante.

Desde que nos habíamos teletransportado a la sala Malaquita, no sabía dónde teníamos la salida más cercana. Ni siquiera estaba segura de si seguíamos en el auténtico Palacio de Invierno o si el despacho de Ménshikov sería una réplica hábilmente construida que existía solo en la Duat. Empezaba a creer que jamás saldríamos de allí cuando doblamos una esquina, bajamos a trompicones una escalera y vimos la plaza del Palacio al otro lado de unas puertas de cristal y hierro.

El *tjesu heru* nos pisaba los talones. Resbaló y cayó rodando por la escalera, llevándose por delante la estatua de escayola de algún desafortunado zar.

Estábamos a diez metros de la salida cuando vi las cadenas echadas en las puertas. —Carter —jadeé, señalando el candado con desesperación.

Odio reconocer lo débil que me sentía. No me quedaban fuerzas ni para otro hechizo más. Romper el florero de Set en la sala Malaquita había sido mi último cartucho, un buen ejemplo de por qué no debe usarse la magia para resolver todos los problemas. Invocar una Palabra Divina para romper el florero había consumido tanta energía que me sentía como si llevara todo el día haciendo trabajos forzados al sol. Habría sido mucho más sencillo tirarle una piedra. Si sobrevivía esa noche, decidí meter unos cuantos pedruscos en mi bolsa de herramientas.

Nos quedaban tres metros cuando Carter proyectó su puño hacia la puerta. El Ojo de Horus ardió contra el candado y las puertas se abrieron de par en par como si un gigante les hubiera dado un manotazo. No había visto a Carter hacer algo así desde la batalla en la Pirámide Roja, pero no tenía tiempo de quedarme alelada. Salimos como alma que lleva el diablo a la noche invernal, con el *tjesu heru* rugiendo detrás de nosotros.

Vais a tomarme por loca, pero lo primero que pensé fue: «Ha sido demasiado fácil».

A pesar del monstruo que nos perseguía y de todo el asunto con Set (a quien estaba dispuesta a ahogar cuando surgiera la primera oportunidad, maldito idiota traidor), no me quitaba de encima la idea de que habíamos entrado en el sanctasanctorum de Ménshikov y le habíamos robado el papiro con muy, muy pocos contratiempos. ¿Dónde estaban las trampas? ¿Y las alarmas? ¿Y las maldiciones de asnos explosivos? Estaba segura de que teníamos el papiro auténtico. Me habían cosquilleado los dedos igual que cuando nos llevamos el del Museo Brooklyn (esta vez sin el fuego, por suerte). Siendo así, ¿por qué no estaba mejor protegido?

Yo estaba tan exhausta que ahora corría unos pasos por detrás de Carter, lo que

posiblemente me salvó la vida. Noté un hormigueo en el cuero cabelludo. Sentí una oscuridad por encima de mí... que me recordó demasiado a la sombra de las alas de Nejbet. Levanté la mirada y vi al *tjesu heru* pasando sobre nuestras cabezas como una rana toro gigantesca, con el salto calculado para caer en...

—¡Carter, para! —grité.

Era más fácil decirlo que hacerlo, en aquel asfalto helado. Yo resbalé hasta detenerme, pero Carter corría demasiado deprisa. Cayó de culo y se deslizó, mientras se le escapaba la espada hacia un lado.

El *tjesu heru* cayó justo encima de él. Si no hubiera tenido forma de U, Carter habría muerto aplastado, pero el animal quedó curvado a su alrededor como unos auriculares inmensos, y miró fijamente a mi hermano desde los dos lados.

¿Cómo podía saltar tanto una bestia tan enorme? Demasiado tarde, comprendí que deberíamos habernos quedado dentro, donde el monstruo tenía menos capacidad de maniobra. En el exterior, no teníamos la menor posibilidad de dejarlo atrás.

—Carter —dije—, no muevas ni un dedo.

Se quedó muy quieto, a cuatro patas. De las dos cabezas del monstruo goteaba un veneno que siseaba y soltaba humo al entrar en contacto con los adoquines helados.

—¡Eh, tú! —grité.

Como no llevaba piedras, cogí un cacho de hielo que se había desprendido y se lo tiré al *tjesu heru*. Por supuesto, acerté a Carter en la espalda. En todo caso, hice que el *tjesu heru* se centrara en mí.

Giró sus dos cabezas, metiendo y sacando muy deprisa las lenguas gemelas. Primer paso conseguido: distraer al monstruo.

Segundo paso: ingeniármelas para alejarlo de Carter. Esa parte iba a ser más peliaguda.

Ya había consumido la única poción que llevaba. Casi no me quedaban ingredientes mágicos. El báculo y la varita me servirían de poco, teniendo agotadas mis reservas de magia. ¿La navaja de Anubis? No sé por qué, pero no me pareció que fuese buen momento para abrirle la boca a alguien.

¿El amuleto de Walt? No tenía ni la menor idea de cómo se usaba.

Por millonésima vez, lamenté haber renunciado al espíritu de Isis. Me habría venido de maravilla contar con todo el arsenal mágico de una diosa. Pero, desde luego, esa había sido exactamente la razón para separarme de ella. Un poder de esa magnitud embriaga, y crea una adicción peligrosa. Te puede destrozar la vida en un santiamén.

Pero... ¿Y si pudiera hilvanar un vínculo limitado? En la sala Malaquita, el hechizo *ha-di* me había salido por primera vez desde hacía meses. Y lo había encontrado difícil, sí, pero no imposible.

«Vale, Isis —pensé—. Ahora necesito que...»

No pienses, Sadie, me susurró casi de inmediato su voz, cosa que me extrañó. *La magia divina debe ser involuntaria, como la respiración.*

«¿Te refieres a...?» Me mordí la lengua mental. Nada de pensar. En fin, no podía ser tan difícil. Alcé mi báculo e hice arder un jeroglífico dorado en el aire. Un *tyt* de un metro de altura iluminó la plaza como la estrella de un árbol de Navidad.

El *tjesu heru* silbó, con los ojos amarillos clavados en el jeroglífico.

—No te gusta, ¿eh? —le grité—. Es el símbolo de Isis, bicho asqueroso. ¡Y ahora, apártate de mi hermano!

Era un farol total, por supuesto. Dudaba mucho que el símbolo brillante pudiera

servirnos de algo. Pero esperaba que la bestia serpiente no fuera lo bastante lista para darse cuenta.

Carter retrocedió centímetro a centímetro. Buscó su espada a tientas, pero la tenía a diez metros de distancia; demasiado lejos.

Yo no aparté la mirada del monstruo. Usé la contera de mi báculo para trazar un círculo mágico en la nieve a mi alrededor. No sería una gran barrera, pero era mejor que nada.

—Carter —le dije—, cuando diga «ya», ven corriendo aquí.

—¡Ese bicho es rapidísimo! —objetó.

—Probaré a detonar el jeroglífico para dejarlo cegado.

Sigo en mis trece: ese plan habría funcionado, pero no tuve ocasión de comprobarlo. Desde algún lugar a mi izquierda, se acercaban unas botas machacando el hielo. La bestia se giró hacia el sonido.

Un joven se acercaba a toda prisa bajo la luz del jeroglífico. Llevaba un grueso abrigo de lana, gorra de policía y un fusil en las manos, pero no podía ser mucho mayor que yo. El uniforme le venía grandísimo. Cuando vio al monstruo, puso los ojos como platos. Tropezó al dar un paso atrás y estuvo a punto de soltar el arma.

Me gritó una frase en ruso, supongo que algo en plan: «¿Qué hace aquí un monstruo serpiente con dos cabezas y sin culo?».

El monstruo nos lanzó un siseo a cada uno, cosa que podía hacer porque tenía dos cabezas.

—Es un monstruo —dije al vigilante. Daba por hecho que no me entendería, pero procuré mantener el tono firme—. Quédate ahí tranquilo y no dispaes. Intento salvar a mi hermano.

El vigilante tragó saliva. Lo único que le mantenía la gorra sobre la cabeza eran sus orejotas. Miró al monstruo, a Carter y luego al *tyt* que brillaba encima de mí. Y por último hizo algo que no me esperaba. Dijo una palabra en egipcio antiguo:

—*Heqat*.

Era el conjuro que usaba yo siempre para llamar a mi báculo. Su fusil se transformó en un bastón de roble de dos metros, rematado con una cabeza de halcón tallada.

«Estupendo —pensé—. Los guardias de seguridad son magos de incógnito.»

Volvió a dirigirse a mí en ruso, con tono de advertencia. Reconocí el nombre de Ménshikov.

—A ver si lo adivino —dije—: quieres llevarme ante tu líder.

El *tjesu heru* dio dentelladas al aire. Se le estaba pasando muy deprisa el miedo a mi *tyt* brillante. Carter no estaba lo bastante alejado para probar a salir por piernas.

—Oye —dije al vigilante—. Tu jefe, Ménshikov, es un traidor. Ha convocado a esta cosa para que nos mate y no podamos chivarnos de sus planes para liberar a Apofis. Apofis, ¿te suena la palabruski? Serpiente mala. ¡Serpiente muy mala! ¡Y ahora, o me ayudas a matar al monstruo o te apartas de mi camino!

El vigilante mago titubeó. Me señaló con gesto nervioso.

—Kane. —No era una pregunta.

—Sí —confirmé—. Kane.

Su cara se hizo un batiburrillo de emociones: miedo, incredulidad, puede que hasta sobrecogimiento. No sé lo que le habrían contado de nosotros, pero, antes de que pudiera decidir si nos ayudaba o nos atacaba, la situación se descontroló del todo.

El *tjesu heru* cargó. Mi ridículo hermano, en vez de rodar para apartarse, placó al

monstruo.

Rodeó con los brazos el cuello derecho del animal e intentó subírsele al lomo, pero el *tjesu heru* se limitó a girar la otra cabeza y a atacar.

¿En qué narices estaba pensando mi hermano? A lo mejor creía que podría cabalgar en aquella bestia. A lo mejor intentaba conseguirme unos segundos para que lanzase un hechizo. Si le preguntamos ahora mismo, dirá que no recuerda nada de aquel incidente. Pero si me preguntáis a mí, el muy burro intentaba salvarme aunque fuese sacrificándose él. ¡Menuda jeta!

[Ah, sí, claro, ahora es cuando te pones a dar explicaciones, Carter. ¿No decías que de esto no te acordabas? Venga, calla y déjame contar la historia.]

Como os decía, el *tjesu heru* alcanzó a Carter, y el tiempo pareció ralentizarse. Recuerdo que grité, bajando mi báculo hacia el monstruo. El vigilante mago dio una voz en ruso. La criatura hundió sus colmillos en el hombro izquierdo de Carter, que cayó al suelo.

Me olvidé de mi círculo improvisado. Corrí hacia él, y mi báculo brilló. No sé de dónde saqué el poder. Como había dicho Isis, no pensaba. Simplemente canalicé toda mi rabia y mi horror hacia el báculo.

Que hirieran a Carter era el insulto definitivo. Habían poseído a mis abuelos. Habían atacado a mis amigas y me habían agitado el cumpleaños. Pero mi hermano no se tocaba. No permitiría que nadie hiciera daño a mi hermano.

Proyecté un rayo de luz dorada que impactó en el monstruo con la fuerza de una bola de demolición. El *tjesu heru* se desmoronó en pedacitos, y solo quedó de él una franja de arena soltando vapor en la nieve y unas pocas astillas del báculo roto de Ménshikov.

Me acerqué corriendo a Carter. Temblaba y tenía los ojos en blanco. En su abrigo había dos agujeros humeantes.

—Kane —dijo el joven ruso en tono de admiración.

Recogí una astilla y la sostuve para enseñársela.

—Esto lo ha hecho tu jefe, Ménshikov. Trabaja para Apofis. Ménshikov... Apofis. Y ahora, ¡LARGO DE AQUÍ!

Quizá el mago no entendiese mis palabras, pero captó el mensaje. Dio media vuelta y salió por piernas.

Apoyé la cabeza de Carter en mi regazo. No podía moverlo yo sola, pero tenía que sacarlo de allí. Estábamos en territorio enemigo. Debía encontrar a Bes.

Empecé a forcejear para levantarlo del suelo. Entonces alguien le cogió el otro brazo y entre los dos pusimos a Carter de pie. Encontré a Set sonriéndome, aún con su absurdo traje discotequero rojo, polvoriento de restos de malaquita. Las gafas de sol blancas de Ménshikov descansaban rotas por encima de su frente.

—Tú —dije, demasiado llena de odio para proferir una amenaza de muerte apropiada.

—Yo —admitió alegremente Set—. Vamos a sacar de aquí a tu hermano, ¿te parece? Vladímir no está de muy buen humor.

La Nevsky Prospekt sería el sitio ideal para ir de compras si no estuviésemos en plena madrugada, no hubiese ventisca y yo no llevase auestas a mi hermano envenenado y comatoso. Era una avenida de aceras anchas, ideales para pasear y jalonadas de tiendas lujosas, cafeterías, iglesias y mansiones. Con todos los letreros en ruso, a ver cómo me las ingeniaba para encontrar la tienda de chocolate. No se veía el Mercedes negro de Bes por ninguna parte.

Set se ofreció a llevar a Carter, pero yo no iba a permitir al dios del caos que se encargara de mi hermano, así que lo arrastrábamos entre los dos. Set iba charlando amistosamente sobre el veneno de *tjesu heru*:

—¡Es incurable del todo! Letal en unas doce horas. ¡Una sustancia increíble! —Y sobre su trifulca con Ménshikov—: ¡Seis jarrones, le he roto en la cabeza, y aún ha sobrevivido! Menudo cráneo más duro. —Y de mis esperanzas de sobrevivir hasta reunirme con Bes—: ¡Ah, estás más que muerta, querida! Había una docena de magos veteranos corriendo hacia Ménshikov cuando he... llevado a cabo mi retirada estratégica. No tardarán en venir a por ti. Podría haberlos eliminado a todos, claro, pero no quería arriesgarme a que Vladímir volviera a usar mi nombre secreto. A lo mejor le da amnesia y se le olvida. Si luego mueres tú... mira, los dos problemas resueltos. Oh, lo siento; creo que eso ha sonado un poco insensible. ¡Sigamos adelante!

La cabeza de Carter se bamboleaba de un lado a otro. Respiraba casi tan trabajosamente como Vlad el Inhalador.

A ver, no vayáis a pensar que soy tonta. Por supuesto que me acordaba del mini Carter hecho de cera que me había dado Jaz. Tenía claro que aquel era justo el tipo de emergencia para el que podía ser útil. ¿Cómo había predicho Jaz que tendría que curar a Carter? Ni idea. Pero, a lo mejor, la figurilla podía sacarle el veneno del cuerpo, por mucho que Set dijese que era incurable. ¿Qué va a saber de curación un dios maligno, de todos modos?

Pero no era tan fácil. En primer lugar, yo sabía muy poquita magia curativa. Necesitaría tiempo para formular el hechizo apropiado y, con solo una estatuilla de cera, no podía permitirme errores. En segundo lugar, sería complicado hacerlo mientras me perseguían Ménshikov y su pelotón de matones mágicos rusos, y tampoco quería bajar la guardia mientras Set anduviera cerca. No sabía por qué se había vuelto tan amable de repente, pero cuanto antes me lo quitase de encima, mejor. Tenía que encontrar a Bes y retirarnos a algún lugar seguro... si es que quedaba alguno en el mundo.

Set siguió parlotando acerca de las distintas y emocionantes formas en que podrían matarme los magos cuando nos alcanzaran. Por fin, avisté un puente que cruzaba un canal helado. En su mismo centro estaba aparcado el Mercedes negro. Bes se había reclinado contra el capó y estaba comiéndose las piezas de un tablero de ajedrez de chocolate. Tenía una bolsa grande de plástico al lado: con un poco de suerte, más chocolate para mí.

Pegué un grito, pero el enano estaba tan absorto comiendo chocolate (comprensible, supongo) que no reparó en nosotros hasta que ya estábamos a unos metros de él. Entonces levantó la mirada y se encontró con Set.

Empecé a decir:

—Bes, no...

Demasiado tarde. Igual que hacen las mofetas, el dios enano activó su defensa automática. Se le hincharon los ojos. Abrió la boca hasta un tamaño imposible. Gritó «¡UH!» tan alto que me voló el pelo y cayeron carámbanos de las farolas del puente.

Set no se inmutó lo más mínimo.

—Hola, Bes —dijo—. En serio, con toda la cara manchada de chocolate no das tanto miedo.

Bes me miró enfadado.

—¿Qué está haciendo él aquí?

—¡No ha sido idea mía! —le aseguré, y pasé a contarle la versión abreviada de nuestro encuentro con Ménshikov—. Y por eso está herido Carter —concluí, aunque

resultase bastante obvio—. Hay que sacarlo de aquí.

—Pero antes —se entrometió Set, señalando la bolsa del Museo del Chocolate que tenía Bes al lado—, no soporto las sorpresas. ¿Qué llevas ahí? ¿Algo para regalarme?

Bes frunció el entrecejo.

—Sadie quería llevarse un recuerdo. Le he traído la cabeza de Lenin.

Set se dio una palmada en el muslo, encantado.

—¡Qué malvado, Bes! Aún no estás perdido del todo.

—No su cabeza de verdad —dijo Bes—. Es de chocolate.

—Oh... qué pena. ¿Me invitas a tablero de ajedrez, entonces? No sabes lo que me encanta comerme peones.

—¡Vete de aquí, Set! —exclamó Bes.

—Sí, podría irme, pero, ya que vienen de camino nuestros amigos, he pensado que quizá podríamos llegar a un acuerdo.

Set chasqueó los dedos y al instante apareció una esfera de luz roja delante de él. En ella, las imágenes holográficas de seis hombres uniformados se estaban apretujando en dos coches blancos deportivos. Sus focos iluminaron la noche. Los coches cruzaron un aparcamiento y luego atravesaron una pared de piedra como si fuese humo.

—Yo diría que os quedan unos dos minutos. —Set sonrió, y el brillo rojo del holograma se apagó—. Tú ya conoces a los esbirros de Ménshikov, Bes. ¿Seguro que quieres volver a encontrarte con ellos?

El dios enano puso cara de pocos amigos. Machacó una pieza de chocolate al cerrar el puño.

—Maldito mentiroso, intrigante, asesino...

—¡Basta! —dije. Carter gimoteó en su sueño envenenado. O cada vez pesaba más o yo empezaba a cansarme de sostenerlo—. No hay tiempo para discutir. Set, ¿te ofreces a detener a los magos?

Set estalló en carcajadas.

—No, no. Sigo deseando que te maten, ¿sabes? Lo que iba a ofrecerte es la situación del último papiro del *Libro de Ra*. Es lo que andáis buscando, ¿no?

Di por sentado que mentía. Solía hacerlo. Aunque... si fuese en serio...

Miré a Bes.

—¿Es posible que sepa la localización?

Bes soltó un gruñido.

—Más que posible. Los sacerdotes de Ra le confiaron el papiro para que lo guardara a buen recaudo.

—¿Y por qué diantres hicieron eso?

Set intentó aparentar modestia.

—Venga, venga, Sadie. Yo era un lugarteniente leal de Ra. Si tú fueras Ra y no quisieras que viniera a despertarte un mago tras otro, ¿no confiarías el secreto de tu escondite a tu siervo más temible?

Tenía sentido.

—Entonces, ¿dónde está el papiro?

—No tan deprisa. Te daré su posición si me devuelves mi nombre secreto.

—¡Anda ya!

—Es muy sencillo. Con que digas «Te devuelvo tu nombre», olvidarás la forma correcta de decirlo...

—¡Y me quedaré sin poder sobre ti! ¡Me matarás!

—Te doy mi palabra de no hacerlo.

—Claro, como si valiera de algo. ¿Y si usara tu nombre secreto para obligarte a decírmelo?

Set se encogió de hombros.

—Si pasaras unos días investigando el hechizo apropiado, a lo mejor funcionaría. Por desgracia... —Se llevó una mano hueca a la oreja. A lo lejos, chillaban unos neumáticos: dos coches, a gran velocidad, acercándose—. No tienes unos días.

Bes soltó una palabrota en egipcio.

—¡No lo hagas, chica! No se puede confiar en él.

—¿Podremos encontrar el papiro de otra manera?

—Bueno... tal vez. Difícil. No.

Los faros de dos coches tomaron la Nevsky Prospekt, a menos de un kilómetro del puente. Se nos acababa el tiempo. Tenía que sacar de allí a Carter, pero si Set era nuestra única esperanza de encontrar el rollo, no podía dejarle marchar.

—De acuerdo, Set. Pero voy a darte una última orden.

Bes suspiró.

—No soporto ver esto. Trae a tu hermano; yo lo meto en el coche.

El enano se llevó a Carter y lo metió como pudo en el asiento trasero de la limusina.

Yo tenía la mirada fija en Set, cavilando cuál sería la forma menos terrible de plantear aquel acuerdo. No podía decirle que nunca hiciera daño a mi familia, sin más. Un pacto mágico debía formularse con cautela, estableciendo unos límites claros y una fecha de vencimiento, o todo el conjuro se desmadejaría.

—Día Aciago, no dañarás a la familia Kane. Respetarás una tregua con nosotros al menos hasta... hasta que Ra sea despertado.

—¿O hasta que lo intentéis y no logréis despertarlo? —preguntó Set, todo inocencia.

—Si ocurre eso —repliqué—, el mundo se acaba. ¿Por qué no? Haré lo que me pides respecto a tu nombre. A cambio, tú me dirás la situación de la última parte del *Libro de Ra*, sin triquiñuelas ni engaños. Inmediatamente después, te internarás en la Duat.

Set meditó la propuesta. Los dos deportivos blancos estaban ya a solo dos manzanas. Bes cerró la portezuela de Carter y corrió hacia el otro lado.

—Trato hecho —dijo Set—. Encontraréis el papiro en Bahariya. Bes ya sabe a qué lugar concreto me refiero.

Bes parecía contrariado.

—Ese lugar está muy protegido. Tendremos que usar el portal de Alejandría.

—Sí. —Set sonrió—. ¡Será interesante! ¿Cuánto tiempo aguantas sin respirar, Sadie Kane?

—¿De qué hablas?

—Da lo mismo, da lo mismo. Pero ahora, creo que me debes un nombre secreto.

—Te devuelvo tu nombre —dije. Y sin más, sentí que la magia me abandonaba.

Aún sabía cuál era el nombre de Set: Día Aciago. Pero era como si ya no recordase exactamente cómo lo decía antes, ni cómo se entrelazaba en un hechizo. El recuerdo estaba borrado.

Para mi sorpresa, Set no me mató allí mismo. Solo sonrió y me lanzó las gafas de sol de Vlad Ménshikov.

—En realidad, espero que sobrevivas, Sadie Kane. Eres bastante entretenida. ¡Pero, si te matan, al menos disfruta la experiencia!

—Uau, gracias.

—Y como me caes también, te daré una información gratuita para tu hermano. Dile que el pueblo de Zia Rashid se llamaba Al-Hamrah Makan.

—¿Por qué me lo...?

—¡Buen viaje!

Set desapareció en una humareda de niebla de color sangre. A una manzana de distancia, los dos deportivos blancos devoraban el asfalto. Un mago sacó la cabeza por el techo solar del primer coche y apuntó su báculo en nuestra dirección.

—Hora de irse —dijo Bes—. ¡Sube!

Hay que reconocérselo a Bes: conducía como un loco. Y lo digo en el mejor sentido posible. Las calles heladas no le molestaban para nada. Ni tampoco las señales de tráfico, las aceras ni los canales, que saltó dos veces sin molestarse en buscar un puente. Afortunadamente, a esas horas de la mañana, la ciudad estaba casi vacía, porque, si no, estoy segura de que habríamos segado a una buena cantidad de rusos.

Serpenteamos por el centro de San Petersburgo mientras los coches deportivos blancos nos iban ganando terreno. Procuré mantener estable a Carter en el asiento de atrás, a mi lado. Tenía los ojos entreabiertos, y sus córneas habían cogido un tono verde espantoso. Pese al frío, hervía de fiebre. Me las apañé para quitarle el abrigo y vi su camiseta empapada de sudor. En el hombro, las heridas punzantes supuraban como... Bueno, será mejor que no describa esa parte.

Eché un vistazo atrás. El mago del techo solar apuntó el báculo, tarea difícil en una persecución a toda velocidad, y de la punta salió disparada una brillante jabalina blanca, directa hacia nosotros como un misil autoguiado.

—¡Agáchate! —grité, y empujé a Carter contra el asiento.

La jabalina rompió el parabrisas trasero y siguió adelante a través del delantero. Si Bes hubiera tenido una altura normal, le habrían hecho un *piercing* de cabeza gratis. Al ser bajito, el proyectil ni le rozó.

—Soy enano —refunfuñó—. ¡Yo no me agacho!

Dio un volantazo a la derecha. Por detrás de nosotros, explotó un escapate.

Me giré para verlo y vi cómo la fachada entera se disolvía para formar una horda de serpientes vivas. Nuestros perseguidores seguían acercándose.

—¡Bes, sácanos de aquí! —chillé.

—Ya lo intento, niña. Nos acercamos al puente egipcio. Fue construido originalmente en el siglo XIX, pero...

—¡Me da igual! ¡Tú conduce!

De verdad, es increíble la cantidad de cachivaches egipcios que hay en San Petersburgo, y lo poco que me importaban. Cuando te persiguen unos magos malvados lanzándote jabalinas y bombas serpiente, las prioridades tienden a quedarte claras.

Baste con decir que sí, de verdad hay un puente egipcio sobre el río Fontanka, en dirección sur desde el centro de San Petersburgo. ¿Que por qué? Ni idea. Ni ganas. Mientras nos acercábamos a toda pastilla, vi las dos esfinges de piedra negra a los lados: esfinges femeninas, con coronas doradas de faraón, aunque lo único que me importaba a mí era que podían crear un portal.

Bes ladró una palabra en egipcio. En la cima del puente hubo un fognazo azul que dio paso a un vórtice de arena giratoria.

—¿Qué decía Set de aguantar sin respirar? —pregunté.

—Con un poco de suerte, será poco tiempo —dijo Bes—. Habrá unos diez metros.

—¿Diez metros bajo el agua?

¡PUM! El Mercedes hizo un quiebro a un lado. Más tarde comprendí que una jabalina debía de habernos alcanzado una rueda trasera. Rodamos por el hielo y acabamos volcando, para meternos cabeza abajo en el vórtice.

Mi cabeza dio contra algo. Abrí los ojos, luchando contra la inconsciencia, pero o estaba ciega o estábamos en la absoluta oscuridad. Oí el agua entrar por la ventanilla rota por el impacto de la jabalina, y vi cómo el techo del Mercedes se abollaba como si fuese una lata de aluminio.

Me dio tiempo de pensar: «No llevo ni un solo día como adolescente oficial, y voy a ahogarme».

Entonces me desmayé.

12. Llamando a las cosas por su nombre

SADIE

D despertar con forma de pollo siempre es perturbador.

Mi *ba* flotaba en el agua turbia. Sacudí las alas brillantes mientras intentaba averiguar dónde era arriba. Supuse que mi cuerpo estaría por allí cerca, tal vez ahogado en la parte trasera del Mercedes, pero no tenía forma de regresar a él.

¿Por qué narices nos había llevado Bes a un portal subacuático? Esperé que el pobre Carter hubiera sobrevivido de algún modo; a lo mejor Bes había podido sacarlo del coche. Pero morir envenenado en lugar de ahogado tampoco era una gran mejora.

Una corriente me llevó de una sacudida a la Duat. El agua se convirtió en fría niebla. La oscuridad se llenó de quejidos y gruñidos. Empecé a frenar y, cuando se disipó la bruma, estaba de vuelta en la mansión de Brooklyn, flotando justo fuera de la puerta de la enfermería. En un banco que había contra la pared, sentados juntos como viejos amigos, estaban Anubis y Walt Stone. Los dos tenían aire de estar aguardando malas noticias. Walt tenía las manos cerradas una sobre la otra en el regazo y los hombros caídos. Se había cambiado de ropa y llevaba otra camiseta sin mangas y otros pantalones cortos de deporte, pero tenía cara de no haber dormido desde que estuvo en Londres.

Anubis le hablaba en tono tranquilizador, como si intentara aliviarle la pena. Nunca había visto a Anubis con ropa tradicional egipcia: a pecho descubierto, con un collar de oro y rubíes en el cuello y una simple faldita sujeta a la cintura. No es un estilo que recomendaría a la mayoría de los tíos, pero Anubis sabía llevarlo. Siempre había pensado que estaría flacucho si se quitaba la camisa (ojo, tampoco es que tuviera por costumbre imaginármelo), pero tenía una forma física excelente. En el inframundo debían de tener un buen gimnasio, con lápidas para tumbarse a levantar pesas y cosas por el estilo.

En todo caso, después de la sorpresa al verlos juntos, mi primer pensamiento fue que algo terrible tenía que haberle pasado a Jaz.

—¿Qué ocurre? —pregunté, sin saber si podrían oírme—. ¿Qué ha pasado?

Walt no reaccionó, pero Anubis levantó la mirada. Como de costumbre, mi corazón dio una pirueta feliz sin mi permiso. Tenía unos ojos tan hipnóticos que olvidé por completo cómo se usaba el cerebro. Dije:

—Hummm.

Lo sé, lo sé. Liz habría estado orgullosa.

—Sadie —dijo Anubis—. No deberías estar aquí. Carter se está muriendo.

Eso me devolvió el juicio de golpe.

—¡Ya lo sé, chacalín! Yo no he pedido que me... Un momento, ¿por qué estoy aquí?

Anubis señaló la puerta de la enfermería.

—Sospecho que te ha llamado el espíritu de Jaz.

—¿Está muerta? ¿Estoy muerta yo?

—Ninguna —respondí Anubis—, pero las dos estáis a las puertas de la muerte, por lo que vuestras almas tienen facilidad para comunicarse. No lo hagáis muy largo.

Walt aún no había reparado en mi presencia. Estaba murmurando:

—No he podido decírselo. ¿Por qué no se lo he dicho? —Abrió las manos y vi que tenía un amuleto *shen* dorado idéntico al que me había dado.

—Anubis, ¿qué le pasa? —pregunté—. ¿No me oye?

Anubis puso una mano en el hombro de Walt.

—No puede vernos a ninguno de los dos, aunque creo que llega a sentir mi presencia. Me ha llamado para pedirme consejo; por eso he venido.

—¿Quiere consejos tuyos? ¿Por qué?

A lo mejor soné más seca de lo que pretendía, pero, de todos los dioses a los que podía haber acudido Walt, Anubis parecía la elección más inverosímil.

Anubis me miró, con más melancolía en los ojos de la habitual, que no era poca.

—Deberías entrar, Sadie —dijo—. Te queda muy poco tiempo. Te prometo que haré todo lo posible para aliviar el dolor de Walt.

—¿Dolor? —repliqué—. Un momento.

Pero la puerta de la enfermería se abrió y las corrientes de la Duat me empujaron por ella.

La enfermería era el centro médico más agradable que había visitado nunca, pero eso no era decir mucho. Odiaba los hospitales. Mi padre siempre decía en broma que había nacido chillando y no había parado hasta que me sacaron de la sala de maternidad. Me daban un miedo atroz las agujas, las pastillas y, sobre todo, el olor de la gente enferma. ¿Los muertos y los cementerios? Ningún problema. Pero la enfermedad... en fin, lo siento, pero ¿hace falta que huela tanto a enfermedad?

La primera vez que fui a ver a Jaz en la enfermería, había tenido que armarme de valor. Esta segunda, incluso en forma de *ba*, no fue más fácil.

La sala tenía más o menos las dimensiones de mi dormitorio, con paredes de caliza tallada toscamente. Unas grandes ventanas dejaban entrar el brillo nocturno de Nueva York. Había botiquines de cedro llenos de medicinas, suministros para primeros auxilios, talismanes mágicos y pociones minuciosamente etiquetados. En una esquina se alzaba una fuente con la estatua a tamaño real de la diosa leona Sejmet, patrona de los sanadores. Se decía que el agua que caía de las manos de Sejmet podía curar al instante un resfriado o una gripe, y además proporcionaba al cuerpo la dosis diaria de vitaminas y hierro, pero nunca me había atrevido a darle un sorbo.

El murmullo de la fuente daba un ambiente pacífico a la enfermería. En vez de antiséptico, en el aire se notaba el olor a vainilla de los cirios encantados que flotaban por la habitación. Aun así, el lugar me ponía los nervios de punta.

Sabía que los cirios monitorizaban el estado de los pacientes. Las lenguas de fuego cambiaban de color cuando había algún problema. En aquel momento, todos orbitaban la única cama ocupada: la de Jaz. Las llamas eran de color naranja oscuro.

Jaz tenía las manos colocadas sobre el pecho. Su pelo rubio se extendía bien cepillado por la almohada. Tenía una leve sonrisa, como si disfrutara de un sueño agradable.

Y sentada al pie de la cama de Jaz estaba... Jaz, o al menos una imagen verde brillante de mi amiga. No era un *ba*, sino una figura humana del todo. Me pregunté si no habría muerto pese a todo, y aquello era su fantasma.

—Jaz... —Me invadió un nuevo remordimiento. Todo lo que había salido mal en los últimos dos días había empezado con el sacrificio de Jaz, del que yo era culpable—.

¿Estás...?

—¿Muerta? No, Sadie. Esto es mi *ren*.

Su cuerpo translúcido titiló. Al fijarme, vi que estaba formado de imágenes, como si fuese un vídeo tridimensional de la vida de Jaz. Una Jaz bebé estaba sentada en su trona, pringándose la cara de potitos. Una Jaz de doce años hacía volteretas laterales en un gimnasio para que la aceptaran en su primer grupo de animadoras. Una Jaz muy reciente abría su taquilla en el colegio y encontraba un brillante amuleto *dyed*, nuestra tarjeta de invitación mágica que la había traído a Brooklyn.

—Tu *ren* —dije—. ¿Es otra parte de tu alma?

La imagen verde brillante asintió.

—Los egipcios creían que el alma tiene cinco partes diferentes. El *ba* es la personalidad. El *ren* es...

—Tu nombre... —recordé—. Pero... ¿cómo puede ser esto tu nombre?

—Mi nombre es mi identidad —respondió—. La suma de mis experiencias. Mientras mi nombre se recuerde, sigo existiendo, aunque mi cuerpo muera. ¿Lo entiendes?

No lo entendía, ni por asomo. Lo que sí entendía era que Jaz podía morir, y sería culpa mía.

—Lo lamento muchísimo. —Intenté no deshacerme en lágrimas—. Si no hubiera agarrado ese papiro estúpido...

—Sadie, no lo lamentes. Me alegro de que hayas venido.

—Pero...

—Todo lo que ocurre tiene un motivo, Sadie, hasta las cosas malas.

—¡No es cierto! —repliqué—. ¡Y es una condenada injusticia!

¿Cómo podía mostrarse tan calmada y simpática, incluso estando en coma? Yo me negaba a aceptar que las cosas malas fueran parte de algún plan grandioso. Odiaba que la gente dijese cosas de ese estilo. Había perdido a mi madre. Había perdido a mi padre. Mi vida se había puesto patas arriba, y había estado a punto de morir muchísimas veces. Mi hermano estaba envenenado y ahogándose, y yo no podía ayudarlo.

—No hay motivo que justifique todo esto —dije después—. La vida es azar. Es dura. Es... es...

Jaz seguía sonriendo, como si lo encontrara un poco divertido.

—Ah —dije—. Querías que me enfadase, ¿verdad?

—Esa es la Sadie que amamos todos. La pena no es muy productiva. Funcionas mucho mejor cuando te enfadas.

—Pues vaya. —Supongo que era cierto, pero no tenía por qué gustarme—. Bueno, ¿por qué me has traído aquí?

—Por dos cosas —respondió—. Primera, no estás muerta. Cuando despiertes, tendrás solo unos minutos para curar a Carter. Tendrás que actuar deprisa.

—Usando la figurilla de cera —dije—. Sí, eso lo había deducido. Pero no sé cómo se hace. No soy buena sanadora.

—Solo hay otro ingrediente importante. Ya sabes cuál es.

—¡No lo sé!

Jaz enarcó una ceja como si estuviera siendo tozuda a propósito.

—Estás muy cerca de entenderlo, Sadie. Piensa en Isis. Piensa en cómo has canalizado su poder en San Petersburgo, y te llegará la respuesta.

—Pero...

—Hay que darse prisa. La segunda cosa es que necesitarás que te ayude Walt. Ya sé que es un riesgo. Ya sé que Bes no lo aprueba. Pero tú usa el amuleto para llamar a Walt a

tu lado. Es lo que él quiere. Algunos riesgos valen la pena, aunque supongan perder una vida.

—¿Perder la vida de quién? ¿La suya?

La escena de la enfermería empezó a deshilacharse, convertida en una acuarela emborronada.

—Piensa en Isis —repitió Jaz—. Y Sadie... todo sirve a un propósito. Nos lo enseñaste tú. Nosotros elegimos creer en la Maat. Creamos orden a partir del caos, belleza y sentido a partir del feo azar. En eso consiste Egipto. Por eso su nombre, su *ren*, sobrevive a los milenios. Si nos desesperamos, triunfa el caos.

Creo que una vez les había dicho algo parecido durante una clase, pero no lo creía ni siquiera entonces.

—Voy a contarte un secreto —dijo—: doy pena como profesora.

La forma de Jaz, todos sus recuerdos reunidos, se diluyó poco a poco en la niebla.

—Voy a contarte yo otro a ti —dijo, mientras su voz se desvanecía—. Has sido una profesora excelente. Ahora, ve a visitar a Isis y observa cómo empezó todo.

La enfermería desapareció. De pronto me vi sobre una barcaza real que flotaba Nilo abajo. El sol era abrasador. En las riberas crecían palmeras y la hierba exuberante de los humedales. Más allá, el desierto se extendía hasta un horizonte de colinas rojas desnudas, tan secas y hostiles que podrían haber estado en Marte.

El barco era como el que había descrito Carter de su visión junto a Horus, aunque el mío estaba en mejor estado. Su vela blanca y limpia estaba adornada con la imagen del disco solar, refulgente en rojo y oro. Por toda la cubierta se afanaban unos orbes de luz de colores, que impulsaban los remos y tiraban de los cabos. No sé cómo lo lograban sin manos, pero no era la primera vez que veía una tripulación mágica como aquella.

El casco tenía incrustaciones de metales preciosos, diseños en cobre, plata y oro que representaban la travesía de la barcaza por la Duat, y también jeroglíficos que invocaban el poder del sol.

En el centro del barco, un dosel azul y dorado daba sombra al trono del dios sol, que sin duda era el asiento más impresionante y menos cómodo que había visto en la vida. Al principio me pareció que era de oro fundido, pero enseguida me fijé en que estaba hecho de fuego viviente, de llamas amarillas que alguien, de alguna forma, había esculpido en forma de trono. En las patas y brazos tenía grabados unos jeroglíficos tan resplandecientes que me dolieron los ojos al mirarlos.

El ocupante del trono no impresionaba tanto. Ra era un viejo de piel acartonada, encorvado como un signo de interrogación, con la calva sembrada de manchas y el rostro tan fofo y arrugado que parecía una máscara. Lo único que daba a entender que estaba vivo eran sus ojos perfilados de kohl, porque reflejaban su pena y su cansancio. Llevaba faldilla y gorguera, que no le sentaban igual de bien que a Anubis ni de lejos. Hasta el momento, la persona más vieja que había conocido era Iskandar, el anterior lector jefe, que había llegado a los dos mil años de edad. Pero Iskandar nunca había tenido tan mal aspecto, ni siquiera en sus últimos días. Para colmo, Ra tenía la pierna izquierda cubierta de vendajes e hinchada hasta el doble de su tamaño normal.

Se quejó y apoyó la pierna en un montón de cojines. Tenía dos heridas punzantes en la espinilla que supuraban a través de la venda, muy similares a las marcas de colmillos en el hombro de Carter. Mientras Ra se frotaba la pierna, el veneno verde se extendió hasta las venas del muslo. Mirarlo hizo temblar de asco las plumas de mi *ba*.

Ra alzó la mirada a los cielos. Sus ojos se volvieron del mismo amarillo fundido

que su trono.

—¡Isis! —vociferó—. ¡De acuerdo, cederé!

Una sombra se onduló bajo el toldo. Apareció una mujer y, de inmediato, se arrodilló delante del trono. Por supuesto, la reconocí. Tenía el pelo largo y moreno cortado al estilo Cleopatra, y un vestido blanco y vaporoso que le realzaba la grácil figura. Sus alas de luminosos arcoíris recordaban a la aurora boreal.

La cabeza inclinada y las manos levantadas con las palmas hacia arriba en gesto de súplica formaban un retrato de humildad, pero yo conocía demasiado bien a Isis. Veía la sonrisa que intentaba ocultar. Sentía su euforia.

—Lord Ra —dijo—. Vivo para servirlos.

—¡Ja! —espetó Ra—. Vives para el poder, Isis. No intentes engañarme. ¡Sé que tú creaste a la serpiente que me mordió! Por eso nadie más encuentra la cura. Deseas que mi trono pase a tu marido, ese advenedizo de Osiris.

Isis empezó a negarlo:

—Milord...

—¡Basta! Si yo fuera un dios más joven... —Ra cometió el error de mover la pierna. Gimió de dolor. El veneno verde ascendió un poco más por sus venas—. Da igual. —Suspiró, abatido—. Estoy harto de este mundo. Ya he sufrido bastantes intrigas y conspiraciones. Cúrame el envenenamiento.

—De mil amores, milord. Sin embargo, necesitaré...

—Mi nombre secreto —dijo Ra—, ya lo sé. Promete que me sanarás y recibirás todo lo que deseas... y más.

Yo detecté la advertencia en la voz de Ra, pero o bien Isis no la captó o bien no le importaba.

—Juro que os sanaré —dijo.

—Entonces acércate, diosa.

Isis se inclinó hacia delante. Creí que Ra iba a susurrarle el nombre al oído, pero le agarró la mano y la colocó en su frente arrugada. Los dedos de Isis se pusieron al rojo vivo. Intentó apartarlos, pero Ra le sostuvo la muñeca con firmeza. La vida entera del dios solar brilló con ardientes imágenes de su larga existencia: el primer amanecer, su barcaza solar reluciente en la recién elevada tierra de Egipto, la creación de los demás dioses y los hombres mortales, la inacabable batalla de Ra contra Apofis cuando recorría cada noche la Duat para contener el caos. Había demasiado que asimilar: con cada latido del corazón transcurrían siglos. Su nombre secreto era su experiencia acumulada y, aun entonces, en aquellos tiempos remotos, Ra era un dios inconcebiblemente viejo. El aura llameante se extendió a la mano de Isis, trepó por su brazo y acabó envolviéndole el cuerpo en llamas. Chilló una vez. Entonces el fuego se apagó. Isis cayó al suelo, y de su vestido emanaron volutas de humo.

—Así pues —dijo Ra—, has sobrevivido.

No habría sabido decir si Ra estaba decepcionado o sentía respeto, muy a su pesar.

Isis se puso de pie con esfuerzo. Parecía sufrir neurosis de guerra, como si viniera de pasearse por un campo de batalla, pero logró levantar la mano. En su palma brillaba un jeroglífico ardiente: el nombre secreto de Ra, destilado en una sola palabra de poder inimaginable.

Puso la mano sobre la pierna de Ra y pronunció un encantamiento. El veneno verde se retiró de sus venas. La hinchazón remitió. Las vendas cayeron al suelo y las marcas de colmillos se cerraron.

Ra se reclinó en su trono y suspiró de alivio.

—Por fin. Sin dolor.

—Milord necesita descansar —aconsejó Isis—. Durante mucho, mucho tiempo.

El dios solar abrió los ojos. En ellos ya no había fuego. Parecían los ojos blanquecinos de un anciano mortal.

—¡Bast! —llamó.

La diosa gata se materializó a su lado. Llevaba una armadura egipcia de cuero y hierro, y parecía más joven, aunque a lo mejor solo era que aún no había pasado siglos en una prisión abismal, luchando contra Apofis. Estuve tentada de dar un grito y avisarla de lo que le esperaba, pero mi voz no iba a funcionar.

Bast miró a Isis de soslayo.

—Milord, ¿esta... mujer os está molestando?

Ra negó con la cabeza.

—Ya nada me molestará mucho más, mi fiel gata. Ahora, ven conmigo. Tenemos que hablar de asuntos importantes antes de mi partida.

—¿Milord? ¿Adónde vais?

—Al retiro forzoso. —Ra fulminó con la mirada a Isis—. Porque eso es lo que quieres, ¿no es cierto, diosa de la magia?

Isis hizo una reverencia.

—¡Jamás, milord!

Bast desenfundó sus cuchillos y dio un paso en dirección a Isis, pero Ra extendió un brazo.

—Suficiente, Bast —dijo—. Tengo pensado otro combate para ti, una lucha definitiva y crucial. En cuanto a ti, Isis, tal vez pienses que has vencido porque dominas mi nombre secreto. ¿Comprendes lo que has puesto en marcha? Osiris podrá ser faraón, pero tendrá un reinado corto y amargo. Se sentará en un reflejo deslucido de mi Trono de Fuego. Este barco ya no surcará la Duat. El equilibrio entre la Maat y el caos irá degradándose poco a poco. El mismo Egipto caerá. Los nombres de los dioses quedarán reducidos a recuerdos marchitos. Y después, un día, el mundo se hallará al límite de la destrucción. Entonces clamaréis el nombre de Ra, y yo no estaré. Cuando llegue ese día, recuerda que fueron tu codicia y tu ambición los que lo provocaron.

—Milord.

Isis se inclinó con respeto, pero yo sabía que no le preocupaba ningún futuro lejano. Estaba embriagada de victoria. Creía que Osiris gobernaría Egipto para siempre, y que Ra solo era un viejo chocho. No sabía que, en poco tiempo, su victoria se volvería tragedia. Osiris moriría a manos de su hermano, Set. Y algún día todas las otras predicciones de Ra también se cumplirían.

—Vayámonos, Bast —dijo Ra—. Aquí ya no nos quiere nadie.

El trono estalló en una columna de llamas, que hizo arder el dosel azul y dorado. Una bola de fuego se elevó a los cielos hasta confundirse con el brillo del sol.

Cuando se despejó el humo, Isis estaba sola en la cubierta, riendo con deleite.

—¡Lo he conseguido! —exclamó—. ¡Osiris, serás el rey! ¡He dominado el nombre secreto de Ra!

Quise decirle que no había dominado nada, pero solo era capaz de observarla mientras bailaba de lado a lado del barco. Estaba tan encantada de su éxito que no se dio cuenta de que desaparecía la tripulación de luces mágicas. Las jarcias cayeron. La vela se destensó. Los remos dejaron estelas en el agua mientras la barcaza solar navegaba a la

deriva, sin marineros.

Se me nubló la visión y caí hacia la oscuridad.

Desperté en una cama blanda. Durante un instante pensé que había vuelto a mi habitación de la Casa de Brooklyn. Podía levantarme y tomar un desayuno fantástico con mis amigos, Amos, Filipo de Macedonia y Keops, y luego pasar el día enseñando a nuestros aprendices a transformarse unos a otros en reptiles. Qué bien sonaba.

Pero, por supuesto, no estaba en casa. Me incorporé y la cabeza empezó a darme vueltas. Estaba en una cama de matrimonio con sábanas suaves de algodón y una pila de almohadas de plumas. El dormitorio era bastante lujoso, pero estaba decorado en un tono blanco tan puro que aún me mareó más. Me sentí como si hubiera vuelto al hogar de Nut, la diosa del cielo. En cualquier momento la habitación se descompondría en nubes.

Tenía las piernas agarrotadas, pero conseguí salir de la cama. Llevaba puesta una de esas batas de hotel tan gruesas y afelpadas que me hacía parecer un teleñeco albino. Llegué dando tumbos a la puerta y salí a una encantadora sala de estar, también de color blanco brillante. Cruzando unas puertas correderas de cristal había una terraza con vistas al mar desde bastante altura, posiblemente unos quince o veinte pisos. El cielo y el agua eran de un azul precioso.

Mis ojos tardaron un poco en adaptarse a la luz. Mis pocas posesiones y las de Carter estaban ordenadas en una mesa cercana: nuestras ropas maltrechas, las bolsas mágicas y los dos papiros del *Libro de Ra*, además de la bolsa que se había traído Bes del Museo de Chocolate.

Carter llevaba una bata blanca como la mía. Estaba tumbado en el sofá, con los ojos cerrados. Le temblaba todo el cuerpo. Bes estaba sentado a su lado, pasándole un paño húmedo por la frente para refrescársela.

—¿Có... cómo está? —balbucí.

Bes me miró. Parecía un turista en miniatura con su camisa hawaiana chillona, pantalones cortos de color caqui y sandalias. El estadounidense lamentable, pero en talla extrapequeña.

—Ya era hora —dijo—. Empezaba a pensar que no despertarías nunca.

Di un paso adelante, pero la habitación se inclinó de un lado a otro.

—Con cuidado. —Bes vino enseguida a cogerme del brazo—. Te has hecho un chichón muy feo en la cabeza.

—Da lo mismo —musité—. Debo ayudar a Carter.

—Está muy mal, Sadie. No sé si...

—Puedo hacerlo. Mi varita, y la figurilla de cera...

—Sí, sí, vale. Ahora te lo traigo todo.

Ayudada por Bes, me tambaleé hasta llegar a Carter. Bes me trajo mis cosas mientras yo tocaba la frente de mi hermano. Tenía más fiebre que antes. Las venas del cuello se le habían puesto verdes por el veneno, igual que les pasaba a las de Ra en mi visión.

Lancé una mirada de reproche a Bes.

—¿Cuánto rato he estado inconsciente?

—Es casi mediodía del martes. —Colocó mis herramientas mágicas junto a los pies de Carter—. Así que unas doce horas.

—¿Doce horas? ¡Bes, según Set, era lo máximo que aguantaría Carter antes de morir por el veneno! ¿Por qué no me has despertado?

La cara se le puso tan roja como la camisa hawaiana.

—¡Lo he intentado! Os saqué a los dos del Mediterráneo y os traje al hotel, ¿o no? ¡He probado todos los hechizos despertadores que conozco! Y tú no hacías más que hablar en sueños de Walt, Anubis, nombres secretos y...

—¡Bien! —dije—. Tú ayúdame a...

Llamaron a la puerta.

Bes me indicó por gestos que estuviera tranquila. Dijo algo en otro idioma —seguramente en árabe— y al momento entró un camarero por la puerta. Hizo una profunda inclinación a Bes, como si el enano fuese un sultán, antes de entrar un carrito rebosante de frutas tropicales, pan recién horneado y bebidas con burbujas.

—Excelente —me dijo Bes—. Enseguida vuelvo.

—¡Estás perdiendo el tiempo! —dije bruscamente.

Bes no me hizo ningún caso, desde luego. Cogió su bolsa de la mesa de comedor y sacó la cabeza de chocolate de Vladímir Lenin. El camarero levantó las cejas. Bes depositó la cabeza en el centro del carrito y asintió, como si fuese el centro de mesa perfecto.

Bes dio unas órdenes al camarero en árabe y le entregó unas monedas de oro. El camarero hizo gestos de alabanza, con cara sobrecogida. Se retiró sin darnos la espalda ni dejar de hacer inclinaciones.

—¿Dónde estamos exactamente? —pregunté—. ¿Y por qué eres el rey de aquí?

—Alejandría, Egipto —dijo Bes—. Siento el aterrizaje brusco. Es un sitio complicado para teletransportarse. Es la vieja capital de Cleopatra, ya sabes, donde cayó el Imperio egipcio, así que la magia tiende a torcerse. Los únicos portales que funcionan están en la ciudad vieja, que se hundió en el mar y ahora tiene diez metros de agua encima.

—¿Y este sitio? Se nota que es un hotel de lujo, pero ¿cómo has...?

—Suite del ático, hotel Four Seasons de Alejandría. —Sonaba un poco avergonzado—. La gente de Egipto todavía recuerda a los viejos dioses, aunque se niegue a admitirlo. En su día, yo fui muy popular, y me deben algunos favores que puedo pedir si me hacen falta. Lástima que fuera tan justo de tiempo. Podría habernos conseguido un chalet.

—¡Cómo te atreves! —dije—. Mira que meternos en un hotel de cinco estrellas... Venga, tú asegurate de que no nos interrumpen y yo curo a Carter. ¿De acuerdo?

Cogí la figurilla de cera que me había dado Jaz y me arrodillé junto a mi hermano. La estatuilla se había deformado al saltar dentro de la bolsa. Pero, siendo justos, Carter también estaba vapuleado. Con un poco de suerte, la conexión mágica aún funcionaría.

—Carter —dije—, voy a curarte. Pero necesito que me ayudes.

Le puse una mano en la frente, que ardía de fiebre. Ahora sabía por qué Jaz se me había aparecido en forma de *ren*, la parte del alma que representaba su nombre. Sabía por qué me había mostrado la visión de Isis y Ra.

«Estás muy cerca de entenderlo, Sadie», había dicho.

Nunca se me había ocurrido pensarlo, pero el *ren* era lo mismo que tu nombre secreto. Era más que una palabra especial. El nombre secreto son tus pensamientos más oscuros, tus momentos más embarazosos, tus mayores sueños, tus peores miedos, todo junto en un paquete. Es la suma de todas tus experiencias, hasta las que nunca querrías que se conocieran. Tu nombre secreto, en resumen, te hace ser quien eres.

Y por eso un nombre secreto tiene poder. También es por eso que no basta con que alguien te repita un nombre secreto para saber cómo usarlo. Hay que conocer a la persona y comprender su vida. Cuanto mejor se entiende a la persona, más poder sobre ella da el

nombre. Solo pueden aprenderse de su dueño... o de quien más cerca esté de su corazón.

Y que el cielo me ayude, porque para mí esa persona era Carter.

«Carter —pensé—, ¿cuál es tu nombre secreto?»

Aun estando enfermo, su mente se resistió. El nombre secreto no se entregaba así, por las buenas. Todos los seres humanos tenían uno, y también todos los dioses. Sin embargo, la mayoría de los hombres no llegaba a saberlo en toda su vida, nunca expresaba con palabras su identidad más privada. Bastante comprensible. Probad a resumir vuestra existencia entera en cinco palabras o menos. No es tan fácil, ¿eh?

—Puedes hacerlo —dije en voz baja—. Eres mi hermano. Te quiero. Todas las partes vergonzosas o molestas, que supongo que en tu caso serán la mayoría... Un millón de Zias tal vez huyeran de ti al saber la verdad, pero yo no lo haré. Y ahora dime tu nombre, tonto de capirote, para que pueda salvarte la vida.

Me cosquilleó la mano contra su frente. Por mis dedos empezó a pasar su vida en forma de recuerdos difusos de nuestra infancia, cuando vivíamos en Los Ángeles con nuestros padres. Vi la fiesta de mi sexto cumpleaños, cuando hicimos explotar la tarta. Vi a nuestra madre sentada con un libro de texto de ciencias en el regazo, leyéndonos cuentos para dormir, y a nuestro padre dando vueltas conmigo en brazos a ritmo de jazz, mientras Carter se tapaba las orejas y gritaba: «¡Papá, papá!». También fluyeron momentos que no había compartido con mi hermano: Carter y papá atrapados en unos disturbios que hubo en París, Carter y Zia hablando a la luz de las velas en el Nomo Primero, Carter solo en la biblioteca de la mansión de Brooklyn, contemplando el Ojo de Horus que llevaba de amuleto y resistiendo la tentación de reclamar el poder de un dios. Nunca me había hablado de ello, pero fue un alivio enterarme. Pensaba que era la única que había acariciado la idea.

Poco a poco, Carter se relajó. Pasaron a mí sus mayores temores, sus secretos más bochornosos. Se estaba quedando sin fuerzas a medida que el veneno le llegaba al corazón. Con su último residuo de voluntad, me dijo su nombre.

[Obviamente, no pienso decíroslo. De todas formas, oírlo en una grabación no os serviría de nada, pero toda precaución es poca.]

Levanté la figurilla de cera y pronuncié el nombre secreto de Carter. Al momento, el veneno se retiró de sus venas. La estatuilla se volvió verde y se derritió entre mis manos. La fiebre de Carter bajó. Tuvo un escalofrío, tragó una bocanada de aire y abrió los ojos.

—Muy bien —dije con firmeza—. ¡No vuelvas a montarte en otro puñetero monstruo serpiente en la vida!

—Lo... siento —gruñó—. ¿Me has...?

—Sí.

—¿Con mi nombre secreto...?

—Sí.

—Y todos mis secretos...

—Sí.

Gimoteó y se tapó la cara como si quisiera volver a caer en coma pero, en serio, yo no tenía ninguna intención de chincharle. No es lo mismo poner a tu hermano en su sitio de cuando en cuando que ser cruel. Yo no soy cruel. Además, después de haber mirado en los oscuros cubiles de la mente de Carter, me sentía un poco incómoda y posiblemente también sobrecogida. Allí no había gran cosa. ¿Comparado con todo lo que yo temía y lo que guardaba en secreto? Madre mía. ¡Era un soso! Deseé con todas mis fuerzas que nunca nos viéramos en la situación opuesta y él tuviera que curarme a mí.

Bes vino hacia nosotros con la cabeza de Lenin bajo el brazo. Había estado

picoteando, porque a Lenin le faltaba la frente: había caído víctima de una chocolobotomía frontal.

—¡Buen trabajo, Sadie! —Arrancó la nariz de Lenin y se la ofreció a Carter—.

Toma, chaval, que te la has ganado.

Carter arrugó la frente.

—¿El chocolate tiene propiedades mágicas curativas?

Bes soltó un bufido.

—Si las tuviera, yo sería el enano más sano del mundo. Qué va. Está bueno y punto.

—Y tú necesitas recuperar las fuerzas —añadí—. Tenemos mucho de que hablar.

Aunque se nos echaba el tiempo encima (teníamos lo que quedaba de aquel día y otros dos hasta el equinoccio y el fin del mundo), Bes insistió en que descansáramos hasta la mañana siguiente. Le preocupaba que Carter pudiera morir si se esforzaba física o mágicamente tan poco tiempo después de ser envenenado.

Perder el tiempo me ponía muy nerviosa, pero, con lo que me había costado resucitar a mi hermano, quería conservarlo vivo. Y la verdad es que yo no estaba en condiciones mucho mejores. Estaba tan seca de magia que no creo que pudiera ni caminar más allá de la terraza.

Bes llamó a recepción y solicitó un asistente de compras personal para que nos buscara ropa nueva y suministros en la ciudad. No sé cómo se dice «botas militares» en árabe, pero la mujer de las compras encontró un par de ellas. Al llegar, hizo ademán de darle las botas a Carter, y puso cara de horror al ver que Bes me señalaba. También me trajo tinte para el pelo, unos vaqueros cómodos, un top de algodón con estampado de camuflaje desértico y un pañuelo para el pelo que podía estar de moda en Egipto, pero que yo no pensaba ponerme porque no conjuntaría con las mechas de color violeta que tenía pensado hacerme.

A Carter le tocaron vaqueros, botas y una camiseta donde ponía «Propiedad de la Universidad de Alejandría», en inglés y en árabe. Estaba claro: hasta los asistentes de compra personales lo calaban a la primera como el bicho raro que era.

La asistente también nos había conseguido repuestos para las bolsas mágicas. Había bloques de cera, cordel y hasta algunos papiros y tinta, aunque dudo mucho que Bes le hubiera explicado para qué los queríamos.

Cuando la mujer se marchó, Bes, Carter y yo pedimos comida al servicio de habitaciones. Nos sentamos en la terraza y vimos pasar la tarde. La brisa del Mediterráneo llegaba fresca y agradable. A nuestra izquierda se extendía la Alejandría moderna, una rara mezcla de torres de apartamentos, edificios que se caían a trozos y ruinas antiguas. En la avenida paralela a la costa, una hilera de palmeras separaba los carriles, atestados con todo tipo de vehículos, desde coches de lujo a burros. Todo aquello se me hacía un poco irreal desde nuestra suite del ático: la energía vibrante de la ciudad, el ajetreo y los atascos de la calle... mientras nosotros degustábamos fruta fresca y los restos a medio derretir de la cabeza de Lenin, sentados bajo el cielo en nuestra terraza.

Me pregunté si los dioses que contemplaban el mundo mortal desde su salón del trono de la Duat se sentirían igual que yo.

Mientras íbamos hablando, puse los dos papiros del *Libro de Ra* en la mesa de la terraza. Allí estaban, simples e inofensivos, pero casi nos habían costado la vida. Aún teníamos que encontrar otro, y entonces empezaría lo bueno de verdad: pensar la forma de usarlos para despertar a Ra. No parecía posible hacerlo todo en cuarenta y ocho horas, y

aun así nos quedamos allí sentados, esperando en el banquillo por puro agotamiento, obligados a esperar hasta el día siguiente. ¡El puñetero heroísmo de Carter! Mira que dejarse morder por la serpiente esa del doctor Dolittle... y luego la impulsiva soy yo. Entretanto, Amos y nuestros aprendices novatos estaban solos en la Casa de Brooklyn, preparando la defensa contra Vlad Ménshikov, un mago tan despiadado que ya no es que se tuteara con el dios del mal, es que lo llamaba por su nombre verdadero.

Conté a Carter lo que había sucedido en San Petersburgo después de que cayera envenenado. Había renunciado al nombre de Set a cambio de la posición del último rollo: un lugar llamado Bahariya. Le relaté mi visión de Anubis y Walt, la charla que había tenido con el espíritu de Jaz y cómo había retrocedido en el tiempo hasta la barcaza solar de Ra. Solo me callé una cosa: lo que había dicho Set de que el pueblo de Zia era Al-Hamrah Makan. Sé que no estuvo bien... pero acababa de estar en la cabeza de Carter. Ahora sabía lo importante que era Zia para él, y cómo le trastocaría cualquier información sobre ella.

Carter me escuchó atentamente, sentado en su sillón. Ya le había vuelto el color. Tenía los ojos vivos y despiertos. Costaba creer que solo unas horas antes hubiese estado a punto de morir. Quise atribuirlo a mis poderes curativos, pero también debieron de influir el descanso, varios ginger ales y una hamburguesa con queso y patatas que pidió al servicio de habitaciones.

—Bahariya... —Carter miró a Bes—. Me suena el nombre. ¿De qué me suena?

Bes se rascó la barba. Estaba taciturno y callado desde que había explicado nuestra conversación con Set. La palabra «Bahariya» parecía molestarle especialmente.

—Es un oasis —dijo—, en pleno desierto. Las momias que había enterradas allí fueron un secreto hasta 1996, cuando un burro idiota metió una pata en un socavón del terreno y se cargó el techo de una tumba.

—¡Eso es! —Carter me dedicó una sonrisa radiante, con ese brillo suyo de «la historia mola» en los ojos, así que ya debía de encontrarse mejor—. Se llama el valle de las momias de oro.

—El oro me gusta —dije—. Las momias, no tanto.

—Ah, eso es porque no has conocido a muchas —dijo Bes.

No sabía si estaba bromeando, y decidí no preguntar.

—Entonces, ¿el último papiro está escondido ahí?

Bes se encogió de hombros.

—Tendría sentido. Es un oasis muy apartado; no lo descubrieron hasta hace poco. También está protegido por poderosas maldiciones que impiden llegar invocando un portal. Los arqueólogos mortales han excavado algunas tumbas, pero aún queda todo un complejo enorme de pasadizos y cámaras que no se ha abierto en miles de años. Muchísimas momias.

Me vinieron a la mente las momias de película de miedo, con los brazos levantados y las vendas de lino sueltas, gimiendo mientras persiguen a actrices chillonas y arqueólogos a punto de echar el bofe.

—Cuando dices «muchísimas momias» —dije con reservas—, ¿cuántas son muchísimas?

—Han descubierto unos pocos cientos —respondió Bes—, de un total de unas diez mil.

—¿Diez mil? —Miré a Carter, que se había quedado como si nada.

—Sadie —me dijo—, no van a volver a la vida para matarte.

—No —coincidió Bes—. Probablemente, no. Es casi seguro que no.

—Gracias —musité—. Ya me siento mucho mejor.

(Sí, ya sé que antes he dicho que los muertos y los cementerios no me molestan. Pero diez mil momias ya era pasarse.)

—De todas formas —dijo Bes—, la mayoría de las momias son de la época romana. Ni siquiera son egipcias, como debe ser. Unos trepas latinos que intentaban colarse en nuestro más allá porque es más guay que el suyo. Sin embargo, algunas de las tumbas más viejas... Bueno, ya veremos. Disponiendo de dos fragmentos del *Libro de Ra*, deberíais poder localizar la tercera parte cuando os acerquéis un poco.

—¿Exactamente, cómo? —pregunté.

Bes se encogió de hombros.

—Cuando partes un objeto mágico, los trozos son como imanes. Cuanto más los acercas, más se atraen entre sí.

No era necesariamente tranquilizador. Me imaginé a mí misma corriendo por un túnel con papiros llameantes pegados a las dos manos.

—Vale —dije—. Entonces solo tenemos que colarnos en una red de tumbas donde hay diez mil momias de oro que, probablemente, casi seguro, no cobrarán vida y nos matarán.

—Exacto —dijo Bes—. Bueno, en realidad, no son de oro macizo. La mayoría solo están chapadas en oro. Pero vamos, que sí.

—Eso lo cambia todo.

—Decidido, pues. —Carter ponía voz de estar encantado con la idea—. Podemos salir de buena mañana. ¿A qué distancia está?

—A poco más de trescientos kilómetros, pero son todo carreteras en muy mal estado. Y los portales... bueno, como os decía, el oasis tiene maldiciones que impiden formarlos. Y aunque no las tuviera, hemos vuelto al Nomo Primero. Lo prudente sería usar tan poca magia como sea posible. Si se enteran de que estáis en el territorio de Desjardins...

No le hizo falta acabar la frase.

Contemplé la línea de edificios que se curvaba siguiendo la costa del brillante mar Mediterráneo. Traté de imaginar cómo podía haber sido en tiempos remotos, antes de que Cleopatra, la última faraona egipcia, eligiera el bando perdedor en una guerra civil de Roma y perdiera la vida y su reino. Alejandría era la ciudad donde había muerto el antiguo Egipto. No era el lugar más auspicioso del mundo para empezar una misión.

Por desgracia, no había alternativa. Tendría que recorrer trescientos kilómetros por el desierto hasta llegar a un oasis y encontrar una aguja con forma de papiro en un pajar de momias. No había manera de llevarlo a cabo en el tiempo que nos quedaba.

Lo peor de todo era que aún no le había contado a Carter la última información sobre el pueblo de Zia. Podía callármelo y punto, pero sería egoísta por mi parte. A lo mejor también era la opción correcta, ya que necesitaba su ayuda y no podía permitirme que se distrajera. Pero no podía callármelo. Me había abierto paso en su mente y había aprendido su nombre secreto. Lo menos que podía hacer era ser honesta con él.

—Carter... hay algo más. Set quería que lo supieras. El pueblo de Zia se llamaba Al-Hamrah Makan.

Carter volvió a poner cara de enfermo.

—¿Y se te ha olvidado mencionarlo?

—Te recuerdo que Set es un mentiroso —dije—. No lo ha dicho para ayudarnos. Nos ha dado la información por iniciativa propia porque quería sembrar el caos entre nosotros.

Ya notaba que le estaba perdiendo. Tenía la mente presa en una fuerte corriente que llevaba tirando de él desde enero: la idea de que podía salvar a Zia. Como había estado en su mente, sabía que no descansaría (no podría descansar) hasta haberla encontrado. Era mucho más grave que un flechazo. Carter se había convencido a sí mismo de que Zia formaba parte de su destino.

¿Cuento uno de sus secretos más oscuros? En el fondo, Carter seguía resentido con nuestro padre por no haber salvado a mamá, aunque ella hubiera muerto por una causa noble y se hubiera sacrificado voluntariamente. Carter no podía repetir aquel fallo con Zia de ningún modo, por mucho que hubiera en juego. Necesitaba a alguien que creyera en él, alguien a quien salvar... y se empeñaba en creer que esa persona era Zia. Mala suerte, una hermana pequeña no valía.

Estaba dolida, sobre todo porque no compartía su opinión, pero discutir no serviría de nada. Solo conseguiría apartarlo más.

—Al-Hamrah Makan... —dijo—. No sé mucho árabe, pero «makan» significa «rojo».

—Sí —confirmó Bes—, y «al-hamrah» es «las arenas».

Carter abrió mucho los ojos.

—¡El Lugar de las Arenas Rojas! La voz del Museo Brooklyn me dijo que Zia estaba dormida en el Lugar de las Arenas Rojas. —Me lanzó una mirada suplicante—. Sadie, son las ruinas de su aldea natal. Ahí es donde la escondió Iskandar. Tenemos que encontrarla.

Y punto. ¿A quién le importa el destino del mundo? Tenemos que encontrar a Zia.

Podía haber señalado varias cosas. Mi hermano estaba confiando en la palabra de un espíritu maligno que probablemente venía de parte de Apofis. Si Apofis sabía dónde estaba Zia, ¿por qué iba a decírnoslo, a no ser que quisiera retrasarnos y distraernos? Y si quería muerta a Zia, ¿por qué no la había matado ya? Además, el nombre de Al-Hamrah Makan nos lo había dado Set, que nunca tramaba nada bueno. Evidentemente, su intención era dividirnos. Por último, conocer el nombre del pueblo no implicaba que pudiéramos encontrarlo. Habían arrasado el lugar hacía casi una década.

Pero bastaba una mirada a Carter para comprender que no entraría en razón. Aquello no era una decisión meditada. Había encontrado la posibilidad de salvar a Zia y pensaba aprovecharla.

Me limité a decir:

—Es mala idea. —Y sí, la sensación de hacer de hermana responsable fue bastante rara.

Carter se volvió hacia Bes.

—¿Puedes encontrar el pueblo?

El dios enano se ajustó la camisa hawaiana.

—A lo mejor, pero llevará tiempo. Os queda poco más de dos días. El equinoccio empieza pasado mañana, al ocaso. Llegar al oasis de Bahariya cuesta un día entero. Buscar esta aldea destruida... otro como mínimo, y si está en el Nilo, es en la dirección opuesta. En cuanto tengáis el *Libro de Ra*, necesitaréis al menos otro día para estudiar la forma de utilizarlo. Os garantizo que para despertar a Ra tendréis que viajar a la Duat, donde el tiempo es impredecible. Tendréis que haber vuelto con Ra al amanecer del equinoccio...

—No nos llega el tiempo —resumí—. O el *Libro de Ra* o Zia.

¿Por qué presionaba a Carter, si sabía lo que iba a decir?

—No puedo dejarla. —Miró hacia el sol, que ya empezaba a hundirse en el

horizonte—. Tiene un papel que interpretar, Sadie. No sé cuál es, pero Zia es importante. No podemos perderla.

Esperé. Lo que tenía que suceder estaba claro, pero Carter se resistía a decirlo. Respiré hondo.

—Tendremos que separarnos. Tú y Bes iréis a por Zia. Yo localizaré el papiro. Bes carraspeó.

—Hablando de malas ideas...

Carter no se atrevía a mirarme a los ojos. Sé que se preocupaba por mí. No quería que nos separáramos, pero se le notaba el alivio. Necesitaba que le quitaran responsabilidades para poder lanzarse a perseguir a Zia.

—Me has salvado la vida —dijo—. No puedo permitir que vayas sola al desierto. Me quité el collar del *shen*.

—No voy sola. Walt se ofreció a ayudarnos.

—No puede —dijo Bes.

—Pero tú no me cuentas por qué —repliqué.

—Yo... —Bes se quedó sin palabras—. Mira, prometí a Bast que cuidaría de vosotros, que os mantendría a salvo.

—Y espero que cuides muy bien de Carter. Te necesita para encontrar el pueblo ese. Walt y yo podemos encargarnos de nuestra parte.

—Pero...

—Sea cual sea el puñetero secreto de Walt, o de lo que estés intentando protegerlo, está amargándole la vida. Él quiere ayudar. Y yo pienso dejarle que lo haga.

El enano me miró fijamente, seguro que preguntándose si podía gritar «¡Uh!» y ganar la discusión. Imagino que al final comprendió que yo era demasiado tozuda.

Suspiró, resignado.

—Dos jóvenes viajando solos por Egipto..., chico y chica. Se verá raro.

—Diré que Walt y yo somos hermanos.

Carter hizo una mueca. No era mi intención, pero supongo que el comentario fue un poco hiriente. Visto con perspectiva, lo lamento, pero aquel día estaba aterrorizada y furiosa. Carter me había puesto en una situación imposible.

—Ve —dije con firmeza—. Salva a Zia.

Carter intentó leerme la expresión, pero le rehuí la mirada. Aquel no era momento de tener una de nuestras conversaciones silenciosas. De verdad que no le convenía saber lo que estaba pensando.

—¿Cómo nos reuniremos? —preguntó.

—Quedemos aquí mismo —sugerí—. Saldremos cuando amanezca. Nos concederemos veinticuatro horas, ni una más, para que yo encuentre el papiro, tú el pueblo de Zia y los dos regresemos a Alejandría.

Bes gruñó, disgustado.

—No hay bastante tiempo. Aunque todo saliera perfecto, solo os quedarían unas doce horas para recomponer el *Libro de Ra* y usarlo antes de la víspera del equinoccio.

Tenía razón: era imposible.

Pero Carter asintió.

—Es nuestra única posibilidad. Tenemos que intentarlo.

Me miró esperanzado, pero creo que para entonces yo ya sabía que no íbamos a encontrarnos en Alejandría. Éramos los Kane, y eso significaba que todo saldría mal.

—Bien —dije—. Y ahora, si me disculpáis, tengo que preparar la bolsa.

Me metí en la habitación para no echarme a llorar delante de ellos.

13. Se me mete un demonio por la nariz

CARTER

A esas alturas, ya debería haberme cambiado el nombre secreto por «Mortalmente Avergonzado por mi Hermana», porque a grandes rasgos es un buen resumen de mi existencia.

Me saltaré todos los preparativos para el viaje, Sadie convocando a Walt y explicándole la situación, Bes y yo despidiéndonos al amanecer y alquilando un coche a un «amigo de confianza» de Bes y el coche dejándonos tirados a medio camino de El Cairo.

Voy directo a la parte en que Bes y yo recorríamos un camino polvoriento y lleno de baches en la parte trasera de una camioneta conducida por unos beduinos, buscando un pueblo que ya no existía.

La tarde ya estaba avanzada, y yo empezaba a considerar que encontrar Al-Hamrah Makan en un día, como había dicho Bes, era un cálculo demasiado optimista. Con cada hora perdida, se me caía más el alma a los pies. Lo había arriesgado todo para ayudar a Zia. Había dejado a Amos y a nuestros alumnos solos en la Casa de Brooklyn, defendiéndose del mago más malvado del mundo. Había dejado que mi hermana se lanzara a la búsqueda del último papiro sin mí. Si no lograba encontrar a Zia... bueno, tenía que lograrlo.

Viajar con nómadas profesionales tiene sus ventajas. Para empezar, los beduinos conocían todos los pueblos, granjas y encrucijadas polvorientas de Egipto. No se les caían los anillos por bajar y pedir señas a los lugareños hacia la aldea desaparecida que nos interesaba.

Además, los beduinos veneraban a Bes. Lo trataban como a un talismán viviente. Cuando paramos a comer (estuvieron dos horas cocinando), los beduinos hasta nos dieron los mejores trozos de cabra. A mis ojos, los mejores trozos de cabra no eran muy distintos de los peores trozos de cabra, pero supongo que fue un gran honor.

¿Lo malo de viajar con beduinos? Que no tenían ninguna prisa. Tardamos todo el día en bajar al sur por el valle del Nilo. El recorrido era asfixiante y aburrido. En la parte trasera de la camioneta, no podía ni hablar con Bes sin llenarme la boca de arena, así que tuve tiempo más que de sobra para comerme la cabeza.

Sadie ha descrito bastante bien mi obsesión. Desde el momento en que me dijo el nombre del pueblo de Zia, no podía centrarme en nada más. Desde luego, había supuesto que era algún tipo de truco. Apofis intentaba dividirnos e impedir que nuestra misión saliera bien. Pero también creía que nos había dicho la verdad, aunque fuera solo porque la verdad era lo que más me alteraría. Había arrasado la aldea de Zia cuando ella era pequeña, no sabía por qué motivo. Ahora ella estaba oculta en el mismo lugar, presa de un sopor mágico. Si no la rescataba, Apofis la mataría.

¿Por qué no la había matado ya, si sabía dónde estaba? No lo veía nada claro... y cuantas más vueltas le daba, más me reconcomía. Quizá aún no tenía poder suficiente. Quizá no quería. Al fin y al cabo, si lo que pretendía era llevarme a una trampa, no había mejor cebo que ella. Fuera por lo que fuera, Sadie tenía razón: para mí no fue una decisión meditada. Tenía que salvar a Zia y punto.

A pesar de eso, me sentía un miserable por volver a dejar sola a Sadie. Primero, la

había dejado ir a Londres sabiendo que era mala idea. Ahora, la enviaba a buscar un papiro a unas catacumbas llenas de momias. Vale, Walt le echaría una mano, y en general mi hermana sabía cuidarse sola. Pero un buen hermano se habría quedado con ella. Acababa de salvarme la vida y mi respuesta venía a ser: «Genial. Luego nos vemos. Pásalo bien con las momias».

«Diré que Walt y yo somos hermanos.»

Au.

Para ser sincero del todo, Zia no era la única razón de que quisiera partir solo. Había sido un mazazo que Sadie descubriera mi nombre secreto. De pronto, era la persona que mejor me conocía del mundo. Era como si me hubiera abierto en una mesa de quirófano, hubiera mirado dentro y me hubiera vuelto a coser. El instinto me pedía correr, poner tanta distancia entre nosotros como pudiera.

Me pregunté si Ra habría sentido lo mismo cuando Isis aprendió su nombre, si el auténtico motivo de su exilio había sido la humillación absoluta.

Por último, necesitaba tiempo para procesar los logros de Sadie. Llevábamos meses intentando volver a aprender la senda de los dioses. Nos habíamos esforzado en descubrir cómo lo habían hecho los magos de la antigüedad para aprovechar el poder de los dioses sin consumirse ni ser poseídos. Ahora sospechaba que Sadie había hallado la respuesta. Tenía algo que ver con el *ren* del dios.

Un nombre secreto era más que un nombre, una palabra mágica. Era la experiencia acumulada del dios. Cuanto mejor se entendiera al dios, más cerca se estaba de descubrir su nombre secreto y más poder se podía canalizar de él.

A lo mejor, eso explicaba cómo había forzado las puertas del Hermitage con el Puño de Horus, un hechizo que nunca me había salido a mí solo. Sin pensarlo, sin necesidad de combinar almas con Horus, había conectado con sus emociones. A ninguno de los dos nos gustaban los espacios cerrados. Utilicé ese simple vínculo para invocar el hechizo que rompió las cadenas. Si tan solo supiera cómo hacerlo a voluntad, podría suponer nuestra salvación en las próximas batallas...

Recorrimos los kilómetros en la camioneta de los beduinos. El Nilo serpenteaba entre campos verdes y marrones a nuestra izquierda. No teníamos nada de beber aparte de agua con sabor a vaselina de una jarra vieja. La carne de cabra no me había sentado bien. En ocasiones recordaba el veneno que me había invadido el cuerpo, y empezaba a dolerme el hombro donde me había mordido el *tjesu heru*.

A las seis de la tarde encontramos la primera pista. Un anciano *felahin*, un campesino que vendía dátiles junto al camino, dijo que conocía la aldea que buscábamos. Al oír el nombre de Al-Hamrah Makan hizo un gesto para espantar el mal de ojo, pero, como era Bes quien preguntaba, el hombre nos contó lo que sabía.

Dijo que las Arenas Rojas eran un lugar maléfico, objeto de grandes maldiciones. Hoy en día nadie visitaba el lugar. Pero el anciano recordaba el pueblo antes de que lo destruyeran. Estaba a diez kilómetros al sur, en un recodo del río donde la arena se volvía de color rojo brillante.

«Anda, no me digas», pensé, pero tuve un arrebato de emoción.

Los beduinos decidieron montar campamento. No seguirían con nosotros hasta el final del camino, pero nos aseguraron que sería un honor prestarnos la camioneta a Bes y a mí.

Unos minutos después, Bes y yo estábamos sentados en la cabina del vehículo. Bes llevaba un sombrero de ala ancha casi tan horrendo como su camisa hawaiana. Se lo había

puesto tan bajo que me extrañaba que pudiera ver algo, sobre todo porque apenas llegaba al salpicadero.

Cada vez que pillábamos un bache, se movían las baratijas beduinas que colgaban del espejo retrovisor: un disco metálico grabado con letras árabes, un ambientador con forma de árbol de Navidad, unos dientes de animal en una bolsita de cuero y, a saber por qué, una chapa de Elvis Presley. La camioneta no tenía suspensión y casi no había relleno en los asientos. Era la misma sensación de estar montado en un toro mecánico. Aun sin el zarandeo, me habría cosquilleado el estómago. Después de meses de investigación y esperanza, no podía creerme que faltara tan poco para encontrar a Zia.

—Qué mala pinta tienes —dijo Bes.

—Gracias.

—Me refiero en términos mágicos. No creo que puedas afrontar una lucha. Haya lo que haya ahí delante, ¿comprendes que no va a ser amistoso?

Bajo el ala de su sombrero, tensó la mandíbula como si se preparara para una discusión.

—Crees que esto es un error —dije—. Crees que debería haberme quedado con Sadie.

Se encogió de hombros.

—Creo que, si lo miraras con frialdad, verías un letrero enorme que dice:

TRAMPA. El viejo lector jefe, Iskandar, nunca habría escondido a tu novia...

—No es mi novia.

—... sin protegerla con unos cuantos hechizos. Por lo visto, tanto Set como Apofis quieren que encuentres el lugar, y por tanto es imposible que te convenga hacerlo. Has dejado solos a tu hermana y a Walt. Y, para colmo, estamos levantando polvo en el patio trasero de Desjardins, sabiendo que Ménshikov no descansará hasta encontraros después de la que le liasteis en San Petersburgo. En resumen, no, no creo que sea la mejor idea que has tenido.

Fijé la mirada en el parabrisas. Quería cabrearme con Bes por llamarme idiota, pero tenía miedo de que llevara razón. Yo esperaba tener un encuentro feliz con Zia, y lo más probable era que no llegara vivo al día siguiente.

—A lo mejor Ménshikov aún no está recuperado de las heridas en la cabeza —dije esperanzado.

Bes rió.

—Confía en mí, chaval: Ménshikov ya viene a por vosotros. Nunca olvida los insultos.

Su voz se crispó de rabia, como había hecho en San Petersburgo cuando nos contó la boda enana. Ignoraba qué le había pasado a Bes en aquel palacio, y por qué seguía rumiándolo tres siglos después.

—¿Fue Vlad? —pregunté—. ¿El que te capturó?

No era tan mala suposición. Había conocido a varios magos que medían la edad en siglos. Pero Bes meneó la cabeza.

—Fue su abuelo, el príncipe Alejandro Ménshikov. —Bes escupió el nombre como si fuera un insulto—. Era el líder secreto del Nomo Decimoctavo. Poderoso. Cruel. Muy parecido a su nieto. Jamás había tratado con un mago como él. Fue la primera vez que me capturaron.

—Pero ¿los magos no encerraron a todos los dioses en la Duat al caer Egipto?

—A casi todos —aceptó Bes—. Algunos pasaron los dos milenios enteros en

letargo, hasta que tu padre nos liberó. De vez en cuando escapaba alguno, y la Casa de la Vida lo rastreaba para volver a encerrarlo. Sejmet huyó en 1918. Gran epidemia de gripe. Pero algunos de los dioses, yo entre ellos, pasamos todo ese tiempo en el mundo de los mortales. En los viejos tiempos, yo era solo... ya sabes, un tío amistoso. Espantaba a los espíritus. Caía bien al hombre de la calle. Así que, cuando se hundió Egipto, los romanos me adoptaron como uno de sus dioses. Luego, en la Edad Media, los cristianos basaron sus gárgolas en mí, para proteger las catedrales y cosas por el estilo. Se inventaron leyendas sobre gnomos, enanos, serviciales leprechauns... todas a partir de mí.

—¿Serviciales leprechauns?

Frunció el ceño.

—¿No te parece que soy servicial? Y los leotardos verdes me sientan muy bien.

—Ahora nunca podré quitarme la imagen de la cabeza.

Bes dio un resoplido.

—A lo que iba. La Casa de la Vida nunca se puso en serio a rastrear me. Yo procuraba no dar la nota ni meterme en líos. Jamás fui capturado hasta lo de Rusia. Seguro que aún estaría preso allí de no ser por... —Se detuvo, como si ya hubiera hablado demasiado.

Salió del camino. La camioneta se tambaleó sobre el terreno de arena compacta y piedras, en dirección al río.

—¿Alguien te ayudó a escapar? —pregunté—. ¿Fue Bast?

El cuello del enano se puso colorado.

—No... no fue Bast. Ella estaba retenida en el abismo, luchando contra Apofis.

—Pues...

—Lo importante es que escapé y tuve mi venganza. Logré que acusaran a Alejandro Ménshikov de corrupción. Cayó en desgracia, despojado de posesiones y títulos. Deportaron a toda su familia a Siberia. Fue el mejor día de mi vida. Por desgracia, ahora ha vuelto a escena el nieto Vladímir. Con el tiempo, se trasladó de vuelta a San Petersburgo, rehízo la fortuna de su abuelo y se apoderó del Nomo Decimoctavo. Si Vlad tuviera ocasión de capturarme... —Bes se revolvió en el asiento del conductor, como si le incomodaran los muelles—. Supongo que te estoy contando esto porque... porque tú vales, chico. Eso de plantarte delante de mí en el puente de Waterloo, dando la cara por tu hermana... hace falta coraje. ¿Y lo de montarte en un *tjesu heru*? De lo más valiente, sí señor. Estúpido, pero valiente.

—Ejem, gracias.

—Me recuerdas a mí mismo —prosiguió Bes—, cuando era un enano joven. Tienes una vena testaruda. Y en asuntos de chicas, no tienes ni idea.

—¿Asuntos de chicas? —Creía que nadie podría avergonzarme nunca tanto como Sadie al aprender mi nombre secreto, pero Bes se le acercaba—. Esto no es solo un asunto de chicas.

Bes me contempló como si fuera un pobre cachorrillo extraviado.

—Quieres salvar a Zia.Quieres gustarle. Pero cuando rescatas a alguien... las cosas se complican. No te cueles perdidamente por alguien que no puedas tener, y mucho menos si te impide ver a quien de verdad es importante. No... no cometas mis errores.

Oí el dolor en su tono. Sé que lo hacía por mí, pero seguía siendo raro recibir consejo masculino de un dios canijo con un sombrero horrible.

—La persona que te rescató —dije— era una diosa, ¿verdad? Otra que no era Bast... ¿y con la que tuviste una relación?

Se le pusieron los nudillos blancos sobre el volante.

—Chaval.

—Sí.

—Me alegro de que hayamos hablado. Y ahora, si valoras en algo tus dientes...

—Me callaré.

—Eso es. —Bes pisó el freno—. Porque creo que ya hemos llegado.

El sol bajaba por el cielo a nuestras espaldas, bañando de luz roja todo lo que teníamos delante: la arena, el agua del Nilo, las colinas del horizonte. Hasta las frondas de las palmeras parecían teñidas de sangre.

«A Set le encantaría el sitio», pensé.

No había señales de civilización, solo unas garzas sobrevolando la zona y alguna salpicadura en el río, tal vez de peces o cocodrilos. Supuse que aquella parte del Nilo no debía de haber cambiado tanto desde la época de los faraones.

—Vamos —dijo Bes—. Coge tus cosas.

El dios no me esperó. Cuando lo alcancé estaba de pie en la ribera, dejando caer arena entre sus dedos.

—No es solo la luz —caí en la cuenta—. Esa tierra es roja de verdad.

Bes asintió.

—¿Sabes por qué?

Mi madre habría dicho que por el óxido de hierro, o algo por el estilo. Siempre tenía explicaciones científicas para todo. Pero algo me decía que no era la respuesta que esperaba Bes.

—El rojo es el color del mal —dije—. El desierto. El caos. La destrucción.

Bes se sacudió la arena de los dedos.

—Nunca debieron construir un poblado aquí.

Busqué los restos del asentamiento a mi alrededor. La franja de arena roja se extendía unos cien metros en cada dirección. A su alrededor crecían la hierba espesa y los sauces, pero la arena en sí estaba absolutamente yerma. Su brillo y la forma de moverse al pisarla me recordaron a los montículos hechos de caparzones secos de escarabajo que había en la Duat, conteniendo a Apofis. Al instante, me arrepentí de haberlo pensado.

—Aquí no hay nada —dije—. Ni una ruina. Nada.

—Fíjate bien.

Bes señaló el río. En una zona del tamaño de un campo de fútbol, asomaban del agua viejos juncos muertos, aquí y allá. Entonces caí en que no eran juncos, sino tablones a medio pudrir y vigas de madera, los restos de unas viviendas sencillas. Caminé hasta el borde del agua. Cerca de la orilla estaba lo bastante calmada y poco profunda para distinguir una hilera de ladrillos de arcilla sumergidos, los cimientos de una pared que los años habían disuelto en el cieno.

—¿Se hundió el pueblo entero?

—Se lo tragó el agua —dijo Bes—. El Nilo intenta limpiar las maldades que acontecieron en este lugar.

Me dio un escalofrío y empezó a dolerme la herida del mordisco en el hombro.

—Si tan maligno es el sitio, ¿por qué escondería aquí Iskandar a Zia?

—Buena pregunta —replicó Bes—. Para responderla, tendrás que vadear un poco más.

Una parte de mí habría vuelto corriendo a la camioneta. La última vez que me había metido en un río —el Río Grande, en El Paso—, la cosa no había ido muy bien. Habíamos

luchado contra el dios cocodrilo Sobek, y sobrevivimos a duras penas. Ahora estaba en el Nilo. Los dioses y los monstruos de aquí serían mucho más fuertes.

—Tú también vienes, ¿no? —pregunté a Bes.

Le dio un tic en el ojo.

—El agua corriente no es buena para los dioses. Nos afloja la conexión con la Duat... —Debió de verme la desesperación en el rostro—. Vale, como quieras —suspiró—. Voy detrás de ti.

Antes de que pudiera rajarme, puse una bota en el río y se hundió hasta el tobillo.

—Qué asco —dije, y empecé a vadear, con mis pies haciendo el ruido de una vaca masticando chicle.

Igual era un poco tarde para asimilar lo mal preparado que iba. No llevaba mi espada, porque la había perdido en San Petersburgo y desde entonces no había podido convocarla. Podía ser que los magos rusos la hubieran fundido. Aún tenía la varita, pero sobre todo se usaba para hechizos defensivos. Si tenía que atacar, me vería en seria desventaja.

Saqué un viejo palo del barro y lo usé para tantear el terreno. Bes y yo recorrimos los bajíos pesadamente, esperando encontrar algo que nos sirviera. Apartamos algunos ladrillos con los pies, descubrimos algunas secciones intactas de paredes y rescatamos varios fragmentos de cerámica. Pensé en la historia que me había contado Zia de cómo su padre provocó la destrucción del pueblo al desenterrar a un demonio atrapado en una estatua. Aquellas podían ser esquivas de la misma estatua.

No nos atacó nada excepto los mosquitos. No dimos con ninguna trampa. Pero cada chapoteo en el río me hacía pensar en cocodrilos, y no en los albinos simpáticos como Filipo en Brooklyn, o en los peces tigre que me había enseñado Zia en el Nomo Primero. Me los imaginé nadando entre mis pies, intentando decidir qué pierna parecía más apetitosa.

No dejaba de ver ondas y remolinos pequeños por el rabillo del ojo, como si hubiera algo siguiéndome. Cuando clavaba el palo en el agua, nunca había nada.

Después de buscar durante una hora, el sol casi se había puesto del todo. Se suponía que debíamos volver a Alejandría y reunirnos con Sadie por la mañana, de modo que apenas nos quedaba tiempo ya para encontrar a Zia. Y veinticuatro horas después de aquel momento, cuando el sol volviera a ponerse, empezaría el equinoccio.

Seguimos vadeando, pero no encontramos nada más interesante que una pelota de fútbol pinchada y llena de barro, y una dentadura postiza. [Sí, Sadie, más desagradable que la del abuelo, aunque no te lo creas.] Me detuve a espantarme los mosquitos del cuello. Bes atrapó algo en el agua (un pez escurridizo, o una rana) y se lo metió en la boca.

—¿Eso era necesario? —le dije.

—¿El qué? —dijo, aún masticando—. Es hora de la cena.

Me giré por el asco y tanteé con mi palo en el agua.

Tump.

Había dado contra algo más duro que un ladrillo de barro o un madero. Aquello era piedra.

Recorrí su parte inferior con la punta del palo. No era una roca. Era una hilera llana de bloques labrados. Su borde caía a pico hasta otra hilera de piedras que había unos treinta centímetros por debajo, como una escalera descendente.

—Bes —llamé.

Vino hasta donde estaba. El agua le llegaba casi a los sobacos. Su figura titilaba en

la corriente como si pudiera desaparecer en cualquier momento.

Le enseñé lo que había encontrado.

—Ja. —Metió la cabeza bajo el agua. Cuando volvió a sacarla, la tenía cubierta de fango y algas—. Y tanto que es una escalera. Me recuerda al acceso de una cripta.

—¿Una cripta en el centro del pueblo? —pregunté.

Hubo otro chapoteo a mi izquierda. Bes frunció el ceño.

—¿Lo has visto?

—Sí, lleva pasando desde que nos hemos metido en el agua. ¿No te habías fijado?

Bes metió un dedo en el agua como si quisiera tomarle la temperatura.

—Si nos damos prisa, mejor.

—¿Por qué?

—No creo que sea nada. —Mentía peor que mi padre—. Echemos un vistazo a esa cripta. Separa las aguas.

Lo dijo como si fuera una petición de lo más normal, en plan «pásame la sal».

—Soy mago de combate —dije—. No sé cómo hacer que se abra un río.

Bes puso cara de ofendido.

—¡Venga ya, hombre! Si es lo primero que enseñan. En la época de Keops, conocía a un mago que separó el Nilo para poder llegar al centro y recuperar el collar de una chica. Luego estaba aquel tío israelí, Mickey.

—¿Moisés?

—Ese —dijo Bes—. En resumen, deberías poder separar las aguas sin despeinarte.

Hay que darse prisa.

—Si es tan fácil, ¿por qué no lo haces tú?

—Vaya, ahora sacas el carácter. Ya te lo he dicho, chaval, el agua corriente interfiere los poderes divinos. Seguro que, en parte, por eso Iskandar escondió a tu amiga ahí abajo, si es que es donde está. Puedes hacerlo. Hay que... —De pronto se puso tenso—. Vuelve a la orilla.

—Pero has dicho...

—¡Ya!

Antes de poder movernos, el río se alzó a nuestro alrededor. Se formaron tres trombas distintas de agua, y algo tiró de Bes hacia el fondo.

Intenté echar a correr, pero se me atascaban los pies en el barro. Las trombas me circundaron. Rodaron sobre sí mismas hasta adoptar formas humanas con cabeza, hombros y brazos hechos de franjas de agua arremolinada, como si fueran momias creadas a partir del Nilo.

Seis metros río abajo, Bes salió a la superficie.

—¡Demonios acuáticos! —barbotó—. ¡Recházalos!

—¿Cómo?! —grité.

Dos de los demonios acuáticos viraron hacia donde estaba Bes. El dios enano intentó permanecer estable, pero era zona de rápidos y ya tenía el agua hasta las axilas.

—¡Por favor, chaval! —vociferó—. ¡Todos los pastores sabían conjuros contra los demonios acuáticos!

—¡Pues búscame un pastor!

Bes gritó «¡Uh!», y el primer demonio de agua se evaporó. El dios se volvió hacia el segundo, pero, antes de poder asustarlo, recibió un fuerte chorro de agua en la cara.

Se quedó sin respiración y tropezó, expulsando agua por la nariz. El demonio se le echó encima, y Bes desapareció de nuevo bajo el agua.

—¡Bes! —grité.

El tercer demonio arremetió contra mí. Levanté la varita y logré crear un tenue escudo de luz azul. El demonio chocó contra él, echándome hacia atrás.

Su boca y sus ojos giraban como remolinos en miniatura. Mirarle la cara era como usar un cuenco de adivinación. Pude sentir el hambre insaciable de aquella cosa, su odio por los seres humanos. Quería destruir todos los diques, devorar todas las ciudades y ahogar el mundo en un mar de caos. Y el primer paso era matarme a mí.

Perdí la concentración. La cosa embistió de nuevo, y esta vez hizo pedazos mi escudo y me empujó al fondo del río.

¿Alguna vez os ha entrado agua por la nariz? Imaginaos que se os metiera una ola entera, una ola inteligente que sabe exactamente lo que ha de hacer para ahogarte. Solté la varita. Se me llenaron los pulmones de líquido. Todo pensamiento racional se diluyó en el pánico.

Di aspavientos y patadas, sabiendo que solo había poco más de un metro de agua, pero no pude levantarme. El agua embarrada no me dejaba ver nada. Saqué la cabeza a la superficie y vi la imagen borrosa de Bes zarandeado sobre una tromba de agua, gritando:

—¡He dicho «uh»! ¿Quieres asustarte más?

Volví a hundirme, dando zarpazos al fango. El corazón me latía con fuerza. Se me empezó a oscurecer la visión. Aunque me hubiera venido algún conjuro a la mente, no habría podido pronunciarlo. Deseé tener poderes de dios marino, pero no eran precisamente la especialidad de Horus.

Estaba perdiendo la conciencia cuando algo me agarró del brazo. Lancé un puñetazo a la desesperada y encontré un rostro barbudo.

Volví a salir a la superficie, casi sin respiración. Bes estaba medio ahogado junto a mí, gritando:

—¡Idiota, glu glu, intentaba salvarte el... glu glu!

El demonio volvió a tirar de mí hacia abajo, pero de pronto tenía las ideas claras. A lo mejor había sido cosa de esa última bocanada de oxígeno. O a lo mejor darle un puñetazo a Bes me había quitado el ataque de pánico.

Recordé que Horus se había visto en una situación parecida. Una vez, Set había intentado ahogarlo hundiéndolo en el Nilo.

Fijé ese recuerdo en mi mente y lo hice propio.

Accedí a la Duat y desvié el poder del dios de la guerra hacia mi cuerpo. La rabia me inundó. No me doblegaría. Era un seguidor de la senda de Horus. Una ridícula momia líquida no iba a ahogarme en un metro de agua.

Empecé a verlo todo rojo. Chillé, expulsando el agua de los pulmones de un solo chorro.

¡FUUUM! El río Nilo explotó. Caí a un campo de barro.

Al principio estaba demasiado cansado para hacer nada aparte de toser. Cuando logré levantarme con esfuerzo y quitarme el limo de los ojos, vi que el río había cambiado su curso. Ahora rodeaba las ruinas del pueblo. Entre el fango rojo y brillante se distinguían ladrillos y tablones, basura, ropa vieja, el guardabarros de un coche y huesos que podían ser de animal o de ser humano. Había unos pocos peces dando saltitos, preguntándose dónde se había metido el río. De los demonios acuáticos no quedaba nada. A unos tres metros, Bes me miraba con mala cara. Le salía sangre de la nariz y estaba enterrado en el barro hasta la cintura.

—En general, cuando separas las aguas de un río —rezongó—, no hace falta dar

puñetazos a un enano. ¡Sácame de aquí!

Al final logré sacarlo a tirones, y al salir hizo un sonido de succión tan impresionante que deseé poder grabarlo. [Y no, Sadie, no pienso hacerlo con la boca para el micrófono.]

—Lo... lo siento —tartamudeé—. No quería...

Desechó la disculpa con un gesto.

—Te has encargado de los demonios acuáticos. Eso es lo que importa. Ahora, a ver cómo te encargas de eso de ahí.

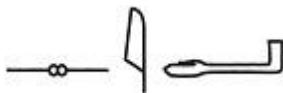
Me giré y vi la cripta.

Era un agujero rectangular del tamaño aproximado de un vestidor, rodeado de bloques de piedra. Unos escalones bajaban hasta una puerta cerrada, con jeroglíficos grabados. El más grande de todos era el símbolo de la Casa de la Vida:



—Esos demonios protegían la entrada —dijo Bes—. A lo mejor dentro los hay peores.

Debajo del símbolo, identifiqué una hilera de jeroglíficos fonéticos:



—Zeta, i, a —leí—. Zia está dentro.

—Y eso —masculló Bes— es lo que en el negocio de la magia llamamos una «trampa». Última oportunidad de pensártelo mejor, chaval.

Pero ya no le escuchaba. Zia estaba allí abajo. Aunque hubiera sabido lo que estaba a punto de ocurrir, no creo que hubiera dado media vuelta. Bajé los escalones y empujé la puerta para abrirla.

14. En la cripta de Zia Rashid

CARTER

El sarcófago estaba hecho de agua.

Era una figura humana de pies redondeados, hombros anchos y una inmensa cara sonriente, como los otros ataúdes egipcios que había visto, pero aquel estaba esculpido en puro líquido brillante. Reposaba sobre una tarima de piedra en el centro de una estancia cuadrada. Las paredes estaban decoradas con arte egipcio, pero no le presté mucha atención.

Zia Rashid flotaba dentro del sarcófago con una chilaba blanca. Tenía los brazos cruzados sobre el pecho, y en sus manos había un cayado de pastor y un látigo de guerra, los símbolos del faraón. Junto a ella flotaban su báculo y su varita. Su pelo corto y moreno se mecía alrededor de la cara, tan hermosa como yo la recordaba. Si alguna vez habéis visto el famoso busto de la reina Nefertiti, Zia me recordó a ella con su cejas levantadas, sus pómulos marcados, su elegante nariz y sus labios rojos perfectos.

[Sadie dice que me he pasado describiéndola, pero es como os lo cuento. Por algo llamaban a Nefertiti la mujer más bella del mundo.]

Al acercarme al sarcófago, el agua empezó a revolverse. Se hizo una corriente por los lados, que trazaba una y otra vez el mismo símbolo:



Bes emitió un sonido gutural.

—No me había dicho que era una deificada.

No se me había ocurrido mencionarlo, pero era precisamente el motivo por el que Iskandar la había ocultado. Cuando nuestro padre liberó a los dioses en el Museo Británico, una de ellos, la diosa fluvial Neftis, había elegido a Zia como su anfitriona.

—¿Eso es el símbolo de Neftis? —aventuré.

Bes asintió con la cabeza.

—¿No me habías dicho que la chica era una elementalista del fuego?

—Sí.

—Uf. No es buena combinación. Normal que el lector jefe la pusiera en animación suspendida. Una maga de fuego albergando a una diosa del agua... podría matarla, a menos que... sí, qué listo fue.

—¿Cómo?

—La combinación de agua y fuego también podría ocultar el poder de Zia. Si Iskandar pretendía esconderla de Apofis... —Puso los ojos como platos—. Santa madre Nut. ¿Esos son el cayado y el látigo?

—Creo que sí. —No sabía por qué se impresionaba tanto—. ¿A la gente importante no la enterraban con ellos?

Bes me miró con incredulidad.

—No lo entiendes, chaval. Estos son el cayado y el látigo originales, los instrumentos reales de Ra.

De pronto me dio la impresión de haberme tragado una canica. No me habría sorprendido más si Bes hubiera dicho: «Por cierto, estás apoyado contra una bomba de hidrógeno». El cayado y el látigo de Ra eran los símbolos más poderosos del dios egipcio más poderoso. Y, sin embargo, en manos de Zia no tenían un aspecto especial. El cayado parecía un bastoncillo de caramelo inflado hasta unos sesenta centímetros, pero en dorado y azul. El látigo era un palo de madera con tres cadenas de espinos en una punta. Ni brillaban ni tenían escrito PROPIEDAD DE RA por ninguna parte.

—¿Qué hacen aquí? —pregunté.

—Vete a saber —dijo Bes—, pero son los de verdad. Lo último que había oído es que los tenían en las cámaras acorazadas del Nomo Primero. Solo tenía acceso a ellos el lector jefe. Será que Iskandar decidió enterrarlos aquí con tu amiga.

—¿Para protegerla?

Bes levantó los hombros, evidentemente sobrepasado.

—Sería como conectar la alarma de tu casa a un misil nuclear. La exageración en estado puro. No me extraña que Apofis no haya podido atacarla. Esto es una protección contra el caos de las serias.

—¿Qué pasa si la despierto?

—Romperás los hechizos que la defienden. A lo mejor, por eso te ha traído aquí Apofis. En cuanto Zia esté fuera de ese sarcófago, será un blanco fácil. Por qué puede quererla muerta Apofis, y por qué Iskandar se tomó tantas molestias para protegerla... de eso sabes tú tanto como yo.

Observé la cara de Zia. Llevaba tres meses soñando con encontrarla. Ahora casi me daba demasiado miedo despertarla. Si deshacía el conjuro de sueño, podía hacerle daño sin querer, o dejarla expuesta a un ataque de Apofis. Y, aunque me saliera bien, ¿qué pasaba si se levantaba y decidía que me odiaba? Quería creer que había compartido los recuerdos con su *shabti*, así que sabría lo que habíamos pasado juntos. Pero, si me equivocaba, no iba a poder soportar el rechazo.

Toqué el ataúd de agua.

—Cuidado, chaval —me advirtió Bes.

Una onda de energía mágica pasó a mi cuerpo. Fue más sutil que cuando había mirado la cara del demonio acuático, pero podía sentir los pensamientos de Zia. Estaba atrapada en un sueño donde se ahogaba. Intentaba aferrarse a su último buen recuerdo, la cara amable de Iskandar mientras le ponía el cayado y el látigo en las manos: «Quédatelos, querida. Vas a necesitarlos. Y no temas. Los sueños no te perturbarán».

Pero Iskandar se había equivocado. Las pesadillas se habían apoderado de su sueño. La voz de Apofis siseaba en la oscuridad: «Yo acabé con tu familia. Ahora vengo a por ti». Zia era testigo una y otra vez de la destrucción de su pueblo, mientras Apofis reía y el espíritu de Neftis se removía incómodo en su interior. La magia de Iskandar también había apresado a la diosa en un sueño mágico, y ella había querido proteger a Zia convenciendo al Nilo de que ocultara aquella cámara y las protegiera a las dos de la Serpiente. Aun así, no había podido detener los sueños. Zia llevaba tres meses sufriendo la misma pesadilla caótica, y su cordura empezaba a desmoronarse.

—Tengo que liberarla —dije—. Está consciente en parte.

Bes aspiró aire sin apenas abrir la boca.

—No debería ser posible, pero si es verdad...

—Está en un serio problema.

Metí más la mano en el sarcófago. Canalicé el mismo tipo de magia que había usado para separar el río, aunque a menor escala. El agua fue perdiendo paulatinamente la forma, derritiéndose como un cubito de hielo. Antes de que Zia cayera de la tarima, la cogí en brazos. Soltó el cayado y el látigo. Su báculo y su varita cayeron con estrépito al suelo.

Cuando el sarcófago terminó de escurrirse, los párpados de Zia se abrieron de sopetón. Intentó respirar, pero no parecía capaz de aspirar aire.

—Bes, ¿qué le pasa? —pregunté—. ¿Qué hago?

—Es la diosa —dijo—. El cuerpo de Zia está rechazando el espíritu de Neftis. ¡Llévala al río!

La cara de Zia empezó a ponerse azulada. La aseguré en mis brazos y subí a toda prisa la escalera resbaladiza, tarea difícil con Zia dándome patadas y manotazos todo el camino. Conseguí cruzar el fango sin caerme y por fin la bajé suavemente junto a la orilla.

Se llevó las manos a la garganta, con miedo en los ojos, pero, en cuanto su cuerpo tocó el Nilo, un aura azul la rodeó. Su cara volvió al tono normal. Soltó borbotones de agua por la boca, como si se hubiera convertido en una fuente humana. Ahora que lo pienso, supongo que debió de ser bastante asqueroso, pero en aquel momento sentía demasiado alivio para fijarme.

La figura acuosa de una mujer con un vestido azul emergió de la superficie del río. La mayoría de los dioses egipcios se debilitan en las corrientes de agua, pero saltaba a la vista que Neftis era una excepción. Estaba resplandeciente de poder. Llevaba una corona egipcia de plata sobre el cabello largo y negro. Su rostro regio me recordaba al de Isis, pero aquella mujer tenía una sonrisa más dulce y ojos más comprensivos.

—Hola, Bes. —Era un murmullo suave, como la brisa acariciando la hierba del río.

—Neftis —dijo el enano—, cuánto tiempo.

La diosa acuática bajó la mirada hacia Zia, que tiritaba en mis brazos y seguía tragando aire a bocanadas.

—Siento haberla utilizado como anfitriona —dijo Neftis—. Fue una elección pésima, que casi nos destruyó a las dos. Protégela bien, Carter Kane. Tiene un corazón bondadoso, y un destino importante.

—¿Qué destino? —pregunté—. ¿Cómo debo protegerla?

En vez de responderme, el espíritu de Neftis se fundió con el río.

Bes hizo un sonido gutural de aprobación.

—El Nilo es donde debe estar. Es el cuerpo apropiado para ella.

Zia escupió agua y dobló bruscamente la cintura.

—¡Aún no puede respirar!

Intenté lo único que se me ocurrió. Probé a hacerle la respiración boca a boca.

Sí, de acuerdo, ya sé cómo suena, pero no tenía las ideas nada claras.

[Deja de reírte, Sadie.]

De verdad que no intentaba aprovecharme. Solo pretendía ayudar.

Zia no lo vio de ese modo. Me dio un puñetazo tan fuerte en el pecho que lo hizo sonar como un juguete de goma. Luego se volvió de lado y tuvo una arcada.

No creo que me oliera tan, tan mal el aliento.

Cuando volvió a enfocar la mirada en mí, la rabia bullía en sus ojos... como en los viejos tiempos.

—¡Cómo osas besarme! —logró decir.

—No estaba... no te he...

—¿Dónde está Iskandar? —exigió saber—. Creía... —Se le desenfocó la mirada—. He soñado que... —Empezó a temblar—. Egipto eterno, no estará... no puede estar...

—Zia...

Intenté ponerle la mano en el hombro, pero me apartó de un empujón. Se giró hacia el agua y empezó a sollozar, arañando el barro con los dedos.

Yo quería ayudarla. No soportaba verla dolida. Pero miré a Bes, que se tocó la nariz ensangrentada como advirtiéndome: «O vas despacio o te ganarás una igual que esta».

—Zia, tenemos mucho de que hablar —dije, intentando no sonar tan hundido como me sentía—. Apartémonos del río.

Se sentó en los escalones de su propia cripta, encogida. El pelo y la ropa empezaban a secarse, pero, aunque hacía una noche calurosa y llegaba un viento seco del desierto, Zia seguía temblando.

Pedí a Bes que le trajera su báculo y su varita de la tumba, junto con el cayado y el látigo, y lo hizo a regañadientes. Manejaba los instrumentos como si fueran tóxicos.

Intenté poner al día a la maga: le hablé del *shabti*, de la muerte de Iskandar, de Desjardins como lector jefe y de todo lo que habíamos averiguado en los tres meses que habían pasado desde la batalla contra Set, pero no sabría decir qué partes asimiló. Negaba una y otra vez con la cabeza, y se tapaba las orejas.

—Iskandar no puede haber muerto —dijo con voz trémula—. Él nunca... nunca me haría una cosa así.

—Intentaba protegerte —le dije—. Nunca previó que tendrías pesadillas. He estado buscándote...

—¿Por qué? —casi me gritó—. ¿Qué quieres de mí? Te recuerdo de Londres, pero después de eso...

—Me encontré con tu *shabti* en Nueva York. Ella... tú nos llevaste a Sadie y a mí al Nomo Primero. Empezaste a entrenarnos. Luego estuvimos del mismo bando en Nuevo México, y en la Pirámide Roja...

—No. —Cerró los párpados con fuerza—. No, esa no era yo.

—Pero puedes recordar lo que hizo el *shabti*. Solo has de...

—¡Eres un Kane! —gritó—. Todos estáis proscritos. Y ahora has venido con... con eso. —Señaló a Bes.

—«Eso» tiene nombre —refunfuñó Bes—. Empiezo a preguntarme qué sentido tenía recorrer medio Egipto para despertarte.

—¡Eres un dios! —exclamó Zia, y se giró hacia mí—. ¡Y si lo has convocado tú, serás condenado a muerte!

—Escúchame, chica —dijo Bes—. Tú albergabas el espíritu de Neftis, así que si hay que condenar a alguien...

Zia agarró su báculo.

—¡Desaparece!

Por suerte, no había recobrado toda la fuerza. Consiguió lanzar una débil andanada de fuego a la cara de Bes, pero el dios enano apartó las llamas con un despreocupado gesto de la mano.

Agarré la punta de su cayado.

—¡Zia, para! Él no es el enemigo.

—¿Puedo darle un puñetazo? —me pidió Bes—. Tú me lo has dado a mí, chaval. Es de justicia.

—Nada de puñetazos —dije—. Y nada de arrojar fuego, Zia; estamos del mismo lado. El equinoccio empieza mañana al anochecer, y entonces Apofis se liberará de su prisión. Tiene intención de destruirte. Nosotros hemos venido a rescatarte.

El nombre de Apofis le caló hondo. Se le hizo difícil respirar, como si sus pulmones volvieran a llenarse de agua.

—No. No, es imposible. ¿Por qué debería creerlo?

—Porque...

Vacilé. ¿Qué podía decirle? ¿Porque nos habíamos enamorado hacía tres meses? ¿Porque habíamos superado dificultades juntos y nos habíamos salvado mutuamente la vida? Esos recuerdos no eran suyos. Zia se acordaba de mí... más o menos. Pero el tiempo que habíamos pasado juntos era como una película que hubiera visto, donde la interpretaba una actriz que hacía lo que ella no haría nunca.

—No me conoces de nada —dijo amargamente—. Y ahora, marchaos antes de que me vea obligada a combatirlos. Regresaré por mi cuenta al Nomo Primero.

—A lo mejor tiene razón, chaval —dijo Bes—. Tendríamos que marcharnos. Hemos hecho magia más que de sobra para hacer sonar todas las alarmas.

Cerré los puños con fuerza. Se habían hecho realidad mis peores temores. No le gustaba a Zia. Todo lo que habíamos compartido se hizo pedazos con su réplica de cerámica. Pero como tal vez haya mencionado ya, me pongo muy tozudo cuando me dicen que no puedo hacer algo.

—No pienso dejarte. —Abarqué las ruinas de su pueblo con un gesto—. Zia, este lugar lo destruyó Apofis. No fue un accidente; no fue culpa de tu padre. El objetivo de la Serpiente eras tú. Iskandar te crió porque intuía que tu destino era importante. Por ese mismo motivo, te ocultó con el cayado y el látigo del faraón, no solo porque albergaras a una diosa, sino también porque sabía que estaba muriendo y temía no ser capaz de seguir protegiéndote. No sé cuál será tu destino, exactamente, pero...

—¡Basta! —Volvió a prender la punta de su báculo, y esta vez brillaba con más intensidad—. Estás tergiversando mis ideas. Eres igual que las pesadillas.

—Sabes que no es cierto. —Seguramente debería haber callado, pero no podía creer que Zia fuera a incinerarme—. Antes de morir, Iskandar vio que era necesario recuperar las enseñanzas antiguas. Por eso nos dejó vivir a Sadie y a mí. Los dioses y los magos han de trabajar en equipo. Tú... tu *shabti* lo comprendió, cuando luchamos codo con codo en la Pirámide Roja.

—Chaval —dijo Bes en tono más apremiante—, de verdad que tendríamos que irnos.

—Ven con nosotros —pedí a Zia—. Sé que siempre te has sentido sola. Nunca tuviste a nadie aparte de Iskandar, eso lo entiendo, pero soy tu amigo. Podemos protegerte.

—¡A mí no me protege nadie! —Se puso en pie de un salto—. ¡Soy una escriba de la Casa de la Vida!

Saltaron lenguas de fuego de su báculo. Yo hice ademán de sacar la varita, pero la había perdido en el río. Por instinto, mis manos se cerraron en torno a los símbolos del faraón, el cayado de pastor y el látigo de guerra. Los alcé formando una equis defensiva, y el báculo de Zia se hizo trizas al instante. El fuego se disipó.

Zia dio un paso torpe hacia atrás, con las manos soltando humo. Me miró completamente anonadada.

—¿Osas utilizar los símbolos de Ra?

Seguro que yo ponía la misma cara de sorpresa.

—¡No... no pretendía hacerlo! Solo quiero que hablemos. Seguro que tienes hambre. En la camioneta tenemos comida y agua...

—¡Carter! —Bes tensó los músculos—. Pasa algo malo...

Se volvió demasiado tarde. A su alrededor estalló una cegadora luz blanca. Cuando los ojos dejaron de hacerme chiribitas, el dios enano estaba paralizado en una jaula de barrotes brillantes como tubos fluorescentes. A su lado estaban las dos personas que menos ganas tenía de ver en el mundo: Michel Desjardins y Vlad el Inhalador.

Desjardins parecía incluso más viejo que como lo había descrito Sadie al contarnos su visión. Llevaba largos y desaliñados el pelo canoso y la barba bifurcada. Su chilaba de color vainilla colgaba suelta de un cuerpo escuálido. La capa de piel de leopardo que lo señalaba como lector jefe estaba a punto de soltarse de su hombro izquierdo.

Vlad Ménshikov, por su parte, parecía recuperado y listo para una buena partida de «Torturemos a los Kane». Llevaba un traje recién lavado de lino blanco y un nuevo báculo de serpiente. Sobre la corbata brillaba su colgante plateado con el símbolo de la serpiente. Se había puesto un sombrero fedora sobre el pelo canoso y rizado, supongo que para ocultar las heridas que le había hecho Set en la cabeza. Sonrió como si estuviera encantado de verme, y habría resultado convincente... si hubiera llevado gafas de sol. Entre la maraña de cicatrices y los verdugones, aquellos ojos horribles brillaban de odio.

—Como predije —dijo con voz áspera—, el siguiente movimiento de Kane sería encontrar a esta pobre chica e intentar volverla contra nosotros.

—Desjardins, escúchame —dijo yo—. Ménshikov es un traidor. Ha invocado a Set. Intenta liberar a Apofis...

—¡¿Lo veis?! —gritó Ménshikov—. Como os decía, lector jefe, el chico intenta atribuirme a mí su magia ilegal.

—¿Cómo? —dije—. ¡No!

El ruso se giró para observar a Bes, que seguía paralizado en su jaula brillante.

—Carter Kane, proclamas tu inocencia, pero aquí te hemos encontrado, confraternizando con los dioses. ¿A quién tenemos aquí? ¡A Bes el enano! Por fortuna, mi abuelo me enseñó un excelente hechizo de ligadura para esta criatura en particular. También aprendí de él diversos conjuros de tormento que eran... más bien efectivos para el dios enano. Siempre he querido probarlos.

Desjardins arrugó la nariz con repugnancia, pero no supe si la sentía por mí o por Ménshikov.

—Carter Kane —dijo el lector jefe—. Sé que ansiabas el trono del faraón. Sé que conspirabas con Horus. Pero ahora te encuentro blandiendo el cayado y el látigo de Ra, que hace poco descubrimos que faltaban de nuestras cámaras de seguridad. Incluso tratándose de ti, esto es un acto flagrante de agresión.

Miré las armas que tenía en las manos.

—No es como dices. Acabo de encontrarlos...

Me detuve en seco. No podía decirle que los símbolos estaban enterrados junto a Zia. Aunque me creyera, podía meterla a ella en líos.

Desjardins asintió, como si acabara de oír una confesión. Para mi sorpresa, parecía disgustarle un poco.

—Lo que pensaba. Amos me aseguró que eras un leal sirviente de la Maat, pero ahora veo que, además de un deificado, eres un ladrón.

—Zia. —Me volví hacia ella—. Tienes que escucharme. Corres peligro. Ménshikov trabaja para Apofis. Te matará.

Ménshikov fingió sentirse ofendido con bastante verosimilitud.

—¿Por qué querría yo hacerle daño? Siento que ya se ha liberado de Neftis. No es culpa suya que la diosa invadiera su cuerpo. —Tendió una mano a Zia—. Me alegra ver que estás a salvo, niña. No se te puede hacer responsable de las extrañas decisiones que tomó Iskandar en sus últimos días: esconderte aquí, suavizar su actitud hacia estos criminales que son los Kane... Aléjate del traidor. Vuelve a casa con nosotros.

Zia titubeó.

—Tuve... tuve sueños raros...

—Estás confusa —dijo Desjardins con amabilidad—, es normal. Tu *shabti* te transmitía sus recuerdos. Viste a Carter Kane y a su hermana llegando a un trato con Set en la Pirámide Roja. En lugar de destruir al Señor Rojo, lo dejaron marchar. ¿Te acuerdas?

Zia me miró con aprensión.

—Tienes que recordar por qué lo hicimos —le rogué—. El caos se alza. Apofis será libre en menos de veinticuatro horas. Zia, yo...

Se me atascaron las palabras en la garganta. Quería explicarle lo que sentía por ella, pero sus ojos se endurecieron como el ámbar.

—No te conozco de nada —murmuró—. Lo siento.

Ménshikov sonrió.

—Pues claro que no, niña. No tienes relación alguna con estos traidores. Ahora, con el permiso de lord Desjardins, llevaremos a este joven hereje al Nomo Primero, donde tendrá un juicio justo. —Ménshikov se giró hacia mí, dedicándome una mirada triunfal con sus maltrechos ojos—. Y será ejecutado.

15. Los camellos son malvados...

SADIE

S í, Carter, todo ese asunto de los demonios acuáticos debió de ser terrible. Pero no me das ninguna lástima, porque, uno, te lo buscaste tú solito, y, dos, mientras tú rescatabas a Zia, yo trataba con camellos.

Los camellos son asquerosos.

Estaréis pensando: «Pero Sadie, si eran camellos mágicos convocados por uno de los amuletos de Walt. ¡Walt es listo! Seguro que los camellos mágicos no son tan malos como los normales».

Dejadme deciros que los camellos mágicos escupen, babean, muerden, comen y, lo peor de todo, huelen igual que los camellos normales. Si acaso, su asquerosismo se incrementa por la magia.

No empezamos el recorrido a camello, por supuesto. Antes de eso, fuimos calentando con una serie de medios de transporte cada vez más horribles. Primero fuimos a un pueblo que estaba al oeste de Alejandría en un autobús sin aire acondicionado, repleto de hombres que no habían descubierto las maravillas del desodorante. Después contratamos a un hombre para que nos llevara en coche a Bahariya. El chófer tuvo la poca vergüenza de poner un grandes éxitos de ABBA y comer cebollas crudas, antes de llevarnos a un lugar apartado y, ¡sorpresa!, presentarnos a sus amigos bandoleros, ansiosos por robar a turistas norteamericanos jóvenes e indefensos. Me encantó enseñarles cómo convertía mi báculo en un gran león hambriento. Yo creo que los bandoleros y el conductor aún deben de estar corriendo. De todas formas, el coche no funcionaba, y no quiso arrancar por mucha magia que le echáramos al motor.

Llegados a aquel punto, decidimos que lo mejor era volar bajo el radar. No me preocupaba que los lugareños nos miraran mal. No me preocupaba llamar la atención, aunque fuese raro que una chica británico-americana con el pelo violeta viajara sola con un chico que no parecía su hermano. En realidad, más o menos en eso consistía mi vida. Sin embargo, después del intento de atraco, Walt y yo comprendimos lo mucho que nos observaba la gente de la zona, clasificándonos como objetivo. No me apetecía nada que se fijaran en nosotros más bandoleros, la policía egipcia o, aún peor, cualquier mago de incógnito que pudiera haber por allí. De modo que convocamos los camellos mágicos, hechizamos un puñado de arena para que señalara en dirección a Bahariya y partimos desierto a través.

«¿Qué tal el desierto, Sadie?», querréis saber.

Gracias por preguntarlo. Hacía calor.

Y otra cosa: ¿por qué narices tienen que ser tan enormes los desiertos? ¿Por qué no pueden medir unos pocos cientos de metros? Bastaría para sugerir que son lugares arenosos, secos y deprimentes, y luego podrían ceder el paso a algún otro terreno más apropiado: un prado con un río, o una avenida llena de tiendas.

No tuvimos esa suerte. El desierto seguía y seguía. Podía imaginarme a Set, el dios de los páramos, riéndose de nosotros mientras recorríamos a paso de tortuga las dunas inacabables. Si aquel era su hogar, no tenía muy buena impresión de él como decorador.

Puse a mi camella el nombre de Katrina. Era un desastre natural. Lo llenaba todo de baba, y al parecer pensaba que mi mecha púrpura era una especie de fruta exótica. Estaba obsesionada con comerse mi cabeza. Al camello de Walt lo llamé Hindenburg. Era casi igual de grande que el zepelín y también estaba totalmente repleto de gas.

Cabalgábamos en paralelo, pero Walt parecía sumido en sus pensamientos, con la mirada fija en el horizonte. Había venido a Alejandría a ayudarme sin pensárselo dos veces. Como sospechaba, nuestros amuletos *shen* estaban conectados. Con un pelín de concentración, había podido enviarle un mensaje mental explicándole nuestros apuros. Esforzándome un poco más, había podido tirar de él y traerlo a mi lado a través de la Duat. Un objeto mágico bien pensado: tío bueno instantáneo.

Pero, después de llegar, cada vez se le veía más callado e incómodo. Iba vestido como un joven norteamericano cualquiera cuando sale de excursión: una camiseta negra sin mangas que le sentaba muy bien, pantalones de senderismo y botas. Pero, fijándote un poco, veías que no se había dejado ni un solo objeto mágico en casa. En su cuello había un auténtico zoo de amuletos de animales. Llevaba tres anillos en cada mano. Alrededor de la cintura, un cinturón anudado que no le había visto nunca, por lo que supuse que tendría poderes mágicos. Además, seguro que llevaba la mochila llena de más cosillas que podrían venirnos bien. Y a pesar de que llevaba un pequeño arsenal encima, Walt estaba que se subía por las paredes.

—Qué buen tiempo hace —probé a decir.

Frunció el ceño, saliendo del ensimismamiento.

—Perdona, estaba... pensando.

—A veces conviene hablarlo, ya sabes. Por ejemplo... no sé, si yo tuviera un problema gordo, de vida o muerte, y se lo hubiera contado solo a Jaz... y si Bes supiera lo que pasa, pero no lo dijera... y me hubiera ido a una aventura con una buena amiga, y tuviera horas para charlar con ella mientras cruzábamos el desierto, a lo mejor me apetecería contarle lo que pasa.

—Hipotéticamente —dijo.

—Sí. Y si esa chica fuera de las pocas que no saben lo que me pasa, y se preocupara de verdad por mí... bueno, me imagino que le frustraría bastante que se lo siguiera ocultando. Y a lo mejor, hipotéticamente, querría estrangularte. Estrangularme, perdón. Hipotéticamente.

Walt logró componer una sonrisa tenue. Aunque no puede decirse que sus ojos me hicieran derretirme como los de Anubis, sí tenía una cara preciosa. No se parecía en nada a mi padre, pero sí tenía el mismo tipo de fuerza, la misma belleza tosca, una especie de gravedad amable que me hacía sentir más segura, plantar un poco mejor los pies en el suelo.

—Es que me cuesta mucho hablar de eso —dijo—. No pretendía ocultarte nada.

—Tienes suerte de que no sea demasiado tarde.

Nuestros camellos siguieron caminando pesadamente. Katrina intentó besar, o posiblemente escupir, a Hindenburg, y este respondió con un pedo. Lo interpreté como un comentario deprimente sobre las relaciones entre chico y chica.

Finalmente Walt dijo:

—Está relacionado con la sangre de los faraones. Vosotros, me refiero a los Kane, sois la combinación de dos dinastías muy poderosas, la de Narmer y la de Ramsés el Grande, ¿verdad?

—Eso dicen. Me gusta como suena «Sadie la Grande».

Walt no respondió al comentario. A lo mejor, estaba imaginándome como faraona, y debo admitir que es un concepto algo inquietante.

—Mi línea real... —Vaciló—. ¿Sabes mucho de Akenatón?

—Así sin pensarlo, yo diría que fue un faraón. Seguramente, de Egipto.

Walt rió; buena señal. Si podía evitar que se pusiera demasiado serio, a lo mejor podía abrirse con más facilidad.

—Tienes un excelente —dijo—. Akenatón era el faraón que decidió pasar de todos los viejos dioses y adorar solo a Atón, el sol.

—Ah... vale. —La historia me sonaba un poco, cosa que me alarmó porque casi me convertía en un bicho raro de Egipto, como Carter—. Era el amiguete que trasladó la capital, ¿verdad?

Walt asintió.

—Construyó una ciudad partiendo de cero, en Amarna. Era un tipo bastante raro, pero fue el primero en pensar que los viejos dioses eran mala cosa. Intentó prohibir su culto y cerró los templos. Quería adorar a un solo dios, pero hizo una elección de lo más extravagante: se quedó con el Sol. No con el dios solar Ra, sino con el disco solar en sí, Atón. La cosa es que los viejos sacerdotes y magos, sobre todo los que adoraban a Amón-Ra...

—¿Otro nombre de Ra? —supuse.

—Más o menos —contestó él—. Los sacerdotes del templo de Amón-Ra no estaban muy contentos con Akenatón. Después de muerto, desfiguraron sus estatuas, intentaron quitar su nombre de todos los monumentos y tal. Amarna quedó abandonada por completo. Egipto volvió a las antiguas tradiciones.

Callé un momento mientras lo asumía. Miles de años antes de que Iskandar ordenara el exilio de los dioses, un faraón había tenido la misma idea.

—¿Y ese faraón era tu tátara-tátara-no-sé-cuántos-abuelo? —pregunté.

Walt se enrolló las riendas del camello en la muñeca.

—Yo soy descendiente de Akenatón, sí. Tenemos la misma aptitud para la magia que la mayoría de las estirpes reales, pero... también tenemos problemas. Podrás imaginar que los dioses no estaban muy contentos con Akenatón. Su hijo, Tutankamon...

—¿El rey Tut? —dije—. ¿Eres familiar del rey Tut?

—Por desgracia —respondió Walt—. Tutankamon fue el primero en sufrir la maldición. Murió a los diecinueve años. Y fue de los que más suerte tuvo.

—Espera, espera. ¿Qué maldición?

Katrina eligió ese momento para frenar con un chirrido. Diréis que los camellos no tienen neumáticos y no chirrían, pero en lo último os equivocáis. Cuando coronó una duna inmensa, Katrina hizo un sonido húmedo y chirriante, mucho peor que los frenos de un coche. Lo de Hindenburg fue más bien una parada flatulenta.

Miré al otro lado de la duna. Por debajo de nosotros, en medio del desierto, había un valle neblinoso de campos verdes y palmeras inclinadas, más o menos del tamaño del centro de Londres. Lo sobrevolaban las aves. Unos lagos pequeños destellaban al sol del atardecer. Salía humo de algunas viviendas, esparcidas aquí y allá. Después de pasar tanto tiempo en el desierto, me dolieron los ojos al ver tantos colores, como cuando sales de un cine oscuro y fuera hace sol.

Comprendí cómo debían de haberse sentido los viajeros de la antigüedad si, después de días y más días en el desierto, encontraban un oasis como aquel. Era lo más parecido que había visto jamás al Jardín del Edén.

Pero los camellos no se habían parado porque quisieran admirar el bello paisaje. Desde el borde del oasis hasta nuestra duna llegaba un rastro de minúsculas pisadas. Y por la ladera ya subía un gato que parecía muy disgustado.

—Ya era hora —dijo el gato.

Me dejé caer de lomos de Katrina y miré sobrecogida al gato, no porque hubiera hablado (cosas más raras había visto), sino porque reconocí la voz.

—¿Bast? —dije—. ¿Qué haces dentro de ese...? ¿Qué es eso, exactamente?

El gato se levantó sobre las patas traseras y separó las delanteras como diciendo: «Voilà!».

—Un mau egipcio, por supuesto. Preciosas manchas de leopardo, pelaje azulado...

—¡Parece que haya pasado por una licuadora!

No lo decía por ofender. Ese gato estaba molido a golpes. Le faltaba el pelaje en varios trozos. A lo mejor una vez fue bonito, pero vi más probable que siempre hubiera sido un animal silvestre. El pelo que conservaba estaba sucio y enmarañado, y sus ojos tenían casi tantas cicatrices como los de Vlad Ménshikov.

Bast, o el gato, o quienquiera que estuviese al mando, volvió a ponerse a cuatro patas y se sorbió el hocico con indignación.

—Sadie, cariño, creo que ya hemos hablado de las cicatrices de batalla en los gatos. ¡Este viejo gato es un guerrero!

«Un guerrero que pierde», pensé, pero preferí no decirlo.

Walt se bajó de Hindenburg.

—Bast, ¿cómo... dónde estás?

—Sigo inmersa en la Duat. —Suspiró—. Aún tardaré otro día como mínimo en buscar una salida. Aquí abajo las cosas son un poco... caóticas.

—¿Tú estás bien? —pregunté.

El gato asintió.

—Pero tengo que ir con cuidado. El abismo está hasta arriba de enemigos. Todos los caminos y ríos habituales están vigilados. Voy a tener que dar un buen rodeo para volver sin que me pase nada y, dado que el equinoccio empieza mañana al ocaso, iré justa de tiempo. He pensado que lo mejor sería mandaros un mensaje.

—Entonces... —Walt arrugó la frente—. ¿Este gato no es real?

—Pues claro que es real —dijo Bast—. Está controlado por una esquirra de mi *ba*. No me cuesta nada hablar por medio de los gatos, ya sabéis, al menos durante unos minutos seguidos, pero es la primera vez que os acercáis a uno. ¿Os habíais dado cuenta? ¡Es increíble! Tendríais que juntaros más con gatos. Por cierto, habrá que recompensar a este mau cuando yo me haya ido. No sé; un poco de pescado del bueno, o leche...

—Bast —interrumpí—. ¿Dices que tenías un mensaje?

—Ah, sí. Apofis está despertando.

—¡Ya lo sabíamos!

—Pero es peor de lo que creíamos —dijo—. Tiene a una legión de demonios ocupados con su jaula, y está ajustando los tiempos para liberarse en el mismo momento que despertéis a Ra. Es más, cuenta con que liberéis a Ra. Forma parte de su plan.

Sentí como si la cabeza se me volviera gelatina, aunque podía ser porque Katrina la camella estaba chupándome el pelo.

—¿Apofis quiere que liberemos a su archienemigo? No tiene sentido.

—No puedo explicarlo —dijo Bast—, pero al acercarme a su prisión, he empezado

a entrever sus pensamientos. Supongo que haber luchado tantos siglos ha establecido una especie de conexión. En todo caso, el equinoccio empieza mañana al ocaso, como os decía. El siguiente amanecer, el del 21 de marzo, Apofis pretende alzarse desde la Duat, tragarse el Sol y destruir el mundo. Y cree que vuestro plan de despertar a Ra le conviene.

Walt frunció el entrecejo.

—Si Apofis quiere que nos salga bien, ¿por qué nos pone tantos obstáculos?

—¿Tantos? —pregunté yo.

De pronto había encajado una docena de detalles que llevaban unos días pinchándome. ¿Por qué se había contentado Apofis con asustar a Carter en el Museo Brooklyn, si podría haberlo aniquilado con las Flechas de Sejmet? ¿Cómo habíamos escapado tan fácilmente de San Petersburgo? ¿Por qué nos había dicho Set dónde estaba el tercer papiro?

—Apofis quiere sembrar el caos —dije—. Dividir a sus enemigos. Si vuelve Ra, podría desatarse una guerra civil. Los magos ya están divididos. Los dioses lucharían entre ellos. No habría un líder claro. Y si Ra no renace con una forma nueva y fuerte... si está tan débil como en mi visión...

—Entonces, ¿deberíamos dejar a Ra como está? —preguntó Walt.

—Eso tampoco es la solución.

Bast inclinó la cabeza a un lado.

—Estoy confusa.

La mente me iba a cien. Katrina la camella seguía masticándome el pelo, volviéndolo un enredo viscoso, pero casi ni me enteré.

—Debemos seguir con el plan. Necesitamos a Ra. La Maat y el caos han de equilibrarse, ¿verdad? Si Apofis se alza, Ra también debe hacerlo.

Walt hizo rodar los anillos en sus dedos.

—Pero, si Apofis quiere que Ra despierte, si piensa que le conviene para destruir el mundo...

—Tenemos que creer que se equivoca. —Recordé lo que me había dicho el *ren* de Jaz: «Elegimos creer en la Maat»—. Apofis no concibe que alguien pueda unir a los dioses y a los magos —seguí diciendo—. Cree que el retorno de Ra nos debilitará aún más. Hay que demostrar que se equivoca. Tenemos que crear orden a partir del caos; es lo que siempre ha hecho Egipto. Es arriesgado, muy, muy arriesgado, pero quedarnos quietos por miedo a fallar sería hacerle el juego a Apofis.

Es difícil dar un discurso alentador mientras una camella te lame la cabeza, pero Walt asintió. El gato no parecía tan entusiasmado, aunque, bien mirado, los gatos nunca lo parecen.

—No subestiméis a Apofis —dijo Bast—. Nunca habéis luchado con él. Yo sí.

—Y por eso necesitamos que vuelvas enseguida. —Le expliqué la conversación entre Vlad Ménshikov y Set, y los planes del primero para destruir la mansión de Brooklyn—. Bast, nuestros amigos corren un peligro terrible. Es muy posible que Ménshikov esté más loco de lo que cree Amos. Ve a Brooklyn nada más puedas. Tengo la sensación de que allí es donde nos jugaremos el todo por el todo. Nosotros conseguiremos el tercer papiro y encontraremos a Ra.

—No me gusta jugarme el todo por el todo —dijo el gato—, pero tienes razón. Suena muy feo. Por cierto, ¿dónde están Bes y Carter? —Miró con recelo a los camellos—. No los habréis transformado en esos dos bichos, ¿verdad?

—Una idea tentadora —dije—, pero no.

Le conté en pocas palabras lo que tramaba Carter.

Bast resopló, disgustada.

—¡Qué desvío más poco acertado! Voy a tener que hablar en serio con ese enano por dejarte venir sola.

—¿Yo qué soy, invisible? —protestó Walt.

—Perdona, cariño, no pretendía... —Los ojos del gato se contrajeron. Tosió como si tuviera una bola de pelo en la garganta—. Me falla la conexión. Buena suerte, Sadie. El mejor acceso a las catacumbas está en una pequeña granja de dátiles, justo al sudeste. Busca una torre de agua de color negro. Y ten cuidado con los romanos; son bastante...

El gato erizó la cola. Entonces parpadeó y miró a su alrededor, confundido.

—¿Qué romanos? —pregunté—. ¿Son bastante qué?

—Miau. —El gato me miró con una expresión que decía: «¿Quién eres tú y dónde está la comida?».

Aparté el hocico de la camella de mi pelo pringoso.

—Venga, Walt —dije entre dientes—. Vamos a buscar momias.

Dimos al gato unos trocitos de cecina de ternera y un poco de agua de nuestras reservas. No llegaba a la categoría de pescado y leche, pero el felino parecía bastante satisfecho. Como tenía el oasis a la vista y estaba claro que conocía el camino mejor que nosotros, lo dejamos terminándose la comida. Walt volvió a transformar los camellos en amuletos, gracias al cielo, y entramos a pie en Bahariya.

La granja de dátiles no fue complicada de encontrar. La torre negra de agua estaba en el límite del terreno, y era la estructura más alta que se veía. Nos dirigimos a ella cruzando hectáreas y hectáreas de palmeras, que al menos nos protegieron un poco del sol. Se veía una granja de adobe a lo lejos, pero no encontramos a nadie. Seguramente los egipcios eran demasiado listos para salir al calor de la tarde.

Cuando llegamos al depósito de agua, no había entradas de catacumbas a la vista. La torre, cuatro postes de acero oxidado que sostenían un tanque redondo del tamaño de un garaje a quince metros del suelo, parecía bastante vieja. El depósito perdía agua. Cada pocos segundos, caía una gota del cielo y salpicaba la arena apisonada. No había mucho más a la vista, aparte de más palmeras, utensilios agrícolas sucios y un letrero de contrachapado, hecho polvo y tirado en el suelo. Estaba escrito con spray en árabe y en inglés, posiblemente para anunciar los productos del granjero al mercado. En inglés, decía: «Dátiles muy baratos. *Bebsi* fría».

—¿*Bebsi*? —pregunté.

—Pepsi —dijo Walt—. Lo había leído en internet. El idioma árabe no tiene P, así que aquí la bebida se llama *Bebsi*.

—Anda, puedes pedirte una *Bebsi* con la *bizza*.

—*Brobablemente*.

Resoplé.

—Si es una excavación famosa, ¿por qué no hay más actividad? Arqueólogos... Taquillas para vender entradas... Puestos de recuerdos...

—Quizá Bast nos ha mandado a una entrada secreta —dijo Walt—. Mejor que colarnos entre un puñado de guardias y porteros.

Lo de la entrada secreta parecía intrigante, pero, a no ser que la torre de agua fuese un teletransportador mágico o que hubiera una puerta oculta en alguna palmera, no tenía nada claro dónde podía estar esa entrada tan genial de la muerte. Di una patada al letrero de

Bebsti. Debajo solo había más arena, que iba convirtiéndose en barro por el «plic, plic, plic» de la gotera del depósito.

Entonces me acerqué más al trocito de suelo mojado.

—Espera. —Me arrodillé. El agua estaba acumulándose en un pequeño canal, como si la arena cayera al subsuelo por una grieta. La hendidura tenía un metro de largo y no era más ancha que un lápiz, pero sí demasiado recta para ser natural. Empecé a apartar arena. A seis centímetros de profundidad, mis uñas rascaron piedra—. Ayúdame a despejar esto —pedí a Walt.

Un minuto más tarde, habíamos descubierto una losa de un metro cuadrado, más o menos. Intenté meter los dedos por los bordes mojados, pero la piedra era demasiado gruesa, y sobre todo demasiado pesada para levantarla.

—A ver si podemos hacer palanca —sugirió Walt—. Busquemos algo por ahí.

—O bien —dije— te apartas un momento.

Walt parecía a punto de insistir, pero cuando saqué mi báculo supo que le convenía retroceder. Con mi nueva comprensión de la magia divina, más que pensar en lo que quería, lo que hice fue sentir un vínculo con Isis. Recordé la vez en que un ciprés había crecido en torno al ataúd de su marido y ella, furiosa y desesperada, había destrozado el árbol. Hice mía esa emoción y apunté a la losa.

—*Ha-di!*

La buena noticia: el conjuro funcionó hasta mejor que en San Petersburgo. El jeroglífico brilló en la punta de mi báculo y la piedra quedó hecha cascotes, revelando un túnel oscuro.

La mala noticia: no fue lo único que destruí. Alrededor del agujero, el suelo empezó a venirse abajo. Walt y yo retrocedimos a trompicones mientras caían más piedras al hueco, y caí en la cuenta de que había desestabilizado todo el techo de una sala subterránea. El agujero creció hasta alcanzar las vigas que sostenían el depósito de agua. La torre empezó a crujir y a inclinarse.

—¡Corre! —gritó Walt.

No paramos hasta que estuvimos escondidos detrás de una palmera, a treinta metros de allí. La torre, que ahora soltaba agua por todas partes, se meció de un lado a otro como un borracho y finalmente cayó hacia nosotros y se hizo añicos, empapándonos del todo e inundando las hileras de palmeras.

El ruido fue tan ensordecedor que debió de oírse por todo el oasis.

—Ups —dije.

Walt me miró como si estuviera loca. Supongo que me tocaba declararme culpable. Pero es que hacer explotar cosas es una puñetera tentación, ¿a que sí?

Corrimos hacia el Cráter Conmemorativo de Sadie Kane. Ahora tenía el tamaño de una piscina. Cinco metros por debajo, cubiertas de arena y rocas, había filas y filas de momias envueltas en tela vieja y colocadas en losas de piedra. Se habían quedado aplastadas, me temo, pero se notaba que habían estado pintadas en tonos brillantes de rojo, azul y dorado.

—Momias doradas. —Walt ponía cara de pánico—. Esto es una parte del sistema de tumbas que aún no está excavada. Acabas de cargarte...

—Ya he dicho «ups», que conste. Venga, ayúdame a bajar antes de que venga el dueño del agua con una escopeta.

16. ... pero no tanto como los romanos

SADIE

Tengo que señalar que las momias de aquella sala ya se habían echado a perder, por la humedad de la torre que goteaba arriba. No hay nada como el agua para que las momias echen una peste horrorosa de verdad.

Cruzamos las montañas de cascotes y encontramos un pasillo que descendía más aún bajo el suelo. Era difícil saber si era natural o excavado por el hombre, pero serpenteaba sus buenos cuarenta metros a través de roca sólida antes de abrirse a otra cámara funeraria. A aquella sala no había llegado el agua. Estaba todo notablemente bien conservado. Walt había traído linternas y, a su escasa luz, sobre las losas de piedra y en los nichos excavados en las paredes, brillaban las momias pintadas de oro. Solo en aquella sala había al menos cien, y salían más pasillos en todas las direcciones.

Walt iluminó las tres momias que reposaban juntas en el centro de la estancia, sobre una tarima elevada. Tenían todo el cuerpo envuelto en lino, por lo que recordaban mucho a tres bolos de bolera. En la tela estaban retratados con todo detalle sus ocupantes: las manos cruzadas sobre el pecho, las joyas que adornaban cada cuello, las falditas egipcias y sandalias, y una hueste de jeroglíficos de protección e imágenes de dioses en los bordes de cada lado. Hasta ahí, típico arte egipcio, pero sus caras tenían un estilo completamente distinto: eran retratos realistas que parecían cortados y pegados en las cabezas de las momias. El de la izquierda era un hombre con la cara delgada, barba y ojos oscuros y tristes. A la derecha había una mujer hermosa con el pelo rizado de color caoba. [Para los chicos, significa «castaño rojizo».] Pero lo que de verdad me llegó al alma fue la momia del centro. Tenía el cuerpo pequeño, a todas luces infantil. Su retrato era el de un niño de unos siete años. Tenía los ojos del hombre y el pelo de la mujer.

—Una familia —supuso Walt—. Los debieron de enterrar a todos juntos.

Debajo del codo derecho del niño había algo atrapado. Un caballito de madera, seguramente su juguete favorito. Aunque la familia llevaba muerta miles de años, no pude evitar que me saltara alguna lágrima. Era tristísimo.

—¿Cómo morirían? —me pregunté.

Desde el pasillo que teníamos justo delante llegó el eco de una voz:

—De consunción.

Al instante tenía mi báculo en la mano. Walt enfocó la linterna hacia la boca del túnel y, al momento, un fantasma entró por allí a la sala. Al menos, me imaginé que sería un fantasma porque se veía a través de él. Era un hombre mayor y gordo, con el pelo cano cortado a cepillo, papada de bulldog y cara de pocos amigos. Llevaba una túnica al estilo romano y los ojos perfilados de kohl, así que se parecía un poco a Winston Churchill... si el ex primer ministro hubiera dado alguna vez una fiesta loca de las togas y se hubiera pintado la cara.

—¿Recién muertos? —Nos miró con recelo—. Hacía mucho tiempo que no llegaba nadie. ¿Dónde están vuestros cuerpos?

Walt y yo nos miramos.

—En realidad —dije—, los llevamos puestos.

Los ojos del fantasma se abrieron mucho de golpe.

—*Di inmortales!* ¿Estáis vivos?

—De momento —dijo Walt.

—En ese caso, ¿habéis traído ofrendas? —El hombre se frotó las manos—. Oh, nos dijeron que vendrías, ¡pero hemos esperado mucho tiempo! ¿Dónde os habíais metido?

—Estooo... —No quería decepcionar a un fantasma, y menos a uno que empezaba a brillar con más fuerza, que en asuntos de magia suele ser sinónimo de explosión inminente—. Será mejor que nos presentemos. Yo soy Sadie Kane. Este es Walt...

—¡Es verdad! Necesitáis mi nombre para los conjuros. —El fantasma carraspeó—. Yo soy Apio Claudio Irato.

Lo dijo como si debiera impresionarme.

—Vale. Diría que no es un nombre egipcio, ¿verdad?

El fantasma puso cara de ofendido.

—Es romano, por supuesto. ¡Adoptar esas malditas costumbres egipcias es lo que hizo que acabáramos aquí! Ya fue bastante malo que me destinaran a este oasis perdido del mundo... ¡Como si a Roma le hiciera falta toda una legión para defender unas granjas de dátiles! Luego tuve la desgracia de caer enfermo. En el lecho de muerte, se lo dije a mi esposa: «Lobelia, quiero el entierro tradicional romano. Nada de las sandeces que hacen los de aquí». ¡Ja! Ni hablar. No me hacía caso nunca. O me momifica o revienta, así que mi *ba* se ha quedado atrapado aquí para siempre. ¡Cómo son las mujeres! Seguro que luego ella volvió a Roma y murió como los dioses mandan.

—¿Lobelia? —pregunté, porque en realidad después de ahí no había escuchado mucho más. ¿Qué clase de padres llamaban Lobelia a una niña?

El fantasma resopló y se cruzó de brazos.

—Pero no estáis aquí para que os cuente mis penas, ¿verdad? Podéis llamarme Claudio el Enajenado. Así es como se diría en vuestro idioma.

Me pregunté cómo podía hablar inglés un fantasma romano... o si era solo que nos entendíamos mediante algún tipo de telepatía. En cualquier caso, no me tranquilizó saber que se llamaba Claudio el Enajenado.

—Hummm... —Walt levantó la mano—. ¿Estás enajenado en plan enfadado? ¿O en plan loco?

—Sí —dijo Claudio—. Bueno, las ofrendas que decíamos. Veo báculos, varitas y amuletos, así que supongo que sois sacerdotes de la Casa de la Vida local. Bien, bien. Así sabréis lo que hay que hacer.

—¡Lo que hay que hacer! —Asentí efusivamente—. ¡Desde luego que sí!

Claudio entrecerró los ojos.

—Oh, por Júpiter. Sois novicios, ¿verdad? ¿En el templo os han explicado cuál es el problema, al menos?

—Hummm...

Fue hecho una furia hasta la familia de momias que habíamos estado mirando.

—Estos son Lucio, Flavia y el pequeño Purpens. Murieron de tisis. ¡Llevo aquí tanto tiempo que casi podría contaros la historia de todos, y mira que hay!

—¿Te hablan? —Me aparté de la familia de momias. De pronto, el pequeño Purpens ya no me parecía tan mono.

Claudio el Enajenado sacudió la mano en un gesto de impaciencia.

—A veces, sí. Ya no tanto como en los viejos tiempos. Hoy en día, sus espíritus duermen la mayor parte del tiempo. Os lo decía porque, por muy mala que fuera la muerte

de esta gente, su destino en el más allá ha sido mucho peor. Todos nosotros, ciudadanos romanos que vivíamos en Egipto, fuimos sepultados según el rito egipcio. Costumbres locales, sacerdotes locales, momificar los cuerpos para la otra vida, etcétera. Pensamos que así nos curábamos en salud: dos religiones, doble seguridad. ¡El problema es que, a esas alturas, los sacerdotes egipcios ya no sabíais hacer ni la O con un canuto! Cuando aparecimos aquí los romanos, casi todo vuestro conocimiento mágico se había perdido. Pero ¿nos avisasteis? ¡Claro que no! Cogisteis nuestro dinero de mil amores y luego hicisteis una chapuza.

—Ah. —Me alejé un poco más de Claudio el Enajenado, que había cogido un brillo bastante peligroso—. Bueno, estoy segura de que la Casa de la Vida tendrá un número de atención al cliente para casos como...

—Estos rituales egipcios no pueden dejarse a medias —refunfuñó—. Nosotros nos quedamos con los cuerpos momificados y las almas eternas amarradas a ellos, ¡y no vino nadie a terminarlo! Nadie pronunció las oraciones que nos ayudarían a pasar al más allá. Nadie hizo ofrendas para nutrir nuestros *bas*. ¿Vosotros sabéis el hambre que tengo?

—Hemos traído cecina de ternera —ofreció Walt.

—No podíamos pasar a los dominios de Plutón como buenos romanos —siguió Claudio—, porque habían preparado nuestros cuerpos para una ultratumba distinta. No podíamos ir a la Duat, porque no se nos habían aplicado los rituales egipcios pertinentes. Nuestras almas estaban atascadas aquí, enlazadas a estos cuerpos. ¿Tenéis la menor idea de lo aburrido que es esto?

—Oye, si eres un *ba* —le dije—, ¿por qué no tienes cuerpo de ave?

—¡Te lo acabo de decir! Estamos todos mezclados; no somos ni fantasmas romanos del todo ni *bas* como deben ser. ¡Créeme que, si tuviera alas, saldría volando de aquí! Por cierto, ¿en qué año estamos? ¿Quién es el emperador de ahora?

—Ah, se llama... —Walt carraspeó y luego dijo a toda prisa—: ¿Sabes qué, Claudio? Creo que podemos ayudarte.

—¿Podemos? —dije yo—. ¡Ah, vale! ¡Claro que podemos!

Walt asintió muy animado.

—Pero el caso es que antes, tenemos que encontrar una cosa.

—Un papiro —aporté—. Parte del *Libro de Ra*.

Claudio se rascó la considerable papada.

—¿Os servirá para enviar nuestras almas a la ultratumba?

—Bueno... —dije yo.

—Sí —dijo Walt.

—Es muy posible —dije yo—. No lo sabremos del todo hasta que lo tengamos. Se supone que sirve para despertar a Ra, ¿sabes?, y eso será bueno para los dioses egipcios. Yo diría que tendrás más posibilidades de llegar a la ultratumba. Además, me llevo bastante bien con los dioses. Se pasan por casa a tomar el té de vez en cuando. Si nos echas una mano, puedo contarles vuestro caso.

Sinceramente, estaba diciendo lo primero que se me pasaba por la cabeza. Estoy segura de que no os lo esperáis, pero a veces parloteo cuando me pongo nerviosa.

[Va, deja de reírte, Carter.]

En todo caso, Claudio el Enajenado adoptó una expresión más astuta. Nos estudió como si evaluara nuestras cuentas bancarias. A lo mejor, en el Imperio romano había vendedores de cuadrigas y Claudio era uno de ellos. Me lo imaginé en un anuncio romano, vestido con una toga barata de cuadros escoceses: «¡Debo de haberme vuelto loco,

regalando las cuadrigas a estos precios!».

—Te llevas bien con los dioses egipcios —caviló en voz alta—. Contarles nuestro caso, dices. —Entonces se giró hacia Walt. La expresión de Claudio era tan calculadora, tan ansiosa, que me puso la piel de gallina—. Si el papiro que buscáis es antiguo, estará en la parte más vieja de las catacumbas. Aquí enterraron a algunos nativos, también, mucho antes de que viniéramos los romanos. Todos sus *bas* sí que han pasado al más allá. Ellos sí que no han tenido problemas para entrar en la Duat. Aun así, sus sepulcros están intactos, con un montón de reliquias y tal.

—¿Podrías enseñármelos? —pidió Walt, con mucha más emoción de la que podría ponerle yo.

—¡Por supuesto! —Claudio el Enajenado nos dedicó su mejor sonrisa de vendedor de cuadrigas usadas—: Ya hablaremos de la tarifa justa después, ¿eh? Venid por aquí, amigos. No está muy lejos.

Nota mental: cuando un fantasma se ofrezca a guiarte a las entrañas de unas catacumbas y su nombre incluya la palabra «enajenado», lo mejor es negarse.

Mientras recorríamos los pasadizos y las cámaras, Claudio el Enajenado nos iba comentando las distintas momias. Sobre Calígula, el mercader de dátiles:

—¡Qué nombre tan horrible! Pero si te lo han puesto en honor a un emperador, aunque sea uno psicótico, poco puedes hacer. Murió porque apostó dinero a que era capaz de besar a un escorpión.

Sobre Varens, el esclavista:

—Qué hombre más desagradable. Intentó meterse en el negocio de los gladiadores. Si le das una espada a un esclavo, en fin... ¡ya os imagináis como murió!

Sobre Octavia, la esposa del comandante de la legión:

—¡Se volvió más egipcia que los egipcios! Hizo momificar a su gata. Hasta creía que tenía la sangre de los faraones, e intentó canalizar el espíritu de Isis. Huelga decir que su muerte fue dolorosa.

Me sonrió como si fuese lo más divertido del mundo. Intenté no parecer espantada.

Lo que más me chocó fue lo numerosas y variadas que eran las momias. Algunas tenían vendajes de oro auténtico. Sus retratos estaban tan logrados que parecía que los ojos te siguieran al pasar. Reposaban en losas de mármol con tallas ornamentales, rodeados de sus tesoros: joyas, vasijas y hasta algunos *shabtis*. Otras momias parecían hechas en clase de manualidades de una guardería. Estaban envueltas de cualquier manera, pintadas con garabatos de jeroglíficos y monigotes de dioses. Los retratos de las caras no eran mucho mejores que los que habría hecho yo... es decir, eran pésimos. Los cuerpos estaban amontonados de tres en tres en los nichos poco profundos, o simplemente apilados en los rincones de la sala.

Cuando le pregunté por ellos, Claudio el Enajenado los desdeñó:

—Eran plebeyos, siempre con su «quiero y no puedo». Como no podían pagarse pintores ni rituales funerarios, se lo traían hecho de casa.

Bajé la mirada al retrato de la momia más cercana, una mujer con la cara pintada toscamente con los dedos. Me pregunté si lo habrían hecho sus pobres hijos, si era un último regalo que hacían a su madre. A pesar de la mala calidad, lo encontré más bien adorable. No tenían dinero ni habilidades artísticas, pero habían hecho todo lo que podían para enviarla con cariño a la otra vida. La próxima vez que viese a Anubis, tenía que preguntarle por aquello. Una mujer como esa merecía la posibilidad de ser feliz en la

ultratumba, aunque no pudiera pagarlo. Ya teníamos bastante esnobismo en este mundo para encima ir exportándolo al siguiente.

Walt nos seguía unos pasos por detrás, en silencio. A veces enfocaba alguna momia con la linterna, como preguntándose cuál habría sido su destino. Me pregunté si pensaría en el rey Tut, su famoso antepasado, cuya tumba estuvo en una caverna no muy distinta de la que recorriamos.

Varios túneles largos y habitaciones llenas de momias después, llegamos a una cámara funeraria que se veía mucho más antigua. Las pinturas de las paredes habían perdido el color, pero parecían más propias del Antiguo Egipto, con la gente caminando de lado y los jeroglíficos que formaban palabras de verdad, en vez de limitarse a estar de adorno. En vez de retratos faciales realistas, esas momias tenían los rostros genéricos, sonrientes y de grandes ojos, que había visto en la mayoría de las máscaras mortuorias egipcias. Algunas momias se habían desintegrado. Otras estaban protegidas por sarcófagos de piedra.

—Nativos —confirmó Claudio el Enajenado—. Nobles egipcios de antes del dominio romano. Lo que buscáis debería estar por esta zona.

Exploré la cámara. La única otra salida estaba bloqueada con rocas y escombros. Mientras Walt empezaba a buscar, recordé que, según Bes, los primeros dos papiros de Ra podrían ayudarme a encontrar el tercero. Los saqué de la bolsa, esperando que me indicaran el camino como una vara de zahorí, pero no ocurrió nada.

Walt me llamó desde el otro lado de la sala.

—¿Qué es esto?

Había llegado a una especie de capilla, un nicho incrustado en la pared donde estaba la estatua de un hombre vendado como una momia. La figura estaba tallada en madera y decorada con joyas y metales preciosos. Sus vendajes tenían un brillo nacarado a la luz de la linterna. En la mano sostenía un báculo dorado con un símbolo *dyed* de plata en la punta. Había varios roedores (tal vez ratas) tallados alrededor de sus pies. La piel de la cara le brillaba en un tono azul turquesa.

—Es mi padre —aventuré—. Esto... Osiris, quiero decir. ¿No es él?

Claudio el Enajenado levantó las cejas.

—¿Tu padre?

Por suerte, Walt me salvó de tener que explicarme.

—No —dijo—. Mírale la barba.

La estatua tenía una barba muy poco habitual. Era fina como un lápiz desde las patillas y siguiendo la línea de la mandíbula, pero luego se convertía en una perilla larga y perfectamente recta, como si alguien hubiera dibujado la barba con lápiz de cera antes de pegárselo al mentón.

—Y la gorguera tiene como una borla colgando detrás —añadió Walt—. Osiris no lleva nada parecido. Y los animales que tiene debajo... ¿son ratas? Me suena haber oído una historia sobre ratas...

—Pensaba que erais sacerdotes —dijo Claudio con voz gruñona—. Está claro que es el dios Ptah.

—¿Ptah? —Me habían hablado de bastantes dioses egipcios con nombres raros, pero aquel era nuevo—. ¿Ptah, hijo de Chu? ¿Es el dios de los escupitajos?

Claudio me fulminó con la mirada.

—¿Siempre eres tan irreverente?

—Normalmente, más.

—Novicia y, encima, herética —dijo—. Menuda suerte tengo. En fin, chica, no debería ser yo quien te diera lecciones sobre tus propios dioses pero, tal y como lo entiendo, Ptah era el dios de los artesanos. Los romanos lo asociábamos con nuestro dios Vulcano.

—¿Qué hace en unas catacumbas? —preguntó Walt.

Claudio se rascó su cabeza traslúcida.

—La verdad es que nunca lo he sabido. No suele vérselo en los ritos funerarios de Egipto.

Walt señaló el báculo de la estatua. Cuando me acerqué para mirar, constaté que el símbolo *dyed* estaba combinado con algo más, una punta curva que se me hizo extrañamente familiar.



—Es el símbolo *was* —dijo Walt—. Significa «poder». Muchos dioses tenían báculos como este, pero no me había dado cuenta de que se parece a...

—Sí, sí —le cortó Claudio con impaciencia—, al cuchillo ceremonial para abrir la boca de los muertos. En serio, los sacerdotes egipcios no sabéis ni lo que os traéis entre manos. No me extraña que conquistaros fuera un paseo.

Mi mano actuó por iniciativa propia, metiéndose en mi bolsa y sacando la azuela *netjeri* negra que me había dado Anubis.

Hubo un destello en los ojos de Claudio el Enajenado.

—Ah, veo que tú sí que sabes lo que te traes entre manos. ¡Perfecto! Con ese cuchillo y el hechizo correcto, debería ser suficiente que tocaras mi momia para enviarme a la Duat.

—No —dije—. Es más que eso. La navaja, el *Libro de Ra*, esta estatua del dios de los escupitajos... todo encaja de algún modo.

La expresión de Walt se iluminó.

—Sadie, Ptah no era solo el dios de los artesanos, ¿verdad? ¿No le llamaban el «dios de la apertura»?

—Esto... puede ser.

—Creía que nos lo habías enseñado tú. O quizá fuera Carter.

—¿Información aburrida? Sería Carter.

—Pero es importante —insistió Walt—. Ptah era un dios creador. En algunas leyendas, dio origen a las almas de la humanidad con solo pronunciar una palabra. Podía revivir cualquier alma y abrir cualquier puerta.

Mis ojos se fueron hacia el umbral bloqueado por los escombros, la única otra salida de la cámara.

—¿Abrir cualquier puerta?

Sostuve en alto los dos papiros de Ra y me acerqué al túnel derrumbado. Los rollos empezaron a dar un calor molesto.

—El último papiro está al otro lado —informé—. Tenemos que apartar estos escombros.

Cogí la navaja negra con una mano y los papiros con la otra. Pronuncié la orden de «abrir». No pasó nada. Volví a la estatua de Ptah y lo intenté de nuevo. No hubo suerte.

—¿Qué tal, Ptah? —dije en voz alta—. Disculpa el comentario sobre los escupitajos. Escucha, intentamos llevarnos el tercer papiro de Ra, que está por allí, al otro lado. Me imagino que te colocarían aquí para que pudieras abrir el camino. ¿Sería mucha molestia que lo hicieras?

Siguió sin pasar nada.

Claudio el Enajenado cogió el ribete de su toga, como si quisiera estrangularnos con él.

—Mirad, no sé para qué os hace falta ese papiro si ya podéis liberarnos con el cuchillo. De todas formas, ¿por qué no probáis a hacer una ofrenda? Todos los dioses exigen ofrendas.

Walt rebuscó en su mochila. Sacó un frasco de zumo y un poco de cecina y los dejó a los pies de la estatua. El dios no hizo nada. Por lo visto, ni siquiera las ratas de oro que tenía a sus pies querían tener tratos con nuestra cecina.

—Puñetero dios de los escupitajos.

Me dejé caer en el suelo polvoriento. Tenía momias a los dos lados, pero para entonces ya me daba igual. No podía creer que estuviésemos tan cerca del papiro, después de enfrentarnos a demonios, dioses y asesinos rusos, y al final nos detuviera un montón de pedruscos.

—No es que me guste la idea —dijo Walt—, pero a lo mejor podrías quitarlos de en medio con el hechizo *ha-di*.

—¿Y que se nos caiga el techo encima? —repliqué.

—Moriríais —confirmó Claudio—, experiencia que no os recomiendo.

Walt se arrodilló a mi lado.

—Tiene que haber algo... —murmuró mientras repasaba sus amuletos.

Claudio el Enajenado empezó a dar vueltas por la sala.

—Sigo sin entenderlo. Sois sacerdotes. Tenéis el cuchillo ceremonial. ¿Por qué no podéis liberarnos?

—¡El cuchillo no es para vosotros! —salté—. ¡Es para Ra!

Walt y Claudio se me quedaron mirando. No me había dado cuenta hasta ese momento, pero al decirlo supe que era la verdad.

—Lo siento —añadí—, pero el cuchillo se usa en la ceremonia de apertura de la boca, para soltar un alma. Voy a necesitarlo si queremos despertar a Ra. Por eso me lo dio Anubis.

—¿Conoces a Anubis! —Claudio dio unas palmadas de alegría—. ¡Él puede liberarnos a todos! Y tú... —Señaló a Walt—. Tu eres un elegido de Anubis, ¿no es así? ¡Podrás traernos más cuchillos, si hacen falta! He sentido la presencia del dios a tu alrededor tan pronto como te he visto. ¿Entraste a su servicio cuando se dio cuenta de que estabas muriendo?

—Un mom... ¿qué? —dije yo.

Walt apartó la mirada.

—No soy sacerdote de Anubis.

—¿Y lo de morirte? —farfullé—. ¿Qué es eso de que te estás muriendo?

Claudio el Enajenado me miró, incrédulo.

—¿De verdad lo ignorabas? Es víctima de la vieja maldición del faraón. En mis tiempos no se veía mucho, pero es fácil de reconocer. A veces, algún descendiente de las viejas dinastías egipcias...

—Claudio, cierra el pico —dije—. Walt, habla. ¿Cómo funciona esa maldición?

A la tenue luz, parecía más flaco y más viejo. En la pared que tenía detrás, su sombra acechaba como un monstruo deforme.

—La maldición de Akenatón se transmite en mi familia —explicó—, como las enfermedades genéticas. No aparece en todas las generaciones ni en todos sus miembros, pero cuando pega, pega fuerte. Tut murió a los diecinueve años. La mayoría de los demás... a los doce o trece. Yo ahora tengo dieciséis. Mi padre... mi padre tenía dieciocho. No llegué a conocerle.

—¿A los dieciocho? —Esa información me sugirió una nueva batería de preguntas, pero intenté no despistarme—. ¿Tiene cura? —Me arrolló la culpabilidad, y me sentí como una idiota—. Madre mía. Por eso hablabas tanto con Jaz. Es sanadora.

Walt asintió con gravedad.

—Pensé que a lo mejor ella conocía hechizos que yo no había encontrado. La familia de mi padre pasó años buscándolos. Desde que nací, mi madre no ha hecho otra cosa que buscar una cura. Los médicos de Seattle no pudieron hacer nada.

—Médicos —dijo Claudio el Enajenado en tono despectivo—. En la legión teníamos uno; le encantaba ponerme sanguijuelas en las piernas. Solo me ponían más enfermo. Bueno, sobre esa conexión con Anubis y lo de usar el cuchillo...

Walt negó con la cabeza.

—Claudio, haremos lo posible por ayudarte, pero no con este cuchillo. Yo entiendo de objetos mágicos. Estoy bastante seguro de que solo tiene un uso, y no podemos crear otra azuela así como así. Si Sadie la necesita para Ra, no podemos arriesgarnos a utilizarla antes.

—¡Excusas! —rugió Claudio.

—Como no te calles —le advertí—, busco tu momia y le pinto un mostacho en el retrato.

Claudio se puso tan blanco como... bueno, como un fantasma.

—¡No te atreverías!

—Walt —dije, procurando no hacer caso al romano—, ¿Jaz pudo ayudarte?

—Hizo todo lo que pudo, pero esta maldición lleva tres milenios resistiéndose a los sanadores. Los médicos modernos creen que está relacionada con la anemia de células falciformes, pero no están seguros. Hace décadas que intentan descubrir de qué murió el rey Tut, y aún no se han puesto de acuerdo. Unos dicen que fue envenenado. Otros, que por enfermedad genética. En realidad, es la maldición, pero claro, no pueden decirlo así.

—¿No hay ninguna forma? A ver, conocemos a los dioses. A lo mejor puedo curarte como hizo Isis con Ra. Si supiera tu nombre secreto...

—Sadie, ya lo había pensado —contestó—. Lo he pensado todo. La maldición no tiene cura. Solo puede frenarse su avance... si evito la magia. Por eso me he especializado en talismanes y amuletos, porque acumulan la magia por adelantado y luego no exigen tanta del usuario. Pero solo ayuda en parte. Yo nací para la magia, así que la maldición progresará haga lo que haga. Algunos días no está tan mal. Otros me duele todo el cuerpo. Cuando hago magia, empeora.

—Y cuanta más hagas...

—Antes moriré.

Le di un puñetazo en el pecho. No pude contenerme. La pena y el remordimiento se convirtieron directas en rabia.

—¡Serás imbécil! ¿Se puede saber qué haces aquí? ¡Tendrías que haberme mandado a tomar viento! Bes te dijo que te quedaras en Brooklyn. ¿Por qué no le hiciste caso?

Antes os he dicho que los ojos de Walt no me hacían derretirme, ¿verdad? Pues lo retiro. Cuando me miró en aquella tumba polvorienta, fue con unos ojos tan oscuros, tiernos y tristes como los de Anubis.

—Moriré de todas formas, Sadie. Quiero dar sentido a mi vida. Y... quiero pasar tanto tiempo como pueda contigo.

Eso me dolió más que un puñetazo en el pecho. Mucho más.

Creo que podría haberle besado. O tal vez darle una bofetada.

Claudio el Enajenado, por su parte, no era un espectador comprensivo.

—Qué ricura. Pero me habíais prometido una recompensa. Volver a las tumbas romanas. Liberad mi espíritu de la momia y soltad a los demás. Cuando acabéis, podéis hacer lo que os venga en gana.

—¿A los demás? —pregunté—. ¿Te has vuelto loco?

Me miró fijamente.

—Vale, pregunta tonta —admití—. Pero hay miles de momias, y solo tenemos una navaja.

—¡Lo habéis prometido!

—No es verdad —dije—. Tú has sugerido que habláramos de la tarifa después de encontrar el papiro. Aquí solo hay un callejón sin salida.

El fantasma dio un gruñido más semejante al de un lobo que al de un ser humano.

—Si no venís a nosotros —dijo—, nosotros iremos a vosotros.

Su espíritu empezó a refulgir cada vez más hasta que desapareció con un fognazo.

Miré nerviosa a Walt.

—¿Qué ha querido decir?

—No lo sé —respondió—. Pero deberíamos averiguar la forma de cruzar esos escombros y salir de aquí... deprisa.

Por mucho que nos esforzamos Walt y yo, nada sucedió deprisa. No podíamos apartar los cascotes. Eran demasiadas piedras, y demasiado grandes. Tampoco podíamos excavar por un lado, por encima ni por debajo de ellas. No me atrevía a usar un hechizo *ha-di* o la magia de la navaja negra. Walt no tenía ningún amuleto que pudiera venirnos bien. La verdad, no sabía qué hacer. La estatua de Ptah seguía sonriéndonos, pero no nos daba consejos ni parecían interesarle demasiado la cecina y el zumo.

Al cabo de un tiempo, cubierta de polvo y empapada de sudor, me senté en un sarcófago de piedra a mirarme las ampollas de los dedos.

Walt se sentó a mi lado.

—No te rindas. Tiene que haber una forma.

—Ah, ¿sí? —repliqué, en un ataque de resentimiento—. ¿Igual que ha de haber una cura para lo tuyo? ¿Y si no la hay? ¿Y si...?

Se me quebró la voz. Walt giró la cara y la dejó oculta en la sombra.

—Lo siento —dije—. No he debido decirlo. Pero es que no podría soportarlo si...

Estaba tan confundida que no sabía lo que decía, ni cómo me sentía. Solo tenía claro que no quería perder a Walt.

—¿Iba en serio? —pregunté—. Cuando has dicho que querías pasar tiempo... ya sabes.

Walt se encogió de hombros.

—¿No es evidente?

No contesté, pero... ¡por favor! Con los chicos no hay nada evidente. Para ser unas

criaturas tan simples, a veces no hay por dónde cogerlos.

Supuse que me habría puesto roja como un tomate, así que cambié de tema.

—Claudio ha dicho que sentía el espíritu de Anubis a tu alrededor. ¿Has hablado mucho con él?

Walt hizo girar sus anillos.

—Pensé que igual podía ayudarme. A lo mejor me daba un poco más de tiempo antes de... del final. Quería seguir por aquí el tiempo suficiente para ayudaros a vencer a Apofis. Así sentiría que había hecho algo con mi vida. Y... tenía otros motivos para hablar con él. Sobre unos... unos poderes que he desarrollado.

—¿Qué clase de poderes?

Le tocaba a Walt cambiar de tema. Se miró las manos como si se hubieran transformado en armas peligrosas.

—El caso es que estuve a punto de no ir a Brooklyn. Cuando me llegó el amuleto *dyed* con el que nos llamasteis a todos, mi madre no quería dejarme marchar. Era consciente de que aprender magia me aceleraría la maldición. Una parte de mí estaba asustada. Otra parte estaba enfadada. Todo parecía una broma cruel. Tú y Carter os ofrecíais a enseñarme magia cuando sabía que no viviría más de un año o dos.

—¿Un año o dos?

Apenas podía respirar. Para mí, un año siempre había sido muchísimo tiempo. Casi me hago vieja esperando a cumplir los trece años. Y cada trimestre del cole se me hacía eterno. Pero, de pronto, dos años parecían muy poco tiempo. Solo tendría quince años; aún no podría ni conducir. Era incapaz de imaginar cómo sería saber que iba a morir en dos años, o tal vez menos, si seguía haciendo aquello para lo que había nacido: practicar la magia.

—Entonces, ¿por qué viniste a Brooklyn?

—Tenía que ir —dijo Walt—. Toda mi vida he estado amenazado de muerte. Mi madre se lo tomaba todo a la tremenda. Pero cuando llegué a Brooklyn, vi que tenía un destino, un propósito en la vida. Aunque eso volviera más amarga la maldición, valía la pena.

—Pero es condenadamente injusto.

Walt me miró, y descubrí que sonreía.

—Esa frase es mía. Llevo años diciéndola. Sadie, quiero estar aquí. Estos dos meses han sido los primeros en que me he notado vivo de verdad. Y al ir conociéndote...

—Carraspeó. Cuando se ponía nervioso, era bastante atractivo—. Empecé a preocuparme de algunas cosillas. El pelo. La ropa. Si me había cepillado los dientes. O sea, me muero pero lo que me inquieta son mis dientes.

—Tienes unos dientes preciosos.

Rió.

—A eso me refiero. Con un pequeño comentario como ese, ya me encuentro mejor. Las cosas pequeñas de pronto son importantes. No me siento como alguien que se muere. Me siento feliz.

Yo, por mi parte, me sentía deprimida. Había soñado durante meses que Walt me decía que le gustaba, pero nunca había sido así, nunca en plan: «Puedo sincerarme contigo porque, de todas formas, me muero».

Me daba vueltas en la cabeza una cosa que había dicho Walt. Me recordó a una clase que había dado en la Casa de Brooklyn, y empecé a dar forma a una idea.

—«Las cosas pequeñas de pronto son importantes» —repetí. Bajé la mirada al

montoncito de cascotes que habíamos apartado del pasillo bloqueado—. Venga ya, no puede ser tan fácil.

—¿El qué? —preguntó Walt.

—Las piedras.

—¿Acabo de abrirte mi alma y tú piensas en piedras?

—El portal —dije—. Magia simpática. ¿Crees que...?

Pestañeó.

—Sadie Kane, eres un genio.

—Ya lo sabía. ¿Crees que nos saldrá bien?

Walt y yo empezamos a reunir más guijarros. Arrancamos a golpes trozos de las rocas más grandes y los añadimos a nuestro montón. Intentábamos elaborar una réplica en miniatura tan exacta como fuese posible de los escombros acumulados que bloqueaban el portal.

Por supuesto, mi intención era forjar un vínculo simpático, como el que había hecho entre Carter y la figurilla de cera en Alejandría. Las piedras de nuestra copia a escala reducida provenían del túnel derrumbado, de modo que nuestro montón y el original ya estaban conectados en sustancia, lo que facilitaría el vínculo. Pero desplazar algo muy grande usando algo muy pequeño siempre tiene su intrínquis. Si no lo hacíamos con cuidado, podíamos colapsar la sala entera. No sabía a qué profundidad nos encontrábamos, pero supuse que tendríamos bastante roca y tierra encima para quedarnos enterrados para siempre.

—¿Listo? —pregunté.

Walt asintió y sacó su varita.

—Ni hablar de eso, chico de la maldición —dije—. Tú me cubres las espaldas y punto. Si empieza a caerse el techo y necesitamos un escudo, será cosa tuya. Pero no vas a hacer magia si no es absolutamente necesario. Yo despejaré el túnel.

—Sadie, no soy de cristal —protestó—. No hace falta que me protejas.

—Chorradas —dije—. Eso son bravuconadas de machito, y a todos los chicos os gusta que os mimen.

—¿Cómo? ¡Dios, qué irritante eres!

Le dediqué mi sonrisa más dulce.

—Tú eres el que quería pasar tiempo conmigo.

Antes de que pudiera quejarse, levanté mi varita y empecé el hechizo.

Imaginé un vínculo entre nuestro montoncito de piedras y los escombros del portal. Imaginé que, en la Duat, eran la misma cosa. Pronuncié la orden de «unir»:

—*Hi-nehm*.



El símbolo apareció con llamas suaves sobre nuestra montañita de escombros. Lenta y cuidadosamente, aparté unos guijarros del montón. Los cascotes del pasadizo hicieron un ruido sordo.

—Funciona —dijo Walt.

No me atreví a mirar. Seguí concentrada en mi tarea, mover las piedrecitas poco a

poco y dispersar la pila en montones más pequeños. Era casi tan difícil como desplazar las rocas de verdad. Trabajé como si estuviera hipnotizada. Cuando Walt me puso una mano en el hombro, no sabía cuánto tiempo había pasado. Estaba tan agotada que ni siquiera podía enfocar la mirada.

—Ya está —me dijo—. Lo has hecho de maravilla. —El umbral estaba despejado. Los escombros habían acabado en las esquinas de nuestra cámara, agrupados en montones más pequeños—. Buen trabajo, Sadie.

Se inclinó hacia mí y me besó. Seguramente solo quiso expresar reconocimiento o felicidad, pero el beso no ayudó en nada a aclararme la cabeza.

—Hummm —dije; de nuevo, mi increíble habilidad verbal.

Walt me ayudó a levantarme. Recorrimos el pasadizo hasta la siguiente sala, que no era muy emocionante para lo que nos había costado llegar. Era una cámara de cinco por cinco metros, vacía excepto por una caja laqueada de color rojo sobre un pedestal de arenisca. La caja tenía un asa de madera, tallada en forma de galgo demoníaco de largas orejas: el animal de Set.

—Eso no puede ser bueno —dijo Walt.

Pero yo fui directa hacia la caja, la abrí y agarré el papiro que tenía dentro.

—¡Sadie! —gritó Walt.

—¿Qué? —Me volví—. Es la caja de Set. Si quisiera matarme, podría haberlo hecho en San Petersburgo. Set quiere que tenga este papiro. Seguro que cree que se divertirá viendo como me mato en el intento de despertar a Ra. —Miré al techo y grité—: ¿A que sí, Set?

Mi voz retumbó por las catacumbas. Ya no tenía el poder de invocar a Set por su nombre secreto, pero aun así me pareció que había llamado su atención. El aire se enfrió. El suelo se sacudió como si algo que estuviera muy por debajo, algo inmenso, estuviera riendo.

Walt soltó el aire que había estado conteniendo.

—Ojalá no corrieras riesgos como ese.

—Dijo el chico dispuesto a morir por pasar más tiempo conmigo.

Walt hizo una reverencia exagerada.

—Lo retiro, señorita Kane. Es usted libre de intentar matarse como mejor le parezca.

—Gracias.

Miré los tres rollos que tenía en las manos. El *Libro de Ra* entero al fin, probablemente por primera vez desde que Claudio el Enajenado llevaba pañales romanos. Había reunido los papiros, hecho lo imposible, triunfado contra toda expectativa. Pero no valdría de nada si no lográbamos encontrar a Ra y despertarlo antes de que se alzara Apofis.

—No hay tiempo que perder —dije—. Vamos a...

Unos gemidos levantaron ecos en los pasadizos, como si algo —o una legión entera de algos— hubiera despertado de muy mal humor.

—Largarnos de aquí —dijo Walt—. Gran idea.

Al pasar corriendo por la cámara anterior, eché un vistazo a la estatua de Ptah. Estuve a punto de recoger la cecina y el zumo, solo por despecho, pero al final no lo hice.

«Supongo que no es culpa tuya —pensé—. No puede ser fácil llevar un nombre como Ptah. Que aproveche el aperitivo, pero ojalá nos hubieras ayudado.»

Seguimos corriendo. Deshacer el camino por el que habíamos venido era complicado. Tuvimos que volver dos veces sobre nuestros pasos antes de encontrar la sala de la familia de momias, donde habíamos conocido a Claudio.

Yo iba a cruzar la cámara a la carrera, sin mirar nada que no fuera el último túnel, pero Walt me detuvo y me salvó la vida. Enfocó su linterna hacia la salida y luego hacia los pasadizos de ambos lados.

—No —dije—. No, no, no.

Las tres vías estaban taponadas por figuras humanas envueltas en lino. Se apelotonaban hasta donde me alcanzaba la vista por cada pasadizo. Algunas aún estaban atadas del todo. Daban saltitos, giraban la cintura y se balanceaban intentando acercarse, como si fuesen capullos de gusano de seda haciendo carreras de sacos. Otras momias se habían soltado en parte. Cojeaban sobre piernas escuálidas y se arañaban las vendas con manos que eran como ramas secas. Casi todas llevaban aún sus retratos con la cara pintada, y el efecto de las máscaras realistas sonriendo con serenidad sobre unos espantapájaros muertos vivientes hechos de huesos y tela pintada era grotesco.

—Odio las momias —gimoteé.

—¿Qué tal un conjuro de fuego? —propuso Walt—. Seguro que arden bien.

—¿Nosotros también arderíamos! Aquí no hay espacio.

—¿Tienes alguna idea mejor?

Quería echarme a llorar. Cuando ya teníamos la libertad al alcance de la mano, había pasado justo lo que me había temido: quedar atrapados en medio de una muchedumbre de momias. Además, aquellas eran peores que las momias de las películas. Eran cosas lentas y silenciosas, patéticas y venidas a menos, que una vez fueron humanas.

Una de las momias que había en el suelo me agarró la pierna. Antes de que pudiera chillar siquiera, Walt extendió el brazo y le dio un cachetito en la muñeca. La momia se convirtió en polvo al instante.

Lo miré asombrada.

—¿Ese es el poder que te preocupaba? ¡Ha sido genial! ¡Hazlo otra vez!

Al instante, me arrepentí de sugerirlo. La cara de Walt estaba fruncida de dolor.

—No puedo hacerlo otras mil veces —dijo con tristeza—. Quizá si...

Entonces, en la tarima central, la familia momia despertó.

No voy a mentiros. Cuando se incorporó la momia tamaño infantil del pequeño Purpens, casi tuve un incidente que habría echado a perder mis vaqueros nuevos. Si mi *ba* pudiera haberse librado de mi piel y largarse volando, lo habría hecho.

Agarré a Walt del brazo.

Al fondo de la cámara, el fantasma de Claudio el Enajenado se hizo visible.

Mientras caminaba hacia nosotros, el resto de las momias empezó a desperezarse.

—Deberíais sentirnos honrados, amigos míos. —Nos dedicó una sonrisa demente—.

Hace falta mucho alboroto para que los *ba* regresen a sus viejos cuerpos decrepitos. Pero la pura verdad es que no podemos dejaros marchar hasta que nos hayáis liberado para poder pasar a la ultratumba. Usad el cuchillo, haced vuestros hechizos y podréis salir.

—¿No podemos liberaros a todos! —grité.

—Qué pena —dijo Claudio—. En ese caso, te quitaremos el cuchillo y nos soltaremos solos. Digo yo que no importa mucho si hay dos cuerpos más en las catacumbas.

Dijo algo más en latín, que hizo que las momias se lanzaran a por nosotros, resbalando y tropezando, cayendo y rodando. Algunas se hicieron pedazos al intentar

caminar. Otras acabaron en el suelo, pisoteadas por sus congéneres. Pero seguían llegando más.

Retrocedimos al pasadizo. Yo llevaba el báculo en una mano. Con la otra tenía bien apretada la de Walt. Nunca se me había dado bien invocar el fuego, pero me las arreglé para encender en llamas la punta del báculo.

—Probaremos a tu manera —le dije—. Pégalos fuego y corre.

Sabía que era mala idea. Con tan poco espacio, las llamas nos harían tanto daño a nosotros como a las momias. Moriríamos por inhalación de humo, falta de oxígeno o calor. Aunque pudiéramos replegarnos a las catacumbas, solo serviría para perdernos y tropezar con más momias.

Walt encendió su propio báculo.

—A la de tres —propuse. Vi con horror que se nos acercaba la momia infantil, mientras el retrato de un niño de siete años me sonreía desde la tumba—. Una, dos y...

Vacilé. Las momias ya estaban a un metro, pero llegaba un sonido nuevo por detrás de nosotros, parecido al del agua corriente. No, más como algo que correteaba. Como una horda de seres vivos que cargaban hacia nosotros, rascando la piedra con sus miles y miles de garritas; debían de ser insectos o...

—Ahora viene el tres —dijo Walt, nervioso—. ¿Les pegamos fuego o no?

—¡Contra la pared! —dije con un alarido.

No sabía con certeza lo que se acercaba, pero sí que no quería estar en su camino. Empujé a Walt contra la roca y me aplasté a su lado, pegando las caras a la pared mientras una ola de garras y pelo rompía sobre nosotros y avanzaba por encima de nuestras espaldas: un ejército de roedores, correteando amontonados en el suelo hasta cinco alturas o en horizontal por las paredes, sin ningún respeto por la gravedad.

Ratas. Miles de ratas.

Nos rebasaron sin detenerse ni hacernos daño, aparte de algún rasguño con las garras. Pensaréis que no está tan mal, pero ¿alguna vez os ha arrollado un ejército de ratas inmundas mientras estabais de pie? Ni se os ocurra pagar dinero por tener la experiencia.

Las ratas inundaron la cámara mortuoria. Arremetieron contra las momias, dando arañazos, masticando y chillando sus agudos gritos de batalla. Las momias intentaron esquivar el asalto, pero no tenían ninguna posibilidad. La sala se había convertido en un huracán de pelo, dientes y lino hecho harapos. Fue como en los dibujos animados viejos, cuando las termitas se amontonan encima de un madero y no dejan nada de él.

—¡No! —bramó Claudio el Enajenado—. ¡No!

Pero era el único que gritaba. Las momias sucumbieron en silencio ante la furia de las ratas.

—¡Ya os pillaré! —gruñó Claudio mientras su espíritu empezaba a disolverse—. ¡Me vengaré de vosotros!

Y con una última mirada de pura maldad, su imagen se difuminó hasta dejar de verse.

Las ratas dividieron sus efectivos para tomar los tres pasadizos, atravesando las momias a mordiscos mientras avanzaban, hasta que la cámara quedó vacía y silenciosa, con el suelo cubierto de polvo, jirones de lino y unos pocos huesos.

Walt parecía conmocionado. Me dejé caer contra él y le abracé. Seguramente lloré de alivio, de tanto que me alegraba el contacto con un ser humano vivo y cálido.

—No pasa nada. —Me acarició el pelo, cosa que me sentó de maravilla—. Esa... esa era la historia de las ratas.

—¿Qué? —logré decir.

—Fueron las que... salvaron Menfis. Había un ejército enemigo asediando la ciudad, y la gente rezó desesperada. Su dios patrono envió una horda de ratas. Se comieron las cuerdas de los arcos enemigos, sus sandalias y todo lo que podían masticar. Los agresores tuvieron que retirarse.

—El dios patrono... sería...

—Yo.

En el otro lado de la sala, desde el pasadizo que daba al exterior, llegó un campesino egipcio. Llevaba una chilaba sucia, turbante y sandalias. Llevaba un fusil a un lado. Nos sonrió de oreja a oreja y, al acercarse, vi que tenía los ojos completamente blancos. Su tez tenía un ligero toque azul, como si estuviera ahogándose pero disfrutara de la experiencia.

—Perdonad que no haya respondido antes —dijo el granjero—. Soy Ptah. Y no, Sadie Kane, no soy el dios de los escupitajos.

—Sentaos, por favor —dijo el dios—. Perdonad que esté todo hecho un desastre, pero ¿qué se puede esperar de los romanos? Nunca recogieron lo que ensuciaban.

Ni Walt ni yo nos sentamos. Los dioses sonrientes con fusiles siempre desconcertaban un poco.

—Ah, es verdad. —Los ojos totalmente blancos de Ptah parpadearon—. Tenéis prisa.

—Perdona —le dije—, ¿eres un granjero?

Ptah miró su chilaba mugrosa.

—Solo he cogido prestado un ratito a este pobre hombre, ya sabéis. He pensado que os parecería bien, dado que estaba bajando aquí para dispararos por destruir su depósito de agua.

—No, no, tú mismo —dije—. Pero las momias... ¿qué pasará con sus *bas*?

Ptah se echó a reír.

—No te preocupes por ellos. Ahora que sus restos están destruidos, supongo que el *ba* irá a la ultratumba romana que les corresponda. Como debe ser.

Se llevó una mano a la boca y eructó. Salió una nubecilla de gas blanco que se condensó en la forma de un *ba* brillante y salió corriendo por un pasadizo.

Walt señaló el espíritu en forma de ave.

—¿Acabas de...?

—Sí. —Ptah suspiró—. Por eso intento no hablar nunca. Es la forma que tengo de crear, ya sabéis, mediante las palabras. Siempre me meten en líos. Una vez, para no aburrirme, inventé la palabra «ornitorrinco» y...

Al instante, un ser peludo con pico de pato apareció en el suelo y empezó a dar vueltas, presa del pánico.

—Ay, vaya —dijo Ptah—. Sí, eso es justo lo que pasó. Un lapsus. A ver si no cómo iba a crearse una cosa como esta. —Hizo un gesto y el ornitorrinco desapareció al instante—. Total, que tengo que vigilar lo que digo, así que no hablaré mucho. ¡Me alegro de que hayáis reunido el *Libro de Ra*! El viejo siempre me cayó bien. Os habría echado una mano antes, cuando me lo habéis pedido, pero me ha costado un poco llegar desde la Duat. Además, solo puedo abrir una puerta por cliente, y me ha parecido que ese pasadizo bloqueado lo tenéis chupado. Necesitaréis que os abra una puerta mucho más importante.

—¿Disculpa? —dije.

—Tu hermano —explicó Ptah—. Tiene problemas de los serios.

Agotada, desaliñada y llena de rozaduras de rata como estaba, la información me puso los nervios de punta. Carter necesitaba ayuda. Tenía que salvar su ridículo pellejo.

—¿Puedes enviarnos con él? —pregunté.

Ptah sonrió.

—Pensaba que no me lo pedirías nunca.

Señaló la pared más cercana. La piedra se disgregó para formar un portal de arena arremolinada.

—Y querida, voy a decirte unas palabras que te serán útiles. —Los ojos lechosos de Ptah me analizaron—. Coraje. Esperanza. Sacrificio.

No sabía si es que había leído en mí esas cualidades, me estaba dando ánimos o si tal vez estaba creando con su voz las características que yo iba a necesitar, igual que había creado el *ba* y el ornitorrinco. Fuera lo que fuese, de pronto sentí un calor interior, una energía renovada.

—Empiezas a entenderlo —me dijo—. Las palabras son el origen de todo poder. Y los nombres son más que una serie de letras. Así me gusta, Sadie. Tal vez aún tengáis éxito.

Miré el embudo de arena.

—¿Qué nos espera al otro lado?

—Enemigos y amigos —respondió Ptah—. Pero cuáles son cuáles, no sé decirlos. Si sobrevivís, id a la cima de la Gran Pirámide. Debería ser un buen punto de acceso a la Duat. Cuando leáis el *Libro de Ra*... —Se atragantó, se dobló sobre sí mismo y soltó el rifle—.

Tengo que irme —dijo, enderezándose con mucho esfuerzo—. Este anfitrión ya no aguanta. Pero Walt... —Sonrió con tristeza—. Te agradezco la cecina y el zumo. Existe una respuesta para ti. No va a hacerte ninguna gracia, pero es la mejor forma.

—¿A qué te refieres? —preguntó Walt—. ¿Qué respuesta?

El granjero parpadeó. De repente, tenía los ojos normales. Nos miró sorprendido, y luego gritó en árabe y recogió su arma.

Agarré la mano de Walt y saltamos juntos al portal.

17. Ménshikov contrata a su Feliz Escuadrón de la Muerte

CARTER

Y o diría que estamos en paz, Sadie. Primero Walt y yo fuimos corriendo a salvarte a Londres. Luego, tú y Walt vinisteis a salvarme a mí. El único que sale perdiendo en el trato es Walt. Pobrecillo, venga a dar vueltas por el mundo para sacarnos de apuros. Pero reconozco que yo necesitaba ayuda.

Bes estaba preso en una jaula fluorescente. Zia estaba convencida de que éramos enemigos. Yo no tenía ni mi espada ni mi varita. Empuñaba un cayado y un látigo que, por lo visto, eran objetos robados, y dos de los magos más poderosos del mundo, Michel Desjardins y Vlad el Inhalador, estaban dispuestos a detenerme, juzgarme y ejecutarme... no necesariamente por ese orden.

Retrocedí hasta los escalones de la cripta de Zia, pero no había adónde ir. El fango rojizo se extendía en todas las direcciones, salpicado de ruinas y peces muertos. No podía correr ni esconderme, lo que me dejaba dos opciones: rendirme o luchar.

Ménshikov tenía un brillo en sus ojos llenos de cicatrices.

—Resístete cuanto quieras, Kane. Si empleas fuerza letal, me facilitarás muchísimo el trabajo.

—Vladimir, para —dijo Desjardins con voz cansada, apoyándose en su báculo—.

Carter, no hagas tonterías. Ríndete ahora mismo.

Hacía tres meses, Desjardins habría estado encantado de hacerme volar en pedazos. Ahora tenía un aspecto triste y cansado, como si ejecutarme fuera una necesidad desagradable. Zia estaba de pie a su lado. Miró con cautela a Ménshikov, como si percibiera alguna maldad en el hombre.

Si tan solo pudiera aprovecharlo para ganar algo de tiempo...

—¿Qué planeas, Vlad? —pregunté—. Nos dejaste escapar de San Petersburgo con demasiada facilidad. Casi parece que te interese que despertemos a Ra.

El ruso soltó una carcajada.

—Claro, y por eso he recorrido medio mundo detrás de vosotros para deteneros.

Se esforzó por aparentar desprecio, pero una sonrisa intentaba asomar de sus labios, como si compartiéramos un chiste privado.

—No has venido a detenerme —adiviné—. Cuentas con que encontremos los papiros y los reunamos para ti. ¿Necesitas que Ra despierte para liberar a Apofis?

—Basta ya, Carter. —Desjardins hablaba sin entonación, como un paciente que cuenta hacia atrás en un quirófano mientras le hace efecto la anestesia. No entendía su apatía, pero Ménshikov parecía tener cabreo de sobra por los dos. La mirada de odio en los ojos del ruso me dijo que había metido el dedo en la llaga.

—Es eso, ¿verdad? —dije—. La Maat y el caos están conectados. Para que Apofis sea libre hay que despertar a Ra, pero quieres ser tú quien controle la invocación, para asegurarte de que Ra vuelve viejo y débil.

El nuevo báculo de roble que llevaba Ménshikov se encendió con una llamarada verde.

—Chico, no tienes ni idea de lo que dices.

—Set te pinchaba hablándote de un error del pasado —recordé—. Ya intentaste despertar a Ra una vez, ¿verdad? ¿Qué usaste? ¿Solo el papiro que tenías? ¿Así es como te quemaste la cara?

—¡Carter! —intervino Desjardins—. Vlad Ménshikov es un héroe para la Casa de la Vida. Intentó destruir ese papiro, de forma que nadie más pudiera usarlo. Así es como se hizo las heridas.

Tardé un momento en responder de lo atónito que me había dejado.

—Eso... no puede ser.

—Deberías informarte antes de hablar, chico. —Ménshikov clavó en mí sus ojos destrozados—. Los Ménshikov descendemos de los sacerdotes de Amón-Ra. ¿Has oído hablar de ese templo?

Traté de recordar las historias que me había contado mi padre. Amón-Ra era otro nombre de Ra, el dios solar. Y su templo...

—En la práctica, controlaron Egipto durante siglos —recordé—. Se opusieron a Akenatón cuando prohibió los dioses antiguos, y quizá hasta le asesinaron.

—En efecto —dijo Ménshikov—. ¡Mis antepasados eran campeones de los dioses! Fueron quienes crearon el *Libro de Ra* y ocultaron sus tres partes con la esperanza de que, algún día, un mago honorable pudiera traer de vuelta a su dios solar.

Intenté asimilar la información. No me costaba nada visualizar a Vlad Ménshikov como un antiguo sacerdote sediento de sangre.

—Pero si descendes de los sacerdotes de Ra...

—¿Por qué me opongo a los dioses? —Ménshikov cruzó una mirada con el lector jefe, como si la pregunta hubiera sido estúpida y predecible—. ¡Porque los dioses acabaron con nuestra civilización! Cuando llegó la caída de Egipto y lord Iskandar prohibió la senda de los dioses, hasta mi familia había aceptado la verdad. Las viejas tradiciones debían erradicarse. Sí, intenté destruir el papiro, para compensar los pecados de mis ancestros. Quienes convocan a los dioses deben ser eliminados.

Agité la cabeza a los lados.

—Yo te vi convocar a Set con mis propios ojos. Te oí hablar de soltar a Apofis. Desjardins, Zia... ese tío miente. Va a mataros a los dos.

Desjardins me miró con expresión de estupor. Si el lector jefe era tan listo como decía siempre Amos, ¿por qué no comprendía el peligro?

—Se acabó —dijo Desjardins—. Ven sin oponer resistencia, Carter Kane, o enfréntate a tu destrucción.

Volví a suplicar a Zia con la mirada. Podía ver la duda en sus ojos, pero no estaba en condiciones de ayudarme. Acababa de despertar de una pesadilla que había durado tres meses. Quería creer que la Casa de la Vida seguía siendo su hogar y que Desjardins y Ménshikov eran los buenos. No quería saber nada más de Apofis.

Levanté el cayado y el látigo.

—No iré sin resistirme.

Ménshikov asintió.

—Destrucción, pues.

Me señaló con su báculo y reaccioné por instinto. Di un latigazo.

Estábamos demasiado lejos para que pudiera alcanzarlo, pero una fuerza invisible arrancó el báculo de manos de Ménshikov y lo envió volando al Nilo. El mago sostuvo su varita, pero yo volví a fustigar el aire y Ménshikov salió despedido. Cayó tan fuerte de espaldas que dejó marca en el barro.

—¡Carter! —Desjardins situó a Zia detrás de él. Su propio báculo brillaba con un fuego violeta—. ¿Cómo te atreves a utilizar las armas de Ra?

Me miré las manos, sorprendido. El poder nunca había venido a mí con aquella facilidad... como si estuviera predestinado al trono. En lo más profundo de mi mente, oí la voz de Horus azuzándome: *Este es tu camino. Esta es tu herencia.*

—Vais a matarme de todas formas —dije a Desjardins.

Mi cuerpo empezó a brillar. Me elevé del suelo. Por primera vez desde el cambio de año, me vi envuelto en el avatar de combate: un guerrero tres veces más grande que yo y con cabeza de halcón. En las manos llevaba réplicas holográficas inmensas del cayado y el látigo. No me había fijado mucho en el látigo, pero era un arma de lo más temible. Consistía en una empuñadura de madera y tres cadenas de espinos, rematadas por bolas de metal puntiagudas, lo que lo hacía una combinación de látigo y mazo para ablandar la carne. Fustigué el suelo y el guerrero halcón imitó el movimiento. Su mangual brillante desmenuzó los escalones de piedra que bajaban a la tumba de Zia, haciendo volar fragmentos de piedra caliza.

Desjardins alzó un escudo para desviar las esquirlas. Zia abrió mucho los ojos. Sabía que seguramente estaba asustándola y convenciéndola de que era el malo, pero tenía que protegerla. No podía permitir que se la llevara Ménshikov.

—Magia de combate —dijo Desjardins con desdén—. Así es como era la Casa de la Vida cuando seguíamos la senda de los dioses, Carter Kane. Mago contra mago, puñaladas traperas y feudos entre los distintos templos. ¿Es que quieres que vuelvan esos tiempos?

—No tiene por qué ser así —repliqué—. No quiero pelear contigo, Desjardins, pero Ménshikov es un traidor. Sal de aquí. Deja que me encargue de él.

Ménshikov se levantó del barro, sonriendo como si disfrutara siendo zarandeado de un lado a otro.

—¿Que te encargues de mí? ¡Cuánta confianza! De mil amores, lector jefe, por mí dejad que el chico lo intente. Yo mismo recogeré lo que quede de él cuando acabe.

Desjardins empezó a decir:

—No, Vladímir. No te corresponde a ti...

Pero Ménshikov no esperó. Dio un fuerte pisotón y el barro se quedó seco y blanco a su alrededor. Dos líneas de tierra endurecida avanzaron por el suelo hacia mí, serpenteando y entrecruzándose como una hélice de ADN. No estaba seguro de lo que harían, pero sí de que no quería que me tocaran. Mi látigo cayó sobre ellas y arrancó del suelo un bloque de barro del tamaño de un jacuzzi. Las líneas blancas siguieron extendiéndose, secando la tierra a su paso mientras bajaban la fosa y subían por el otro lado, avanzando siempre en mi dirección. Intenté apartarme, pero el avatar guerrero no era precisamente rápido.

Las líneas de magia alcanzaron mis pies. Treparon como enredaderas por las piernas del avatar y me inmovilizaron hasta la cintura. Apretujaron mi coraza, drenándome la magia, y noté que la voz de Ménshikov se abría paso en mi mente por la fuerza.

«Serpiente —susurró la voz—. Ahora eres un reptil que se arrastra.»

Reprimí el miedo. Una vez me habían convertido en animal contra mi voluntad, y fue una de las peores experiencias de mi vida. Esa vez sucedía a cámara lenta. El avatar de combate se esforzaba en no cambiar de forma, pero la magia de Ménshikov era poderosa. La enredadera blanca y brillante siguió ascendiendo, rodeándome el pecho.

Descargué mi cayado sobre Ménshikov. La fuerza invisible le agarró el cuello y lo levantó del suelo.

—¡Hazlo! —graznó—. ¡Muestra... tu poder... deificado!
Alcé el látigo. Con un buen golpe, podía aplastar a Vlad Ménshikov como a un insecto.

—¡No importa! —resolló, al tiempo que se llevaba las manos al cuello—. Mi hechizo... te vencerá igual. ¡Demuestra que eres... un asesino, Kane!

Con el rabillo del ojo, vi la cara aterrorizada de Zia, y vacilé demasiado tiempo. La enredadera blanca me rodeó los brazos. El avatar de combate cayó de rodillas, y solté a Ménshikov.

El dolor me inundó. Se me enfrió la sangre. Las extremidades del avatar se contrajeron y la cabeza de halcón se transformó en una de serpiente. Noté que se me ralentizaba el corazón y se me oscurecía la vista. La boca me supo a veneno.

Zia gritó:

—¡Detente! ¡Esto es demasiado!

—Al contrario —dijo Ménshikov, frotándose para que dejara de escocerle el cuello—. Merece algo peor. Lector jefe, habéis oído las amenazas del chico. Quiere ocupar el trono del faraón. Debemos destruirlo.

Zia intentó correr hacia mí, pero Desjardins se lo impidió.

—Interrumpe el hechizo, Vladímir —dijo—. Podemos retener al chico con medios más humanitarios.

—¿Humanitarios, milord? ¡Si apenas es humano!

Los dos magos se miraron fijamente. No sé lo que podía haber pasado, pero justo entonces se abrió un portal bajo la jaula de Bes.

He visto muchos portales, pero ningún otro como aquel. El remolino apareció a ras del suelo y se tragó de inmediato una extensión del tamaño de una cama elástica, compuesta de arena roja, peces muertos, maderos viejos, fragmentos de cerámica y una brillante jaula fluorescente que contenía a un dios enano. Cuando la jaula entró en el vórtice, los barrotes se quebraron en esquirlas de luz. Bes dejó de estar paralizado, se vio medio enterrado en la arena y soltó una serie de improperios creativos. A continuación, mi hermana y Walt salieron disparados del portal, suspendidos en horizontal, como si corrieran hacia el cielo. Cuando la gravedad los reclamó, hicieron aspavientos y cayeron de nuevo hacia la arena. Se los podría haber tragado el remolino, pero Bes los agarró a los dos y consiguió sacarlos a cuestras del torbellino.

Bes los soltó en terreno firme. Entonces se volvió hacia Vlad Ménshikov, separó las piernas y se arrancó la camisa hawaiana y los pantalones cortos como si estuvieran hechos de pañuelos de papel. Sus ojos refulgían de rabia. En su bañador marca Speedo se leían las palabras ORGULLO ENANO, cosa que de verdad no me hacía ninguna falta ver.

Ménshikov solo tuvo tiempo de decir:

—¿Cómo...?

—¡UH! —vociferó Bes.

El sonido fue como el impacto de una bomba H, o más bien una bomba F, de fealdad. El suelo tembló. La superficie del río se onduló. Mi avatar se vino abajo y el hechizo de Ménshikov se deshizo con él, con lo que desapareció el sabor a veneno de mi boca y la presión remitió, dejándome respirar. Sadie y Walt ya estaban en el suelo. Zia había retrocedido a toda prisa. Pero Ménshikov y Desjardins se llevaron un buen impacto de fealdad en toda la cara.

Sus expresiones fueron de asombro puro y entonces se desintegraron allí mismo.

Después de un instante de conmoción, Zia ahogó un grito.

—¡Los has matado!

—Qué va. —Bes se quitó el polvo de las manos—. Los he mandado a casa del susto. A lo mejor pasan algunas horas inconscientes mientras sus cerebros intentan procesar mi esplendoroso físico, pero sobrevivirán. Vamos a lo importante. —Miró furioso a Sadie y Walt—. ¿Vosotros dos habéis tenido la cara dura de anclar un portal en mí? ¿Tengo pinta de reliquia?

Sadie y Walt tomaron la sabia decisión de no responder. Se levantaron y se sacudieron la arena de encima.

—¡No ha sido idea nuestra! —protestó Sadie—. Nos ha enviado Ptah para ayudaros.

—¿Ptah? —dije yo—. ¿Ptah, el dios?

—No, Ptah el granjero de dátiles. Luego te lo cuento.

—¿Qué le pasa a tu pelo? Parece que te lo haya lamido un camello.

—Cállate. —Entonces reparó en Zia—. Dios mío, ¿es ella? ¿La Zia de verdad?

Zia dio un paso atrás, intentando que su báculo entrara en llamas.

—¡Alejaos!

Consiguió unas tenues lenguas de fuego.

—No te haremos daño —le aseguró Sadie.

Las piernas de Zia tenían espasmos. Le temblaban las manos. Entonces eligió la única salida razonable para alguien que había tenido un día como el suyo después de pasar tres meses en coma. Puso los ojos en blanco y se desmayó.

Bes gruñó.

—Chica dura. Ha aguantado un «¡UH!» directo y frontal. Aun así... será mejor que la recojamos y nos vayamos de aquí. Desjardins no se quedará en casa para siempre.

—Sadie —dije yo—, ¿has conseguido el papiro?

Sacó los tres rollos de su bolsa. Parte de mí sintió alivio. Parte de mí sintió miedo.

—Tenemos que llegar a la Gran Pirámide —dijo—. Por favor, decidme que habéis traído coche.

No solo habíamos traído coche, sino también un buen montón de beduinos. Les devolvimos su camioneta bien entrada la noche, pero los beduinos parecieron encantados de vernos, aunque lleváramos a tres personas más, una de ellas inconsciente. Bes hizo alguna clase de trato con ellos para que nos llevaran a El Cairo. Pasó unos minutos hablando en su tienda, y salió vestido con una chilaba nueva. Los beduinos salieron cortando a tiras lo que quedaba de su camisa hawaiana, para atárselas meticulosamente a los brazos, la antena de la radio y el espejo retrovisor, a modo de talismanes.

Nos amontonamos en la parte trasera de la camioneta. Había demasiada gente y ruido para poder hablar mucho de camino a El Cairo. Bes nos recomendó que durmiéramos un poco mientras él montaba guardia. Nos prometió que sería amable con Zia si despertaba.

Sadie y Walt se durmieron enseguida, pero yo estuve un rato mirando las estrellas. Era consciente de la dolorosa presencia de Zia, la Zia de verdad, durmiendo a pierna suelta junto a mí, y de las armas mágicas de Ra, el cayado y el látigo, que llevaba en la bolsa. Aún me hervía la sangre por la batalla. El hechizo de Ménshikov se había roto, pero aún podía oír su voz en mi cabeza, intentando transformarme en un reptil de sangre fría... más o menos como él.

Al final conseguí cerrar los ojos. Al no tener ninguna protección mágica, mi *ba* salió a la deriva tan pronto como me dormí.

Aparecí en el Salón de las Eras, ante el trono del faraón. Entre las columnas que

había a ambos lados titilaban las imágenes holográficas. Tal y como lo había descrito Sadie, el borde de la cortina mágica estaba pasando del rojo a un violeta oscuro que indicaba una nueva era. Costaba descifrar las imágenes en violeta, pero me pareció ver dos siluetas que forcejaban delante de una silla ardiente.

—Sí —dijo la voz de Horus—. La batalla se aproxima.

Se materializó con un centelleo, en los escalones del estrado donde solía sentarse el lector jefe. Tenía forma humana, de joven musculoso con tez bronceada y cabeza afeitada. En su coraza de cuero relucían las joyas, y llevaba su *jopesh* al cinto. Sus ojos brillaban, uno dorado y el otro plateado.

—¿Cómo has entrado aquí? —pregunté—. ¿Este lugar no estaba protegido contra los dioses?

—Yo no estoy aquí, Carter. Estás tú. Pero una vez fuimos uno. Soy un eco en tu mente, la parte de Horus que nunca te dejó.

—No lo entiendo.

—Escúchame. Tu situación ha cambiado. Estás en el umbral de la grandeza.

Señaló mi pecho. Bajé la mirada y caí en la cuenta de que no tenía mi forma habitual de *ba*. En vez de un ave, era humano, vestido con armadura egipcia igual que Horus. Tenía en las manos el cayado y el látigo.

—No son míos —dije—. Estaban enterrados con Zia.

—Podrían ser tuyos —sugirió Horus—. Son los símbolos del faraón, parecidos al báculo y la varita pero cien veces más poderosos. Aun sin ninguna práctica, has sido capaz de canalizar su poder. Imagina lo que podríamos hacer tú y yo juntos. —Señaló el trono vacío—. Tú podrías ser el líder que unificara la Casa de la Vida. Podríamos aniquilar a nuestros enemigos.

No voy a negarlo: una parte de mí se emocionó. Meses atrás, la idea de ser un líder me ponía los pelos de punta. Ahora las cosas habían cambiado. Comprendía mucho mejor la magia. Había pasado tres meses enseñándola y convirtiendo a nuestros aprendices en un equipo. Entendía con más claridad la amenaza que afrontábamos, y empezaba a vislumbrar la forma de canalizar el poder de Horus sin consumirme. ¿Y si Horus tenía razón? ¿Y si podía encabezar la lucha de dioses y magos contra Apofis? Me gustaba la idea de aniquilar a nuestros enemigos, de devolver el golpe a las fuerzas del caos que nos habían puesto la vida patas arriba.

Pero recordé cómo me había mirado Zia cuando estaba a punto de matar a Vlad Ménshikov, como si el monstruo fuera yo. Recordé lo que había dicho Desjardins de los viejos malos tiempos, cuando los magos luchaban entre sí. Si Horus había dejado un eco en mi mente, quizá su deseo de gobernar estaba afectándome. Ahora conocía bien a Horus. Tenía muchos puntos buenos; era valiente, honorable y recto. Pero también era ambicioso, codicioso, celoso y tozudo respecto a sus objetivos. Y su mayor ansia era la de dirigir a los dioses.

—El cayado y el látigo pertenecen a Ra —dije—. Tenemos que despertarle.

Horus inclinó la cabeza a un lado.

—¿Aunque sea lo que quiere Apofis? ¿Aunque Ra es viejo y débil? Ya te advertí que los dioses están divididos. Ya visteis que Nejbet y Babi intentaron tomar cartas en el asunto. El conflicto irá a peor. El caos se nutre de líderes endebles, de lealtades divididas. Eso es lo que pretende Vladímir Ménshikov.

Hubo un temblor en el Salón de las Eras. La cortina de luz violeta se extendió en las dos paredes. Al ampliarse la escena holográfica, reconocí la silla como un trono ardiente,

como el que había descrito Sadie de su visión del barco de Ra. Había dos figuras sombrías enzarzadas en combate, agarradas como luchadores de lucha libre, pero no había forma de saber si intentaban empujarse hacia la silla o evitar que el otro la ocupara.

—¿Es verdad que Ménshikov intentó destruir el *Libro de Ra*? —pregunté.

Hubo un destello en el ojo plateado de Horus. Siempre parecía un poco más brillante que el de oro, lo que me desorientaba un poco porque daba la impresión de que el mundo se decantaba a un lado.

—Como casi todo lo que dice Ménshikov, es una verdad a medias. Una vez creyó lo que ahora creéis vosotros. Pensó que podría restablecer a Ra y restaurar la Maat. Se veía a sí mismo como sumo sacerdote de un nuevo y glorioso templo, con más poder incluso que sus antepasados. Su orgullo le hizo creer que podía reconstruir el *Libro de Ra* a partir del único papiro que poseía. Se equivocó. Ra había tomado medidas firmes para no ser despertado. Las maldiciones del papiro quemaron los ojos de Ménshikov. El fuego del Sol le abrasó la garganta por atreverse a leer las palabras del hechizo. Después de eso, a Ménshikov se le agrió el carácter. Al principio buscó la forma de destruir el *Libro de Ra*, pero no tenía suficiente poder. Entonces se le ocurrió otro plan. Despertaría a Ra, pero por venganza. Es por lo que lleva aguardando todos estos años. Por eso quiere que reunáis los rollos y reconstruyáis el *Libro de Ra*. Ménshikov quiere ver cómo Apofis se traga al viejo dios y sume el mundo entero en la oscuridad y el caos. Está bastante demente.

—Ah.

[Una respuesta estupenda, ya lo sé. Pero ¿qué puede decirse a una historia como esa?]

Junto a Horus, en el estrado, el trono vacío del faraón parecía ondular a la luz violeta. Ese asiento me intimidaba desde la primera vez que lo había visto. Hace mucho tiempo, el faraón había sido el gobernante más poderoso del mundo. Había controlado un imperio que duró veinte veces más de lo que llevaba existiendo mi propio país, Estados Unidos. ¿Cómo iba yo a ser digno de sentarme allí?

—Puedes hacerlo, Carter —me animó Horus—. Toma el control. ¿Para qué arriesgarte a convocar a Ra? Tu hermana tendrá que leer el Libro, ¿sabes? Y ya has visto cómo acabó Ménshikov al salirle por la culata un solo papiro. ¿Te imaginas que se desatara el triple de esa energía sobre tu hermana?

Se me secó la boca. Ya había sido bastante grave dejar que Sadie fuera a por el último papiro sin mí. ¿Cómo iba a permitir que se arriesgara a quedarse con las cicatrices de Vlad el Inhalador, como mínimo?

—Ahora entiendes la verdad —dijo Horus—. Reclama el cayado y el látigo para ti mismo. Toma el trono. Juntos podemos derrotar a Apofis. Podemos regresar a Brooklyn y proteger a tus amigos y tu hogar.

«Hogar.» Qué tentación. Y nuestros amigos corrían un peligro terrible. Había visto con mis propios ojos de qué era capaz Vlad Ménshikov. Me imaginé al pequeño Felix o a la tímida Cleo intentando enfrentarse a esa clase de magia. Me imaginé a Ménshikov convirtiendo a nuestros jóvenes aprendices en indefensas serpientes. Ni siquiera tenía claro que Amos pudiera plantarle cara. Con las armas de Ra, yo sí podría defender la Casa de Brooklyn.

Entonces miré las imágenes de color violeta que se reflejaban en la pared, las dos siluetas que luchaban ante el trono ardiente. Era nuestro futuro. La clave del éxito no era yo, ni siquiera Horus, sino Ra, el rey original de los dioses egipcios. Comparado con el Trono de Fuego de Ra, el asiento del faraón parecía tan importante como una butaca

reclinable comprada en un centro comercial.

—No bastará con nosotros —dije a Horus—. Necesitamos a Ra.

El dios clavó en mí su mirada de ojos dorados y plateados como si fuera un animalillo apetitoso visto desde kilómetros de altura, y estuviera decidiendo si valía o no la pena lanzarse a por mí en picado.

—No comprendes el peligro —decidió—. Quédate aquí, Carter, y escucha cómo planean vuestra muerte tus enemigos.

Horus desapareció.

Oí unos pasos en las sombras que venían de detrás del trono, y luego una respiración rasposa a la que ya empezaba a acostumbrarme. Esperé que mi *ba* fuera invisible. Vladímir Ménshikov llegó a la zona iluminada prácticamente cargando con su jefe, Desjardins.

—Ya casi estamos, milord.

El ruso parecía fresco y descansado en un traje blanco nuevo. La única señal de nuestra reciente lucha era una venda en el cuello donde lo había alcanzado con el cayado. Desjardins, sin embargo, parecía haber envejecido diez años en unas horas. Caminaba a trompicones, apoyado en Ménshikov. Tenía el rostro demacrado. Su pelo se había vuelto blanco del todo, y no creí que aquello se debiera a haber visto a Bes en bañador de *slip*.

Ménshikov intentó acomodarlo en el trono del faraón, pero Desjardins no se dejó.

—Jamás, Vladímir. El escalón. El escalón.

—Pero milord, sin duda en vuestro estado...

—¡Jamás! —Desjardins se sentó en la escalera, a los pies del trono. Era increíble lo desmejorado que estaba—. La Maat flaquea. —El lector jefe extendió la mano y de sus dedos salió una mortecina nube de jeroglíficos—. Antes, el poder de la Maat me nutría, Vladímir. Ahora parece que está minando mi fuerza vital. A duras penas puedo...

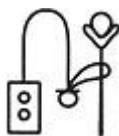
Dejó la frase en el aire.

—No temáis, milord —dijo Ménshikov—. Cuando nos hayamos ocupado de los Kane, todo volverá a la normalidad.

—Ah, ¿sí? —Desjardins levantó la mirada y, por un momento, sus ojos se encendieron de rabia como solían—. ¿Nunca albergas dudas, Vladímir?

—No, milord —respondió el ruso—. He dedicado mi vida a combatir a los dioses, y seguiré haciéndolo. Si me permitís decirlo sin rodeos, milord, no deberíais haber concedido audiencia a Amos Kane. Sus palabras son como el veneno.

Desjardins atrapó un jeroglífico de los que flotaban en el aire y lo contempló mientras giraba sobre sí mismo en su mano. No reconocí el símbolo, pero me recordó a un semáforo con un monigote de pie a su lado.



—*Menhed* —dijo Desjardins—. La paleta del escriba.

Observé el símbolo que brillaba débilmente y le vi la semejanza con los utensilios de escritura que llevaba en mi bolsa. El rectángulo era la paleta, con sus cavidades para la tinta negra y roja. El monigote que tenía al lado en realidad era un estilete, sujeto con cordel.

—Sí, milord —dijo Ménshikov—. Qué... interesante.

—Era el símbolo favorito de mi tío abuelo —reflexionó Desjardins—.

Jean-François Champollion, ya sabes. Descifró el código de los jeroglíficos a partir de la Piedra de Rosetta, cosa que no había hecho ningún hombre ajeno a la Casa de la Vida.

—Así es, milord. Había oído la historia. —Su expresión pareció añadir: «Mil veces».

—Superó su origen humilde para convertirse en un gran científico —siguió Desjardins—, y a la vez en un gran mago, respetado tanto por los mortales como por la Casa de la Vida.

Ménshikov sonrió como quien tolera la cháchara de un niño que empieza a ponerse pesado.

—Y ahora vos sois lector jefe. Champollion estaría orgulloso.

—¿Lo estaría? —se preguntó Desjardins—. Cuando Iskandar aceptó a mi familia en la Casa de la Vida, dijo que la sangre y las ideas nuevas eran muy bienvenidas. Tenía la esperanza de que trajésemos un nuevo vigor a la Casa. Y sin embargo, ¿qué aportamos? No hicimos cambiar nada. No cuestionamos nada. La Casa se ha debilitado; cada año entran menos iniciados.

—Ah, milord. —Ménshikov enseñó los dientes en lo que debía de ser una sonrisa—. Dejadme que os muestre que no somos débiles. Vuestra fuerza de ataque está reunida.

Dio una palmada. Al fondo del salón, se abrieron los enormes portones de bronce. Al principio no creí lo que veían mis ojos, pero cuando el pequeño ejército desfiló hacia nosotros me inquieté cada vez más.

Los doce magos eran lo que menos miedo daba del grupo. Eran sobre todo hombres y mujeres mayores, con chilabas tradicionales de lino. Muchos llevaban kohl en los ojos y jeroglíficos tatuados en la cara y las manos. Algunos lucían más amuletos que Walt. Los hombres llevaban las cabezas afeitadas, las mujeres el pelo corto o recogido en una coleta. Todos tenían expresiones lúgubres, como una turba de campesinos que hubiera salido a pegar fuego al monstruo de Frankenstein, pero en vez de horcas iban armados con báculos y varitas. Algunos también llevaban espadas.

A ambos lados de los magos avanzaban columnas de demonios, unos veinte en total. Yo había luchado contra demonios, pero aquellos tenían algo distinto. Se movían con más confianza, como si tuvieran un objetivo común. Irradiaban una maldad tan intensa que mi *ba* se sintió como si estuviera poniéndose moreno. Tenían la piel de todos los colores, verde, negra, violeta. Algunos llevaban armadura, otros pieles de animales, otros pijamas de franela. Uno tenía una motosierra por cabeza. El siguiente, una guillotina. Al de más allá le salía un pie de entre los hombros.

Las serpientes aladas eran incluso más temibles que los demonios. Sí, sé lo que estáis pensando: «¡Ya basta de serpientes!». Os prometo que, después de que me mordiera el *tjesu heru* en San Petersburgo, a mí tampoco me hizo ilusión verlas. Estas no tenían tres cabezas ni eran más grandes que las serpientes normales, pero mirarlas ponía los pelos de punta. Imaginad una cobra con alas de águila. Ahora imaginadla surcando el aire mientras exhala largas bocanadas de fuego, como un lanzallamas. Había media docena de esos monstruos volando en círculos sobre el pelotón de ataque, cayendo en picado, escupiendo llamas y volviendo a la formación. Fue un milagro que ningún mago saliera chamuscado.

Mientras el grupo se acercaba, Desjardins se puso de pie con dificultades. Los magos y los demonios se arrodillaron ante él. Una de las serpientes aladas pasó por delante

del lector jefe, que la cazó al vuelo con sorprendente velocidad. La serpiente se retorció en su puño cerrado, pero no hizo ademán de atacar.

—¿Un *ureus*? —preguntó Desjardins—. Esto es peligroso, Vladímir. Son criaturas de Ra.

Ménshikov inclinó la cabeza.

—Estuvieron al servicio del templo de Amón-Ra, lector jefe, pero no os preocupéis. La sangre de mi linaje me permite controlarlas. Me ha parecido apropiado valerme de criaturas del dios solar para destruir a los que quieren despertarlo.

Desjardins soltó la serpiente, que escupió una llamarada y se alejó volando.

—¿Y los demonios? —preguntó Desjardins—. ¿Desde cuándo empleamos a criaturas del caos?

—Están bien dominados, milord. —La voz de Ménshikov sonaba tensa, como si empezara a cansarse de seguir el juego a su jefe—. Estos magos conocen los conjuros de vínculo apropiados. Los he escogido uno a uno entre los nomos de todo el mundo. Todos poseen gran destreza.

El lector jefe se centró en un hombre asiático con chilaba azul.

—Eres Kwai, ¿verdad? —Cuando el mago asintió, Desjardins le dijo—: Si no recuerdo mal, fuiste exiliado al Nomo Tricentésimo, en Corea del Norte, por asesinar a otro mago. Y a ti, Sarah Jacobi —dijo a una mujer con túnica blanca y pelo moreno de punta—, te enviamos a la Antártida por provocar el *tsunami* del océano Índico.

Ménshikov carraspeó.

—Milord, muchos de estos magos han tenido problemas en el pasado, pero...

—Son unos ladrones y unos asesinos despiadados —dijo Desjardins—. Lo peor de nuestra Casa.

—Pero ansían demostrar su lealtad —le aseguró Ménshikov—. ¡Están encantados de cumplir la misión! —Sonrió a sus esbirros, como animándolos a mostrarse encantados. Ninguno lo hizo—. Además, milord —añadió enseguida—, si queréis ver derribada la Casa de Brooklyn, debemos ser despiadados. Lo hacemos por el bien de la Maat.

Desjardins frunció el ceño.

—¿Y tú, Vladímir? ¿Dirigirás el ataque?

—No, milord. Tengo plena confianza en que estos, ejem, excelentes hombres se ocupen de Brooklyn por su cuenta. Yo, por mi parte, seguiré a los Kane a la Duat y me ocuparé de ellos en persona. Vos, milord, deberíais quedaros aquí a descansar. Enviaré un adivino a vuestros aposentos para que podáis observar nuestros progresos.

—Quedarme aquí —repitió Desjardins con amargura— y observar.

Ménshikov hizo una inclinación.

—Salvaremos la Casa de la Vida. Lo juro. Los Kane serán destruidos; los dioses, devueltos a su exilio. La Maat será restaurada.

Deseé que Desjardins entrara en razón y anulara el ataque. Lo que hizo fue bajar los hombros. Dio la espalda a Ménshikov y miró el trono desocupado del faraón.

—Vete —dijo, cansado—. Llévate a esas criaturas fuera de mi vista.

Ménshikov sonrió.

—Milord.

Se volvió y salió desfilando del Salón de las Eras, seguido por su ejército personal.

Cuando se hubieron ido, Desjardins levantó una mano. Una esfera de luz bajó flotando del techo y se posó en su palma.

—Tráeme el *Libro de derrotar a Apofis* —ordenó a la luz el lector jefe—. Debo

consultarlo.

El orbe mágico se contrajo en señal de reverencia y se alejó por el aire.

Desjardins se volvió hacia la cortina de luz violeta, con la imagen de dos figuras luchando ante un Trono de Fuego.

—«Observaré», Vladímir —murmuró para sí mismo—, pero no me «quedaré a descansar».

La escena se hizo borrosa y mi *ba* regresó a mi cuerpo.

18. Apostando en la víspera del Apocalipsis

CARTER

Por segunda vez aquella semana, desperté en el sofá de una habitación de hotel sin tener ni la más remota idea de cómo había llegado allí.

La habitación no tenía nada que ver con la del Four Seasons de Alejandría. Las paredes eran de yeso agrietado. Las vigas desnudas se combaban bajo el peso del techo. Un ventilador portátil zumbaba en la mesita, pero el aire estaba tan caliente como en unos altos hornos. Por las ventanas abiertas entraba la luz incipiente de la tarde incipiente y el sonido de coches pitando y mercaderes pregonando sus productos en árabe. El viento olía a tubo de escape, estiércol animal y *shisha* de manzana, el aroma dulzón y afrutado de una pipa de agua. En pocas palabras, debíamos de estar en El Cairo.

Junto a la ventana estaban Sadie, Bes, Walt y Zia sentados a una mesa, jugando a un juego de tablero como viejos amigos. La escena era tan estrambótica que pensé que seguía soñando.

Entonces Sadie observó que estaba despierto.

—Vaya, vaya. La próxima vez que planees un viaje *ba* de los largos, Carter, podrías avisarnos por adelantado. Subir tres pisos a pie cargando contigo no es nada divertido.

Me froté la cabeza para que dejara de palpar.

—¿Cuánto tiempo he estado inconsciente?

—Más que yo —dijo Zia.

Estaba increíble... tranquila y descansada. Tenía el pelo recién lavado y peinado por detrás de las orejas, y llevaba un vestido blanco y sin mangas que resaltaba su piel bronceada.

Debí de mirarla muy fijamente, porque bajó los ojos a la mesa y se ruborizó.

—Son las tres de la tarde —dijo—. Yo estoy levantada desde las diez de la mañana.

—Estás...

—¿Mejor? —Levantó las cejas, como retándome a negarlo—. Te has perdido toda la emoción. He intentado resistirme. He intentado escapar. Esta es nuestra tercera habitación de hotel.

—La primera se ha incendiado —dijo Bes.

—La segunda ha explotado —dijo Walt.

—Ya he dicho que lo siento. —Zia arrugó la frente—. En todo caso, al final tu hermana ha podido tranquilizarme.

—Y me ha costado varias horas —dijo Sadie—, y todas mis habilidades diplomáticas.

—Ah, pero ¿tienes alguna? —pregunté.

Sadie puso los ojos en blanco.

—¡Tú que no sabes verlas, Carter!

—Tu hermana es bastante inteligente —dijo Zia—. Me ha convencido de esperar a que te levantas y pudiéramos hablar antes de formarme una opinión sobre vuestros planes. Es de lo más persuasiva.

—Gracias —dijo Sadie satisfecha.

Las miré a las dos y empecé a sentir un terror profundo.

—¿Os lleváis bien? ¡No podéis llevaros bien! Sadie y tú no os soportáis.

—Eso era un *shabti*, Carter —dijo Zia, aunque seguía ruborizada—. Yo encuentro a Sadie... admirable.

—¿Lo ves? —dijo Sadie—. ¡Soy admirable!

—Esto es una pesadilla. —Al incorporarme, las sábanas cayeron. Miré hacia abajo y vi que llevaba puesto un pijama de *Pokémon*—. Sadie, voy a matarte.

Ella pestañeó con inocencia.

—Pero si en el puesto callejero nos han hecho un precio muy bueno. Walt ha dicho que era de tu talla.

Walt levantó las manos.

—A mí no me culpes, tío. Yo he intentado defender tu honor.

Bes soltó un bufido y luego imitó bastante bien la voz de Walt:

—«Al menos coged el extragrande, y que salga Pikachu.» Carter, tus cosas están en el cuarto de baño. Va, gente, ¿jugamos al senet o no?

Entré con torpeza en el cuarto de baño y me tranquilizó encontrar esperándome un conjunto normal: ropa interior nueva, vaqueros y una camiseta donde no salía Pikachu. La ducha barritó como un elefante moribundo al girar la llave, pero el grifo de la pila soltaba un chorrito de agua con olor a óxido que utilicé para lavarme como pude.

Cuando volví a salir, no me sentía exactamente como nuevo, pero al menos ya no olía a pescado muerto y carne de cabra.

Mis cuatro compañeros seguían jugando al senet. Había oído hablar del juego, que en teoría era el más viejo del mundo, pero no lo había visto nunca en la práctica. El tablero era rectangular, con tres filas de diez casillas blancas y azules, alternadas como en el ajedrez. Las fichas consistían en círculos blancos y azules. En lugar de dados, había que lanzar unas tablillas de marfil del tamaño de palitos de polo, en blanco por un lado y con jeroglíficos tallados por el otro.

—Pensaba que las reglas de este juego estaban perdidas —dije.

Bes levantó una ceja.

—A lo mejor para vosotros, los mortales. Los dioses no las hemos olvidado.

—Es bastante sencillo —dijo Sadie—. Se avanza en S por el tablero. El primer equipo que lleve todas sus fichas al final gana.

—¡Ja! —saltó Bes—. Eso es solo la superficie. El juego cuesta años de dominar.

—Conque sí, ¿eh, dios enano? —Zia lanzó los cuatro palitos y cayeron todos con las marcas hacia arriba—. ¡Domina eso!

Sadie y Zia chocaron la mano por encima de la mesa. Por lo visto, jugaban en pareja. Sadie movió una ficha azul y mandó una blanca a la casilla de salida.

—Walt —protestó Bes—, te había dicho que no movieras esa ficha.

—¡No es culpa mía!

Sadie me sonrió.

—Es chicas contra chicos. Nos hemos apostado las gafas de sol de Vlad Ménshikov. Levantó las gafas rotas que Set le había dado en San Petersburgo.

—El mundo está a punto de acabar —dije—, ¿y vosotros estáis jugandoos gafas de sol?

—Eh, tío —dijo Walt—. Aquí somos multitarea. Llevamos hablando como seis horas, pero teníamos que esperar a que despertaras para tomar las decisiones, ¿no?

—Además —dijo Sadie—, Bes nos ha dicho que al senet no puede jugarse sin

apostar. Hacerlo removería los cimientos de la Maat.

—Es cierto —dijo el enano—. Walt, tira de una vez.

Walt lanzó las varillas y salieron tres en blanco.

Bes dijo una palabrota.

—Necesitábamos un dos para poder salir de la Casa de Re-Atoum, chaval, ¿no te lo he explicado?

—¡Lo siento!

No sabía qué otra cosa hacer, así que acerqué una silla y me senté.

La ventana tenía mejores vistas de lo que había pensado.

A kilómetro y medio de distancia, las pirámides de Guiza brillaban rojas al sol de la tarde. Debíamos de estar en las afueras de la ciudad, al sudoeste, cerca de El Mansoria.

Había pasado docenas de veces por el barrio acompañando a mi padre a varias excavaciones, pero aun así me desorientó ver las pirámides tan cerca.

Tenía un millón de preguntas. Debía contar mi visión *ba* a mis amigos. Pero, antes de que reuniera el valor, Sadie se lanzó a una larga explicación de todo lo que habían hecho mientras yo estaba inconsciente. Se centró sobre todo en lo ridículo que me ponía al dormir, y en mis distintas formas de gimotear mientras me sacaban de las dos primeras habitaciones de hotel destrozadas. Describió el excelente pan de pita recién horneado con ternera picante que habían comido («Uy, perdona, no te hemos guardado nada») y las gangas que habían encontrado en el zoco, el mercado al aire libre.

—¿Habéis ido de compras? —dije.

—Pues claro —respondió mi hermana—. Hasta que anochezca no tenemos nada que hacer, de todas formas. O eso dice Bes.

—¿Me lo explicáis?

Bes tiró las varillas y movió una ficha a la casilla de llegada.

—El equinoccio, chaval. Ya está muy cerca, y todos los portales del mundo están cerrados excepto en dos momentos: el ocaso y el amanecer, cuando la noche y el día alcanzan un equilibrio perfecto.

—En todo caso —añadió Sadie—, si queremos encontrar a Ra, hemos de hacer su mismo viaje, o sea, entrar en la Duat cuando anochezca y volver cuando amanezca.

—¿Cómo lo sabes? —pregunté.

Sacó un rollo de su bolsa, un cilindro de papiro mucho más grueso que los que habíamos reunido. Los bordes brillaban como el fuego.

—Por el *Libro de Ra* —dijo—. Lo he montado. Ya puedes darme las gracias.

Empezó a darme vueltas la cabeza. Recordé que, en mi visión, Horus había hablado de cómo se quemó la cara Ménshikov al leerlo.

—Entonces, ¿has podido leerlo sin... sin problemas?

Se encogió de hombros.

—Solo el prólogo: advertencias, instrucciones de uso y cosas por el estilo. No leeré el hechizo en sí hasta que encontremos a Ra, pero sé dónde tenemos que ir.

—Si decidimos ir.

Eso captó la atención de todos.

—¿«Si»? —preguntó Zia. La tenía tan cerca que casi me dolía, pero podía sentir la distancia que marcaba entre nosotros, inclinándose un poco hacia el otro lado y tensando los hombros para advertirme que respetara su espacio—. Sadie me ha dicho que estabais bastante decididos.

—Lo estaba —dije—, hasta que supe lo que planea Ménshikov.

Les expliqué lo que había visto en forma de *ba*, la fuerza bélica de Ménshikov lista para atacar Brooklyn cuando cayera la noche y su intención de seguirnos en persona por la Duat. Les conté lo que había dicho Horus sobre el peligro de despertar a Ra, y la posibilidad de ser yo quien usara el cayado y el látigo para combatir a Apofis.

—Pero esos símbolos están consagrados a Ra —objetó Zia.

—Pertenecen a cualquier faraón con la fuerza necesaria para blandirlos —dije—. Si no ayudamos a Amos en Brooklyn...

—Tu tío y todos vuestros amigos caerán —dijo Bes—. Por lo que cuentas, Ménshikov ha juntado un pequeño ejército de cuidado. Los *ureus*, las serpientes de llamas, son unas malas bestias. Aunque Bast llegue a tiempo de ayudar...

—Hay que avisar a Amos —dijo Walt—. Al menos, que lo sepa.

—¿Tienes un cuenco de adivinación? —pregunté.

—Algo mejor. —Sacó un teléfono móvil—. ¿Qué le digo? ¿Que volvemos?

No supe qué responder. ¿Cómo iba a dejar solos a Amos y a mis amigos contra un ejército malvado? Una parte de mí se moría de ganas de tomar las armas del faraón y machacar a nuestros enemigos. La voz de Horus seguía en mi interior, animándome a ponerme al mando.

—Carter, no podéis ir a Brooklyn. —Zia me miró a los ojos, y me di cuenta de que seguía asustada, al borde del pánico. Intentaba contenerlo, pero seguía hirviendo bajo la superficie—. Lo que vi en Arenas Rojas... me perturbó demasiado.

Me sentí como si me hubiera pisoteado el corazón.

—Oye, lamento el asunto del avatar, el cayado y el látigo. De verdad que no quería asustarte, pero...

—Carter, no me perturbaste tú. Fue Vlad Ménshikov.

—Ah... Vale.

Inhaló una bocanada de aire, temblando.

—Nunca he confiado en él. Cuando acabé mi formación como iniciada, Ménshikov solicitó que me destinaran a su nomo. Menos mal que Iskandar lo rechazó.

—Entonces, ¿por qué no podemos ir a Brooklyn?

Zia examinó el tablero de senet como si fuera un plano de batalla.

—Creo que decís la verdad. Ménshikov es un traidor. Lo que has contado de tu visión... Creo que Desjardins es víctima de alguna magia maligna. Lo que le agota la fuerza vital no es que se debilite la Maat.

—Es Ménshikov —adivinó Sadie.

—Eso creo... —La voz de Zia se volvió áspera—. Y también creo que mi viejo mentor, Iskandar, intentaba protegerme cuando me metió en esa cripta. No fue un error que me permitiera oír la voz de Apofis en sueños, sino una especie de advertencia... una última lección. Escondió el cayado y el látigo conmigo por un motivo. Quizá sabía que me encontrarías. En todo caso, debemos detener a Ménshikov.

—Pero acabas de decir que no puedo ir a Brooklyn —le recordé.

—Me refería a que no puedes dejar tu misión. Creo que Iskandar previó este camino. Creía que los dioses debían unir sus fuerzas a las de la Casa de la Vida, y yo confío en su juicio. Tenéis que despertar a Ra.

Al oírsele decir a Zia, por primera vez tuve la sensación de que nuestra misión era real. Y decisiva. Y una auténtica locura. Pero también tuve un pequeño chispazo de esperanza. A lo mejor Zia no me odiaba del todo.

Sadie recogió las varillas de senet.

—Vale, está decidido. Cuando anochezca, abrimos un portal en la cima de la Gran Pirámide. Seguimos el antiguo trayecto del barco solar por el Río de la Noche, encontramos a Ra, lo despertamos y lo traemos aquí fuera al amanecer. Y, si puede ser, buscamos algún sitio para cenar de camino, porque vuelvo a tener hambre.

—Será peligroso —dijo Bes—. Temerario. Probablemente, mortal.

—Es decir, un día normal para nosotros —resumí.

Walt frunció el entrecejo, aún con el móvil en la mano.

—Entonces, ¿qué digo a Amos? ¿Que se las apañe solo?

—No del todo —dijo Zia—. Yo iré a Brooklyn.

Estuve a punto de atragantarme.

—¿Tú?

Zia me miró, molesta.

—Soy muy buena maga, Carter.

—No lo decía por eso. Es que...

—Quiero hablar en persona con Amos —me interrumpió—. Cuando aparezca la Casa de la Vida, quizá pueda intervenir y retrasarlos un poco. Tengo alguna influencia entre los otros magos... o al menos la tenía cuando vivía Iskandar. Algunos podrían acabar entrando en razón, sobre todo si no está allí Ménshikov azuzándolos.

Pensé en la turba furibunda que había visto entrar al Salón de las Eras. «Razonable» no era la primera palabra que me sugerían.

Al parecer, Walt estaba pensando lo mismo.

—Si te teletransportas al anoecer —dijo—, llegarás al mismo tiempo que los atacantes. Será un jaleo y no podrás hablar mucho rato. ¿Qué pasa si has de pelear?

—Esperemos que no llegue a eso —respondió Zia.

No era una frase muy tranquilizadora, pero Walt asintió.

—Voy contigo.

A Sadie se le cayeron los palitos de senet al suelo.

—¿Cómo? ¡No, Walt! En tu estado...

Se tapó la boca con las manos, pero ya era demasiado tarde.

—¿Qué estado? —pregunté.

Si Walt dominara algún conjuro de mal de ojo, creo que se lo habría podido lanzar a mi hermana en aquel momento.

—La historia de mi familia —dijo—. Una cosa que conté a Sadie... en confianza.

Lo hizo a regañadientes, pero acabó explicándonos la maldición que había caído sobre su familia, el linaje de Akenatón, y lo que significaba en su caso.

Me quedé allí sentado, aturdido. El secretismo de Walt, sus conversaciones con Jaz, su aire cabizbajo... ahora todo encajaba. De pronto, mis propios problemas parecían mucho menos graves.

—Oh, tío —murmuré—. Oye, Walt...

—Eh, Carter, lo que vayas a decir, te lo agradezco. Pero estoy hasta las narices de la compasión. Llevo bastantes años viviendo con esta enfermedad, y no quiero que la gente me tenga lástima ni me trate como si fuera alguien especial. Lo que quiero es ayudaros. Volveré a Brooklyn con Zia. Así, Amos comprenderá que viene en son de paz. Intentaremos retrasar el ataque y contenerlo hasta el amanecer para que lleguéis vosotros con Ra. Además... —Levantó los hombros—. Si falláis y no detenemos a Apofis, mañana moriremos de todas formas.

—Así me gusta, que le busques el lado positivo —dije. Entonces se me ocurrió una

idea tan descabellada que provocó una pequeña explosión nuclear en mi cabeza—. Un momento. Ménshikov dijo que descendía de los sacerdotes de Amón-Ra.

Bes soltó un resoplido desdeñoso.

—Unos tíos asquerosos. Estaban pagadísimos de sí mismos. Pero ¿qué tiene eso que ver con nada?

—¿No eran los mismos sacerdotes que se opusieron a Akenatón y maldijeron a los antepasados de Walt? —pregunté—. ¿Y si Ménshikov conociera el secreto de la maldición? A lo mejor podría curar...

—Para. —La rabia en el tono de Walt me pilló por sorpresa. Tenía las manos temblorosas—. Carter, he hecho las paces con mi destino. No pienso abrigar esperanzas por nada que oiga. Ménshikov es el enemigo. Aunque pudiera ayudarme, no lo haría. Si os lo encontráis, no intentes hacer ningún trato. No intentes ni siquiera razonar con él. Haz lo que hay que hacer. Túmbalo.

Lancé una mirada a Sadie. Le brillaban los ojos al mirarme, como si por fin aprobara algo que había hecho yo.

—Vale, Walt —dije—. No volveré a sacar el tema.

Pero la conversación que estábamos teniendo Sadie y yo era muy distinta. Por una vez, estábamos totalmente de acuerdo. Íbamos a visitar la Duat y, ya que estábamos allí, ajustaríamos las cuentas con Vlad Ménshikov. Le encontraríamos, le daríamos la paliza de su vida y le sacaríamos la forma de curar a Walt. De repente, la misión me daba mucha mejor espina.

—Entonces, saldremos al ocaso —dijo Zia—. Walt y yo hacia Brooklyn y tú y Sadie hacia la Duat. Asunto resuelto.

—No del todo. —Bes clavó la mirada en las varillas de senet que había dejado caer Sadie—. No puedes haberlo sacado. ¡Imposible!

Sadie miró al suelo. Sonrió de oreja a oreja. El azar había hecho caer los palitos sacando un tres, la tirada que necesitaba para ganar la partida.

Movió su última ficha a la casilla de llegada antes de coger las gafas blancas de Ménshikov y probárselas. Tenían una pinta inquietante. No pude evitar pensar en la voz abrasada de Ménshikov y sus ojos surcados de cicatrices, y en lo que podía pasarle a mi hermana si intentaba leer el *Libro de Ra*.

—Lo imposible es mi especialidad —dijo—. Venga, hermanito, preparémonos para la Gran Pirámide.

Si alguna vez visitáis las pirámides, os daré un consejo. Como mejor se ven es desde lejos, en el horizonte. Cuanto más te acercas, más decepcionan.

Ya sé que suena duro pero, para empezar, de cerca las pirámides parecen más pequeñas de lo que habías imaginado. Lo dicen todos los que las han visto. Sí, fueron las estructuras más altas del planeta durante miles de años, pero comparadas con los edificios modernos no impresionan tanto. Les han quitado el revestimiento de piedra blanca y los piramidiones dorados que las hacían molar tanto en la antigüedad. Siguen siendo bonitas, sobre todo en las puestas de sol, pero la belleza se aprecia mejor desde lejos, sin mezclarte en el tinglado turístico.

Esa es otra: la multitud de turistas y vendedores. Da igual adónde vayas de vacaciones: Times Square, Piccadilly Circus o el Coliseo romano. Siempre habrá tenderetes donde comprar camisetas baratas y cachivaches, y legiones de turistas sudorosos quejándose de todo y empujándose para sacar fotos. Las pirámides no son distintas, solo

que hay más multitudes y los vendedores son muy, muy insistentes. Saben muchas palabras en inglés, pero «no» no es una de ellas.

Mientras nos abríamos paso entre el gentío, los vendedores callejeros intentaron colarnos tres rutas en camello, una docena de camisetas, más amuletos de los que llevaba Walt («¡Con descuento! ¡Muy buena magia!») y once auténticos dedos de momia, que supuse que serían fabricados en China.

Pregunté a Bes si podía espantar a todo el mundo, pero solo se rió.

—No vale la pena, chaval. Aquí hay turistas casi desde que hay pirámides. Me encargaré de que no se fijen en nosotros. Subamos a la cima.

La base de la Gran Pirámide estaba patrullada por vigilantes de seguridad, pero ninguno intentó detenernos. Quizá Bes nos había vuelto invisibles, o quizá los guardias hicieron la vista gorda porque íbamos con el dios enano. En cualquier caso, no tardé en descubrir por qué no estaba permitido subir a las pirámides: porque es difícil y peligroso. La Gran Pirámide tiene unos ciento cuarenta metros de altura. Las caras de piedra no se construyeron pensando que alguien las escalaría. Durante el ascenso estuve a punto de caer dos veces. Walt se torció el tobillo. Algunos bloques de piedra estaban sueltos y a punto de despedazarse. Algunos «escalones» tenían metro y medio de alto, y tuvimos que izarnos unos a otros. Por fin, tras veinte minutos de sudor, dificultades y ejercicio, llegamos a la cima. La nube de contaminación de El Cairo convertía todo lo que teníamos al este en una mancha borrosa, pero hacia el oeste teníamos muy buena vista del sol que bajaba hacia el horizonte y teñía de carmesí el desierto.

Intenté imaginar el paisaje que se divisaría desde allí cinco mil años atrás, con la pirámide recién terminada. ¿El faraón Keops habría escalado su propia tumba para admirar su imperio? Seguramente, no. No sería tan tonto de trepar por allí.

—Muy bien. —Sadie soltó su bolsa en el bloque de caliza más cercano—. Bes, tú vigila. Walt, ayúdame con el portal, ¿quieres?

Zia me tocó el brazo y casi di un salto.

—¿Podemos hablar? —me pidió.

Descendió un poco por la cara de la pirámide. Se me había acelerado el pulso, pero conseguí seguirla sin tropezar y quedar como un idiota.

Zia se quedó mirando el desierto. Estaba sonrojada a la luz del ocaso.

—Carter, no quiero que me malinterpretes. Te agradezco que me despertaras. Sé que tienes el corazón en su sitio.

Yo no lo sentía en su sitio. Lo sentía a punto de salirse por la garganta.

—¿Pero...? —pregunté.

Se abrazó a sí misma.

—Necesito tiempo. Para mí todo esto es muy raro. A lo mejor podemos estar... más cerca con el tiempo, pero por ahora...

—Necesitas tiempo —dije, con la voz rota—. Suponiendo que no muramos todos esta noche.

Tenía los ojos de un dorado luminoso. Me pregunté si sería el último color que verían los insectos antes de quedar atrapados en el ámbar... y si el bicho pensaría: «¡Uau, qué preciosidad!» antes de petrificarse para siempre.

—Haré lo posible por defender tu hogar —dijo—. Prométeme que, si has de elegir, escucharás a tu corazón y no la voluntad de los dioses.

—Lo prometo —dije, aunque no estaba tan seguro. Seguía oyendo a Horus en mi mente, animándome a reclamar las armas del faraón. Quise decir más, explicar mis

sentimientos a Zia, pero lo único que me salió fue—: Hummm, sí.

Zia compuso una sonrisa triste.

—Sadie tiene razón. Eres... ¿cómo lo ha dicho? Entrañablemente torpe.

—Maravilloso. Gracias.

Hubo un fognazo por encima de nosotros y se abrió un portal en la punta de la pirámide. A diferencia de la mayoría de los portales, aquel no era de arena giratoria, sino de brillante luz púrpura. Un umbral directo hacia la Duat.

Sadie se giró en mi dirección.

—Es el nuestro. ¿Subes?

—Ten cuidado —dijo Zia.

—Sí —respondí—. No es que se me dé muy bien, pero... sí.

Mientras yo ascendía penosamente, Sadie tiró de Walt hacia ella y le susurró algo al oído.

Él asintió, muy serio.

—Lo haré.

Antes de que pudiera preguntar de qué iba aquello, Sadie miró a Bes.

—¿Listo?

—Os seguiré los pasos —prometió—, en cuanto envíe a Walt y Zia por su portal.

Nos vemos en el Río de la Noche, en la Cuarta Casa.

—¿La cuarta qué? —pregunté.

—Ya lo veréis —nos dijo—. ¡Venga, marchaos!

Miré de nuevo a Zia, preguntándome si sería la última vez que la veía. Luego Sadie y yo saltamos al arremolinado portal violeta.

La Duat es un sitio raro.

[Sadie acaba de llamarme Capitán Perogrullo pero, oye, hay que decirlo.]

Las corrientes del mundo espiritual afectan a los pensamientos, tiran de ellos en varias direcciones y conforman lo que uno ve para hacerlo encajar con lo que conoce. Así que, aunque habíamos pasado a otro nivel de la realidad, tenía el mismo aspecto que el muelle del río Támesis que había detrás de la casa de los abuelos.

—Me parece de muy mal gusto —dijo Sadie.

Entendí por qué lo decía. Se le debió de hacer cuesta arriba aparecer en Londres después del desastroso cumpleaños que había tenido. Además, la Navidad anterior habíamos zarpado en nuestro primer viaje a Brooklyn desde aquel lugar. Habíamos bajado los mismos escalones con Amos para llegar al embarcadero y subir a su barca mágica. Aquella vez estaba apenado por la desaparición de mi padre, sacudido porque los abuelos nos dejaran con un tío nuestro que ni siquiera recordaba y temeroso de navegar hacia lo desconocido. Ahora, todos aquellos sentimientos volvieron a acumularse en mi interior, tan punzantes y dolorosos como entonces.

El río estaba cubierto por la neblina. No se veían las luces de la ciudad, sino un resplandor tétrico en el cielo. El horizonte de edificios de Londres tenía un aspecto fluido, con construcciones que cambiaban de lugar, crecían y se derretían como si no encontraran un sitio cómodo para asentarse.

Por debajo de nosotros, la neblina se apartó del muelle.

—Sadie —dije—, mira.

Al pie de la escalinata había un barco amarrado, pero no era el de Amos. Era la barcaza del dios solar, exactamente como en mi visión (un barco que una vez fue

majestuoso, con una caseta en cubierta y puestos para veinte remeros) si exceptuábamos que ahora apenas se mantenía a flote. La vela estaba hecha jirones, los remos rotos y los aparejos cubiertos de telarañas.

En los escalones centrales, impidiéndonos el paso, estaban la abuela y el abuelo.

—Ellos otra vez —dijo Sadie entre dientes—. Vamos.

Bajó con paso firme hasta plantarse cara a cara con las imágenes brillantes de nuestros abuelos.

—Largaos de aquí —les dijo Sadie.

—Querida —dijo la abuela con un destello en los ojos—, ¿esa es forma de tratar a tu abuela?

—Uy, perdóname —replicó Sadie—. Tendría que haber dicho «Qué dientes más grandes tienes». ¡No eres mi abuela, Nejbet! ¡Ahora apártate de mi camino!

La imagen de la abuela titiló. Su bata de flores se convirtió en una capa de negras plumas grasientas. Su cara se arrugó hasta volverse una máscara decrepita y fofa, mientras se le caía casi todo el pelo; en total, llegó a un 9,5 en la escala de fealdad, encabezando la clasificación junto a Bes.

—Muestra un poquito más de respeto, cariño —arrulló la diosa—. Solo hemos venido a haceros una advertencia amistosa. Estáis a punto de superar el punto sin retorno. Si subís a esa barcaza, no habrá vuelta atrás. No podréis parar hasta que hayáis recorrido las Doce Casas de la Noche, o hasta vuestra muerte.

El abuelo gruñó:

—¡Ajkk!

Se rascó los sobacos, acto que podría indicar que estaba poseído por el dios babuino Babi... o no, porque tampoco era un comportamiento inusual en nuestro abuelo.

—Haced caso a Babi —insistió Nejbet—. No podéis comprender lo que os espera en el río. Apenas pudiste librarte de nosotros en Londres, chica. ¡Los ejércitos del caos son mucho más terribles!

—Esta vez no está sola. —Di un paso adelante con el cayado y el látigo—. Venga, largo de aquí.

El abuelo rugió y retrocedió unos pasos. Nejbet entrecerró los ojos.

—¿Blandirás las armas del faraón? —En su tono se distinguía una pizca de admiración reservada—. Una jugada audaz, niño, pero no bastará para salvarlos.

—No lo pillas —dije—. También os estamos salvando a vosotros. Salvaremos a todo el mundo de Apofis. Cuando regresemos con Ra, vais a ayudarnos. Obedeceréis nuestras órdenes, y convenceréis a los demás dioses de que os imiten.

—Tonterías —siseó Nejbet.

Alcé el cayado y fluyó hacia mí el poder, la energía de un rey. El cayado era un instrumento de pastores, y un rey guiaba a su gente igual que un pastor guía al rebaño. Proyecté mi voluntad y los dos dioses cayeron de rodillas.

Las imágenes de Nejbet y el abuelo se evaporaron, dejando a la vista las auténticas formas de los dioses. Nejbet era un buitre descomunal con una corona dorada en la cabeza y un intrincado collar de piedras preciosas al cuello. Tenía las alas negras y grasientas, pero ahora brillaban como si se hubiera revolcado en polvo de oro. Babi era un babuino gigante gris, con feroces ojos rojos, colmillos que parecían cimitarras y unos brazos del grosor de troncos de árbol.

Los dos me dedicaron miradas de odio puro. Supe que si flaqueaba aunque fuera solo un momento, si dejaba menguar el poder del cayado, me harían pedacitos.

—Jurad vuestra lealtad —les ordené—. Cuando regresemos con Ra, acataréis sus órdenes.

—No lo conseguiríais ni en un millón de años —dijo Nejbet.

—Entonces no hay ningún problema por que juréis lealtad —repliqué—. ¡Juradlo! Levanté el látigo de guerra y los dioses se encogieron.

—Ajk —murmuró Babi.

—Lo juramos —dijo Nejbet—, pero es un voto vacío. Os embarcáis hacia vuestra muerte.

Corté el aire con mi báculo y los dioses se disolvieron entre la neblina.

Sadie respiró hondo.

—Así me gusta. Sonabas muy confiado.

—Era un farol.

—Lo sé —dijo—. Ahora viene lo difícil, encontrar a Ra y despertarle. Y si podemos, cenar algo de camino. Sin morir.

Contemplé el barco. Tot, el dios del conocimiento, nos había dicho una vez que siempre tendríamos el poder de convocar un barco cuando lo necesitáramos, porque teníamos la sangre de los faraones. Pero jamás creí que iba a ser aquel barco, ni que estaría tan hecho polvo. Dos chicos en una barcaza averiada y que hacía aguas, solos contra las fuerzas del caos.

—Todos a bordo —dije a Sadie.

19. La venganza de Bullwinkle, dios de los alces

SADIE

D ebería mencionar que Carter llevaba faldita.

[¡Ja! Ni de broma vas a coger el micrófono. Me toca a mí.] A él se le ha olvidado contároslo, pero al entrar en la Duat nuestra apariencia cambió y nos descubrimos vestidos con ropas del antiguo Egipto.

Las mías me sentaban bastante bien. Mi vestido de seda blanca resplandecía. Llevaba los brazos engalanados con anillos y brazaletes de oro. Es cierto que el collar repleto de joyas pesaba un poco, como esos delantales de plomo que te ponen para sacarte radiografías en el dentista, y que llevaba suficiente laca en el pelo para petrificar a un dios de los importantes. Pero por lo demás, estoy segura de que tenía un aspecto encantador.

Carter, en cambio, llevaba una faldita de hombre, que no era más que una sencilla franja de lino. El cayado y el látigo colgaban de una especie de cinturón multiusos que llevaba encima de la faldita. Tenía el pecho desnudo excepto por un collar de oro como el mío, los ojos perfilados de kohl y los pies descalzos.

Para los antiguos egipcios, supongo que tendría un aspecto regio y bélico, y sería considerado todo un modelo de masculinidad. [Eh, ¿has visto? Me ha salido sin reírme.] Y digo yo que Carter no sería el tío con peor aspecto del mundo si se quitaba la camisa, pero eso no significaba que me apeteciera ir de aventuras por el inframundo con un hermano que solo llevaba abalorios y una toalla playera.

Tal y como entramos en el barco del dios solar, Carter se clavó una astilla en el pie.

—¿Se puede saber por qué vas descalzo? —pregunté.

—¡No ha sido idea mía! —Hizo una mueca de dolor al sacarse de entre dos dedos del pie un trozo de cubierta del tamaño de un mondadientes—. Supongo que es porque los antiguos guerreros luchaban sin calzado. Las sandalias resbalaban demasiado con tanto sudor y sangre y esas cosas.

—¿Y la faldita?

—Venga, zarpemos ya, ¿quieres?

Era más fácil decirlo que hacerlo.

El barco se alejó flotando del muelle y enseguida se quedó atascado en un remanso. Empezamos a girar sobre nosotros mismos.

—Una preguntita —dije—. ¿Tú sabes algo de barcos?

—Nada —reconoció Carter.

Nuestra vela harapienta venía a ser igual de útil que un pañuelo de papel con agujeros. Los remos estaban rotos o colgaban inertes a los lados, dejando estelas en el agua, y de todas formas parecían muy pesados. No había forma de que nosotros dos pudiéramos impulsar una barcaza diseñada para veinte tripulantes, aunque el río siguiera en calma. Y nuestra anterior travesía por la Duat había sido como una montaña rusa.

—¿Qué pasa con las bolas esas de luz? —pregunté—. ¿Como la tripulación que teníamos en *La reina egipcia*?

—¿Puedes convocar a unas cuantas?

—Claro —rezongué—, lo difícil que lo haga Sadie.

Busqué por el barco, deseando encontrar un botón donde dijera: PULSAR PARA ACTIVAR MARINEROS BRILLANTES, pero no había nada tan conveniente. Sabía que la barcaza del dios solar había tenido una vez su tripulación de luces: las había visto en mi viaje *ba*. ¿Cómo se convocarían?

El dosel que ocupaba el centro de la cubierta estaba vacío. No había Trono de Fuego. La embarcación no hacía ningún ruido excepto el gluglú del agua al entrar por las grietas del casco. La rotación empezaba a marearme.

Entonces me embargó una sensación horripilante. Una docena de vocecitas tenues me susurraron al cerebelo: *Isis. Embaucadora. Envenenadora. Traidora.*

Comprendí que las náuseas no eran solo por la corriente que nos hacía girar en espiral. El barco entero estaba enviándome pensamientos maliciosos. Las tablas que pisaba, la borda, los remos y los aparejos: el barco entero del dios solar odiaba mi presencia.

—Carter, no le caigo bien al barco —anuncié.

—¿Me estás diciendo que tiene buen criterio?

—Ja, ja. Me refiero a que siente la presencia de Isis. Y ella fue quien envenenó a Ra y le obligó a exiliarse, al fin y al cabo. Este barco se acuerda.

—Bueno... pues discúlpate o algo.

—¿Qué tal, barco? —dije, sintiéndome bastante ridícula—. Perdón por todo el jaleo del envenenamiento, pero verás, es que no soy Isis. Soy Sadie Kane.

Traidora, susurraron las voces.

—Ya, si yo entiendo que lo penséis —admití—, porque seguro que huelo un poco a magia de Isis, ¿verdad? Pero en serio, al final di puerta a Isis. Ya no vive aquí. Mi hermano y yo vamos a restaurar a Ra.

El barco se sacudió. La docena de vocecitas se quedaron calladas, como si por primera vez en sus vidas inmortales se hubieran quedado patidifusas de verdad. (Bueno, en todo ese tiempo no me habían conocido a mí, ¿verdad?)

—Eso os gustaría, ¿no? —aventuré—. Que vuelva Ra, como en los viejos tiempos, navegando río abajo y todo eso... Hemos venido a arreglar las cosas, pero para que salga bien hemos de viajar por las Casas de la Noche. Si nos echarais una manita...

Doce esferas brillantes cobraron vida con una llamarada. Volaron en círculos a mi alrededor como un enjambre de pelotas de tenis ardientes, irradiando un calor tan intenso que pensé que se encendería mi vestido nuevo.

—Sadie —me advirtió Carter—, no parecen muy contentas.

Y luego se pregunta por qué le llamo Capitán Perogrullo.

Traté de no perder los nervios.

—Portaos bien —dije a las luces con severidad—. No hacemos esto por mí. Es por Ra. Si queréis que vuelva vuestro faraón, será mejor que ocupéis vuestros puestos.

Me veía asada como un pollo *tandoori*, pero me mantuve firme. Tampoco tenía más opción, ya que estaba rodeada. Recurrí a mi magia para doblegar a las luces, igual que habría hecho para convertir a alguien en rata o lagarto.

«Os mostraréis serviciales —ordené—. Haréis vuestro trabajo como yo os diga.»

Hubo un silbido colectivo en el interior de mi cabeza, que podía significar que les había provocado un buen cabreo mental o que las luces empezaban a ceder.

La tripulación se dispersó. Ocuparon sus puestos y empezaron a tirar de cuerdas, reparar la vela, empuñar los remos que no estaban partidos y manejar el timón.

El casco lleno de grietas chirrió mientras el barco viraba a favor de la corriente.

Carter soltó el aire de los pulmones.

—Buen trabajo. ¿Estás bien?

Asentí, pero la cabeza me daba más vueltas que una noria. No sabía si las esferas se habían convencido de lo que les decía o se limitaban a esperar su momento para vengarse. En cualquier caso, no me hacía una ilusión tremenda confiarles nuestro destino.

Avanzamos hacia la oscuridad. El paisaje de Londres se desvaneció. Tuve el acostumbrado cosquilleo de caída libre en el estómago al internarnos en capas más profundas de la Duat.

—Entramos en la Segunda Casa —supuse.

Carter se agarró al mástil para equilibrarse.

—¿Te refieres a las Casas de la Noche, como decía Bes? ¿Qué son las casas, por cierto?

Qué raro fue explicar mitos egipcios a Carter. Al principio creí que lo preguntaba para chincharme, pero de verdad ponía cara de no saberlo.

—Lo leí en el *Libro de Ra* —dije—. Cada hora de la noche es una «Casa». Tenemos que recorrer los doce tramos de río, que representan las doce horas de la noche.

Carter escrutó la oscuridad que teníamos por delante.

—Entonces, si estamos en la Segunda Casa, ¿es porque ya ha pasado una hora? No me ha parecido tanto tiempo.

Tenía razón. A mí tampoco. Pero por otra parte, no tenía ni idea de cómo fluía el tiempo en la Duat. Una Casa de la Noche podía no corresponderse del todo con una hora mortal en el mundo superior.

Anubis me dijo una vez que llevaba cinco mil años en la Tierra de los Muertos pero aún se sentía un adolescente, como si allí no pasara el tiempo.

Me estremecí. ¿Y si salíamos por el otro lado del Río de la Noche y resultaba que habían pasado varios milenios? Acababa de cumplir los trece años. No estaba preparada para cumplir los trece mil.

Además, deseé no haber pensado en Apofis. Toqué el amuleto *shen* que llevaba en una cadenita. Después de todo lo que había pasado con Walt, la perspectiva de ver a Anubis me hacía sentir una extraña culpabilidad, pero también un poco de emoción. Con un poco de suerte, Anubis nos echaría una mano con la travesía. A lo mejor se me llevaba a algún lugar privado para conversar como la última vez que vinimos a la Duat... no sé, un cementerio acogedor y romántico, cena para dos en el Café Ataúd...

«Vuelve a la realidad, Sadie —me dije—. Concéntrate.»

Saqué de mi bolsa el *Libro de Ra* y repasé las instrucciones. Ya las había leído varias veces, pero eran crípticas y confusas, como un libro de texto de mates. El papiro rebosaba de expresiones como «primero desde el caos», «aliento a la arcilla», «rebaño de la noche», «renacido del fuego», «acres del sol», «beso del cuchillo», «tahúr de la luz» o «el último escarabajo», a muchas de las cuales no veía ningún sentido.

Había sacado en claro que tenía que leer las tres secciones del *Libro de Ra* en distintos lugares, a medida que recorriéramos los doce tramos de río, posiblemente para devolver la vida a los diferentes aspectos del dios solar, y que cada uno de esos aspectos nos plantearía algún tipo de desafío. Sabía que si no lo hacía perfecto, si me atascaba aunque fuese en una sola palabra mientras leía los hechizos, terminaría peor que Vlad Ménsikov. Era una idea terrorífica, pero no tenía sentido dar más vueltas a la posibilidad de fallar. Solo me quedaba esperar que, cuando llegara el momento, los galimatías del papiro tuvieran algún sentido.

La corriente ganó velocidad. El agua que entraba en el barco también. Carter hizo

gala de su destreza como mago de combate convocando un cubo y achicándola, mientras yo me concentraba en mantener a raya a la tripulación. Cuanto más nos internábamos en la Duat, más rebeldes se ponían los orbes brillantes. Se frotaban contra mi fuerza de voluntad, recordándome las ganas que tenían de incinerarme.

Es desquiciante flotar por un río mágico mientras unas voces te susurran «Muere, traidora, muere» en la cabeza. De vez en cuando tenía la sensación de que algo nos seguía. Al volverme, creía ver una mancha blanquecina sobre el fondo de negrura, como el residuo de un flash en la retina, pero siempre me decía que eran imaginaciones mías. Aún me sacaba más de quicio la oscuridad que teníamos por delante. No había orillas, no había puntos de referencia, no había ninguna visibilidad. La tripulación podía haber enfilado hacia un peñasco o la boca de un monstruo, y no lo habríamos visto venir. Navegábamos a través de un vacío tenebroso y desierto.

—¿Por qué hay tanta... nada? —musité.

Carter vació su cubo. Era una estampa inusual: un chico vestido de faraón, con su cayado y látigo reales, achicando el agua de un barco agrietado.

—Podría ser que las Casas de la Noche sigan los patrones humanos del sueño —propuso.

—¿Los patrones de qué?

—Del sueño humano. Mamá siempre nos hablaba de ellos antes de mandarnos a la cama, ¿te acuerdas?

No me acordaba. Pero claro, cuando mamá murió yo solo tenía seis años. Ella era científica además de maga, y no veía ningún problema en leernos las leyes de Newton o la tabla periódica a modo de cuentos para dormir. Yo no había entendido casi nada, pero quería recordarlo. Siempre me había irritado que Carter se acordara mucho mejor de mamá que yo.

—El sueño tiene distintas etapas —dijo Carter—. Por ejemplo, en las primeras horas, el cerebro está como en coma, durmiendo muy profundamente sin casi soñar nada. Quizá es por lo que esta parte del río es tan oscura y amorfa. Luego, el cerebro pasa la fase REM, movimiento ocular rápido. Ahí es donde se sueña. Los ciclos se hacen más veloces e intensos. Puede ser que las Casas de la Noche sigan un patrón similar.

A mí me parecía un poco traído por los pelos. Pero, pensándolo bien, mamá siempre nos había dicho que la ciencia y la magia no eran incompatibles. Ella los llamaba «dos dialectos del mismo idioma». Bast nos había explicado una vez que había millones de canales y afluentes distintos que desembocaban en el río de la Duat. La geografía podía cambiar en cada viaje, según los pensamientos del viajero. Si aquel río adoptaba la forma que le daban todas las mentes durmientes del mundo, si su curso iba a volverse más vivo y enloquecido a medida que avanzara la noche, nos esperaba un trayecto accidentado.

El río acabó estrechándose. Avistamos la orilla a los dos lados, de una arena negra volcánica que reflejaba las luces de nuestra tripulación mágica. El aire refrescó. La quilla del barco arañó rocas y bancos de arena del lecho, con lo que nos entró más agua. Carter renunció al cubo y sacó cera de su bolsa de herramientas. Juntos intentamos taponar las vías de agua, pronunciando hechizos de vínculo para reforzar la estructura del barco. Si hubiera tenido chicle, también lo habría usado.

No vimos pasar ningún cartel (BIENVENIDOS A LA TERCERA CASA, ESTACIÓN DE SERVICIO EN LA SIGUIENTE SALIDA), pero era evidente que habíamos pasado a otra sección del río. El tiempo se nos iba a un ritmo alarmante, y todavía no habíamos hecho absolutamente nada.

—A lo mejor la primera prueba es el aburrimiento —dije—. ¿Cuándo va a pasar algo?

Conociéndome, tendría que haberme mordido la lengua. Justo delante de nosotros asomó de la oscuridad una silueta enorme. Un pie del tamaño de una cama de matrimonio apoyó la suela de su sandalia contra la proa de nuestro barco y nos detuvo en seco mientras el río seguía fluyendo a nuestro alrededor.

Y no es que fuese un pie atractivo. Masculino sí, sin duda. Tenía los dedos manchados de barro y las uñas amarillentas, agrietadas y demasiado largas. Las tiras de cuero de las sandalias estaban cubiertas de líquen y percebes. Resumiendo, el pie tenía el mismo aspecto y olor que si hubiera estado en la misma roca del centro del río, llevando la misma sandalia, durante varios milenios.

Por desgracia, iba sujeto a una pierna que a su vez iba sujeta a un cuerpo. El gigante se agachó para mirarnos.

—¿Os aburrís? —atronó su voz, sin hostilidad—. Podría mataros, si os apetece.

Llevaba faldita como Carter, solo que la del gigante estaba confeccionada con tela suficiente para hacer diez velas como la de nuestro barco. Tenía un cuerpo humanoide y musculoso, cubierto de vello... el tipo de pelo asqueroso que siempre me insufla ganas de fundar una ONG que depile a la cera a los hombres demasiado velludos. Tenía cabeza de carnero, con su hocico blanco atravesado por una anilla de latón y sus cuernos enroscados de los que colgaban docenas de campanillas de bronce. Sus ojos estaban muy separados, con iris de un rojo luminoso y finas pupilas verticales. Me imagino que la descripción suena aterradora, pero al verlo no me dio la impresión de que el hombre carnero fuese diabólico. De hecho, por algún motivo, me dio la impresión de que ya le conocía. Parecía más melancólico que amenazador, como si llevara tanto tiempo en su islote rocoso del centro del río que hubiera olvidado qué había ido a hacer.

[Carter me pregunta que cuándo me convertí en «la chica que susurraba a los carneros». Haz el favor de callarte, Carter.]

De verdad que me dio lástima el hombre carnero. En sus ojos se veía la soledad. No me entraba en la cabeza que pudiese hacernos daño... hasta que se sacó del cinturón dos cuchillos enormes, con filos curvos igual que sus cuernos.

—No decís nada —observó—. ¿Eso es que os parece bien que os mate?

—¡No, de verdad que no es necesario! —dije, intentando hacer como que agradecía la oferta—. Tengo una palabra y una pregunta para ti, si no te importa. La palabra es «pedicura». La pregunta es: ¿quién eres?

—Aaah-ah-ah-ah —dijo, balando como una oveja—. Si supierais mi nombre, no serían necesarias las presentaciones y podría dejaros pasar. Por desgracia, nadie sabe nunca mi nombre. Qué pena. Ya veo que habéis encontrado el *Libro de Ra*. Habéis resucitado a su tripulación y traído su barcaza al umbral de la Cuarta Casa. Nadie había llegado tan lejos nunca. Voy a lamentar profundamente tener que haceros papilla.

Sopesó los dos cuchillos, uno en cada mano. Nuestras esferas brillantes revoloteaban como locas, susurrando: «¡Sí! ¡Hazla papilla! ¡Sí!».

—Un momentín —le dije al gigante—. Si te nombramos, ¿podemos pasar?

—Naturalmente. —Suspiró—. Pero nadie lo consigue nunca.

Crucé la mirada con Carter. No era la primera vez que nos habían detenido en el Río de la Noche para desafiarnos a nombrar a un guardián o morir en el intento. Por lo visto, era una incidencia bastante habitual para las almas egipcias y los magos que cruzaban la Duat. Pero no podía creerme que la prueba fuese tan fácil. A aquellas alturas, estaba segura de

que reconocía al hombre carnero. Habíamos visto su estatua en el Museo Brooklyn.

—Es él, ¿no? —pregunté a Carter—. El coleguita que se parece a Bullwinkle.

—¡No le llames Bullwinkle! —susurró Carter. Levantó la cabeza hacia el hombre carnero gigante y dijo—: Eres Jnum, ¿verdad?

El gigante hizo un profundo sonido gutural y frotó uno de los cuchillos contra la quilla de nuestro barco.

—¿Eso es una pregunta o vuestra contestación definitiva?

Carter parpadeó.

—Hummm...

—¡No es la respuesta definitiva! —chillé, comprendiendo que nos había faltado un pelo para caer en la trampa—. Ni de lejos. Jnum es tu nombre común, ¿verdad? Lo que quieres es que pronuncemos tu nombre verdadero, tu *ren*.

Jnum ladeó la cabeza, haciendo sonar así las campanillas de los cuernos.

—Estaría muy bien. Pero lo más triste es que no lo conoce nadie. Hasta yo lo he olvidado.

—¿Cómo puedes olvidar tu propio nombre? —preguntó Carter—. Y eso sí que ha sido una pregunta.

—Soy una parte de Ra —dijo el dios carnero—. Soy su aspecto del inframundo, un tercio de su personalidad. Pero cuando Ra dejó de hacer su travesía nocturna, ya no me necesitó. Me dejó aquí, en las puertas de la Cuarta Casa, tirado como un abrigo viejo. Ahora vigilo este umbral... porque no tengo más objetivo. Si recobrara mi nombre, podría rendir mi espíritu a aquel que me libere. Tal vez esa persona volviera a unificarme con Ra, pero hasta entonces no puedo salir de aquí.

Ponía voz de tener una depresión horrible, como un cordero perdido o, más bien, como un cordero perdido de diez metros con unos cuchillos enormes. Quería ayudarlo. Pero también quería encontrar la forma de que no me hiciera pedacitos.

—Si no te acuerdas de tu nombre —dije—, ¿qué nos impide soltarte lo primero que se nos ocurra? ¿Cómo sabrías si es la respuesta correcta o no?

Jnum bajó sus cuchillos, que empezaron a dejar estela en la corriente.

—No se me había ocurrido.

Carter me lanzó una mirada que decía: «¿Para qué se lo cuentas?».

El dios carnero baló.

—Creo que reconoceré mi *ren* cuando lo oiga —decidió—, aunque no puedo estar seguro. Al ser solo una parte de Ra, hay mucho de lo que no estoy seguro. He perdido la mayoría de mis recuerdos, de mi poder y de mi identidad. Ahora no soy ni la sombra de mi antiguo yo.

—Pues menudo debía de ser tu antiguo yo —murmuré.

Puede ser que el dios sonriera, aunque era difícil leer la expresión a un carnero.

—Lamento que no tengas mi *ren*. Eres una chica lista. La primera que llega tan lejos. La primera y la mejor. —Suspiró, alicaído—. En fin, supongo que habrá que ir poniéndose con la matanza...

«La primera y la mejor.» Pensé a toda velocidad.

—Espera —dije—. Sé tu nombre.

Carter ahogó un grito.

—¿Lo sabes? ¡Pues díselo!

Recordé un pasaje del *Libro de Ra*: «Primero desde el caos». Tiré de los recuerdos de Isis, la única diosa que había conocido alguna vez el nombre secreto de Ra, y empecé a

comprender la naturaleza del dios solar.

—Ra fue el primer dios que se alzó desde el caos —dije.

Jnum frunció el ceño.

—¿Eso es mi nombre?

—No, tú escucha —dije—. Has dicho que sin Ra no estabas completo, que no eras ni la sombra de tu antiguo yo. Pero eso es lo que les pasa también a todos los demás dioses egipcios. Ra es más viejo, más poderoso. Es la fuente original de la Maat, como el...

—Como el meristemo de los dioses —aportó Carter.

—Eso —dije—. No tengo ni idea de lo que es un meristemo, pero sí, eso. Durante todos estos eones, los otros dioses han ido marchitándose, perdiendo su poder, porque Ra no está. Puede que no quieran admitirlo, pero él es el corazón de todos. Dependen de Ra. Desde que empezamos con esto, he dudado si valía la pena traer a Ra de vuelta. No sabíamos por qué era tan importante, pero ahora lo entiendo.

Carter asintió, asimilando la idea poco a poco.

—Ra es el centro de la Maat. Debe regresar, si queremos que ganen los dioses.

—Y por eso Apofis quiere que vuelva Ra —supuse—. Están los dos conectados, la Maat y el caos. Si Apofis puede tragarse a Ra mientras el dios solar está viejo y débil...

—Mueren todos los dioses —dijo Carter—. El mundo se desmorona y reina el caos.

Jnum giró la cabeza para poder observarme con un ojo rojo brillante.

—Todo muy interesante —dijo—. Pero no he oído mi nombre secreto. Para despertar a Ra, primero tenéis que nombrarme.

Desplegué el *Libro de Ra* y respiré hondo. Empecé a leer la primera parte del hechizo. Puede que estéis pensando: «Venga ya, Sadie. ¿El gran desafío era leer unas palabras de un papiro? ¿Qué tiene de complicado?».

Si pensáis así es que nunca habéis leído un hechizo. Imaginaos que leéis de un libro frente a mil profesores hostiles, atentos al menor fallo que cometáis para suspenderos. Ahora imaginad que solo podéis leerlo viendo su reflejo en un espejo. Imaginad que las palabras están esparcidas por ahí de cualquier manera, y hay que ir montando las frases en el orden correcto sobre la marcha. Imaginaos que el más ínfimo error, tartamudeo o palabra mal pronunciada significa automáticamente la muerte. Juntad todo eso y ya podéis empezar a haceros una idea de lo que significa lanzar un hechizo a partir de un papiro.

Pese a todo, y por raro que parezca, tenía bastante confianza. De pronto, el texto había cobrado sentido.

—«Yo te nombro Primero desde el caos» —recité—. «Jnum, que eres Ra, el sol vespertino. Yo invoco tu *ba* para despertar al Grande, pues soy...»

Mi primer error casi letal. En el papiro estaba el equivalente de «Ponga aquí su nombre», y estuve a punto de leerlo así: «¡Pues soy Ponga Aquí Su Nombre!».

¿Qué pasa? Podría haberle pasado a cualquiera. En lugar de eso, dije:

—«Soy Sadie Kane, la que restaura el Trono de Fuego. Yo te nombro Aliento a la Arcilla, el Carnero del Rebaño de la Noche, el Divino...»

Estuve otra vez a punto de fallar. Habría jurado que el título egipcio era «Divino Alfeñique». Pero no tenía sentido, y además pensé que a Jnum no le haría mucha gracia que se lo llamara. Por suerte, me acordé de una cosa del Museo Brooklyn: Jnum aparecía representado como un alfarero que creaba a un ser humano de arcilla.

—«... Divino Alfarero» —me corregí—. «Yo te nombro Jnum, protector de la Cuarta Puerta. Yo te devuelvo tu nombre. Yo devuelvo tu esencia a Ra.»

Los enormes ojos del dios se abrieron más. Sus fosas nasales se dilataron.

—Sí. —Enfundó los cuchillos—. Bien dicho, mi señora. Podéis entrar en la Cuarta Casa. Pero llevad cuidado con los fuegos, y preparaos para la segunda forma de Ra. Él no os agradecerá vuestra ayuda igual que hago yo.

—¿A qué te refieres? —pregunté.

Pero el cuerpo del dios carnero ya perdía consistencia. *El Libro de Ra* absorbió la neblina en que se había convertido y se enrolló sobre sí mismo. Jnum y su islote habían desaparecido. El barco se internó en un túnel estrecho.

—Sadie —dijo Carter—, ha sido increíble.

Normalmente, me habría encantado restregarle mi genialidad, pero tenía el corazón a punto de salirse del pecho, las manos sudadas y ganas de vomitar. Para colmo, sentía que la tripulación de esferas luminosas empezaba a superar la sorpresa y volvía a plantarme cara.

No te ha hecho papilla, protestaron. *¡No te ha hecho papilla!*

«Ocupaos de vuestros asuntos —repliqué mentalmente—. Y que el barco no pare.»

—Esto... ¿Sadie? —dijo Carter—. ¿Por qué se te está poniendo la cara roja?

Creí que me acusaba de ruborizarme, pero entonces caí en la cuenta de que él también estaba rojo. El barco entero estaba bañado por una luz de color rubí. Me giré hacia la proa e hice un ruido con la garganta que no era muy distinto de los balidos de Jnum.

—Oh, no —dije—. Otra vez este sitio, no.

A unos cien metros por delante de nosotros, el túnel se abría a una caverna inmensa. Reconocí el extenso e hirviente Lago de Fuego, pero la última vez que lo había visto era desde otro ángulo.

Íbamos ganando velocidad, bajando por una serie de rápidos como si estuviéramos en un tobogán de parque acuático. Al final de los rápidos, el agua se convertía en una ardiente catarata que caía en vertical hasta el lago, casi un kilómetro por debajo de nosotros. Flotábamos directos hacia el precipicio sin medios para detenernos.

Que el barco no pare, susurró jubilosa la tripulación. *¡Que el barco no pare!*

Seguramente nos quedaba menos de un minuto, pero pareció más tiempo. Es lógico que, si el tiempo vuela cuando te diviertes, vaya a ritmo de caracol cuando te precipitas a una muerte segura.

—¡Tenemos que dar media vuelta! —exclamó Carter—. ¡Aunque no hubiera fuego, la caída nos mataría! —Empezó a gritar a las esferas de luz—: ¡Girad! ¡Remad! ¡S. O. S.!

La tripulación siguió a la suya sin inmutarse.

Yo no podía apartar la mirada de la ardiente caída hacia la destrucción y el Lago de Fuego que había al fondo. A pesar de las oleadas de calor que nos arrollaban como el aliento de un dragón, tenía frío. Se me ocurrió lo que tenía que pasar.

—«Renacido del fuego» —dije.

—¿Qué? —dijo Carter.

—Es otra cita del *Libro de Ra*. No podemos dar media vuelta. Hay que seguir... directos al lago.

—¿Te has vuelto loca? ¡Arderemos!

Abrí mi bolsa mágica de un tirón y revolví su contenido.

—Hay que atravesar el fuego con el barco. Eso era parte del renacimiento nocturno del sol, ¿verdad? Ra lo habría hecho.

—¡Ra no era inflamable!

La catarata estaba solo a veinte metros. Me temblaban las manos mientras vertía

tinta en mi paleta de escriba. Si nunca habéis intentado prepararos para la caligrafía sobre un barco, os diré que no es fácil.

—¿Puede saberse qué haces? —me preguntó Carter—. ¿Escribir el testamento?

Inspiré profundamente y mojé mi estilete en tinta negra. Visualicé los jeroglíficos que necesitaba y eché mucho de menos a Zia. No solo porque nos lleváramos de maravilla desde El Cairo [y Carter, no hagas pucheros; ¿yo qué culpa tengo de que viera claro que soy la más lista de la familia?], sino porque ella era experta en glifos de fuego, justo lo que nos hacía falta.

—Levántate el pelo —dije a Carter—. Tengo que pintarte la frente.

—¡No pienso caer a mi muerte llevando escrito «pringado» en la cabeza!

—Intento salvarte. ¡Date prisa!

Mi hermano se apartó el pelo. Le pinté los glifos de «fuego» y «escudo» en la frente, y de inmediato Carter estalló en llamas.

Lo sé, lo sé: era al mismo tiempo un sueño hecho realidad y una pesadilla. Saltó, hizo aspavientos y profirió unas maldiciones muy creativas antes de caer en que el fuego no le hacía daño. Lo que pasaba es que estaba rodeado de una lámina protectora de llamas.

—Exactamente, ¿qué...? —Puso los ojos como platos—. ¡Agárrate a algo!

El barco se inclinó al llegar al borde de la catarata y me dieron náuseas. Garabateé los jeroglíficos de cualquier manera en el dorso de mi mano, pero no quedaron bien. Las llamas chisporrotearon débiles a mi alrededor. Por desgracia, no tuve tiempo de arreglarlo. Me agarré a la borda con las dos manos y nuestra embarcación cayó a plomo.

La de cosas que pueden pasarte por la cabeza mientras te precipitas a una muerte segura. Desde arriba, el Lago de Fuego era bastante hermoso, como la superficie del Sol. Me pregunté si sentiría algún dolor con el impacto o simplemente nos evaporaríamos. Costaba ver algo mientras caíamos entre la ceniza y el humo, pero me pareció distinguir e identificar una isla a kilómetro y medio de distancia: el templo negro donde había conocido a Anubis. ¿Estaría viéndome desde allí? ¿Correría a rescatarme? No sabía si tendría más probabilidades de sobrevivir separándome del barco y cayendo como un saltador de trampolín, pero no me atreví a hacerlo. Me agarré a la borda con todas mis fuerzas. Tampoco sabía si el escudo mágico estaba protegiéndome, pero sudaba muchísimo y estaba convencida de haberme dejado la garganta y casi todos los órganos internos encima de la catarata.

Finalmente, llegamos al fondo con un «fuuuummm» pero multiplicado por un millón.

¿Cómo describir la sensación de hundirse en un lago de fuego líquido? Bueno... quemaba. Y aun así, de alguna forma también era líquido. No me atrevía a respirar. Después de un momento de duda, abrí los ojos. Lo único que vi fueron llamas rojas y amarillas revoloteando por todas partes. Seguíamos bajo el agua... ¿o bajo el fuego? Me fijé en dos cosas: no estaba quemándome viva y el barco avanzaba.

No podía creer que mis descabellados glifos de protección hubiesen funcionado de verdad. Mientras el barco se deslizaba por las arremolinadas corrientes de calor, las voces de la tripulación susurraban en mi mente, ahora más alegres que enfadadas:

Renovación, decían. Nueva vida. Nueva luz.

Sonaba halagüeño hasta que volvía a algunos hechos menos agradables. Seguía sin poder respirar. A mi cuerpo le gustaba la respiración. Además, cada vez hacía más calor. Sentía cómo empezaba a fallar mi glifo de protección, y la tinta me quemaba en la mano. Tanteé a mi alrededor y agarré un brazo, di por hecho que de Carter. Nos cogimos de la

mano y, aunque no le veía, me tranquilizaba saber que estaba allí. A lo mejor fue mi imaginación, pero pensé que el calor remitía.

Mucho tiempo atrás, Amos nos había dicho que juntos éramos más poderosos. Cada uno incrementaba la magia del otro solo por estar cerca. En aquel momento deseé que fuese cierto. Traté de enviar mis pensamientos a Carter, pidiéndole que me ayudara a mantener el escudo de fuego.

El barco siguió navegando entre las llamas. Creí que empezábamos a ascender, pero quizá fuese solo de tanto que lo deseaba. Mi visión empezó a nublarse. Mis pulmones necesitaban aire con desesperación. Si inhalaba fuego, tal vez acabara como Vlad Ménshevikov.

En el preciso momento en que supe a ciencia cierta que iba a desmayarme, el barco subió vertiginosamente y salimos a la superficie.

Tragué una bocanada de aire, y no solo porque la necesitase. Habíamos llegado a un embarcadero en la orilla del lago hirviente, frente a una puerta de piedra caliza muy parecida a la entrada de un templo antiguo que había visto en Luxor. Aún tenía la mano de Carter entre las mías. A primera vista, los dos estábamos bien.

La barcaza solar estaba mejor que bien. Había sido renovada. La vela era tan blanca que dolía a los ojos, con el símbolo dorado del sol refulgiendo en el centro. Los remos estaban reparados y recién pulidos. El casco estaba pintado de negro, dorado y verde, y ya no hacía aguas, mientras que el dosel volvía a ser un pabellón precioso. Seguía sin haber trono ni Ra, pero los tripulantes brillaban animados y alegres mientras amarraban el barco.

No pude evitarlo. Di un abrazo a Carter y dejé escapar un sollozo.

—¿Estás bien?

Él se separó con torpeza y asintió. El glifo de su frente se había consumido.

—Gracias a ti —dijo—. ¿Dónde...?

—En los Acres Soleados —dijo una voz conocida.

Bes venía bajando los escalones del embarcadero. Llevaba una camisa hawaiana nueva e incluso más chillona, y solo su bañador de *slip* en vez de pantalones, así que no era precisamente la visión más grata del mundo. Ahora que estaba en la Duat, casi resplandecía de poder. Tenía el pelo más negro y rizado, y su rostro parecía haber rejuvenecido décadas.

—¡Bes! —exclamé—. ¿Por qué has tardado tanto? ¿Walt y Zia...?

—Están bien —dijo—. Y ya os he dicho que nos veríamos en la Cuarta Casa.

—Señaló con el pulgar las letras esculpidas en el arco de piedra caliza—. Antes se llamaba la Casa de Descanso. Por lo que se ve, le han cambiado el nombre.

El letrero estaba en jeroglíficos, pero lo entendí sin ningún problema.

—«Comunidad de vivienda asistida Acres Soleados» —leí en voz alta—. «Antes: Casa de Descanso. Nuevo equipo directivo.» ¿Exactamente, qué es...?

—Vamos subiendo —dijo Bes—, antes de que llegue vuestro perseguidor.

—¿Perseguidor? —preguntó Carter.

Bes señaló la parte superior de la catarata de llamas, que estaba a casi un kilómetro de nosotros. Al principio no vi nada. Entonces hubo un reflejo blanco entre las llamas rojas, como si un hombre vestido de heladero se hubiera tirado al lago. Al final, resultó que no me había imaginado esa mancha blanca en la oscuridad. Alguien nos seguía.

—¿Ménshevikov? —dijo—. Eso es... es...

—Mal asunto —dijo Bes—. Venga, vamos. Tenemos que encontrar al dios del sol.

20. Visitamos la Casa de la hipopótamo simpática

SADIE

Hospitales. Aulas. Llegó el momento de ampliar mi lista de sitios menos favoritos añadiendo los hogares de gente mayor. Puede sonar curioso, dado que yo antes vivía con mis abuelos y supongo que su piso cuenta como hogar de gente mayor. Pero me refiero a los centros especializados, a las residencias para la tercera edad. No hay nada peor. Huelen a una mezcla nefasta de comida hecha al por mayor, productos de limpieza y pensionistas. Los reclusos (perdón, los pacientes) siempre parecen deprimidos. Y los centros tienen unos nombres absurdamente joviales, como «Acres Soleados». ¡Venga ya, hombre!

Cruzamos el arco de caliza y pasamos al gran vestíbulo de lo que los egipcios debían de considerar un centro de vivienda asistida. En las hileras de columnas, todas pintadas de colores vivos, había soportes de hierro con antorchas encendidas. Aquí y allá, unas macetas con hibiscos en flor intentaban dar al lugar una atmósfera alegre, sin demasiado éxito. Las grandes ventanas daban al Lago de Fuego, que supongo que sería un paisaje agradable si te gustaba el azufre. Las paredes estaban pintadas con murales de la ultratumba egipcia, alternados con lemas positivos escritos con jeroglíficos, como INMORTALIDAD CON SEGURIDAD o ¡LA VIDA EMPIEZA A LOS TRES MIL!

Serviciales esferas luminosas y *shabtis* de arcilla con uniformes médicos blancos se afanaban de un lado a otro, llevando bandejas con medicinas o empujando sillas de ruedas. Los pacientes, por su parte, no se afanaban mucho en nada. Había una docena de figuras marchitas en batas de hospital de lino, sentadas por todo el vestíbulo con la mirada perdida en la nada. Otras vagaban por la estancia, empujando portasueros con ruedecitas. Todas llevaban brazaletes con sus nombres escritos en jeroglíficos.

Varios pacientes tenían aspecto humano, pero otros muchos tenían cabeza de animal. Un anciano con cabeza de grulla se mecía en una silla plegable de metal y daba picotazos a un tablero de senet que había en la mesita. Una mujer mayor con cabeza de leona entrecana pasó pitando en silla de ruedas mientras murmuraba: «Miau, miau». Un hombre de arrugada piel azul, no mucho más alto que Bes, abrazó una columna de piedra y lloró quedamente, como si temiera que la columna fuese a marcharse.

En otras palabras, entramos en un escenario absolutamente depresivo.

—¿Qué es este lugar? —pregunté—. ¿Todos esos son dioses?

Carter parecía igual de perplejo que yo. Bes daba la impresión de querer que se lo tragara la tierra.

—En realidad, nunca había venido —reconoció—. Me habían llegado rumores, pero... —Tragó saliva como si acabara de comerse una cucharada de mantequilla de cacahuete—. Venga. Preguntemos en el puesto de enfermería.

El mostrador era una medialuna de granito salpicada de teléfonos (aunque no podía imaginar a quién iban a llamar desde la Duat), un ordenador, muchas carpetas con portapapeles y un disco de piedra del tamaño de una bandeja con un saliente triangular: un reloj de sol, extraño accesorio en un lugar sin sol.

Detrás del mostrador había una mujer bajita y entrada en carnes, dándonos la espalda mientras consultaba una pizarra con nombres y horas para la medicación. Tenía el

pelo, moreno y lustroso, aplastado contra la espalda como si fuera la cola de un castor extragrande, y su cofia de enfermera casi no le entraba en la ancha cabeza.

Habíamos recorrido la mitad de la distancia cuando Bes paró de golpe.

—Es ella.

—¿Quién? —preguntó Carter.

—Mal asunto. —Bes palideció a ojos vistas—. Tendría que haberlo sabido...

¡Maldición! Tendréis que ir sin mí.

Me fijé mejor en la enfermera, que seguía de espaldas a nosotros. Parecía una mujer imponente, con sólidos brazos rechonchos, un cuello más grueso que mi cintura y una piel de extraños tintes violáceos. Pero no vi nada que pudiera inquietar tanto a Bes.

Giré la cabeza para preguntarle, pero Bes se había agachado detrás de la maceta más cercana. La planta no bastaba para ocultarlo, y desde luego no camuflaba su camisa hawaiana.

—Bes, ya basta —dije.

—¡Chist! ¡Soy invisible!

Carter suspiró.

—No podemos entretenernos. Vamos, Sadie.

Le seguí hasta el puesto de enfermería.

—Disculpe —llamó por encima del mostrador.

La enfermera se volvió y yo di un grito. Traté de sofocar la impresión, pero no fue tarea fácil porque la mujer era una hipopótamo. Ojo, no lo digo en plan comparación ofensiva. De verdad era una hipopótamo. Su largo hocico tenía forma de corazón invertido, con bigotes erizados, diminutas fosas nasales y una boca enorme con dos grandes dientes en la parte de abajo. Tenía los ojos pequeños y brillantes. La tupida melena negra daba un aspecto muy extraño a su cara, pero no era ni la mitad de particular que el resto del cuerpo. Llevaba la blusa de enfermera abierta como una chaqueta, revelando una parte de arriba de bikini que —¿cómo decirlo delicadamente?— intentaba cubrir una muy considerable parte de arriba con muy poco tejido. La barriga, de un color entre rosado y púrpura, estaba increíblemente hinchada, como si estuviese embarazada de nueve meses.

—¿Puedo ayudaros? —nos dijo. Tenía una voz simpática y agradable, no la que cabría esperar de un hipopótamo. Pensándolo bien, de un hipopótamo no cabría esperar ninguna voz.

—Hummm, hipo... ¡quiero decir, hola! —trastabillé—. Mi hermano y yo estamos buscando a... —Me giré hacia Carter y vi que no estaba mirando la cara de la enfermera—. ¡Carter!

—¿Qué? —Sacudió la cabeza para salir del trance—. Vale. Lo siento. Esto... ¿tú no eres una diosa? ¿Tauret, o algo parecido?

La mujer hipopótamo nos enseñó sus dos enormes dientes en lo que esperé que fuese una sonrisa.

—¡Anda, qué alegría que me reconozcan! En efecto, querido, soy Tauret. Decíais que buscabais a alguien. ¿Es algún familiar? ¿Sois dioses?

Detrás de nosotros, se oyó el murmullo de las hojas de hibisco cuando Bes levantó la maceta e intentó desplazarla detrás de una columna. Tauret levantó las cejas.

—Bes, ¿eres tú? —llamó—. ¡Bes!

El dios enano se levantó bruscamente y se quitó el polvo de la camisa. Tenía la cara más roja que Set.

—Parece que la planta está bien regada, sí —dijo en voz baja—. Voy a comprobar

las de más allá.

Empezó a alejarse, pero Tauret volvió a llamarle:

—¡Bes! ¡Soy yo, Tauret! ¡Estoy aquí!

Bes se crispó como si le hubieran disparado por la espalda. Se volvió con una sonrisa forzada.

—¡Anda...! Hola. Tauret. ¡Uau!

Salió de detrás del mostrador, correteando sobre unos tacones muy poco aconsejables para una mamífera acuática embarazada. Abrió los gruesos brazos para dar un abrazo a Bes, que extendió la mano para que la estrechara. Acabaron haciendo un bailecito incómodo, a medio camino entre el abrazo y el apretón de manos, que me dejó un hecho absolutamente claro:

—¿Así que vosotros antes salíais juntos? —pregunté.

Bes me fulminó con la mirada. Tauret se sonrojó; era la primera vez que veía a un hipopótamo avergonzado.

—Fue hace mucho tiempo... —Tauret se volvió hacia el dios enano—. Bes, ¿qué tal estás? Después de aquella época tan horrible del palacio, me temía...

—¡Bien! —gritó él—. Muy bien, gracias. Bien. ¿Tú estás bien? ¡Bien! Hemos venido por un asunto importante, como estaba a punto de decirte Sadie.

Me dio una patada en la espinilla, que me pareció de lo más innecesaria.

—Sí, es cierto —dije—. Estamos buscando a Ra para despertarlo.

Si lo que Bes pretendía era desviar la conversación, el plan funcionó. Tauret abrió la boca en un grito silencioso, como si acabara de sugerir algo tan horrible como una cacería de hipopótamos.

—¿Despertar a Ra? —dijo—. Ay, madre... qué desgracia. Bes, ¿y tú les ayudas?

—Ajá —farfulló—. Porque, bueno, ya sabes...

—Bes nos está haciendo un favor —dije yo—. Nuestra amiga Bast le pidió que cuidara de nosotros.

Supe al instante que acababa de empeorar la situación. La temperatura del aire pareció bajar diez grados.

—Ya veo —dijo Tauret—. Haciendo un favor a Bast.

No tenía claro en qué me había equivocado, pero intenté volver a terreno seguro.

—Por favor. Escucha, está en juego el destino del mundo. Es muy importante que encontremos a Ra.

Tauret se cruzó de brazos, incrédula.

—Querida, se perdió hace milenios. Además, intentar despertarlo sería terriblemente peligroso. ¿Por qué ahora?

—Díselo, Sadie. —Bes estaba retrocediendo centímetro a centímetro, como si se dispusiera a saltar tras el hibisco—. No te guardes nada; en Tauret se puede confiar a ciegas.

—¡Bes! —La hipopótamo se animó de inmediato y empezó a pestañear como una loca—. ¿De verdad lo piensas?

—¡Habla, Sadie! —me rogó Bes.

Y eso hice. Enseñé el *Libro de Ra* a Tauret. Le conté nuestros motivos para despertar al dios solar: la amenaza de la ascensión de Apofis, el caos y la destrucción generalizados, el mundo a punto de acabar cuando saliera el sol, etcétera. No era fácil interpretar sus gestos hipopotamunos [sí, Carter, estoy segura de que la palabra existe], pero Tauret se retorció el cabello largo y moreno mientras me escuchaba.

—Es grave —dijo—. Es muy, muy grave.
Miró por encima del hombro hacia el reloj. Pese a la ausencia de sol, el gnomon tenía una sombra nítida que caía sobre el jeroglífico del número cinco:



—Se os acaba el tiempo —dijo.
Carter miró el reloj de sol con el ceño fruncido.
—¿Este lugar no es la Cuarta Casa de la Noche?
—Sí, querido —respondió Tauret—. Tiene otros nombres, como Acres Soleados o la Casa de Descanso, pero también es la Cuarta Casa.
—Entonces, ¿cómo puede ser que el reloj marque las cinco? —preguntó él—. ¿No debería estar como... congelado en la cuarta hora?
—No funciona así, chaval —terció Bes—. El tiempo del mundo mortal no se detiene solo porque vosotros estéis en la Cuarta Casa. Si queréis seguir el recorrido del dios solar, tenéis que ajustaros a su ritmo.
Ya veía venir una explicación de las que te hacen explotar la cabeza. Yo habría admitido mi ignorancia y habría seguido buscando a Ra sin preocuparme pero, por supuesto, Carter no iba a dejarlo estar.
—¿Y qué pasa si nos retrasamos demasiado? —preguntó.
Tauret volvió a mirar la sombra del reloj, que iba pasando muy poco a poco de las cinco.
—Las casas están conectadas a sus horas de la noche. Podéis quedaros todo el tiempo que queráis en cada una, pero solo se puede entrar o salir de ellas cerca de las horas que representan.
—Ajá. —Me froté las sienes—. ¿No tendrás algo para el dolor de cabeza detrás del mostrador, por casualidad?
—No es tan complicado —dijo Carter, solo por tocarme las narices—. Es como una puerta giratoria. Hay que esperar a que haya un hueco y meterte.
—Más o menos —asintió Tauret—. La mayoría de las casas dejan un poquito de margen. De la Cuarta Casa, por ejemplo, podéis salir prácticamente cuando os dé la gana. Pero algunas puertas son imposibles de cruzar si no es en su momento exacto. En la Primera Casa solo puede entrarse al ocaso. De la Duodécima Casa solo puede salirse al alba. Y la entrada de la Octava Casa, la Casa de los Desafíos... solo puede cruzarse durante la octava hora.
—¿La Casa de los Desafíos? —dijo—. Ya la odio, sin haberla visto.
—Ah, pero os acompaña Bes. —Tauret lo miró ensoñada—. Los desafíos serán pan comido.
Bes me lanzó una mirada de pánico, que decía «¡Sálvame!».
—Eso sí, como os retraséis demasiado —siguió diciendo Tauret—, se cerrarán las puertas antes de que lleguéis. Os quedaréis encerrados en la Duat hasta mañana por la noche.
—Y si no detenemos a Apofis —añadí—, no habrá mañana por la noche y punto.

Eso sí que lo he entendido bien.

—Así que ¿puedes ayudarnos? —le pidió Carter a Tauret—. ¿Dónde está Ra?

La diosa jugueteó con su pelo. Sus manos eran un cruce entre ser humano e hipopótamo, con dedos cortos regordetes y uñas gruesas.

—Ahí está el problema, querido —dijo—: no lo sé. La Cuarta Casa es inmensa. Seguramente Ra está por aquí en alguna parte, pero hay infinidad de pasillos y habitaciones. Tenemos muchísimos pacientes.

—¿No lleváis un registro? —preguntó Carter—. ¿No hay planos o algo así?

Tauret meneó la cabeza con tristeza.

—Yo hago todo lo que puedo, pero estoy sola con los *shabtis* y las luces de servicio... y hay miles de dioses viejos.

Se me cayó el alma a los pies. Si yo a duras penas recordaba a la decena de dioses importantes que conocía, ¿cómo llevar la cuenta de miles? Solo en aquella sala había doce pacientes, seis pasillos que salían en direcciones distintas, dos escaleras y tres ascensores. Quizá fuesen imaginaciones mías, pero algunos de los pasillos no estaban cuando habíamos entrado en el vestíbulo.

—¿Toda esta gente mayor son dioses? —pregunté.

Tauret asintió.

—La mayoría eran deidades menores hasta en los tiempos antiguos. Los magos no vieron necesidad de recluirlos. Con el paso de los siglos, se fueron viniendo a menos, solitarios y olvidados. Al final acabaron aquí. Se limitan a esperar.

—¿A la muerte? —dije.

Tauret tenía la mirada ausente.

—Ojalá lo supiera. A veces desaparecen, pero no sé si es porque se han perdido por los pasillos, porque han encontrado otra habitación donde esconderse o porque de verdad se han desvanecido. La cruda verdad es que da lo mismo. El mundo de arriba ha olvidado sus nombres. Una vez ya nadie pronuncia tu nombre, ¿de qué sirve vivir?

Desvió la mirada hacia Bes, como si intentase decirle algo.

El enano se apresuró a mirar hacia otro sitio.

—Esa de ahí es Mehit, ¿verdad? —Señaló a la vieja mujer leona que daba vueltas con su silla de ruedas—. Tenía un templo cerca de Abidos, me parece. Una diosa leona menor. Siempre la confundían con Sejmet.

La leona soltó un débil rugido cuando Bes pronunció el nombre de Sejmet. Luego siguió impulsando la silla de ruedas y murmurando: «Miau, miau».

—Es una historia triste —dijo Tauret—. Llegó aquí con su marido, el dios Onuris. En los viejos tiempos eran una pareja famosa, todo romanticismo. Una vez él tuvo que viajar hasta Nubia para rescatarla. Se casaron. Final feliz, pensamos todos. Pero los dos fueron olvidados. Llegaron aquí juntos, pero luego Onuris desapareció. Mehit empezó a perder la cabeza muy deprisa después de eso. Ahora se pasa el día circulando sin rumbo por el vestíbulo. No se acuerda de su propio nombre, aunque nosotros seguimos recordádoselo.

Pensé en Jnum, a quien habíamos conocido en el río, y en lo triste que parecía por no saber su nombre secreto. Miré a la diosa anciana Mehit, que maullaba, rugía y correteaba de un lado a otro sin ningún recuerdo de su gloria pasada. Imaginé lo que sería tener que cuidar de mil dioses como ella, deidades de la tercera edad que nunca mejoraban y nunca morían.

—Tauret, ¿cómo puedes soportarlo? —dije, impresionada—. ¿Por qué trabajas

aquí?

Se tocó la cofia de enfermera con timidez.

—Es una historia larga, querida, y tenemos muy poco tiempo. No siempre he estado aquí. Antes era una diosa protectora. Espantaba a los demonios, aunque no tan bien como Bes.

—Los dejabas temblando —dijo Bes.

La diosa hipopótamo suspiró con pasión.

—Eres un encanto. Además, protegía a las madres cuando daban a luz...

—¿Porque estás embarazada? —preguntó Carter, señalando su enorme panza con la barbilla.

Tauret puso cara de desconcierto.

—No. ¿Por qué lo dices?

—Hummm...

—Vale —interrumpí—, estabas explicándonos por qué cuidas de los dioses ancianos.

Tauret volvió a mirar el reloj de sol y me alarmó lo deprisa que la sombra se acercaba al seis.

—Siempre me ha gustado ayudar a la gente, pero en el mundo superior, en fin... fue evidente que ya no le hacía falta a nadie. —Puso cuidado en no mirar a Bes, pero el dios enano se sonrojó aún más—. Lo que sí hacía falta era que alguien cuidara de los dioses ancianos. Supongo que es porque entiendo su tristeza, porque sé lo que es esperar y esperar...

Bes se tapó la boca con la mano para toser.

—¡Mirad qué hora es! A ver, lo de Ra. ¿Alguna vez te has cruzado con él desde que trabajas aquí?

Tauret lo meditó.

—Puede ser. Una vez vi un dios con cabeza de halcón en una habitación del ala sudeste, hace... bueno, siglos. Pensé que era Nemty, pero podría haber sido Ra. Le gustaba salir por ahí en forma de halcón de vez en cuando.

—Dinos por dónde se va —le supliqué—. Si nos acercamos un poco, el *Libro de Ra* podría guiarnos.

Tauret se volvió hacia Bes.

—¿Esto me lo estás pidiendo por ti mismo, Bes? ¿De verdad crees que es importante, o lo haces solo porque te lo dijo Bast?

—¡No! ¡Sí! —Bes hinchó los mofletes, fuera de quicio—. O sea, sí, es importante. Sí, te lo pido por mí mismo. Necesito tu ayuda.

Tauret sacó una antorcha del soporte más cercano.

—En ese caso, es por aquí.

Recorrimos los pasillos de un centro de la tercera edad mágico e infinito, guiados por una enfermera hipopótamo con una antorcha. En el fondo, una noche como otra cualquiera para los Kane.

Pasamos delante de tantas habitaciones que perdí la cuenta. La mayoría de las puertas estaban cerradas pero, más allá de las que no, vimos a viejos dioses endeble en camas, atentos a la intermitente luz azul de los televisores o simplemente tumbados en la oscuridad llorando. Después de unas treinta habitaciones de ese estilo, dejé de mirar. Era demasiado triste.

Llevaba el *Libro de Ra* en la mano, con la esperanza de que se calentara si nos acercábamos al dios solar, pero no hubo suerte. Tauret vacilaba en cada intersección. Se le notaba que no tenía claro por dónde debía llevarnos.

Recorridos varios pasillos más sin ningún cambio en el papiro, empecé a desesperarme. Carter debió de darse cuenta.

—Tranquila —me dijo—. Le encontraremos.

Recordé lo rápido que avanzaba la sombra en el puesto de enfermería. Y pensé en Vlad Ménshikov. Quería creer que se había convertido en ruso rebozado cuando cayó al Lago de Fuego, pero supuse que sería esperar demasiado. Si seguía tras nuestra pista, no podía estar muy lejos.

Doblamos otra esquina y Tauret se detuvo.

—Oh, cielos.

Delante de nosotros daba saltos una mujer con cabeza de rana... y cuando digo «saltos», me refiero a que recorría tres metros con cada uno, paraba un momento a croar, saltaba a una pared y se quedaba allí pegada hasta que se proyectaba hacia la de enfrente. Su cuerpo y extremidades tenían aspecto humano, e iba vestida con una bata verde de hospital, pero su cabeza era la de un anfibio: marrón, húmeda y llena de bultos. Sus ojos saltones giraban en todas las direcciones y, por el matiz angustiado de su croar, deduje que se había perdido.

—Heket ha vuelto a salir —dijo Tauret—. Disculpádmeme un momento.

Fue correteando hacia la mujer rana.

Bes sacó un pañuelo del bolsillo de su camisa hawaiana y se secó la frente con nerviosismo.

—Ya decía yo que no se sabía nada de Heket desde hacía tiempo. Es la diosa rana, ¿sabéis?

—Jamás lo habría adivinado —dijo Carter.

Miramos a Tauret mientras intentaba tranquilizar a la vieja diosa. Le habló en tono calmado, prometiéndole que la ayudaría a encontrar su cuarto si dejaba de rebotar en las paredes.

—Es una mujer genial —dije—. Tauret, quiero decir.

—Sí —dijo Bes—. Sí, es maja.

—¿Cómo que maja? —repliqué—. Está claro que le gustas. ¿Por qué eres tan...?

—De pronto la verdad me dio un bofetón en la cara. Me sentí casi tan lela como Carter—. Ah, ya veo. Antes ha comentado algo de una época horrible en un palacio, ¿verdad? Ella fue quien te liberó en Rusia.

Bes volvió a pasarse el pañuelo por la frente. Sudaba como un condenado.

—¿P-por qué lo dices?

—¡Porque cuando está cerca te mueres de vergüenza! Como si... —Estuve a punto de decir: «Cómo si te hubiera visto en calzoncillos», pero dudé que tuviera significado para el dios de los *slips*—. Como si te hubiera visto en tu peor momento, y tú quisieras olvidarlo.

Bes se quedó mirando a Tauret con expresión dolida, igual que había mirado el palacio del príncipe Ménshikov en San Petersburgo.

—Es que me salva una y otra vez —dijo abatido—. Siempre se porta de maravilla conmigo, siempre es simpática y amable. En los viejos tiempos, la gente daba por hecho que salíamos juntos. Todos decían que hacíamos muy buena pareja; los dos dioses que espantaban demonios, los dos inadaptados, lo que sea. Sí que salimos juntos un par de

veces, pero Tauret era demasiado... demasiado maja. Y además, yo estaba un poco obsesionado con otra persona.

—Bast —aventuró Carter.

El dios de los enanos dejó caer los hombros.

—¿Tanto se nota? Sí, con Bast. Era la diosa más popular entre la plebe. Yo era el dios más popular. Así que, ya sabéis, solíamos vernos en festivales y cosas por el estilo. Era... bueno, era hermosa.

«Típico de los tíos —pensé—, fijarse solo en la superficie.» Pero mantuve la boca cerrada.

—De todas formas —siguió Bes tras un suspiro—, Bast siempre me ha tratado como a un hermano pequeño. Aún lo hace. No tiene el menor interés en mí, pero me llevó mucho tiempo darme cuenta. De tan obsesionado que estaba, la verdad es que no he tratado muy bien a Tauret durante todos estos años.

—Y, aun así, fue a Rusia para rescatarte —dije.

Él asintió.

—Lancé llamadas de auxilio. Pensaba que vendría a salvarme Bast, u Horus, o cualquiera. No sabía dónde estaban todos, ya me entendéis, pero en los viejos tiempos tenía muchos amigos. Supuse que alguno aparecería. La única que se presentó fue Tauret. Arriesgó su vida para infiltrarse en palacio durante la boda enana. Lo vio todo... me vio humillado delante de todos aquellos nobles. Durante la noche, rompió mi jaula y me sacó de allí. Se lo debo todo. Pero en cuanto fui libre... huí de ella. Tenía tanta vergüenza que no podía mirarla a la cara. Cada vez que pienso en ella, recuerdo aquella noche y vuelvo a oír las carcajadas.

Tenía un dolor agudo en la voz, como si nos contara algo que le había sucedido ayer, no hace tres siglos.

—Pero eso no es culpa de ella —le dije con voz amable—. Está claro que se preocupa por ti.

—Es demasiado tarde —dijo—. Le he hecho demasiado daño. Desearía poder atrasar el reloj, pero...

Su voz decayó. Tauret volvía hacia nosotros, llevando a la diosa rana del brazo.

—Venga, querida —dijo Tauret—. Ven con nosotros y te llevaremos a tu cuarto. No hace falta liarse a brincos.

—Pero es un salto de fe. —La voz de Heket fue un estertor; me refiero a que sonó igual, no a que estuviera muriéndose delante de nosotros, por suerte—. Mi templo tiene que estar por aquí, en algún sitio. Estaba en Gesa, una ciudad preciosa.

—Sí, querida —dijo Tauret—. Pero tu templo ya no existe. Todos nuestros templos han desaparecido. Lo que tienes es un dormitorio muy bonito, eso sí...

—No —dijo Heket con un hilo de voz—. Los sacerdotes me harán sacrificios. Debo... —Fijó en mí sus grandes ojos amarillos y comprendí lo que debía de sentir una mosca justo antes de que la fulminara la lengua de una rana—. ¡Es mi sacerdotisa! ¡Ha venido de visita!

—No, querida —dijo Tauret—. Esta es Sadie Kane.

—Mi sacerdotisa. —Heket me dio unos golpecitos en el hombro con sus dedos húmedos y palmeados, y yo procuré no encogerme—. Di a los del templo que empiecen sin mí, ¿quieres? Yo me pasaré más tarde. ¿Se lo dirás?

—Hummm, sí —dije—. Por supuesto, lady Heket.

—Bien, bien. —Se le desenfocó la mirada—. Tengo mucho sueño. Recordar cuesta

tanto...

—Sí, querida —dijo Tauret—. ¿Por qué no te echas en una de estas habitaciones, de momento?

Metió a Heket en la siguiente habitación vacía.

Bes la siguió con su mirada triste.

—Soy muy mal enano.

Quizá tendría que haberle dado ánimos, pero tenía la cabeza ocupada con otras cosas. «Que empiecen sin mí —había dicho Heket—. Un salto de fe.»

De repente, me quedé sin aliento.

—¿Sadie? —dijo Carter—. ¿Qué te pasa?

—Ya sé por qué no nos guía el papiro —dije—. Tengo que empezar con la segunda parte del hechizo.

—Pero si aún no hemos llegado —objetó Carter.

—Ni llegaremos, a no ser que inicie el hechizo. Es parte de la forma de localizar a Ra.

—¿El qué? —Tauret apareció al lado de Bes, que del salto que dio estuvo a punto de dejarse la camisa hawaiana.

—El hechizo —dije—. Debo dar un salto de fe.

—Creo que se ha contagiado de la diosa rana —titubeó Carter.

—¡No, cazurro! —exclamé—. Es la única forma de encontrar a Ra. Estoy segura.

—Eh, chavala —dijo Bes—. Como empieces ese hechizo y no hayamos encontrado a Ra cuando termines de leerlo...

—Lo sé. Me saldrá el hechizo por la culata. —Lo de «por la culata» era en sentido bastante literal. Si la magia no encontraba su objetivo asignado, el poder del *Libro de Ra* podía estallarme en la cara. Insistí: Es la única forma. No tenemos tiempo para vagar por estos pasillos, y Ra solo aparecerá si lo convocamos. Tenemos que demostrar nuestra valía aceptando el riesgo. Vais a tener que hacerme de lazarillos. No se me puede atrancar la lengua.

—Tienes valor, querida. —Tauret levantó su antorcha—. No te preocupes, yo iré guiándote. Tú lee y no te preocupes.

Desplegué el papiro hasta la segunda sección. Las hileras de jeroglíficos, que antes me habían parecido frases inconexas y absurdas, ahora estaban claras como el agua.

—«Yo invoco el nombre de Ra» —leí en voz alta—. «Rey durmiente, señor del sol de mediodía, que os sentáis en el Trono de Fuego...»

Bueno, ya os hacéis a la idea. Describí el alzamiento de Ra desde el mar del caos. Narré cómo bañó con su luz la tierra primigenia de Egipto, llevando la vida al valle del Nilo. Según avanzaba en la lectura, iba sintiendo más calor.

—Sadie —dijo Carter—, echas humo.

Es difícil no entrar en pánico cuando alguien hace un comentario así, pero observé que Carter tenía razón. Me salían volutas de humo del cuerpo, que se acumulaban en una columna gris y se perdían pasillo abajo. Carter dijo:

—¿Me lo parece a mí o ese humo nos señala el camino? ¡Au!

Eso último fue porque le había dado un pisotón, cosa que puedo hacer fácilmente y sin perder la concentración. Captó la idea: «Calla y empieza a andar».

Tauret me cogió del brazo y me llevó hacia delante. Bes y Carter iban a los lados, como guardias de seguridad. Seguimos el rastro de humo por otros dos pasillos y unas escaleras. El *Libro de Ra* empezó a quemar en mis manos. El humo que me salía del cuerpo

empezó a taparme las letras.

—Vas muy bien, Sadie —dijo Tauret—. Este pasillo me suena.

No sabía cómo los diferenciaba, pero seguí centrada en el papiro. Describí la barcaza solar de Ra surcando el cielo. Hablé de su sabiduría como monarca y de las batallas en las que había derrotado a Apofis.

Me resbaló una gota de sudor por la cara. Los ojos empezaron a picarme. Esperé que no fuese porque estaban ardiendo.

Cuando llegué a la frase «Ra, el zenit del sol», fui consciente de que nos habíamos detenido ante una puerta.

No parecía distinta a las demás puertas, pero la abrí y pasé al otro lado. No dejé de leer, aunque me acercaba demasiado rápido al final del conjuro.

La habitación estaba a oscuras. A la luz crepitante de la antorcha de Tauret, vi dormido en su cama al hombre más viejo del mundo. Tenía la cara ajada, los brazos como palillos, la piel tan traslúcida que se le veían todas las venas. Algunas momias de Bahariya habían parecido más vivas que aquel vejstorio. «La luz de Ra regresa», leí. Señalé con la cabeza las gruesas cortinas de las ventanas, y por suerte Bes y Carter entendieron lo que quería. Abrieron las cortinas y la luz roja del Lago de Fuego inundó la habitación. El anciano no se movió. Tenía la boca fruncida, como si le hubieran cosido los labios.

Me acerqué a un lado de la cama y seguí leyendo. Describí el despertar de Ra al amanecer, sentado en su trono y ascendiendo al cielo en su barcaza, mientras las plantas se volvían hacia el calor del sol.

—No funciona —murmuró Bes.

Me puse nerviosa. Solo quedaban dos líneas. Ya notaba el poder del hechizo acumulándose, empezando a sobrecalentar mi cuerpo. Seguía echando humo, y no me hacía gracia el olor a Sadie a la parrilla. O despertaba a Ra o me quemaría viva.

La boca del dios... pues claro.

Dejé el papiro en la cama de Ra e hice lo posible por mantenerlo extendido con una sola mano.

—«Yo entono alabanzas al dios del sol.»

Extendí el brazo libre hacia Carter y chasquéé los dedos.

Gracias al cielo, Carter me entendió.

Hurgó entre los trastos de mi bolsa y me pasó la azuela *netjeri* de obsidiana que me había dado Anubis. Si había un momento apropiado para la apertura de la boca, era aquel.

Toqué los labios del anciano con mi navaja y pronuncié el último renglón del sortilegio:

—«Despertad, mi rey, con el nuevo día.»

El paciente inhaló de repente. El humo entró en espiral por su boca como si se hubiera transformado en una aspiradora, y la magia del conjuro fluyó hacia él. Mi temperatura volvió a su nivel normal. Casi me caí al suelo del alivio.

Ra movió un poco los ojos y por fin los abrió. Con una fascinación horrorizada, observé cómo volvía a fluir la sangre por sus venas, inflándolo poco a poco igual que un globo.

Giró la cabeza hacia mí, con los ojos desenfocados y lechosos por las cataratas.

—¿Eh?

—Sigue estando viejo —dijo Carter, nervioso—. ¿No tendría que haber rejuvenecido?

Tauret hizo una reverencia al dios solar (cosa que no deberíais intentar si sois

hipopótamos embarazadas con tacones) y le puso una mano en la frente.

—Aún no está completo —dijo la diosa—. Tendréis que seguir su viaje nocturno hasta el final.

—Y lanzar la tercera parte del hechizo —conjeturó Carter—. Aún le falta un aspecto, ¿no? ¿El escarabajo?

Bes asintió, aunque no era precisamente la viva imagen del optimismo.

—Jepri, el escarabajo. Puede ser que, si encontramos la última parte de su alma, renazca como debe ser.

Ra nos dedicó una sonrisa desdentada.

—¡Me gustan las zarigüeyas!

Estaba tan agotada que podría haberlo oído mal.

—Perdona, ¿acabas de decir «zarigüeyas»?

Nos sonrió como un niño que acaba de descubrir algo maravilloso.

—Los wombats están enfermos.

—Vaaale —dijo Carter—. A lo mejor es que hay que darle esto...

Sacó el cayado y el látigo de su cinturón y se los ofreció a Ra. El viejo dios se llevó el cayado a la boca y empezó a usarlo de chupete.

Cada vez estaba más angustiada, y no solo por el estado de Ra. ¿Cuánto tiempo había pasado, y dónde estaba Vlad Ménshikov?

—Vamos a llevarlo al barco —dije—. Bes, ¿puedes...?

—Ajá. Disculpadme, lord Ra. Voy a tener que llevaros en brazos.

Levantó al dios solar de su cama y salimos de la habitación a toda prisa. Ra no debía de pesar demasiado, y Bes no tenía ningún problema en seguirnos el ritmo, aun con sus piernas cortas. Corrimos por los pasillos, volviendo sobre nuestros pasos mientras Ra gritaba:

—¡Yupiii! ¡Yupiii! ¡Yupiii!

A lo mejor él se lo estaba pasando bien, pero yo estaba atormentada. Con todo lo que habíamos sufrido, ¿ese era el tipo de dios que despertábamos? Carter parecía igual de taciturno que yo.

Corrimos entre los demás dioses decrepitos, que se emocionaron bastante al vernos. Algunos señalaron e hicieron gorgoritos. Un viejo dios con cabeza de chacal agitó su portasueros y gritó:

—¡Aquí llega el Sol! ¡Allá que va el Sol!

Cruzamos el vestíbulo a la carrera, y Ra dijo:

—Oh, oh. Oh, oh en el suelo.

La cabeza le bailaba. Pensé que quería que Bes lo bajara, pero entonces vi que miraba algo. En el suelo, junto a mi pie, relucía un colgante de plata, el familiar amuleto con forma de serpiente.

Para ser alguien que hacía pocos minutos echaba humo, me quedé helada de golpe.

—Ménshikov —dije—. Ha estado aquí.

Carter sacó su varita y miró en todas direcciones.

—¿Dónde se ha metido? ¿Por qué iba a perder el colgante y marcharse?

—Lo habrá dejado aposta —supuse—. Se burla de nosotros.

Tan pronto como lo dije, supe que era verdad. Casi pude oír las carcajadas de Ménshikov mientras seguía su travesía por el río, por delante de nosotros.

—¡Tenemos que llegar al barco! —exclamé—. Rápido, antes de que...

—Sadie. —Bes señaló el puesto de enfermería. Tenía la cara muy seria.

—Oh, no —dijo Tauret—. No, no, no...

En el reloj de sol, la sombra del gnomon apuntaba al ocho. Significaba que, aunque todavía pudiéramos salir de la Cuarta Casa, y aunque pudiéramos cruzar la Quinta, la Sexta y la Séptima, daría igual. Por lo que nos había explicado Tauret, las puertas de la Octava Casa ya estarían cerradas.

Normal que Ménshikov nos hubiera dejado allí sin molestarse en luchar con nosotros.

Ya habíamos perdido.

21. Ganamos un poco de tiempo

CARTER

D después de haber tenido que despedirme de Zia en la Gran Pirámide, creía que era imposible estar más deprimido. Me equivocaba.

Allí, de pie en el muelle junto al Lago de Fuego, me dije que podría tirarme haciendo la bomba a la lava y no cambiaría nada.

No era justo. Habíamos llegado hasta allí arriesgando muchísimo, y todo para que nos derrotara un límite de tiempo. Fin de la partida. ¿Qué posibilidad había de que alguien lograra restaurar a Ra? No podía hacerse.

Carter, esto no es un juego, dijo la voz de Horus dentro de mi cabeza. No se supone que deba poder hacerse. Debéis seguir adelante.

Yo no veía ninguna razón. Las puertas de la Octava Casa ya estaban cerradas. Ménshikov se había marchado dejándonos atrás.

Tal vez ese fuera su plan desde el principio. Nos permitiría despertar a Ra parcialmente para que el dios solar estuviera viejo y débil. Luego podía dejarnos atrapados en la Duat mientras ponía en práctica la magia maligna que tuviera preparada para liberar a Apofis. Cuando llegara el momento, no habría amanecer ni regresaría Ra. Quien se alzaría sería Apofis, para destruir la civilización. Nuestros amigos habrían luchado toda la noche en la mansión de Brooklyn para nada. Al cabo de veinticuatro horas, cuando por fin lográramos salir de la Duat, encontraríamos el mundo transformado en un páramo oscuro y gélido, gobernado por el caos. Habrían desaparecido todos nuestros seres queridos. Entonces Apofis sería libre de tragarse a Ra y culminar su victoria.

¿Por qué lanzarse a la carga si la batalla estaba perdida?

Un general nunca muestra desesperación, dijo Horus. Lo que hace es inspirar confianza en sus tropas. Encabeza la carga, aunque sea hacia las fauces de la muerte.

«Sí que estamos positivos —pensé—. ¿Quién te ha invitado a volver a mi cabeza?»

Pero, por muy molesto que fuera, Horus tenía al menos parte de razón. Sadie había hablado de esperanza, de creer que podíamos generar Maat a partir del caos, aunque pareciera imposible. Quizá era lo único que podíamos hacer: seguir intentándolo, seguir confiando en rescatar algo del desastre.

Amos, Zia, Walt, Jaz, Bast y nuestros jóvenes aprendices... todos ellos contaban con nosotros. Si nuestros amigos seguían vivos, yo no podía rendirme. Como mínimo, les debía eso.

Tauret nos acompañó a la barcaza solar mientras dos de sus *shabtis* subían a Ra a la cubierta.

—Bes, cuánto lo siento —dijo—. Ojalá pudiera hacer algo.

—No es culpa tuya. —Bes extendió el brazo como para una despedida formal, pero cuando sus dedos se tocaron cogió la mano de Tauret entre las suyas—. Tauret, nada ha sido culpa tuya nunca.

La diosa se sorbió la nariz.

—Oh, Bes...

—¡Yupiii! —interrumpió Ra mientras los *shabtis* lo acomodaban en el barco—.

¡Veo zarigüeyas! ¡Yupiii!

Bes carraspeó.

Tauret le soltó las manos.

—Esto... deberíais marcharos. A lo mejor Aaru os dará una solución.

—¿Aaru? —pregunté—. ¿Ese quién es?

Tauret no llegó a sonreír, pero sus ojos se llenaron de gentileza.

—No quién, querido, sino dónde: Aaru es la Séptima Casa. Salud a vuestro padre de mi parte.

Me animé un poquito.

—¿Mi padre estará allí?

—Carter, Sadie, buena suerte. —Tauret nos besó a los dos en la mejilla, una experiencia similar a recibir una bofetada de un globo aerostático amistoso, bigotudo y un poco pringoso.

La diosa miró a Bes y juraría que estaba a punto de echarse a llorar. Entonces se volvió y subió otra vez la escalera a toda velocidad, seguida por sus *shabtis*.

—Los wombats están enfermos —dijo Ra con tono pensativo.

Tras aquella revelación de sabiduría divina, subimos a bordo. La tripulación de luces brillantes accionó los remos, y el barco solar empezó a alejarse del muelle.

—Comer. —Ra empezó a masticar una cuerda con las encías.

—No puedes comerte eso, viejo idiota —le regañó Sadie.

—Esto... ¿chavala? —dijo Bes—. A lo mejor no deberías llamar «viejo idiota» al rey de los dioses.

—Es que lo es —dijo Sadie—. Ven conmigo, Ra. Vamos dentro de la carpa. Quiero comprobar una cosa.

—Carpa, no —murmuró él—. Zarigüeyas.

Sadie intentó agarrarle el brazo, pero el dios se alejó a cuatro patas y le sacó la lengua. Entonces mi hermana cogió el cayado del faraón de mi cinturón (sin pedir permiso, por supuesto) y lo movió como si fuera una chuchería para perros.

—¿Quieres el cayado, Ra? Mmm, qué rico está el cayado.

Ra hizo un leve ademán de cogerlo. Sadie retrocedió y, poco a poco, logró llevar a Ra hasta el dosel. Tan pronto como el dios llegó al estrado vacío, estalló una luz brillante a su alrededor que me dejó cegado del todo.

—¡Carter, mira! —gritó Sadie.

—Ojalá pudiera. —Parpadeé hasta dejar de ver chiribitas.

En el estrado había una silla de oro fundido, un trono en llamas con deslumbrantes jeroglíficos blancos tallados. Tenía exactamente el aspecto que había descrito Sadie de su visión pero, al verlo con mis propios ojos, me pareció el mueble más hermoso y terrible del universo. Las luces de la tripulación revoloteaban emocionadas a su alrededor, más brillantes que nunca.

Ra ni siquiera vio el asiento, o le dio igual. Su bata de hospital se había transformado en una túnica regia con gorguera de oro, pero seguía teniendo el mismo aspecto de viejo decrépito.

—Siéntate —le dijo Sadie.

—No quiero silla —musitó él.

—Eso ha sido casi una oración completa —dije—. ¿Será buena señal?

—¡Zarigüeyas! —Ra le quitó el cayado a Sadie y se puso a renquear de lado a lado de la cubierta, gritando—: ¡Yupiii! ¡Yupiii!

—¡Lord Ra! —exclamó Bes—. ¡Tened cuidado!

Me planteé placar al dios solar antes de que pudiera caerse por la borda, pero me preocupaba cómo podría reaccionar la tripulación. Entonces Ra solucionó él solo el problema. Se estampó contra el mástil y se derrumbó en la cubierta.

Todos corrimos hacia él, pero el viejo dios solo parecía aturdido. Soltó baba y farfulló mientras tirábamos de él hacia el pabellón y lo sentábamos en su trono. Fue complicado, porque el trono irradiaba calor a unos quinientos grados de temperatura, y yo no quería arder (de nuevo), pero Ra no daba signos de que le afectara.

Dimos unos pasos atrás y miramos al rey de los dioses, apoltronado en su trono y roncando abrazado al cayado como si fuera un osito de peluche. Le puse su látigo de batalla en el regazo, esperando que sirviera de algo... no sé, que completara sus poderes o alguna cosa parecida. Pero no.

—Wombats enfermos —murmuró.

—Contemplad —dijo Sadie con mala cara— al poderoso Ra.

Bes le lanzó una mirada de irritación.

—Muy bien, chavala. Tú búrlate. A los dioses nos encanta que los mortales se rían de nosotros.

La expresión de Sadie se suavizó.

—Perdona, Bes. No pretendía...

—Da igual. —Se marchó dando zancadas hacia la proa.

Sadie me miró desesperada.

—De verdad que no quería...

—Solo está estresado —le dije—, igual que nosotros. Todo irá bien.

Sadie se limpió una lágrima de la mejilla.

—El mundo está a punto de acabar, estamos encerrados en la Duat, ¿y tú me dices que todo irá bien?

—Vamos a ver a papá. —Intenté transmitirle confianza, aunque yo no la tuviera. «Un general nunca muestra desesperación»—. Él nos echará una mano.

Cruzamos el Lago de Fuego hasta que las dos orillas vinieron a nuestro encuentro para volver a formar un río, y la corriente de llamas pasó a ser otra vez de agua. El resplandor del lago perdió intensidad detrás de nosotros. La corriente arreció y supe que habíamos entrado en la Quinta Casa.

Pensé en mi padre, y en si de verdad podría echarnos una mano. En los últimos meses había estado muy poco hablador. Supongo que tampoco debería extrañarme, porque mi padre había pasado a ser el señor del inframundo. Seguro que allí abajo su móvil no tenía muy buena cobertura. Aun así, me ponía nervioso ir a verlo en el momento de mi mayor fracaso.

Aunque las aguas estaban oscuras, el Trono de Fuego casi brillaba demasiado para poder mirarlo. Nuestra barcaza proyectaba un resplandor cálido sobre las dos orillas.

A ambos lados del río, aparecieron aldeas fantasmales entre la penumbra. Las almas perdidas corrían hasta la ribera para vernos pasar. Después de tantos milenios a oscuras, parecían patidifusas al ver al dios solar. Muchas de ellas intentaban saludarnos con vítores, pero de sus bocas no salía ningún sonido. Otras estiraban los brazos hacia Ra. Sonreían al disfrutar de su cálida luz. Sus figuras parecieron solidificarse. Sus caras y su ropa recuperaron el color. Después de dejarlas atrás en la oscuridad, conservé la imagen de sus rostros agradecidos y sus manos extendidas.

Por algún motivo, me hizo sentir mejor. Al menos les habíamos enseñado el Sol por

última vez antes de que el caos destruyera el mundo.

Me pregunté si Amos y nuestros amigos seguirían con vida, defendiendo la Casa de Brooklyn contra el pelotón de ataque reunido por Vlad Ménshikov y aguardando nuestro regreso. Deseé volver a ver a Zia, aunque solo fuera para disculparme por haberle fallado.

Las Casas Quinta y Sexta pasaron rápidamente, aunque no sabría decir cuánto tiempo exacto tardamos en recorrerlas. Pasamos por más aldeas fantasma, por playas con huesos en vez de arena y por cavernas llenas de *bas* alados que volaban confundidos de un lado a otro, se daban golpes contra las paredes de roca y zumbaban alrededor de la barcaza solar como polillas en torno a la luz de un porche. Navegamos por unos rápidos muy peligrosos, aunque nuestra tripulación luminosa hizo que parecieran fáciles de superar. Unas cuantas veces salieron del río monstruos parecidos a dragones, pero Bes les gritó «¡UH!» y las bestias volvieron gimoteando al agua. Ra estuvo dormido todo el tiempo, roncando bien a gusto en su trono ardiente.

Por último, el río se hizo más lento y ancho. El agua se volvió tranquila como el chocolate derretido. La barcaza solar entró en una nueva caverna y los cristales azules del techo centellearon al reflejar la luz de Ra, de modo que parecía que el sol normal cruzara un cielo despejado. En la costa se veían palmeras y nubes de gas de los pantanos. Más allá se extendían unas colinas verdes con acogedoras casitas blancas de adobe. Una bandada de ocas pasó volando sobre nosotros. El aire olía a jazmín y pan recién horneado. Todo mi cuerpo se relajó, igual que al volver de un largo viaje y entrar en casa para caer por fin en tu propia cama.

—Aaru —anunció Bes. Ya no sonaba tan gruñón, y las arrugas de preocupación se le suavizaron—. El más allá de los egipcios. La Séptima Casa. Supongo que vosotros lo llamaríais el paraíso.

—No es que vaya a quejarme —dijo Sadie—. Es mucho más agradable que Acres Soleados, y por fin huele a comida decente, pero ¿eso significa que estamos muertos?

Bes negó con la cabeza.

—Esto era una etapa normal en la ruta nocturna de Ra. Una parada en boxes, para que lo entendáis. Se quedaba un tiempo aquí junto a su anfitrión, comía, bebía y descansaba antes del último tramo de su recorrido, que era el más peligroso.

—¿Su anfitrión? —pregunté, aunque tenía bastante claro a quién se refería Bes.

El barco viró hacia un embarcadero, donde nos esperaban un hombre y una mujer. Mi padre llevaba su traje marrón de costumbre. Tenía la piel brillante y con un ligero tinte azulado. Mamá titilaba con un tono fantasmal de blanco, y sus pies no terminaban de posarse en los tablones.

—Por supuesto —dijo Bes—. Estamos en los dominios de Osiris.

—Sadie, Carter. —Mi padre nos abrazó a los dos como si aún fuéramos pequeños, pero no protestamos.

Lo noté sólido y humano, tan idéntico a su antiguo yo que necesité toda mi fuerza de voluntad para no echarme a llorar. Tenía la perilla pulcramente recortada. La calva brillante, como siempre. Hasta olía a la misma colonia, con su leve aroma a ámbar.

Nos cogió a los dos de los hombros para examinarnos, con los ojos iluminados. Casi podría haber pensado que era un mortal normal y corriente, pero al mirarlo de cerca se distinguía otra capa de su apariencia, como una imagen superpuesta y algo borrosa: la de un hombre de piel azul con túnica blanca y corona de faraón. Llevaba al cuello un amuleto *dyed*, el símbolo de Osiris.

—Papá —dije—, hemos fracasado.

—Chist —replicó—. No quiero oírte decir eso. Este es momento de descansar y renovaros.

Mamá sonrió.

—Hemos observado vuestros progresos. Qué valientes habéis sido los dos.

Verla a ella se me hacía más difícil que ver a mi padre. No podía abrazarla porque no tenía sustancia física, y cuando me tocó la cara no noté nada más que una brisa cálida. Estaba igualita que la recordaba, con el cabello rubio suelto sobre los hombros y los ojos azules llenos de vida, pero ahora solo era un espíritu. Su vestido blanco parecía hecho de tela de niebla. Si la miraba directamente, daba la impresión de disolverse entre la luz de la barcaza solar.

—Estoy muy orgullosa de los dos —dijo—. Venid, que os hemos preparado un banquete.

Me dejé guiar por la orilla con la mente en las nubes. Bes se ocupó de llevar al dios solar, que parecía de buen humor después de embestir contra el mástil y echarse una siesta. Ra dedicó una sonrisa desdentada al mundo en general y dijo:

—Qué bonito. ¿Banquete? ¿Zarigüeyas?

Unos sirvientes espectrales que iban vestidos a la moda del antiguo Egipto nos llevaron hacia un pabellón exterior rodeado de estatuas a escala real de los dioses. De camino cruzamos un puente sobre un foso lleno de cocodrilos albinos, que me recordaron a Filipo de Macedonia y lo que debía de estar ocurriendo en la Casa de Brooklyn.

Entonces entré en el pabellón y me quedé boquiabierto.

Había un festín dispuesto sobre una larga mesa de caoba, que no era otra que nuestra mesa del comedor de cuando vivíamos en Los Ángeles. Tenía hasta la muesca que había hecho en la madera con mi primera navaja multiusos; fue la única vez que recuerdo ver a mi padre enfadado de verdad conmigo. Las sillas eran de acero inoxidable con asiento y respaldo de cuero, exactamente como las recordaba. Cuando volví a mirar al exterior, la imagen iba cambiando: ahora las colinas cubiertas de hierba y el cielo azul brillante del mas allá, luego las paredes blancas y los ventanales de cristal de nuestra vieja casa.

—Oh... —dijo Sadie con un hilo de voz. Tenía la vista fija en el centro de la mesa. Entre las bandejas de pizza, las fresas caramelizadas y todos los platos que se puedan imaginar, había una tarta helada azul y blanca, la misma que habíamos hecho explotar durante el sexto cumpleaños de Sadie.

—Espero que no te importe —dijo mamá—. He pensado que era una lástima que no llegaras a probarla. Feliz cumpleaños, Sadie.

—Sentaos, por favor. —Mi padre separó los brazos—. Bes, viejo amigo, ¿puedes acomodar a Ra en la cabecera de la mesa?

Yo empecé a sentarme en la silla más alejada de Ra, porque no quería que me babeara entero mientras intentaba comer sin dientes, pero mi madre dijo:

—No, ahí no, cariño. Ponte a mi lado. Ese sitio es para... otro invitado.

Dijo las dos últimas palabras como si le supieran a quina.

Recorrí la mesa con la mirada. Había siete sillas y solo éramos seis.

—¿Quién más viene?

—¿Anubis? —preguntó Sadie, esperanzada.

Papá soltó una risita.

—No es Anubis, aunque seguro que estaría aquí si pudiera.

Sadie se desinfló como si le hubieran quitado el tapón. [Sí, Sadie, de verdad que se

te notó tanto.]

—¿Dónde está? —preguntó.

Mi padre vaciló el tiempo justo para que pudiera reconocer su incomodidad.

—Ha salido. Vamos a comer, ¿queréis?

Me senté y acepté una porción de tarta que me trajo un camarero fantasma.

Cualquiera habría dicho que no tendría apetito, con eso de que el mundo se acababa, habíamos fracasado en nuestra misión y estaba sentado a una mesa de mi pasado en la Tierra de los Muertos, al lado del fantasma de mi madre y con mi padre del color del arándano. Pero todo eso a mi estómago le daba igual. Me comunicó que aún estaba vivo y que necesitaba alimento. La tarta era de chocolate, con helado de vainilla. Deliciosa. Antes de darme cuenta, ya me había zampado mi trozo y estaba poniéndome pizza de salchichón. Las estatuas de los dioses —Horus, Isis, Tot, Sobek— vigilaban a nuestras espaldas, dejándonos comer en silencio. Fuera del pabellón, las tierras de Aaru se desplegaban como si la caverna fuera infinita: colinas y praderas verdes, rebaños de animales bien alimentados, campos de cereal y huertos de palmeras datileras. Unos riachuelos convertían la marisma en un mosaico de islas, igual que el delta del Nilo, con pueblecitos de cuento de hadas para los muertos que habían sido buenos. Había barcos de vela surcando el río.

—Es el aspecto que tiene para los antiguos egipcios —dijo papá, como si me leyera la mente—. Pero cada alma ve Aaru un poco a su manera.

—¿Nuestra casa de Los Ángeles, por ejemplo? —pregunté yo—. ¿Con toda nuestra familia reunida alrededor de la mesa? ¿Esto es real?

Los ojos de papá se entristecieron como solían hacer siempre que le preguntaba por la muerte de mamá.

—La tarta de cumpleaños está buena, ¿eh? —dijo—. ¡Mi niñita tiene trece años! No puedo creer...

Sadie barrió su plato de un manotazo. Se hizo pedazos contra el suelo de piedra.

—¿Qué más da?! —gritó—. ¡El puñetero reloj de sol..., las dichasas puertas..., hemos fallado!

Se acunó la cara entre las manos y empezó a sollozar.

—Sadie. —Mi madre flotó a su lado como un banco de niebla cariñoso—. No pasa nada, tranquila.

—Pastel de luna —aportó Ra, con una barba del glaseado de la tarta alrededor de la boca. Estuvo a punto de caerse de la silla, pero Bes volvió a enderezarlo.

—Sadie tiene razón —dije—. Ra está en peor forma de lo que esperábamos. Aunque pudiéramos devolverlo al mundo mortal, nunca podría vencer a Apofis... a no ser que Apofis pueda morir de un ataque de risa.

Mi padre frunció el entrecejo.

—Carter, sigue siendo Ra, faraón de los dioses. Muéstrale respeto.

—¡No me gustan las burbujas! —Ra apartó dando manotazos a una esfera de luz que intentaba limpiarle la boca.

—Lord Ra —dijo mi padre—, ¿me recordáis? Soy Osiris. Solíais cenar en mi mesa todas las noches, descansando antes de vuestro viaje hacia el alba. ¿Os acordáis?

—Quiero wombat —dijo Ra.

Sadie dio un golpe en la mesa.

—¿Se puede saber qué significa eso?

Bes cogió un puñado de aquellas cosas recubiertas de chocolate —yo me temía que pudieran ser saltamontes— y se las fue echando a la boca.

—Aún no hemos completado el *Libro de Ra*. Tendríamos que encontrar a Jepri. Papá se mesó la perilla.

—Sí, el dios escarabajo, la forma de Ra como sol naciente. A lo mejor, si encontráis a Jepri, Ra puede renacer por completo. Pero tendríais que cruzar las puertas de la Octava Casa.

—Que están cerradas —dije yo—. Nos haría falta... no sé, poner el tiempo marcha atrás.

Bes dejó de masticar saltamontes. Separó los párpados de golpe, como si acabara de tener una revelación. Miró con incredulidad a mi padre.

—¿Él? ¿El invitado es él?

—¿Quién? —pregunté—. ¿De qué hablas? —Miré a mi padre, pero no quiso devolverme la mirada—. Papá, ¿qué pasa? —continué—. ¿Es posible cruzar las puertas? ¿Puedes teletransportarnos al otro lado, o algo parecido?

—Ojalá pudiera, Carter. Pero debéis recorrer el trayecto. Forma parte del renacimiento de Ra, y no puedo inmiscuirme en ello. De todos modos, tienes razón: necesitáis más tiempo. Podría haber una solución, aunque nunca os la plantearía si no nos jugáramos tanto...

—Es peligroso —nos advirtió mi madre—. Yo opino que demasiado.

—¿Que es eso tan peligroso? —preguntó Sadie.

—Yo, supongo —dijo una voz detrás de mí.

Me giré y vi a un hombre de pie, con las manos apoyadas en mi respaldo. O se había acercado con tanto sigilo que no lo había oído, o se había materializado allí mismo.

Aparentaba unos veinte años, delgado, alto y así como sofisticado. Su cara era totalmente humana, pero tenía los iris plateados. Llevaba la cabeza afeitada, exceptuando una coleta de cabello negro lustroso que llevaba a un lado, como los jóvenes del antiguo Egipto. Su traje plateado parecía italiano (que conste que lo sé porque Amos y mi padre eran unos fanáticos de los trajes). El tejido rielaba como una estrafalaria mezcla de seda y papel de aluminio. Llevaba una camisa negra estilo chino, y varios kilos de cadenas de platino alrededor del cuello. La joya más enorme de todas era una media luna de plata. Cuando hizo tablear los dedos contra mi respaldo, sacó destellos a sus anillos y al Rolex de platino. Si me lo hubiera encontrado en el mundo mortal, lo habría tomado por un joven multimillonario nativo americano, dueño de un casino. Pero allí, en la Duat, con ese amuleto de media luna en el cuello...

—¡Pastel de luna! —graznó Ra, encantado.

—Eres Jonsu —supuse en voz alta—, el dios de la Luna.

Me dedicó una sonrisa lobuna, mirándome como si fuera un aperitivo.

—A vuestro servicio —dijo—. ¿Os apetece echar una partidita?

—Oh, no —gruñó Bes.

Jonsu extendió los brazos como en un abrazo imaginario.

—¡Bes, viejo amigo! ¿Cómo te va todo?

—No me vengas con «viejo amigo», maldito genio de la estafa.

—¡Me duele que me digas eso! —Jonsu se sentó a mi derecha y se inclinó hacia mí en gesto conspirador—. El pobre Bes apostó contra mí hace eones, ¿sabes? Quería más tiempo para estar con Bast. Apostó unos cuantos palmos de su altura, y me temo que los perdió.

—¡Eso no fue lo que pasó! —rugió Bes.

—Caballeros —dijo mi padre en su tono paternal más severo—. Los dos sois invitados a mi mesa. No quiero peleas.

—Por supuesto, Osiris. —Jonsu le dedicó una sonrisa radiante—. Es un honor estar aquí. ¿Estos son tus famosos hijos? ¡Maravilloso! ¿Estáis listos para jugar, chicos?

—Julius, no comprenden el riesgo —argumentó mi madre—. No podemos dejar que lo hagan.

—Un momento —dijo Sadie—. ¿Que hagamos qué, exactamente?

Jonsu chasqueó los dedos y toda la comida de la mesa desapareció, reemplazada por un brillante y plateado tablero de senet.

—¿No has oído hablar de mí, Sadie? ¿Isis no te ha contado ninguna historia? ¿Ni Nut? ¡Ella sí que sabía apostar! La diosa del cielo no paró de jugar hasta que me hubo sacado cinco días enteros. ¿Sabéis cómo son las probabilidades en contra de ganar durante tanto tiempo? ¡Astronómicas! Claro que ella está cubierta de estrellas, así que supongo que también es astronómica.

Jonsu se rió de su propio chascarrillo, en apariencia sin importarle que nadie más le imitara.

—Ya me acuerdo —dije—. Hiciste una apuesta con Nut, y ella ganó suficiente luz de luna para crear cinco días adicionales, los días demoníacos. Así fue como se saltó la orden de Ra de no poder dar a luz a sus cinco hijos en ningún día del año.

—Nutritivo —murmuró Ra—. Feo.

El dios lunar enarcó una ceja.

—Caray, Ra no se encuentra nada bien, ¿verdad? Pero sí, Carter Kane. Esa es la historia exacta. Soy el dios de la luna, pero también tengo cierta influencia sobre el tiempo. Puedo alargar o acortar las vidas de los mortales. Mis poderes afectan hasta a los dioses. La luna es voluble, ¿sabes? Su luz crece y decrece. En mis manos, el tiempo también puede crecer y decrecer. Vosotros necesitáis... ¿unas tres horas adicionales? Yo puedo hilvanáoslas con luz de luna, si tu hermana y tú estáis dispuestos a apostar para conseguirlas. Puedo hacer que las puertas de la Octava Casa aún no se hayan cerrado.

No comprendía cómo era posible revertir el tiempo, o insertar otras tres horas en la noche, pero por primera vez desde los Acres Soleados sentí una chispita de esperanza.

—Si puedes ayudarnos, ¿por qué no nos das ese tiempo y punto? Está en juego el destino del mundo.

Jonsu rió de buena gana.

—¡Muy buena! ¡Daros tiempo y punto, dice! No, en serio. Si empezara a regalar algo tan valioso como si nada, la Maat se vendría abajo. Además, no se puede jugar al senet sin apostar. Que os lo diga Bes.

El dios enano escupió una pierna de saltamontes.

—No lo hagas, Carter. ¿Sabes lo que se decía de Jonsu en los viejos tiempos? Hay un poema sobre él tallado en algunas pirámides. Se llama el *Himno caníbal*. Jonsu llegaba a acuerdos con los faraones y asesinaba a los dioses que les fastidiaban. Devoraba sus almas y se apropiaba de su fuerza.

El dios lunar puso los ojos en blanco.

—¡Eso es historia antigua, Bes! Llevo sin devorar una sola alma... ¿en qué mes estamos? ¿Marzo? Lo que digo es que estoy totalmente adaptado al mundo moderno. Ahora soy de lo más civilizado. Deberías ver mi ático en el Luxor de las Vegas. ¡Por fin! ¡Estados Unidos sí que tiene una civilización como debe ser! —Me sonrió, mirándome con sus ojos de plata rápidos como los de un tiburón—. Bueno, ¿qué decís? ¿Carter? ¿Sadie? Jugad

contra mí al senet. Tres fichas yo, tres vosotros. Necesitáis tres horas de luz de luna, así que os hará falta otra persona para igualar la apuesta. Por cada ficha de vuestro equipo que llegue al objetivo y salga del tablero, os concederé una hora. Si ganáis, son tres horas de más: el tiempo justo para cruzar las puertas de la Octava Casa.

—¿Y si perdemos? —pregunté.

—Ah... ya sabéis. —Jonsu movió la mano como si habláramos de molestos tecnicismos—. Por cada pieza que saque yo del tablero, me quedaré con el *ren* de uno de vosotros.

Sadie apoyó los codos en la mesa.

—¿Quedarte nuestro nombre secreto significa que tendríamos que decírtelo, compartirlo contigo?

—Compartir... —Jonsu se acarició la coleta, como si intentara recordar el significado de la palabra—. No, nada de compartir. Lo que ocurrirá es que devoraré vuestro *ren*.

—Borrando una parte de nuestras almas —dijo Sadie—. Te llevarías nuestros recuerdos, nuestra identidad.

El dios lunar se encogió de hombros.

—La parte positiva es que no moriríais. Solo...

—Nos volveríamos vegetales —adivinó Sadie—. Como Ra, aquí presente.

—No quiero vegetales —murmuró Ra, molesto. Intentó meterse la camisa de Bes en la boca, pero el dios enano se apartó.

—Tres horas —dije yo— contra tres almas.

—Carter, Sadie, no estáis obligados a hacerlo —dijo mi madre—. No contamos con que aceptéis ese riesgo.

La había visto infinidad de veces en fotografías y en mis recuerdos, pero por primera vez fui plenamente consciente de lo mucho que se parecía a Sadie... o, más bien, de lo mucho que Sadie empezaba a parecerse a ella. Las dos tenían la misma mirada feroz y resuelta. Las dos levantaban un poco la barbilla cuando se disponían a luchar. Y a ninguna de las dos se le daba muy bien ocultar sus sentimientos. El tono tembloroso de mi madre revelaba que comprendía lo que debía ocurrir. Estaba diciéndonos que teníamos alternativas, pero sabía de sobra que no.

Crucé la mirada con Sadie y llegamos a un acuerdo tácito.

—Mamá, no pasa nada —dije yo—. Tú entregaste tu vida para cerrar la prisión de Apofis. ¿Cómo vamos a echarnos atrás nosotros?

Jonsu se frotó las manos.

—¡Ah, sí, la cárcel de Apofis! Vuestro amigo Ménshikov está allí ahora mismo, aflojando las cadenas de la Serpiente. ¡No sabéis cuántas apuestas tengo sobre el resultado! ¿Llegaréis a tiempo de impedirselo? ¿Devolveréis a Ra al mundo? ¿Derrotaréis a Ménshikov? ¡Esa estoy dándola a cien contra uno!

Mamá se volvió desesperada hacia mi padre.

—¡Julius, díselo tú! Es demasiado peligroso.

Mi padre aún tenía en la mano un plato de tarta a medio comer. Miró el helado que se derretía como si fuera la cosa más triste del mundo.

—Carter y Sadie —dijo después—. He hecho venir a Jonsu para que pudierais elegir. Pero, hagáis lo que hagáis, sigo estando orgulloso de vosotros. Eso no cambiará ni aunque el mundo acabe esta noche.

Me miró a los ojos y noté lo mucho que le dolía pensar que podía perdernos. La

Navidad anterior, en el Museo Británico, había sacrificado su propia vida para liberar a Osiris y devolver el equilibrio a la Duat. Nos había dejado solos a Sadie y a mí, y durante mucho tiempo le guardé rencor por ello. Ahora empezaba a comprender lo que suponía estar en su posición. Él había aceptado renunciar a todo, incluso a su vida, por un bien mayor.

—Lo entiendo, papá —le dije—. Somos los Kane. No salimos corriendo cuando hay que tomar una decisión difícil.

No respondió, pero asintió con lentitud. Sus ojos crepitaban de fiero orgullo.

—Por una vez, Carter tiene razón —dijo Sadie—. Jonsu, jugaremos a tu estúpido juego.

—¡Excelente! —dijo Jonsu—. Ya tenemos dos almas. Podéis ganar dos horas. Oh, pero os costará tres llegar a tiempo a las puertas, ¿no era así? Hummm. Me temo que Ra no sirve. No está en sus cabales. Vuestra madre ya está muerta. Vuestro padre es el juez del inframundo, así que está inhabilitado en las apuestas de almas...

—Yo lo haré —dijo Bes. Tenía la expresión sombría pero decidida.

—¡Viejo amigo! —exclamó Jonsu—. Qué alegría.

—Métetela donde te quepa, dios lunar —dijo Bes—. No me hace ni pizca de gracia, pero jugaré.

—Bes —dije yo—, ya has hecho suficiente por nosotros. Bast nunca te pediría...

—¡No lo hago por Bast! —refunfuñó. Entonces inspiró profundamente—. Mirad, chavales, vosotros dos valéis la pena. Estos últimos días... por primera vez desde hace siglos, he vuelto a sentirme necesario. Importante. No una atracción de feria. Si esto sale mal, decidle a Tauret... —Carraspeó y lanzó una mirada significativa a Sadie—. Decidle que intenté atrasar el reloj.

—¡Oh, Bes!

Sadie se levantó y rodeó la mesa. Abrazó al dios enano y le dio un beso en la mejilla.

—Vale, vale... —murmuró él—. No nos pongamos ñoños. A jugar.

—El tiempo es oro —se mostró de acuerdo Jonsu.

Nuestros padres se levantaron.

—No podemos quedarnos —dijo papá—. Pero niños...

Se quedó parado, sin saber cómo completar la frase. «Buena suerte» se habría quedado muy corto, supongo. Sus ojos revelaban a las claras el remordimiento y la inquietud que sentía, pero intentaba que no se le notara. Horus habría dicho que era un buen general.

—Os queremos —terminó nuestra madre—. Triunfaréis.

Acto seguido, nuestros padres se volvieron hacia la niebla y desaparecieron. Todo el exterior del pabellón se oscureció como en un escenario de teatro. El tablero de senet empezó a brillar con más intensidad.

—Lucecita —dijo Ra.

—Tres fichas azules para vosotros —dijo Jonsu—, y tres plateadas para mí. ¿Cómo andáis de suerte?

La partida empezó bastante bien. Sadie tiraba las varillas con mucha maña. Bes tenía varios milenios de experiencia en el juego. Y yo me encargaba de mover las fichas y vigilar que Ra no se las comiera.

Al principio no se veía claro quién iba ganando. Entre las tiradas y movimientos,

costaba creer que estuviéramos apostándonos las almas, los verdaderos nombres o como queráis llamarlos.

Nos comimos una ficha de Jonsu y la enviamos a la casilla de salida, pero no pareció contrariarle. En realidad, siempre se mostraba encantado con absolutamente todo.

—¿Nunca te sientes mal? —pregunté en un momento dado—. ¿Por eso de devorar almas inocentes?

—En realidad, no. —Estaba sacando brillo a su amuleto de media luna—. ¿Por qué debería?

—Pero nosotros intentamos salvar el mundo —terció Sadie—. La Maat, los dioses... todo. ¿No te preocupa que el mundo se hunda en el caos?

—Ah, tampoco sería para tanto —dijo Jonsu—. El cambio viene por fases: Maat y caos, caos y Maat. Al ser el dios de la Luna, agradezco la variedad. En cambio, Ra, pobrecillo... siempre esclavo de su horario. El mismo recorrido todas las noches. Tan predecible, tan aburrido. Retirarse fue lo más interesante que hizo jamás. Si Apofis llega al poder y se traga el Sol... en fin, supongo que la Luna seguirá allí arriba.

—Eres un demente —dijo Sadie.

—¡Ja! Te apuesto cinco minutos más de luz de luna a que estoy perfectamente cuerdo.

—Déjalo —dijo Sadie—. Y tira.

Jonsu lanzó los palillos. La mala noticia: estaba saliéndole una partida estupenda. Sacó un cinco y situó una de sus fichas casi al final del tablero. La buena noticia: la ficha quedó encerrada en la Casa de las Tres Verdades, de donde solo podía salir si sacaba un tres.

Bes estudió el tablero meticulosamente. Al parecer, no le gustaba lo que veía. Nosotros teníamos una ficha en la casilla de salida y dos en la última fila del tablero.

—Moved con cuidado —nos advirtió Jonsu—. A partir de aquí, se pone interesante.

Sadie sacó un cuatro, lo que nos dejaba dos opciones. Nuestra ficha más adelantada podía llegar a la meta y salir, y nuestra segunda ficha podía comerse la de Jonsu que estaba en la Casa de las Tres Verdades y enviarla de vuelta a la salida.

—Cómetela —dije—. Es la jugada más segura.

Bes negó con la cabeza.

—Así, nos quedaríamos nosotros presos en la Casa de las Tres Verdades. Es muy poco probable que saque un tres. Sacad nuestra primera ficha. Así, al menos tenéis asegurada una hora de tiempo.

—Pero una hora no nos vale de nada —dijo Sadie.

Jonsu ponía cara de estar disfrutando al vernos indecisos. Tomó un sorbo de vino de una copa de plata y sonrió. Mientras tanto, Ra se entretenía intentando sacar los pinchos de su látigo de guerra.

—Au, au, au.

Empezó a sudarme la frente. ¿Como podía sudar en un juego de mesa?

—Bes, ¿lo ves claro?

—Es la mejor jugada.

—¿«Bes, lo ves»? —dijo Jonsu entre risitas—. ¡Muy bueno, Carter!

Me entraron ganas de dar una colleja al dios lunar, pero no dije nada. Saqué nuestra primera ficha del tablero.

—¡Enhorabuena! —exclamó Jonsu—. Os debo una hora de luz de luna. Me toca.

Lanzó las varillas. Repicaron contra la mesa de comedor y entonces me sentí como

si alguien hubiera cortado un cable de ascensor en mi pecho y el corazón cayera sin freno por el hueco. Jonsu había sacado un tres.

—¡Uuups! —A Ra se le cayó el látigo.

Jonsu sacó su ficha de la partida.

—Vaya, qué pena. Decidme, ¿qué *ren* me llevo primero?

—¡No, por favor! —rogó Sadie—. Marcador a cero. Quédate la hora que nos debías.

—Las reglas no dicen eso —le reprendió Jonsu.

Bajé la mirada hacia la muesca que había hecho a la mesa cuando tenía ocho años. Supe que ese recuerdo estaba a punto de desaparecer, junto con todos los demás. Si entregaba mi *ren* a Jonsu, al menos Sadie podría lanzar la última parte del hechizo. Necesitaría a Bes para protegerla y darle consejo. Yo era el único prescindible.

Empecé a decir:

—Yo...

—Yo —me interrumpió Bes—. La jugada ha sido idea mía.

—¡Bes, no! —gritó Sadie.

El enano se puso de pie. Separó las piernas y cerró los puños, igual que hacía cuando iba a descargar un «¡UH!». Deseé que lo lanzara para espantar a Jonsu, pero lo que hizo fue mirarnos con resignación.

—Formaba parte de la estrategia, chavales.

—¿Cómo? —salté yo—. ¿Era lo que planeabas?

Se quitó la camisa hawaiana y la plegó pulcramente antes de dejarla en la mesa.

—Lo más importante es que saquéis todas vuestras fichas del tablero, y que no perdáis más que una. Era la única forma de hacerlo. Ahora lo tenéis chupado. A veces hay que perder una ficha para ganar la partida.

—Muy cierto —dijo Jonsu—. ¡Qué maravilla! El *ren* de un dios. ¿Estás preparado, Bes?

—Bes, no lo hagas —supliqué—. No está bien.

Me miró con el entrecejo fruncido.

—Eh, chaval, tú mismo estabas dispuesto a sacrificarte. ¿Qué me estás diciendo, que no soy tan valiente como un mago mocoso? Además, soy un dios. ¿Quién sabe? A veces regresamos. Y ahora, ganad la partida y salid de aquí. Dad a Ménshikov una patada en la rodilla de mi parte.

Intenté pensar algo que decir, algo que cambiara el curso de los acontecimientos, pero Bes añadió:

—Estoy preparado.

Jonsu cerró los ojos e hizo una inspiración profunda, igual que si saboreara el aire fresco de montaña. La forma de Bes titiló antes de disolverse en una sucesión de imágenes que pasaban a velocidad de vértigo: una *troupe* de enanos bailando en un templo a la luz de las llamas; una multitud de egipcios llevando a hombros a Bes y Bast para celebrar alguna festividad; Bes y Tauret vestidos con togas en una villa romana, comiendo uvas y riendo juntos en un diván; Bes disfrazado de George Washington con peluca y traje de seda, dando volteretas ante unos casacas rojas ingleses; Bes con el traje de faena color oliva de un marine estadounidense, asustando a un demonio con uniforme nazi durante la Segunda Guerra Mundial.

A medida que su silueta se difuminaba, empezaron a verse imágenes más recientes: Bes con uniforme de chófer y un letrero que decía KANE; Bes sacándonos de nuestra

limusina mientras se hundía en el Mediterráneo; Bes lanzándome hechizos en Alejandría cuando estaba envenenado, desesperado por curarme; Bes y yo en la camioneta de los beduinos, compartiendo carne de cabra y agua con sabor a vaselina mientras recorríamos la orilla del Nilo. Y su último recuerdo: dos chavales, Sadie y yo, mirándole con cariño e inquietud. Entonces la imagen se apagó y Bes dejó de existir. Había desaparecido hasta su camisa hawaiana.

—¡Te lo has quedado entero! —bramé—. ¡Con cuerpo y todo! ¡Ese no era el trato! Jonsu abrió los ojos y dio un profundo suspiro.

—Ha sido sensacional. —Nos sonrió como si no hubiera pasado nada—. Creo que os toca a vosotros.

Sus ojos plateados eran fríos y luminosos, y tuve la sensación de que, durante el resto de mi vida, me repugnaría mirar la Luna.

Quizá fuera la rabia, o la estrategia de Bes, o tal vez solo tuviéramos suerte, pero acabamos la partida destrozando a Jonsu. Nos comimos sus fichas en cada ocasión. Transcurridos cinco minutos, nuestra última ficha había llegado a la meta.

Jonsu separó las manos.

—¡Bien jugado! Tenéis vuestras tres horas. Si os dais prisa, podéis cruzar las puertas de la Octava Casa.

—Te odio —dijo Sadie. Era la primera vez que hablaba desde la desaparición de Bes—. Eres frío, calculador, espantoso...

—Y justo lo que necesitabais. —Jonsu se quitó su Rolex de platino y le retrasó las agujas: una, dos, tres horas. A nuestro alrededor, las estatuas de dioses se desfocaron y ondularon, como si el mundo se viera forzado a retroceder—. Y ahora, ¿queréis desperdiciar el tiempo que tanto os ha costado ganar quejándoos? ¿O preferís salvar a este pobre idiota que tenemos por rey?

—¿Zarigüeyas? —musitó Ra en tono esperanzado.

—¿Dónde están nuestros padres? —pregunté—. Al menos, déjanos despedirnos. Jonsu meneó la cabeza.

—El tiempo es precioso, Carter Kane. Esa lección deberíais haberla aprendido. Es mejor que os despida yo, pero si alguna vez queréis volver a apostar conmigo, si necesitáis segundos, horas, o incluso días, solo tenéis que decirlo. Ahora sé que sois de confianza.

No pude soportarlo. Arremetí contra Jonsu, pero el dios lunar se esfumó. El pabellón entero se desdibujó, y Sadie y yo nos vimos de nuevo en la cubierta de la barcaza solar, surcando el río oscuro. Las esferas luminosas brillaban a nuestro alrededor, remando y orientando la vela. Ra estaba sentado en su trono de llamas, usando el cayado y el látigo de marionetas y jugando a que tuvieran una conversación imaginaria.

Ante nosotros, un par de puertas inmensas de piedra se alzaban en la oscuridad. Tenían ocho serpientes gigantescas talladas en la roca, cuatro en cada hoja. Las puertas estaban cerrándose lentamente, pero el barco solar se coló entre ellas justo a tiempo y entramos en la Octava Casa.

Debo decir que la Casa de los Desafíos no fue un gran desafío. Peleamos con monstruos, sí. El río escupió serpientes. Se levantaron demonios. Barcos tripulados por fantasmas intentaron abordarnos. Los destruimos a todos. Estaba tan furioso, tan desolado por haber perdido a Bes, que imaginaba que cada enemigo era el dios lunar Jonsu. No tuvieron la menor oportunidad.

Sadie lanzó conjuros que no le había visto usar nunca. Invocó láminas de hielo que probablemente hacían juego con sus emociones, y dejamos varios icebergs demoníacos a

nuestro paso. Convirtió un barco entero de piratas fantasma en esos muñequitos cabezones con ventosa que la gente pega en el salpicadero del coche, pero todos con la cara de Jonsu, y luego los vaporizó con una explosión nuclear en miniatura. Ra estuvo todo el rato jugando con sus juguetes, mientras sus sirvientes de luz revoloteaban agitados por la cubierta, sin duda notando que el viaje llegaba a una fase crucial. Las Casas Novena, Décima y Undécima pasaron tan deprisa que vi poco más que un borrón. De vez en cuando oía por detrás de nosotros un chapoteo en el agua, parecido al que haría el remo de otro barco. Miré atrás, preguntándome si de algún modo volveríamos a llevar la delantera a Ménshikov, pero no vi nada. Si había algo siguiéndonos, era lo bastante listo para no mostrarse.

Finalmente oímos un rugido a proa, como si hubiera otra catarata o un tramo con rápidos. Los orbes luminosos se afanaron como locos en arriar la vela y frenar con los remos, pero seguimos ganando velocidad.

Pasamos por debajo de un arco, poco alto y tallado con la forma de la diosa Nut, con sus brazos de estrellas extendidos en gesto protector y una sonrisa de bienvenida en la cara. Me dio la sensación de que acabábamos de entrar en la Casa Duodécima, la última etapa de la Duat antes de que emergiéramos a un nuevo amanecer.

Deseé ver la luz al final del túnel, literalmente, pero nos habían saboteado el rumbo. Podía ver hacia dónde debía fluir el río, en teoría: el túnel seguía adelante, curvándose suavemente para abandonar la Duat. Hasta podía oler el aire fresco, el aroma del mundo mortal. Sin embargo, el final del túnel se había secado y era un lodazal. Delante de nosotros, el río caía por un agujero enorme, como si un meteorito hubiera abierto la tierra y desviado toda el agua hacia el cráter. Íbamos hacia el agujero a velocidad de vértigo.

—Podríamos saltar —propuso Sadie—. Abandonar el barco.

Pero creo que llegó a la misma conclusión que yo. Necesitábamos la barcaza solar. Necesitábamos a Ra. Debíamos seguir el curso del río, nos llevara donde nos llevara.

—Es una trampa —dijo Sadie—. Esto es cosa de Apofis.

—Lo sé —respondí—. Vayamos a explicarle que no nos ha hecho gracia.

Los dos nos agarramos al mástil mientras el barco se precipitaba en la vorágine.

La caída no se acababa nunca. ¿Alguna vez habéis buceado hasta el fondo de una piscina, cuando parece que la nariz y las orejas vayan a explotar y los ojos estén a punto de salir disparados? Imaginad esa sensación, solo que cien veces peor. Estábamos cayendo hacia los niveles más profundos de la Duat que habíamos visitado nunca... a los que ningún mortal debería llegar. Sentí que se me calentaban las moléculas del cuerpo, que zumbaban tanto que podrían disgregarse.

No nos estrellamos. No llegamos al fondo. El barco simplemente cambió de orientación, «abajo» se convirtió en «a un lado» y entramos flotando en una caverna que resplandecía con una luz roja chillona. La presión mágica era tan intensa que me pitaban los oídos. Sentí náuseas y apenas podía pensar, pero reconocí la orilla a la que nos dirigíamos: era una playa compuesta por millones de cascarones de escarabajos muertos, que resbalaban y saltaban con los envites de la fuerza que tenían debajo, una gigantesca forma serpentina que intentaba liberarse. Había docenas de demonios cavando con palas entre los caparzones de escarabajo. Y de pie en la costa, esperándonos en actitud paciente, estaba Vlad Ménshikov, con la ropa chamuscada soltando humo y el báculo encendido de fuego verde.

—¡Bienvenidos, niños! —gritó por encima del agua—. Acercaos. Venid a ver conmigo el fin del mundo.

22. Amigos en los lugares más insospechados

CARTER

M énshikov tenía pinta de haber nadado por el Lago de Fuego sin escudo mágico. De su cabello rizado y entrecano quedaban solo unos milímetros de pelo negro. Su traje blanco estaba hecho jirones y trufado de quemaduras. Tenía la cara llena de ampollas, de modo que sus ojos destrozados no quedaban tan fuera de lugar. Como habría dicho Bes, Ménshikov llevaba puesto su traje de feo.

Recordar a Bes me enfureció. Todo lo que nos había pasado, todo lo que habíamos perdido era culpa de Vlad Ménshikov.

El barco solar se detuvo con un crujido en la playa de caparzones de escarabajo.

Ra dijo «¡Hoooooooooaaaa!» con voz de falsete y se levantó con esfuerzo del trono. Empezó a perseguir a una esfera de luz azul por toda la cubierta, como si fuera una mariposa bonita.

Los demonios soltaron sus palas y se reunieron junto a la costa. Se miraron entre ellos, vacilando al preguntarse si aquello no sería algún tipo de truco que no entendían. Era imposible que aquel viejo chocho pudiera ser el dios solar.

—Es maravilloso —dijo Ménshikov—. Al final, habéis traído a Ra.

Me costó un momento caer en la cuenta de que su voz había cambiado. Ya no resollaba al hablar. Tenía el tono profundo y fluido de un barítono.

—Ya empezaba a preocuparme —siguió diciendo—. Llevabais tanto rato en la Cuarta Casa que pensaba que os quedaríais atrapados toda la noche. Podríamos haber liberado a lord Apofis sin vosotros, por supuesto, pero luego habría sido un engorro tener que capturaros. Así es mucho mejor. Cuando lord Apofis despierte, tendrá hambre. Celebrará que le hayáis traído un aperitivo.

—Yupiii, aperitivo —dijo Ra con una risita. Seguía renqueando por el barco, intentando aplastar a la esfera de luz con su látigo.

Los demonios empezaron a reír. Ménshikov les dedicó una sonrisa indulgente.

—Sí, es bastante gracioso —dijo—. Una vez, mi abuelo agasajó a Pedro el Grande con una boda de enanos. Yo lo superaré. ¡Voy a agasajar al mismísimo señor del caos con un dios del sol senil!

La voz de Horus habló con vehemencia en mi interior:

Recobra las armas del faraón. ¡Es tu última oportunidad!

En el fondo de mi alma, sabía que era mala idea. Si reclamaba las armas del faraón, jamás renunciaría a ellas. Y el poder que me proporcionarían no bastaría para vencer a Apofis. Aun así, estuve tentado de hacerlo. Qué bien me sentaría agarrar el cayado y el látigo del viejo idiota de Ra y dar una buena paliza a Ménshikov.

Los ojos del ruso brillaron de malicia.

—¿Quieres la revancha, Carter Kane? De mil amores. Observo que has venido sin tu canguro enano. A ver qué sabes hacer tú solo.

Empecé a verlo todo rojo, y no tenía nada que ver con la iluminación de la caverna. Salí del barco e invoqué el avatar del dios halcón. Nunca había puesto a prueba el hechizo

en las profundidades de la Duat, pero obtuve más de lo que pedía. En vez de rodearme de un holograma brillante, sentí que mi propio cuerpo crecía y ganaba fuerza. Mi visión se agudizó.

Sadie ahogó un grito.

—¿Carter?

—¡Pajarraco! —dijo Ra.

Bajé la mirada y vi que me había transformado en un gigante de cuatro metros y medio, de carne y hueso y vestido con la armadura de batalla de Horus. Llevé mis enormes manos a la cabeza y palpé plumas en vez de pelo. Mi boca era un pico afilado como un bisturí. Di un grito de júbilo y salió como un graznido que reverberó por toda la caverna. Los demonios retrocedieron, temerosos. Miré a Ménshikov, que ahora parecía tan insignificante como un ratón. Me dispuse a pulverizarlo, pero Ménshikov sonrió con sorna y me apuntó con su báculo.

Nunca se supo lo que iba a hacer, porque se le adelantó Sadie. Arrojó su propio báculo al suelo y lo transformó en un milano (el pájaro, no la ciudad italiana) del tamaño de un pterodáctilo.

Típico. Yo me saco de la manga un truco chachi, como convertirme en guerrero halcón, y Sadie tiene que dejarme en evidencia. El milano sacudió el aire, empujándolo con sus anchas alas. Ménshikov y sus demonios salieron volando hacia atrás por la playa.

—¡Dos pajarracos! —Ra empezó a dar palmadas.

—¡Carter, monta guardia! —Sadie sacó el *Libro de Ra*—. Tengo que empezar el conjuro.

Yo opinaba que el milano gigante ya se bastaba para montar guardia, pero di un paso adelante y me dispuse a luchar.

Ménshikov se puso de pie.

—Adelante, Sadie Kane, pon en marcha tu pequeño conjuro. ¿Es que no lo comprendéis? ¡Esta prisión la creó el mismo espíritu de Jepri! Ra entregó una parte de su propia alma, su capacidad de renacer, para encadenar a Apofis.

Sadie puso cara de haber recibido un bofetón.

—«El último escarabajo»...

—Exacto. —Ménshikov asintió—. Todos estos escarabajos se multiplicaron a partir de uno solo, de Jepri, la tercera alma de Ra. Mis demonios terminarán por encontrarlo entre todos los caparazones. Será uno de los pocos escarabajos que queden vivos, y cuando lo machaquemos Apofis será libre. ¡Aunque se lo devolvierais a Ra, Apofis escaparía de su prisión! En todo caso, Ra está demasiado débil para luchar. Apofis lo devorará, como predecían todas las profecías antiguas, y el caos destruirá a la Maat de una vez por todas. No podéis vencer.

—Estás como una cabra —dije, con una voz mucho más grave de lo normal—. Tú también serás destruido.

Vi la luz quebradiza de sus ojos y comprendí algo que cayó como una bomba en mi mente. Ménshikov quería que sucediera todo aquello tan poco como nosotros. Había vivido tanto tiempo en el dolor y la desesperación que Apofis había retorcido su alma, lo había hecho prisionero de su propio odio. Vladímir Ménshikov fingía regodearse, pero no había en él ni la menor sensación de victoria. Por dentro estaba aterrorizado, derrotado, alicaído. Era un esclavo de Apofis. Casi me dio lástima.

—Ya estamos todos muertos, Carter Kane —dijo—. Este lugar no es apto para los seres humanos. ¿No lo notas? El poder del caos se está infiltrando en nuestros cuerpos,

resecándonos las almas. Pero yo tengo otros planes. Un anfitrión puede vivir indefinidamente, por muy enfermo o muy herido que esté. Apofis ya me ha curado la voz. Pronto estaré restaurado del todo. ¡Viviré para siempre!

—Un anfitrión... —Cuando entendí a qué se refería, estuve a punto de perder el control sobre mi nueva forma gigante—. No lo dirás en serio. Ménshikov, renuncia antes de que sea demasiado tarde.

—¿Y morir? —preguntó.

Detrás de mí, una voz nueva dijo:

—Hay peores cosas que la muerte, Vladímir.

Me giré y vi un segundo barco que flotaba hacia la costa, un pequeño esquife gris con un solo remo mágico que se movía por sí mismo. En su proa estaba pintado el Ojo de Horus, y su único pasajero era Michel Desjardins. El lector jefe ahora tenía el pelo y la barba blancos como la nieve. De su chilaba de color vainilla salían jeroglíficos brillantes que dejaban una estela de palabras divinas tras él.

Desjardins desembarcó.

—Estás jugando con algo mucho peor que la muerte, viejo amigo. Reza por que yo te mate antes de lograrlo.

De todas las cosas estrafalarias que habían pasado esa noche, la más rara sin duda fue que apareciera Desjardins para luchar de nuestro lado.

Pasó entre mi guerrero halcón gigante y el megamilano de Sadie como si no fueran nada del otro mundo, y clavó su báculo entre los escarabajos muertos.

—Ríndete, Vladímir.

Ménshikov estalló en carcajadas.

—¿Os habéis mirado al espejo últimamente, milord? Mis maldiciones llevan meses drenándoos la fuerza, y ni siquiera os habéis dado cuenta. Ahora estáis más muerto que vivo. El mago más poderoso del mundo soy yo.

Era cierto que Desjardins estaba desmejorado. Su cara estaba casi tan demacrada y arrugada como la del dios solar. Pero la nube de jeroglíficos que le rodeaba parecía más fuerte. Sus ojos refulgían con intensidad, igual que habían hecho meses atrás en Nuevo México, cuando había luchado contra nosotros en las calles de Las Cruces y jurado destruirnos. Dio otro paso adelante, y la turba de demonios retrocedió. Supongo que reconocieron la capa de piel de leopardo que llevaba en los hombros como símbolo de poder.

—He fracasado en muchas cosas —reconoció Desjardins—. Pero en esto no fallaré. No voy a permitir que destruyas la Casa de la Vida.

—¿La Casa? —repitió Ménshikov con voz desgarrada—. ¡Murió hace ya siglos! Debería haberse disuelto cuando cayó Egipto. —Dio una patada a las cáscaras secas de escarabajo—. La Casa tiene tanta vida como estos caparazones huecos. ¡Despierta, Michel! Egipto ha muerto, ha perdido su sentido; es historia antigua. Ha llegado el momento de destruir el mundo y empezar de nuevo. El caos siempre vence.

—No siempre. —Desjardins se volvió hacia Sadie—. Inicia tu hechizo. Yo me encargaré de este infeliz.

El suelo se alzó bajo nuestros pies, temblando por la acometida de Apofis.

—Pensad antes de actuar, niños —nos advirtió Ménshikov—. El mundo va a acabar hagáis lo que hagáis. Los mortales no pueden salir vivos de esta caverna, pero vosotros dos fuisteis deificados una vez. Combinaos de nuevo con Horus e Isis, jurad lealtad a Apofis y

podrías sobrevivir. Desjardins ha sido siempre vuestro enemigo. ¡Acabad con él por mí y ofreced su cuerpo como ofrenda a Apofis! Me encargaré de que ocupéis posiciones de honor en el nuevo mundo gobernado por el caos, libre de toda norma. Hasta puedo daros el secreto para curar a Walt Stone. —Sonrió al ver la expresión perpleja de Sadie—. Sí, mi niña. Conozco la forma de hacerlo. El remedio se ha transmitido generación tras generación entre los sacerdotes de Amón-Ra. Matad a Desjardins, uníos a Apofis y el chico al que amas se salvará.

Voy a seros sincero. Era un argumento convincente. Podía visualizar un nuevo mundo donde todo fuera posible, donde no se aplicara ninguna ley, ni siquiera las de la física, y pudiéramos hacer todo lo que nos diera la gana.

El caos es impaciente. Aleatorio. Y, sobre todo, es egoísta. Arrasa con todo sin más motivo que cambiarlo porque sí, nutriendo de sí mismo su hambre infinita. Pero el caos también puede ser tentador. Incita a creer que solo importa lo que uno quiera. Y yo quería tantas cosas... La voz regenerada de Ménshikov era suave y confiada, como el tono que usaba Amos cuando influía en los mortales mediante la magia.

Y ahí estaba el problema. La promesa de Ménshikov era un truco. Sus palabras ni siquiera eran propias. Estaban obligándole a pronunciarlas. Movía los ojos como si estuviera leyendo de un teleprompter. Transmitió la voluntad de Apofis, pero al terminar me miró a los ojos, y por un instante percibí sus pensamientos reales, el ruego atormentado que habría chillado si hubiera podido controlar su propia boca: «Mátame ya. Por favor».

—Lo siento, Ménshikov —dije, con toda sinceridad—. Los magos y los dioses deben resistir juntos. Puede que el mundo necesite que lo arreglen, pero vale la pena preservarlo. No permitiremos que triunfe el caos.

Entonces pasaron muchas cosas a la vez. Sadie abrió su papiro y empezó a leer. Ménshikov chilló una orden y los demonios se lanzaron a la carga. El milano gigante extendió las alas y desvió el rayo de fuego verde procedente del báculo de Ménshikov que probablemente habría hecho cenizas a Sadie. Yo me lancé a defenderla, mientras Desjardins convocaba un torbellino en torno a su cuerpo y volaba hacia Vlad Ménshikov.

Vadeé en un mar de demonios. Derribé a uno que tenía cabeza de cuchilla de afeitar, lo agarré por los tobillos y lo blandí como un arma, rebanando a sus aliados hasta que se descomponían en montoncitos de arena. El milano gigante de Sadie cogió a otros dos con sus garras y los lanzó al río.

Mientras tanto, Desjardins y Ménshikov se elevaron por los aires, apresados en un tornado. Trazaron círculos uno alrededor del otro, arrojándose andanadas de fuego, veneno y ácido. Los demonios que se acercaban demasiado quedaban fundidos al instante.

En medio de todo aquello, Sadie leía el *Libro de Ra*. Yo no sé cómo pudo concentrarse, pero sus palabras sonaron altas y claras. Invocó el amanecer y la ascensión de un nuevo día. Una neblina dorada empezó a extenderse alrededor de sus pies, colándose entre los caparzones secos como si estuviera buscando vida. Toda la playa se agitó y, muy por debajo, Apofis rugió de indignación.

—¡Ah, no! —gritó Ra detrás de mí—. ¡Vegetales, no!

Al girarme, vi que uno de los demonios más grandes había abordado el barco solar, con siniestros cuchillos en sus cuatro manos. Ra le hizo una pedorreta y salió trotando a esconderse detrás de su trono ardiente.

Lancé a Cabeza de Cuchilla hacia un grupo de amigos suyos, cogí una lanza que llevaba otro demonio y la arrojé en dirección al barco.

Si hubiera sido solo yo haciendo el lanzamiento, mi absoluta falta de habilidad

habría provocado que empalara al dios solar, lo que habría sido bastante embarazoso. Por suerte, mi nueva forma gigante tenía una puntería digna de Horus. La lanza acertó en el centro de la espalda del demonio. Dejó caer sus cuatro cuchillos, trastabilló hasta el final de la cubierta y cayó al Río de la Noche.

Ra se inclinó por la borda y le hizo una última pedorreta, por si acaso.

El remolino de Desjardins seguía zarandeándolo, enzarzado en combate con Ménshikov. No habría sabido decir qué mago iba ganando. El milano de Sadie hacía lo posible por protegerla, empalando demonios con el pico y estrujándolos con sus enormes garras. Sadie, a saber cómo, mantuvo la concentración. La neblina dorada se hizo más espesa a medida que se extendía por la playa.

Los demonios que quedaban empezaron a retirarse mientras Sadie pronunciaba las últimas palabras del hechizo:

—«¡Jepri, escarabajo que se alza de la muerte, renacimiento de Ra!»

El *Libro de Ra* desapareció con un fogonazo de luz. El suelo retumbó y, de entre la masa de caparazones muertos, levitó en el aire un solo escarabajo, un animal dorado y vivo que flotó hacia Sadie y acabó posándose en sus manos.

Sadie puso una sonrisa triunfal. Casi me permití esperar que hubiéramos ganado. Entonces, una risa sibilina inundó la caverna. Desjardins perdió el control de su torbellino y salió despedido hacia la barcaza solar. Se dio un golpe tan fuerte contra la proa que rompió la barandilla y se quedó allí como un saco, absolutamente quieto.

Vladímir Ménshikov se agachó. Alrededor de sus pies, los caparazones de escarabajo muerto se disolvieron, transformándose en arena roja como la sangre.

—Estupendo —dijo—. ¡Estupendo, Sadie Kane!

Se levantó, y toda la energía mágica de la caverna pareció fluir hacia su cuerpo; la niebla dorada, la luz roja, los jeroglíficos brillantes, todo se contrajo en el cuerpo de Ménshikov como si hubiera adquirido la gravedad de un agujero negro.

Sus ojos maltrechos sanaron. Su cara llena de ampollas se volvió suave, joven y elegante. Su traje blanco se remendó solo y acto seguido la tela se tiñó de un rojo oscuro. Su piel se tensó, y observé con un escalofrío que le estaban saliendo escamas de serpiente.

En el barco solar, Ra musitó:

—Oh, no. Necesito zarigüeyas.

La playa entera se transformó en arena roja.

Ménshikov tendió una mano a mi hermana.

—Dame el escarabajo, Sadie. Tendré piedad de ti. Tú y tu hermano viviréis. Walt vivirá.

Sadie cerró la mano alrededor del escarabajo. Yo me dispuse a atacar. Incluso en el cuerpo de un guerrero halcón gigante, notaba que la energía del caos se hacía más y más intensa, dejándome sin fuerza. Ménshikov nos había advertido que ningún mortal podía sobrevivir a aquella caverna, y yo le creía. No nos quedaba mucho tiempo, pero debíamos detener a Apofis. En el fondo de mi mente, acepté el hecho de que iba a morir. Ahora actuaba por el bien de nuestros amigos, por la familia Kane, por todo el mundo de los mortales.

—¿Quieres el escarabajo, Apofis? —La voz de Sadie estaba llena de repulsión—. Pues ven a cogerlo, asqueroso... —Llamó a Apofis algunas cosas tan feas que la abuela habría pasado un año lavándole la boca con jabón. [Y no, Sadie, no pienso repetirlas para la grabación.]

Ménshikov dio un paso hacia ella. Recogió una pala que había soltado uno de los

demonios. El milano gigante de Sadie se lanzó hacia Ménshikov, con las garras dispuestas para el ataque, pero Ménshikov hizo el gesto de muñeca que se usa para espantar a las moscas. El monstruo se deshizo en una nube de plumas.

—¿Por quién me tomas, por un dios? —rugió Ménshikov.

Como estaba concentrado en Sadie, me situé detrás e intenté acercarme sin que lo notara... cosa nada fácil para un hombre pájaro de cuatro metros y medio.

—¡Soy el mismo caos! —vociferó Ménshikov—. Te dislocaré todos los huesos, disolveré tu alma y te enviaré directa al lodo primordial del que procedes. ¡Dame el escarabajo de una vez!

—Muy tentador —dijo Sadie—. ¿Tú qué opinas, Carter?

Ménshikov vio demasiado tarde la trampa. Me lancé sobre él y le di en toda la cabeza con la pala. Ménshikov se vino abajo. Le di un topetazo que lo dejó medio enterrado en la arena, y luego me levanté para hundirlo un poco más a pisotones. Lo sepulté tan bien como pude, y entonces Sadie señaló su lugar de entierro y pronunció el glifo que significaba «fuego». La arena se fundió y al instante se endureció formando un bloque tamaño ataúd de cristal sólido.

Habría escupido encima, pero no estaba seguro de que pudiera hacerse con un pico de halcón.

Los demonios que quedaban vivos optaron por la salida razonable: huyeron presas del pánico. Algunos saltaron al río y dejaron que los disolviera, lo que nos ahorró un poco de tiempo.

—No ha sido tan difícil —dijo Sadie, aunque se notaba que la energía del caos también empezaba a hacerle mella. No la había visto con tan mal aspecto ni cuando pilló una neumonía a los cinco años.

—Deprisa —dije. La adrenalina me estaba bajando muy deprisa. Empezaba a notar mi forma de avatar como doscientos kilos largos de peso muerto—. Lleva el escarabajo a Ra.

Asintió y echó a correr hacia el barco solar, pero, cuando aún no había recorrido ni medio camino, la tumba cristalina de Ménshikov explotó.

La magia explosiva más poderosa que yo había visto nunca era el hechizo *ha-di* de mi hermana. Aquello fue unas cincuenta veces más fuerte.

Una potente onda de arena y esquirlas de cristal me derribó e hizo trizas mi avatar. De nuevo en mi cuerpo normal, cegado y dolorido, me arrastré lejos de la risa de Apofis.

—¿Dónde te has metido, Sadie Kane? —llamó Apofis, con una voz que ahora era profunda como un cañonazo—. ¿Dónde se ha llevado mi escarabajo la niña mala?

Parpadeé para quitarme la arena de los ojos. Vlad Ménshikov —no, tal vez tuviera el aspecto de Vlad, pero ahora era Apofis— estaba a unos quince metros, registrando el borde del cráter que había dejado en la playa. O no me veía o daba por hecho que había muerto. Estaba buscando a Sadie, pero no se la veía por ninguna parte. La onda expansiva debía de haberla dejado enterrada en la arena, o algo peor.

Se me hizo un nudo en la garganta. Quería levantarme y hacer un placaje a Apofis, pero el cuerpo no me respondía. Había agotado toda mi magia. El poder del caos estaba absorbiéndome la fuerza vital. Solo por estar cerca de Apofis, notaba que estaba disgregándome; mis sinapsis, mi ADN, todo lo que me hacía ser Carter Kane se disolvía poco a poco.

Finalmente, Apofis abrió los brazos.

—No importa. Ya desenterraré después tu cuerpo. Voy a ocuparme primero del

viejo.

Durante un segundo pensé que se refería a Desjardins, que seguía reposando inerte sobre la barandilla rota, pero Apofis subió a bordo y, sin hacer caso al lector jefe, avanzó hacia el Trono de Fuego.

—Hola, Ra —dijo con voz amable—. Ha pasado mucho tiempo.

Un hilo de voz dijo desde detrás del trono:

—No puedo jugar. Vete.

—¿Te apetece una golosina? —preguntó Apofis—. Antes jugábamos siempre los dos juntos. Cada noche, intentábamos matarnos el uno al otro. ¿No te acuerdas?

Ra asomó la cabeza calva por encima del respaldo.

—¿Golosina?

—¿Qué tal un dátil relleno? —Apofis hizo aparecer uno en el aire—. Antes te gustaban mucho los dátiles rellenos, ¿a que sí? Lo único que has de hacer es salir y dejarme devor... esto... jugar conmigo.

—Quiero una galletita —dijo Ra.

—¿De qué tipo?

—Galletita de wombat.

Dejadme que os diga que el comentario de las galletitas de wombat probablemente salvó todo el universo conocido.

Apofis retrocedió un paso, a todas luces confundido por un comentario aún más caótico que él. Y en ese momento, Michel Desjardins atacó.

El lector jefe debía de estar haciéndose el muerto, o quizá simplemente sanaba deprisa. Se puso de pie, se abalanzó sobre Apofis y lo estampó contra el trono ardiente.

Ménshikov gritó con su antigua voz cascada. El vapor salió silbando como cuando se tira agua en una barbacoa. La chilaba de Desjardins prendió fuego. Ra fue a gatas hasta la popa del barco y agitó su cayado en el aire como si pudiera hacer que se marcharan los hombres malos.

Yo me levanté con esfuerzo, pero aún me sentía como si llevara cien kilos encima. Ménshikov y Desjardins forcejearon ante el Trono de Fuego. Era la escena que había presenciado en el Salón de las Eras: el primer instante de una nueva era.

Sabía que debía echar una mano, pero recorrí con torpeza la playa, intentando localizar el sitio donde había visto a Sadie por última vez. Caí de rodillas y empecé a cavar.

Desjardins y Ménshikov avanzaron y retrocedieron, enzarzados, gritándose palabras de poder. Eché un vistazo rápido y vi una nube de jeroglíficos y luz roja girando en torno a ellos cuando el lector jefe invocó la Maat y, con la misma rapidez, Apofis anulaba sus hechizos con el caos. En cuanto a Ra, el todopoderoso dios solar había llegado a la popa de la barcaza y estaba encogido bajo el timón.

Seguí cavando.

—Sadie —dije entre dientes—. Venga. ¿Dónde estás?

«Piensa», me dije.

Cerré los ojos. Pensé en Sadie, trayendo a mi mente todos los momentos que habíamos pasado juntos desde Navidad. Habíamos vivido separados durante años, pero en los últimos tres meses había intimado con ella más que con nadie en el mundo. Si ella podía averiguar mi nombre secreto mientras yo dormía, seguro que yo podía encontrarla en un montón de arena.

Gateé unos metros hacia la izquierda y empecé a cavar de nuevo. Al momento, arañé la nariz de Sadie. Gimió, lo que significaba que al menos vivía. Le aparté la arena de

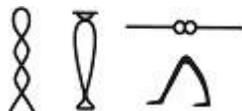
la cara y tosió. Entonces levantó los brazos y tiré de ella hasta desenterrarla. Sentía tanto alivio que me vinieron lágrimas a los ojos, pero, como soy un tío varonil y todo eso, no lloré.

[Cállate, Sadie. Esta parte la estoy contando yo.]

Apofis y Desjardins seguían con su tira y afloja en la barcaza solar.

—*Heh-sieh!* —gritó Desjardins.

Un jeroglífico ardió entre él y Apofis:



El dios serpiente salió volando del barco como si se lo llevara un tren a rastras. Pasó justo por encima de nosotros y aterrizó en la arena, a poco más de diez metros.

—Qué bueno —susurró Sadie, admirada—. Es el glifo de «vuelve atrás».

Desjardins bajó del barco dando tumbos. Su ropa seguía echando humo, pero metió una mano en la otra manga y sacó una figura de arcilla, una serpiente roja con jeroglíficos tallados.

Sadie inspiró de golpe.

—¿Un *shabti* de Apofis? ¡El castigo por hacerlos es la muerte!

Lo vi un castigo razonable. Las imágenes tenían poder. En malas manos, podían reforzar o incluso convocar al ser que representaban, y una estatuilla de Apofis era un objeto demasiado peligroso con el que ir jugando. Pero también era un ingrediente necesario para ciertos conjuros...

—Es una execración —dije—. Intenta borrar a Apofis.

—¡Es imposible! —exclamó Sadie—. ¡Se consumirá él!

Desjardins inició un cántico. Los jeroglíficos brillaron a su alrededor, girando para formar un cono de poder defensivo. Sadie intentó levantarse, pero no estaba en mucha mejor forma que yo.

Apofis se incorporó. Su cara era una pesadilla de quemaduras que le había hecho el Trono de Fuego. Parecía una hamburguesa a medio hacer que alguien hubiera tirado a la arena. [Sadie dice que ha sido de mal gusto. Bueno, pues lo siento. También ha sido exacto.]

Cuando vio la figurita en manos del lector jefe, soltó un rugido furioso.

—¿Te has vuelto loco, Michel? ¡No puedes execrarme!

—Apofis —entonó entonces Desjardins—. Yo te nombro señor del caos, Serpiente en la Oscuridad, Temor de las Doce Casas, el Odiado...

—¡Detente! —bramó Apofis—. ¡No se me puede contener!

Arrojó un chorro de fuego a Desjardins, pero la energía no hizo más que unirse a la nube que giraba en torno al lector jefe, convertida en el jeroglífico de «calor». Desjardins estuvo a punto de perder el equilibrio, más envejecido a cada segundo que pasaba, cada vez más encorvado y frágil, pero su voz conservó la fuerza.

—Hablo en nombre de los dioses. Hablo en nombre de la Casa de la Vida. Soy un servidor de la Maat. Yo te destierro a las profundidades.

Desjardins tiró la serpiente roja al suelo, y Apofis cayó de lado.

El señor del caos atacó a Desjardins con todo lo que tenía, hielo, veneno, relámpago, pedruscos, pero nada de ello dio en el blanco. Todo lo que arrojaba se convertía

en jeroglíficos que reforzaban el escudo del lector jefe, el caos contenido hasta formar patrones de palabras en el idioma divino de la creación.

Desjardins machacó la serpiente de arcilla de un pisotón. Apofis se retorció de agonía. El cuerpo que una vez perteneció a Vladímir Ménshikov se agrietó como una capa de cera, y de él salió una serpiente roja, cubierta de una sustancia mucosa como si acabara de romper el cascarón. Empezó a crecer, reflejando la luz con sus escamas y mirándome con ojos brillantes.

Su voz siseó en mi cabeza: «¡No se me puede contener!».

Pero tenía problemas para alzarse. La arena empezó a arremolinarse a su alrededor. Se estaba abriendo un portal, anclado en el propio Apofis.

—Yo borro tu nombre —dijo Desjardins—. Yo te elimino del recuerdo de Egipto.

Apofis chilló. La playa implosionó a su alrededor, tragándose a la serpiente y empezando a absorber arena roja hacia el vórtice.

Agarré a Sadie y corrí hacia el barco. Desjardins había caído de rodillas, agotado, pero de algún modo logré enlazar mi brazo al suyo y llevarle hasta la orilla. Entre Sadie y yo lo subimos a bordo de la barcaza solar. Ra salió por fin de su escondite bajo el timón. Las luces se ocuparon de los remos y zarpamos mientras la playa entera se hundía en el agua oscura, entre relámpagos rojizos que iluminaban la superficie.

Desjardins se moría.

Sus jeroglíficos habían perdido luminosidad. Tenía la frente ardiendo, la piel tan seca y fina como el papel de arroz y solo podía hablar en susurros entrecortados.

—La execración... no durará —nos avisó—. Solo os he ganado un poco de tiempo.

Le cogí la mano como si fuera un viejo amigo, no un ex enemigo. Después de haber jugado al senet con el dios lunar, ganar tiempo no era algo que me tomara a la ligera.

—¿Por qué lo has hecho? —pregunté—. Has usado toda tu fuerza vital para desterrarlo.

Desjardins me sonrió débilmente.

—No me caéis muy bien. Pero tenéis razón. Antiguas costumbres... nuestra única oportunidad. Decidle a Amos... contadle lo que ha sucedido. —Dio unos flojos manotazos a su capa de piel de leopardo, y comprendí que quería quitársela. Le ayudé, y él me puso la capa en las manos—. Enséñasela... a los otros... Dile a Amos...

El lector jefe puso los ojos en blanco y murió. Su cuerpo se deshizo en jeroglíficos, demasiado numerosos para leerlos, que narraban la historia entera de su vida. Después las palabras se marcharon flotando corriente abajo por el Río de la Noche.

—Hasta luego —murmuró Ra—. Los wombats están enfermos.

Casi me había olvidado del viejo dios. Volvía a estar repantigado en su trono, con la cabeza apoyada en la curva de su báculo y tirando latigazos desganados a las luces de la tripulación.

Sadie tomó aire, temblando.

—Desjardins nos ha salvado. A mí tampoco me caía muy bien él, pero...

—Lo sé —dije—. Aun así, hemos de seguir adelante. ¿Aún tienes el escarabajo?

Sadie sacó de un bolsillo el escarabajo dorado y lo sostuvo en alto mientras se retorció. Nos acercamos juntos a Ra.

—Cógelo —le dije.

Ra arrugó su nariz, que ya estaba arrugada de por sí.

—No quiero bichos.

—¡Es tu alma! —le espetó Sadie—. ¡Te la quedas te guste o no!

Ra se acobardó. Cogió el escarabajo y, para mi horror, se lo metió en la boca,

—¡No! —gimoteó Sadie.

Demasiado tarde. Ra había tragado.

—Ay, dios —dijo Sadie—. ¿Se supone que tenía que hacerlo? A lo mejor se supone que tenía que hacerlo.

—No me gustan los bichos —murmuró Ra.

Esperamos a que se transformara en un poderoso rey joven. Lo que hizo fue eructar. Siguió viejo, y raro, y asqueroso.

Medio atontado, caminé con Sadie hasta la proa del barco. Habíamos hecho todo lo que habíamos podido, y seguía dándome la impresión de que era un fracaso. A medida que nos alejábamos de donde estaba la playa, la presión mágica empezó a remitir. El río parecía llano, pero notaba que estábamos ascendiendo a buen ritmo por la Duat. A pesar de ello, aún se me derretían las entrañas. Sadie no tenía mejor aspecto.

Las palabras de Ménshikov me resonaron en el cráneo: «Los mortales no pueden salir vivos de esta caverna».

—Es la enfermedad del caos —dijo Sadie—. Esta no la contamos, ¿verdad?

—Tenemos que aguantar —respondí—. Al menos, hasta el alba.

—¿Y todo para qué? —dijo ella—. Hemos rescatado a un dios senil. Hemos perdido a Bes y al lector jefe. Y nos morimos.

Cogí la mano de Sadie.

—A lo mejor, no. Mira.

Por delante del barco, el túnel se iba iluminando. Las paredes de la caverna desaparecieron y el río se hizo más ancho. Desde el agua se elevaron dos columnas con forma de escarabajos gigantes dorados. Más allá, brillaba el amanecer contra los edificios de Manhattan. El Río de la Noche estaba desembocando en el puerto de Nueva York.

—Cada nuevo amanecer es un mundo nuevo —recordé que decía nuestro padre—. Tal vez nos curemos.

—¿Ra también? —preguntó Sadie.

No tenía la respuesta, pero ya empezaba a sentirme mejor, más fuerte, descansado igual que tras una noche de sueño reparador. Al pasar entre las estatuas de escarabajos dorados, miré a nuestra derecha. Más allá del agua, por encima de Brooklyn, se veía humo, y fognazos de luz de todos los colores, y llamaradas, y criaturas aladas enzarzadas en combate aéreo.

—Aún están vivos —dijo Sadie—. ¡Necesitan ayuda!

Hicimos virar la barcaza solar hacia casa... y navegamos directos a la batalla.

23. En casa sí que sabemos montar buenas fiestas

SADIE

[Craso error, Carter. ¿Cómo se te ocurre pasarme el micrófono en la parte más importante? Ahora ya no volverá a tocar. El final de la historia es mío. ¡Ja, ja, ja, ja!] Uf, qué bien me ha sentado. Se me daría de maravilla la dominación global. Pero en fin, a lo que íbamos.

A lo mejor habéis visto en las noticias que la mañana del 21 de marzo se produjo un extraño amanecer doble en Brooklyn. Hubo muchas teorías al respecto: la refracción del aire contaminado, un bajón de temperatura en las capas inferiores de la atmósfera, extraterrestres o incluso otra fuga de gas de alcantarilla que provocó la histeria colectiva. ¡En Brooklyn nos encanta el gas de alcantarilla!

Puedo confirmar, sin embargo, que durante un breve lapso de tiempo hubo dos soles en el cielo. Lo sé porque yo iba a bordo de uno de ellos. El sol normal salió, como de costumbre. Pero además estaba el barco de Ra, alzándose fulgurante desde la Duat, elevándose del puerto de Nueva York hacia el cielo del mundo mortal.

Para quien lo observase desde tierra, al final el segundo sol dio la impresión de fundirse con la luz del primero. ¿Qué sucedió en realidad? Que la barcaza solar fue perdiendo brillo a medida que descendía hacia la Casa de Brooklyn, ya que el camuflaje antimortales de la mansión lo envolvió e hizo parecer que se esfumaba.

El escudo de camuflaje ya funcionaba a pleno rendimiento cuando llegamos nosotros, porque había en marcha una guerra con todas las de la ley. Freak el grifo se lanzaba una y otra vez en picado, enfrentándose a las serpientes aladas que soltaban llamas, los *ureus*, en duelo aéreo.

[Yo creo que quedaría mejor «los *ureuses*», pero Carter dice que no sea burra y que, en todo caso, el plural sería *urei*, que es como lo decían antiguamente; cuando se pone en ese plan, no hay quien discuta con él.]

Freak graznó: «¡FRIIIC!», y se zampó a un *ureus*, pero estaba en aplastante inferioridad numérica. Tenía el pelaje achicharrado, y las alas que movía como un colibrí debían de estar dañadas, porque volaba en círculos igual que un helicóptero roto.

Su establo del tejado estaba ardiendo. Alguien había partido nuestra esfinge para crear portales, y la chimenea tenía una mancha con forma de enorme estrella negra donde había explotado algo o alguien. Un pelotón de magos y demonios enemigos se había puesto a cubierto detrás del aparato de aire acondicionado, y habían trabado combate con Zia y Walt, que defendían la escalera. Los dos bandos se arrojaban fuego, *shabtis* y brillantes bombas jeroglíficas sobre la tierra de nadie en que se había convertido el tejado.

Mientras descendíamos sobre el enemigo, el viejo Ra (sí, seguía igual de chocho y esmirriado que siempre) se asomó por la borda y saludó a todos meneando su cayado.

—¡Hooooooooo! ¡Zarigüeyas!

Los dos grupos miraron hacia arriba con asombro.

—¡Ra! —chilló un demonio.

Entonces todos se unieron al vocerío:

—¿Ra?

—¡Ra!

—¡Ra!

Sonaban como el equipo de animadoras más aterrorizado del mundo.

Los *ureus* dejaron de escupir fuego, para sorpresa de Freak, y volaron de inmediato hacia la barcaza solar. Se pusieron a trazar círculos en torno a nosotros, como una guardia de honor, y recordé que, según Ménshikov, al principio habían sido criaturas de Ra. Por lo visto, aún reconocían a su viejo amo (con la palabra «viejo» subrayada).

La mayoría de los enemigos que teníamos debajo rompió la formación al descender el barco, pero los demonios más lentos dijeron «¿Ra?» y miraron hacia arriba justo antes de que aterrizáramos encima de ellos con un satisfactorio crujido.

Carter y yo saltamos para unirnos a la batalla. A pesar de todo lo que habíamos sufrido, me sentía de maravilla. La enfermedad del caos había remitido tan pronto como abandonamos la Duat. Mi magia era fuerte. Estaba animada y con ganas. Si hubiese podido darme una ducha, ponerme ropa limpia y tomar una taza de té como debe ser, estaría en el paraíso. (Espera, tachemos eso; ya había visto el paraíso y no acababa de gustarme. Me habría conformado con mi habitación.)

Convertí a un demonio en tigre y lo solté entre sus amigos. Carter pasó a forma de avatar... la del brillo dorado, y menos mal, porque el hombre pájaro de tres metros me había asustado un poco. Se abrió paso a la fuerza entre los aterrorizados magos enemigos, y con un manotazo los envió a todos a nadar al East River. Zia y Walt salieron del hueco de la escalera y nos ayudaron a barrer a los rezagados. Después corrieron hacia nosotros con sonrisas de oreja a oreja. Estaban maltrechos y llenos de magulladuras, pero seguían bien vivos.

—¡FRIIIC! —dijo el grifo. Descendió planeando hasta el lado de Carter y empezó a dar cabezazos a su avatar de combate, en lo que esperé que fuese una señal de afecto.

—¿Qué tal, colega? —Carter le rascó la cabeza, cuidándose de evitar las alas de motosierra del monstruo—. ¿Qué está pasando, tíos?

—Hablar no ha servido de nada —dijo Zia llanamente.

—El enemigo lleva toda la noche intentando entrar —informó Walt—. Amos y Bast los han contenido, pero... —Eché un vistazo a la barcaza solar y le falló la voz—. ¿Ese es...? ¿Ese no será...?

—¡Zarigüeya! —exclamó Ra, trotando hacia nosotros con una gran sonrisa llena de encías. Enfiló directo hacia Zia y se sacó de la boca el escarabajo de oro brillante, ahora bastante húmedo pero sin digerir. Se lo ofreció a ella—. Me gustan las zarigüeyas.

Zia dio un paso atrás.

—¿Este es...? ¿Este es Ra, señor del Sol? ¿Por qué me ofrece un bicho?

—¿Y qué dice de las zarigüeyas? —preguntó Walt.

Ra miró a Walt y chasqueó la lengua, contrariado.

—Los wombats están enfermos.

De repente, un escalofrío me recorrió el cuerpo. La cabeza me dio vueltas como si hubiese regresado la enfermedad del caos. Una idea empezó a formarse al fondo de mi mente, una idea muy importante.

«Zarigüeyas... Zia. Wombats... Walt.»

Antes de que pudiera meditarlo más, una tremenda explosión sacudió el edificio. Volaron grandes pedazos de piedra caliza de nuestra fachada lateral y cayeron al patio del almacén.

—¡Han vuelto a abrir brecha! —exclamó Walt—. ¡Corred!

Me considero una chica bastante dispersa y un poco hiperactiva, pero lo que quedaba de batalla fue demasiado rápido para que pudiera llevar la cuenta ni yo. Ra se negó en redondo a separarse de Zarigüeya y Wombat (perdón, de Zia y Walt), así que les encargamos que cuidaran de él mientras Freak nos bajaba a Carter y a mí a la terraza de abajo. Nos soltamos de sus garras y caímos a la mesa de bufet, donde encontramos a Bast haciendo remolinos con sus cuchillos en las manos, cortando demonios hasta que se convertían en arena y dando patadas a los magos para tirarlos a la piscina, donde nuestro cocodrilo albino, Filipo de Macedonia, estaba más que encantado de recibirlos.

—¡Sadie! —gritó con alivio. [Sí, Carter, dijo mi nombre y no el tuyo, pero es que yo la conozco desde hace más tiempo.] Parecía estar disfrutando de lo lindo, pero nos dijo con tono apremiante—: Han abierto brecha en la fachada este. ¡Entrad!

Cruzamos a la carrera la cristalera abierta, esquivando una comadreja perdida que pasó volando por encima (probablemente un hechizo que había salido rana), y nos internamos en la barahúnda más absoluta.

—Sagrado Horus —dijo Carter.

En realidad, Horus debía de ser el único que no estaba peleando en la Gran Sala. Keops, nuestro intrépido babuino, se había subido a espaldas de un mago y le hacía dar vueltas por la sala, asfixiándolo con su propia varita y guiándolo hacia las paredes mientras el pobre se ponía cada vez más azul. Felix había lanzado un escuadrón de pingüinos contra otro mago, que estaba encogido de terror en su círculo de protección, sufriendo algún tipo de estrés postraumático y chillando:

—¡La Antártida otra vez no! ¡Cualquier cosa menos eso!

Alyssa estaba recurriendo a los poderes de Geb para reparar un agujero enorme que el enemigo había abierto en la pared del fondo. Julian había invocado un avatar de combate por primera vez, y se dedicaba a partir demonios en dos con su brillante espada. Hasta Cleo, nuestra ratita de biblioteca, iba de un lado a otro de la habitación, sacando papiros de su bolsa y leyendo palabras de poder al azar, como «¡Ciego!», «¡Horizontal!» o «¡Flatulento!» (que, por cierto, va genial para incapacitar enemigos). Allá donde mirase, nuestros aprendices dominaban la situación. Peleaban como si hubieran estado esperando toda la noche a dar el primer golpe, que supongo que sería exactamente el caso. Y estaba Jaz —¡Jaz! ¡Despierta y con aspecto muy sano!— derribando a un *shabti* enemigo contra la chimenea, donde se partió en mil pedazos.

Tuve una abrumadora sensación de orgullo, y no poco asombro. Yo llevaba toda la noche preocupada por la supervivencia de nuestros aprendices, y resulta que allí estaban, dominando sin problemas a un grupo de magos con mucha más experiencia.

Sin embargo, el más impresionante era Amos. Ya lo había visto hacer magia antes, pero nunca como aquel día. Estaba plantado junto a la base de la estatua de Tot, haciendo girar su báculo y convocando el rayo y el trueno, derribando a magos enemigos y haciéndolos volar fuera de la sala envueltos en mininubes de tormenta. Una maga arremetió contra él, con el báculo encendido en llamas rojas, pero Amos se limitó a dar un golpecito en el suelo con el pie. Las baldosas de mármol se convirtieron en arena debajo de la maga, que se hundió en ella hasta el cuello.

Carter y yo nos miramos, sonreímos y nos unimos a la batalla.

Fue una victoria aplastante. Al poco tiempo, los demonios estaban reducidos a montones de arena, y los magos enemigos empezaron a dispersarse y huir. Seguro que

habían esperado enfrentarse a una pandilla de críos desentrenados. No habían contado con la experiencia Kane al completo.

Una de las mujeres logró abrir un portal en la pared del fondo.

Detenlos, dijo en mi mente la voz de Isis, que me pilló por sorpresa después de tanto tiempo sin oírla. *Deben escuchar la verdad*.

No sé de dónde salió la idea, pero levanté los brazos y me aparecieron unas brillantes alas de arcoíris a ambos lados: las alas de Isis.

Cerré los brazos con fuerza hacia delante. Una ráfaga de viento y luz multicolor derribó a nuestros enemigos, dejando intactos a todos los amigos.

—¡Escuchad! —grité.

Todos callaron. Mi voz normal ya suena mandona, pero esa vez parecía amplificadas en un factor diez. Supongo que las alas también llamarían la atención.

—¡No somos vuestros enemigos! —dije—. Me da igual si os caemos bien o mal, pero ahora el mundo ha cambiado. Es necesario que oigáis lo que ha sucedido.

Mis alas mágicas fueron desapareciendo mientras contaba a todo el mundo nuestro recorrido por la Duat, el renacimiento de Ra, la traición de Ménshikov, la liberación de Apofis y el sacrificio de Desjardins para desterrar a la Serpiente.

—¡Mientes! —exclamó un hombre asiático vestido con una chilaba azul chamuscada, dando un paso adelante. Por la visión de Carter, supuse que sería el tal Kwai.

—Es la verdad —dijo Carter. Ya no estaba rodeado por su avatar. Su ropa volvía a ser la que le habíamos comprado en El Cairo, pero aun así parecía bastante imponente y confiada. Sostuvo en alto la capa de leopardo del lector jefe, y noté que una oleada de sorpresa recorría la sala—. Desjardins ha luchado en nuestro bando. Ha derrotado a Ménshikov y execrado a Apofis. Ha sacrificado su vida para ganarnos un poco de tiempo. Pero Apofis volverá. Desjardins quería que lo supierais. Con su último aliento, me ha dicho que os enseñara esta capa y os explicara la verdad. Sobre todo a ti, Amos. Quería que supieras... que la senda de los dioses debe restaurarse.

El portal de huida de nuestros enemigos seguía girando sobre sí mismo. Nadie lo había cruzado aún.

La mujer que lo había convocado escupió en nuestro suelo. Llevaba una túnica blanca y tenía el pelo corto y de punta. Gritó a sus compañeros:

—¿A qué estáis esperando? Tienen la capa del lector jefe y nos han contado una historia sin pies ni cabeza. ¡Son los Kane! ¡Unos traidores! Seguramente han matado ellos mismos a Desjardins y a Ménshikov.

La voz de Amos resonó por toda la Gran Sala.

—¡Sarah Jacobi! Precisamente tú deberías saber que lo que dices no es cierto. Has dedicado tu vida a estudiar las prácticas del caos. Puedes sentir la liberación de Apofis, ¿verdad que sí? Y también el retorno de Ra.

Amos señaló por las puertas de cristal que daban a la terraza. No sé cómo lo había sabido sin mirar, pero la barcaza solar descendía justo en ese momento, y acabó posándose en la piscina de Filipo. Fue un aterrizaje impresionante. Zia y Walt estaban de pie a ambos lados del Trono de Fuego. Habían logrado colocar a Ra en una postura un pelín más majestuosa, con el cayado y el látigo en las manos, aunque conservaba su sonrisa bobalicona en la cara.

Bast, que se había quedado atónita en la terraza por la impresión, se dejó caer de rodillas.

—¡Mi rey!

—¡Hoooooolaaa! —trinó Ra—. ¡Aaaadiós!

Yo no había entendido muy bien por qué lo decía, pero Bast se puso de pie de un salto, repentinamente asustada.

—¡Va a alzarse hacia los cielos! —exclamó—. ¡Walt, Zia, fuera de ahí!

Saltaron justo a tiempo. El barco solar empezó a brillar. Bast se volvió hacia mí y gritó:

—¡Voy a llevarlo con los otros dioses! ¡No os preocupéis! ¡Volveré pronto!

Y acto seguido saltó a bordo, y la barcaza solar subió flotando al cielo, convertida en una bola de fuego. Entonces se fundió con la luz del sol y desapareció.

—Ahí tenéis la prueba —afirmó Amos—. Los dioses y la Casa de la Vida deben cooperar. Sadie y Carter están en lo cierto. La Serpiente no nos dejará descansar mucho tiempo, ahora que ha roto sus cadenas. ¿Quién se unirá a nosotros?

Varios magos enemigos soltaron sus báculos y varitas.

La mujer de blanco, Sarah Jacobi, dijo en tono burlón:

—Ninguno de los demás nomos acatará tu proclamación, Kane. ¡Estás mancillado por el poder de Set! Nosotros correremos la voz. Les haremos saber que tú asesinaste a Desjardins. ¡Jamás te seguirán!

Saltó por el portal. El hombre de azul, Kwai, nos miró con desprecio y siguió a Jacobi. Otros tres también lo hicieron, pero les dejamos marchar en paz.

Con gesto respetuoso, Amos tomó la capa de piel de leopardo de manos de Carter.

—Pobre Michel.

Nos reunimos todos junto a la estatua de Tot. Por primera vez me di cuenta de lo destrozada que había quedado la Gran Sala. Había paredes agrietadas, ventanas rotas, reliquias machacadas, y los instrumentos musicales de Amos estaban medio fundidos. Por segunda vez en tres meses, habíamos estado a punto de destruir la Casa de Brooklyn. Tenía que ser un récord. Y, pese a todo ello, me entraron ganas de dar un abrazo enorme a todos los presentes.

—Habéis estado geniales —dije—. ¡Habéis machacado al enemigo en unos segundos! Si sabéis luchar tan bien, ¿cómo es que os han tenido ocupados toda la noche?

—¡Si apenas podíamos evitar que entraran! —protestó Felix. Parecía estupefacto por su propio éxito—. Al amanecer, a mí ya no me quedaba ni gota de energía.

Los demás asintieron, muy serios.

—Y yo estaba en coma —dijo una voz familiar.

Jaz se abrió paso entre los demás y nos abrazó a Carter y a mí. Me alegré tanto de verla que me dio un poco de vergüenza haber llegado a estar celosa de ella y Walt.

—¿Estás bien del todo? —La cogí por los hombros y examiné su cara en busca de cualquier signo de enfermedad, pero solo vi el mismo rostro lleno de vida que solía tener.

—¡Perfecta! —dijo—. Justo al amanecer, he despertado sintiéndome genial.

Supongo que al llegar vosotros... no sé. Algo ha pasado.

—El poder de Ra —explicó Amos—. Al alzarse, ha traído consigo vida nueva, energía nueva para todos nosotros. Ha revitalizado nuestro espíritu. Sin eso, habríamos fracasado.

Me volví hacia Walt, sin atreverme a preguntar. ¿Era posible que también él se hubiese curado? Pero la mirada de sus ojos me dijo que ese deseo no estaba concedido. Parecía que le dolían las extremidades después de hacer tanta magia.

«Los wombats están enfermos», había repetido Ra una y otra vez. No tenía claro por qué el estado de Walt interesaba tanto a Ra, pero al parecer ni siquiera el poder del dios

solar podía remediarlo.

—Amos —dijo Carter, sacándome del trance—, ¿a qué se refería Jacobi con lo de que los demás nomos no acatarían tu proclamación?

No pude evitarlo. Suspiré y puse los ojos en blanco. A veces mi hermano puede ser bastante lento.

—¿Qué pasa? —preguntó exasperado.

—Carter —dije yo—, ¿te acuerdas de cuando hablábamos de los magos más poderosos del mundo? Desjardins era el primero y Ménshikov el tercero. Y a ti te preocupaba quién pudiera ser el segundo.

—Sí —aceptó—, pero...

—Pues ahora que Desjardins ha fallecido, el segundo mago más poderoso pasa a ser el más poderoso de todos. ¿Quién crees tú que puede ser?

Poco a poco debieron de activársele las neuronas, lo que demuestra que a veces ocurren milagros. Se volvió para mirar fijamente a Amos.

Nuestro tío asintió solemnemente.

—Eso me temo, niños. —Amos se echó la capa de leopardo sobre los hombros—. Me guste o no, la responsabilidad del liderazgo ha recaído en mí. Yo soy el nuevo lector jefe.

24. Hago una promesa imposible de cumplir

SADIE

Lo poco que me gustan las despedidas y las muchas que tengo que contaros.

[No, Carter, no era una indirecta para que cogieses tú el micro. ¡Quita de ahí!]

Cuando anocheció, la mansión de mi tío Amos volvía a estar en orden. Alyssa se ocupó de casi todo el trabajo de mampostería ella sola, con el poder del dios de la tierra. Nuestros aprendices dominaban lo suficiente el hechizo de *hi-nehm* para arreglar prácticamente todo lo demás que se había roto. Keops demostró tener tanta destreza con los trapos y el quitamanchas como con la pelota de baloncesto, y es increíble lo mucho que se adelantan las tareas de limpiar, quitar el polvo y frotar atando bayetas grandes a las alas de un grifo.

Durante el día tuvimos varias reuniones. Filipo de Macedonia montaba guardia en la piscina y nuestro ejército de *shabtis* hacía rondas por toda la propiedad, pero no hubo más ataques de las fuerzas de Apofis ni de nuestros compañeros magos. Casi se palpaba en el aire el estupor colectivo que iba extendiéndose por los trescientos sesenta nomos, a medida que se enteraban de que Desjardins había muerto, Apofis se había alzado, Ra había vuelto y Amos Kane era el nuevo lector jefe. No sabía cuál de todas las noticias consideraban más alarmante, pero pensé que al menos podríamos recuperar el aliento mientras los otros nomos asimilaban los nuevos acontecimientos y decidían su postura.

Justo antes del ocaso, Carter y yo habíamos vuelto a la terraza y Zia estaba abriendo un portal a El Cairo para marcharse con Amos.

Con el pelo moreno recién cortado y un nuevo conjunto de maga en beis, Zia estaba igualita que cuando hablamos por primera vez con ella en el Museo Metropolitano, aunque desde entonces habían pasado muchas cosas. Bueno, supongo que, técnicamente, en el museo no habíamos hablado con ella porque la que estuvo allí fue su *shabti*.

[Sí, ya sé que es muy confuso seguir la pista de todo ese asunto. Deberíais aprender a convocar remedios para el dolor de cabeza. Ese conjuro es mano de santo.]

Se formó un portal arremolinado, y Zia volvió andando hacia nosotros para despedirse.

—Acompañaré a Amos... perdón, al lector jefe, al Nomo Primero —dijo—. Me aseguraré de que lo reconozcan como líder de la Casa.

—Tendréis oposición —dije—. Id con cuidado.

Amos sonrió.

—Estaremos bien, no te preocupes.

Iba vestido con su elegancia habitual: traje dorado de seda a juego con su nueva capa de piel de leopardo, sombrero de copa baja y cuentas doradas en las trencitas de su cabello. A su lado descansaban una bolsa de viaje de cuero y una funda de saxofón. Me imaginé a mi tío sentado en los escalones del trono del faraón, tocando el saxo tenor (tal vez algo de John Coltrane) mientras una nueva era se desplegaba en luces de color violeta y salían jeroglíficos brillantes de la boca del instrumento.

—Estaremos en contacto —nos prometió—. Además, aquí en la Casa de Brooklyn lo tenéis todo bajo control. Ya no necesitáis que os dé consejos.

Intenté mostrarme valiente, aunque me repateaba que tuviese que marcharse. Haber cumplido los trece años no significaba que me apeteciese tener responsabilidades de adulta. Desde luego, no me apetecía nada dirigir el Nomo Vigésimo Primero ni capitanear ejércitos en la guerra, eso seguro. Pero supongo que no hay nadie a quien encarguen esas tareas y se sienta preparado.

Zia puso la mano en el brazo de Carter. Él saltó como si le hubieran tocado con un electrodo de desfibrilador.

—Hablabamos pronto —dijo—, cuando... cuando se calmen las cosas. Pero gracias.

Carter asintió, aunque parecía alicaído. Todos sabíamos que las cosas iban a tardar en calmarse. Ni siquiera estaba garantizado que viviéramos el tiempo suficiente para volver a ver a Zia.

—Cuídate —dijo Carter—. Tienes un papel importante que desempeñar.

Zia me lanzó una mirada y entre las dos prendió una extraña corriente de comprensión. Creo que ella empezaba a sospechar, y a temer profundamente, cuál podía ser su papel. No es que yo lo comprendiese a aquellas alturas, pero sí compartía su inquietud. «Zarigüeyas», había dicho Ra. El dios del Sol había despertado hablando de zarigüeyas.

—Si nos necesitáis —dije—, llamad sin pensároslo dos veces. No me cuesta nada acercarme y explicar cuatro cositas a esos magos del Nomo Primero.

Amos me dio un beso en la frente a mí y unas palmaditas en el hombro a Carter.

—Estoy orgulloso de los dos. Me habéis dado esperanza por primera vez en años.

Yo quería que se quedaran más rato en Brooklyn. Quería charlar con ellos un poco más. Pero la experiencia con Jonsu me había enseñado a no ser avariciosa con el tiempo. Era mejor disfrutar del que tienes y no pasarte el día suspirando por un poco más.

Amos y Zia cruzaron el portal y desaparecieron.

Justo al ocaso, una agotada Bast llegó a la Gran Sala. En lugar de su habitual mono de gimnasia, llevaba un vestido egipcio formal y un montón de joyas que parecían bastante incómodas.

—Me había olvidado de lo difícil que es recorrer el cielo en la barcaza solar —dijo, secándose la frente—. ¡Y del calor que hace! La próxima vez, pienso llevarme un platito y una nevera llena de leche.

—¿Ra está bien? —pregunté.

La diosa gata frunció los labios.

—Bueno... está como estaba. He llevado el barco al salón del trono de los dioses. Están reuniendo una tripulación descansada para la travesía de esta noche. Pero deberíais ir a verlo antes de que zarpe.

—¿La travesía de esta noche? —repitió Carter—. ¿Por la Duat? ¡Pero si acabamos de sacarlo de allí!

Bast separó los brazos.

—¿Qué esperabais? Habéis vuelto a poner en marcha el antiguo ciclo. Ra pasará sus días en los cielos y sus noches en el río. Los dioses tendrán que defenderlo como solían hacer. Venga, vamos, que solo tenemos unos minutos.

Estaba a punto de preguntarle cómo pensaba llevarnos al salón del trono. Bast nos había dicho una y mil veces que se le daba fatal convocar portales. Entonces apareció una puerta de pura sombra en medio de nuestra sala. De ella salió Anubis, como siempre irritantemente guapo con sus vaqueros negros y su chaqueta de cuero, además de una camiseta blanca de algodón que le ceñía el pecho tan bien que me hizo dudar si se la

pondría aposta para lucirse. Sospeché que no. Seguro que por las mañanas ya salía de la cama con ese aspecto tan perfecto.

Vale... esa imagen no me ayudó nada a concentrarme.

—Hola, Sadie —dijo. [Sí, Carter, él también se dirigió primero a mí. ¿Qué quieres que te diga? Así de importante soy.]

Intenté parecer enfadada con él.

—Anda, si eres tú. Qué pena que no estuvieses en el inframundo mientras nos apostábamos las almas.

—Sí, me alegro de que sobrevivierais —dijo—. Tu panegírico habría sido difícil de escribir.

—Ja, ja, qué gracioso. ¿Dónde estabas?

En sus ojos marrones apareció una dosis adicional de tristeza.

—Ocupándome de un proyecto paralelo —dijo—. Pero deberíamos darnos prisa.

Hizo un gesto hacia la puerta de oscuridad. Crucé la primera, a zancadas, solo para demostrarle que no me daba miedo.

El portal llevaba al salón del trono de los dioses. La multitud de dioses que había allí congregada se giró para mirarnos. El palacio parecía aún más grandioso que en nuestra última visita. Las columnas eran más altas y estaban pintadas con mucho más detalle. En el suelo de mármol pulido había un diseño de constelaciones que daban la impresión de girar, como si estuviéramos cruzando la galaxia. El techo refulgía como un inmenso panel fluorescente. El estrado y el trono de Horus estaban apartados a un lado, de forma que ahora recordaban más al asiento de un observador que a la atracción principal.

En el centro de la estancia relucía la barcaza solar, sujeta por andamiajes. Su tripulación de esferas luminosas revoloteaba por todas partes, fregando la cubierta y revisando los aparejos. Los *ureus* volaban en círculos alrededor del Trono de Fuego, donde se sentaba Ra vestido con los ropajes de un rey egipcio, con su látigo y cayado en el regazo. Tenía la barbilla apoyada en el pecho y roncaba como un campeón.

Un joven musculoso vestido con armadura de cuero se adelantó hacia nosotros. Tenía la cabeza afeitada y sus ojos eran de distinto color, uno de oro y el otro de plata.

—Bienvenidos, Carter y Sadie —dijo Horus—. Es un honor para nosotros.

Las palabras no cuadraban con su tono, que era forzado y formal. Los otros dioses hicieron inclinaciones respetuosas, pero les noté la hostilidad que bullía bajo la superficie. Todos se habían engalanado con sus mejores armaduras, y tenían un aspecto de lo más imponente. Sobek, el dios cocodrilo (que no era precisamente mi favorito) llevaba una cota de malla verde y un cayado inmenso que parecía hecho de agua en movimiento. Nejbet estaba tan pulcra como puede estarlo un buitre, con su capa de plumas negras sedosa y arreglada. Incliné la cabeza hacia mí, pero sus ojos decían que todavía ansiaba desmembrarme. Babi, el dios babuino, se había cepillado los dientes y peinado el pelaje. Llevaba un balón de rugby bajo el brazo, seguramente porque mi abuelo le había contagiado la obsesión.

Jonsu estaba en el salón con su traje plateado y brillante, sonriendo y entretenido en lanzar una moneda al aire y volver a cogerla. Me entraron ganas de partirle la cara, pero él hizo un gesto con la cabeza como si fuésemos viejos amigos. Estaba presente hasta Set, con su demoníaco traje discotequero rojo, apoyado en una columna al fondo del gentío y con su báculo negro de hierro en la mano. Recordé que su promesa de no matarme solo era válida hasta que liberásemos a Ra, pero, de momento, parecía relajado. Se levantó el sombrero y sonrió, disfrutando con mi incomodidad.

Tot, el dios del conocimiento, era el único que no se había arreglado para la ocasión. Llevaba vaqueros y su bata de laboratorio llena de garabatos. Me observó con sus extraños ojos de caleidoscopio, y me dio la sensación de que era el único en la sala que sentía alguna compasión por nuestra inquietud.

Isis vino hacia nosotros. Su larga melena negra estaba recogida en una trenza que se perdía bajo los hombros de su vestido vaporoso. En su espalda brillaban las alas de arcoíris. Me hizo una reverencia formal, pero sentí la terrible frialdad que emanaba.

Horus se volvió hacia los dioses reunidos. Me di cuenta de que ya no llevaba la corona de faraón.

—¡Contemplad! —dijo a la multitud—. ¡Aquí están Carter y Sadie Kane, que han despertado a nuestro monarca! Que no haya ninguna duda: el enemigo, Apofis, se ha alzado. Debemos unirnos todos bajo el liderazgo de Ra.

Ra farfulló en sueños:

—Fular, colonia, wombat.

Y volvió a roncar. Horus carraspeó.

—¡Yo le juro lealtad! Y espero que todos me imitéis. Yo protegeré el barco de Ra en su recorrido de esta noche por la Duat. Todos vosotros cumpliréis con ese deber por turnos, hasta que el dios solar esté... recuperado del todo. —No sonaba nada convencido de que aquello fuese a ocurrir algún día—. ¡Encontraremos la forma de derrotar a Apofis! —exclamó—. Pero ahora, ¡celebremos el retorno de Ra! Yo doy la bienvenida a Carter Kane como a un hermano.

La música empezó a sonar en la sala. Ra, todavía en su trono de la barcaza, despertó y se puso a dar palmadas. Sonrió al ver a los dioses que revoloteaban por todas partes, algunos con forma humana y otros disueltos en volutas de vapor, fuego o luz.

Isis me cogió de las dos manos.

—Espero que sepas lo que estás haciendo, Sadie —dijo con voz gélida—. Nuestro mayor enemigo se alza, y tú has destronado a mi hijo para ponernos a las órdenes de un dios senil.

—Dale una oportunidad —dije, aunque notaba que mis tobillos se estaban volviendo de mantequilla.

Horus puso las manos en los hombros de Carter. Sus palabras no fueron más amistosas que las de Isis.

—Sigo siendo tu aliado, Carter —prometió—. Te prestaré mi fuerza siempre que la pidas. Tú devolverás la senda de mi magia a la Casa de la Vida, y lucharemos juntos para destruir a la Serpiente. Pero no te equivoques; me has derribado del trono. Si tu decisión nos cuesta la guerra, juro que mi último acto antes de que se me trague Apofis será aplastarte como a un insecto. Y si al final resulta que ganamos esta guerra sin la ayuda de Ra, y por tanto me has humillado para nada, juro que la muerte de Cleopatra y la maldición de Akenatón serán nimiedades comparadas con la ira que desataré sobre ti y tu familia, hasta el final de los tiempos. ¿Lo comprendes?

Tengo que reconocer a Carter que sostuvo la mirada al dios de la guerra.

—Tú cumple con tu cometido —dijo Carter.

Horus fingió reír de cara al público, como si él y Carter acabasen de compartir un buen chiste.

—Ahora márchate, Carter. Ve a comprobar por ti mismo el precio de tu victoria. Esperemos que todos tus aliados no compartan el mismo destino.

Horus nos dio la espalda y se unió a las celebraciones. Isis me sonrió una última vez

antes de transformarse en un arcoíris chispeante.

Bast seguía a mi lado, mordiéndose la lengua, pero se le notaban las ganas de utilizar a Horus como afilador de uñas.

Anubis parecía avergonzado.

—Lo siento, Sadie. A veces los dioses podemos ser...

—¿Desagradecidos? —repliqué—. ¿Insoportables?

Se sonrojó. Supongo que pensó que me refería a él.

—Podemos ser lentos en llegar a comprender lo que es importante —dijo finalmente—. A veces nos cuesta un poco apreciar lo nuevo, aunque pueda cambiarlo todo para bien.

Enfocó en mí aquellos ojos cálidos y yo quise derretirme hasta que solo quedara un charquito.

—Tenemos que irnos —interrumpió Bast—. Nos queda una última parada, si os veis capaces.

—El precio de la victoria —recordó Carter—. ¿Bes? ¿Está vivo?

Bast suspiró.

—Una pregunta difícil. Por aquí.

El último lugar que quería ver de nuevo era Acres Soleados.

En la residencia de ancianos no había cambiado gran cosa. La renovada luz solar había servido de poco a los dioses ancianos. Todavía arrastraban sus portasueros de un lado a otro, se daban golpes contra las paredes y cantaban himnos antiguos mientras buscaban en vano unos templos que ya no existían.

Se les había unido un paciente nuevo. Bes, en bata de hospital, estaba sentado en una silla de mimbre, con la mirada perdida en la ventana que daba al Lago de Fuego.

Tauret estaba arrodillada a su lado, con sus diminutos ojos de hipopótamo enrojecidos de tanto llorar. Intentaba que Bes bebiera de un vaso.

Al dios enano le chorreaba agua por la barbilla. Sus ojos inexpresivos estaban fijos en la lejana catarata ardiente, cuya luz roja le bañaba el rostro. Tenía los rizos peinados y llevaba una nueva camisa hawaiana azul y pantalones cortos, de modo que se le veía cómodo. Pero fruncía el ceño. Sus dedos agarraban los brazos de la silla, como si supiera que debería recordar algo pero no pudiese.

—Tranquilo, Bes. —La voz de Tauret flaqueó mientras le pasaba un pañuelo por la barbilla—. Irás mejorando. Yo te cuidaré.

Entonces reparó en nuestra presencia y su rostro se endureció. Para ser una diosa benigna de los nacimientos, Tauret podía dar bastante miedo cuando se lo proponía.

Dio unos golpecitos en la rodilla del enano.

—Vuelvo enseguida, Bes, querido.

Se puso de pie, cosa que no debió de serle fácil con aquella barriga hinchada que tenía, y nos alejó de la silla.

—¿Cómo se puede tener el valor a presentarse aquí? ¿Es que aún no ha habido suficiente?

Estaba al borde de romper a llorar y disculparme, pero entonces me di cuenta de que su rabia no iba dirigida a nosotros. Estaba mirando con odio a Bast.

—Tauret... —Bast giró las muñecas, enseñándole la palma de las manos—. No era mi intención. Bes era mi amigo.

—¡Era uno de tus juguetitos, gata! —El grito de Tauret fue tan fuerte que algunos

pacientes se echaron a llorar—. Eres tan egoísta como todos los de tu especie, Bast. Para ti Bes siempre fue de usar y tirar. Sabías que te amaba y te has aprovechado de ello. Has jugado con él como si fuera un ratón bajo tu zarpa.

—Sabes que no es así —musitó Bast, pero su pelo empezaba a erizarse como solía hacer cuando se asustaba.

Y no era para menos. En el mundo hay pocas cosas que den más miedo que un hipopótamo furioso.

Tauret dio una patada al suelo con tanto ímpetu que se le rompió el tacón.

—Bes merecía algo mejor. Mejor que tú. Tenía muy buen corazón, y yo... ¡yo nunca le olvidé!

Aquello tenía pinta de derivar en una pelea injusta y muy violenta de gata contra hipopótama. No sé si hablé para salvar a Bast, por el bien de los pacientes traumatizados o para ahogar mis propios remordimientos, pero en cualquier caso me interpusé entre las diosas.

—Lo arreglaremos —solté—. Tauret, te lo juro por mi vida. Encontraremos la forma de curar a Bes.

Me miró, y la rabia se fue escurriendo de sus ojos hasta que solo quedó lástima.

—Ay, niña, niña... Ya sé que lo dices con buena intención, pero no quiero que me des falsas esperanzas. Llevo demasiado tiempo confiando en falsas esperanzas. Venga, acercaos si queréis. Mirad lo que le ha pasado al mejor enano del mundo. Y luego dejadnos solos. No me prometas lo que es imposible que suceda.

Dio media vuelta y regresó hacia el mostrador de enfermería cojeando por culpa de su zapato roto. Bast bajó la cabeza. Tenía en el rostro una expresión muy poco felina: la vergüenza.

—Os espero aquí —dijo.

Sabía que no le haríamos cambiar de opinión, así que Carter y yo nos acercamos a Bes los dos solos.

El dios enano estaba en la misma postura de antes. Seguía sentado en su silla de mimbre, con la boca entreabierta y la mirada fija en el Lago de Fuego.

—Bes. —Le puse la mano en el brazo—. ¿Me oyes?

No contestó, por supuesto. Llevaba un brazalete en la muñeca con su nombre escrito en jeroglíficos bellamente decorados, probablemente obra de la propia Tauret.

—Lo lamento muchísimo —le dije—. Recuperaremos tu *ren*. Encontraremos la forma de curarte. ¿A que sí, Carter?

—Claro. —Carraspeó, y os aseguro que en aquel momento ya no era ningún modelo de masculinidad—. Sí, te lo juro, Bes. Aunque sea...

Supongo que iba a decir «aunque sea lo último que hagamos», pero tomó la sabia decisión de interrumpirse. Teniendo en cuenta la guerra contra Apofis que estaba a punto de estallar, era mejor no pensar en lo poco que podían durar nuestras vidas.

Me acerqué y le di un beso al dios en la frente. Recordé nuestro primer encuentro en la estación de Waterloo, cuando nos chofereó a Liz, a Emma y a mí hasta un lugar seguro. Me acordé de cómo había espantado a Nejbet y a Babi con su ridículo bañador de *slip*. Pensé en el absurdo Lenin de chocolate que había comprado en San Petersburgo, y en cómo nos había rescatado a Walt y a mí del portal horizontal en Arenas Rojas. Ya no podía concebirlo como alguien pequeño. Tenía una personalidad enorme, colorida, extravagante, maravillosa... y parecía imposible que nunca fuese a volver. Había entregado su vida inmortal para que ganáramos una hora de tiempo.

Imposible evitar las lágrimas. Al final, Carter tuvo que apartarme de la silla. No recuerdo el trayecto hasta casa, pero sí que me sentí como si cayésemos en vez de ascender, como si el mundo mortal se hubiera vuelto un lugar más tenebroso y triste que cualquiera de la Duat.

Esa tarde me quedé sola, sentada en mi cama con las ventanas abiertas. La primera noche primaveral había llegado sorprendentemente cálida y agradable. En la orilla del río titilaban miles de lucecitas. La panadería del barrio llenaba el aire con el aroma de la masa horneándose. Yo escuchaba mi lista de canciones para los momentos tristes y me maravillaba de que solo hubieran pasado unos días desde mi cumpleaños.

El mundo había cambiado. El dios solar había regresado. Apofis era libre y, aunque estaba desterrado a algún sector profundo del abismo, no tardaría en volver. Se acercaba la guerra. Teníamos mucho trabajo por delante. Y, sin embargo, yo seguía sentada, escuchando las mismas canciones que antes, mirando mi póster de Anubis y dando vueltas y vueltas en la cabeza a un tema tan trivial e irritante como... sí, lo habéis adivinado. Los chicos.

Llamaron a la puerta.

—Pasa —dije sin mucho entusiasmo. Sería Carter. A veces charlábamos un rato antes de acostarnos, para ponernos al día.

Pero era Walt, y de pronto fui muy consciente de que llevaba puesta una camiseta vieja y los pantalones del pijama. Seguro que tenía el pelo tan desastrado como Nejbet. Daba igual que Carter me viese así, pero ¿Walt? ¡Mal!

—¿Qué haces tú aquí? —dije, en un tono un poco más agudo y fuerte de lo que pretendía.

Parpadeó, claramente sorprendido por mi poca hospitalidad.

—Perdona, ya me voy.

—¡No! O sea... no pasa nada. Es que me has sorprendido. Y que... ya sabes, tenemos reglas sobre que los chicos entren en los cuartos de las chicas sin, hummm, supervisión.

Ya sé que me salió una frase de muermo total, casi digna de Carter. Pero es que estaba nerviosa.

Walt se cruzó de brazos. Eran brazos bonitos. Llevaba una sudadera de baloncesto y pantalones cortos de deporte, con su habitual colección de amuletos al cuello. Tenía un aspecto tan sano y atlético que costaba creer que se estuviese muriendo por culpa de una maldición antigua.

—Bueno, tú eres instructora —dijo—. ¿No puedes supervisarme?

Seguro que me puse roja como un tomate.

—Vale. Supongo que si dejas la puerta entreabierta... Bueno, ¿qué te trae por aquí? Se apoyó contra la puerta del vestidor. Comprobé con horror que aún estaba abierta, dejando a la vista mi póster de Anubis.

—Con todo lo que está pasando —dijo Walt—, ya tendrás suficientes preocupaciones. No quiero que también te preocupes por mí.

—Demasiado tarde —reconocí.

Asintió, como si estuviera igual de frustrado que yo.

—Ese día del desierto, en Bahariya... ¿pensarías que estoy majara si te digo que fue el mejor de mi vida?

Me entró un cosquilleo en el estómago, pero procuré mantener la calma.

—Bueno, hubo transporte público egipcio, un atraco de bandoleros, camellos que olían mal, momias romanas psicóticas y granjeros poseídos... Sí, fue un día intenso.

—Y tú —me dijo.

—Sí, bueno... Supongo que no desentono mucho en la lista de catástrofes.

—No lo decía por eso.

Me sentí muy, muy mala instructora; estaba nerviosa y confundida, y para colmo albergaba pensamientos muy poco instructoriles. Se me fue la mirada a la puerta del vestidor. Walt se dio cuenta.

—Ah. —Señaló a Anubis—. ¿Quieres que la cierre?

—Sí —respondí—. No. Puede ser. O sea, da igual. Bueno, no es que dé igual, pero...

Walt se rió como si no le molestase nada mi incomodidad.

—Oye, Sadie. Lo que quería decirte es que, pase lo que pase, me alegro de haberte conocido. Me alegro de haber venido a Brooklyn. Jaz está trabajando en un remedio para mí. A lo mejor encuentra algo, pero en cualquier caso... todo está bien.

—¡No todo está bien! —Creo que el arrebató de furia me sorprendió a mí más que a él—. Walt, estás muriéndote por una puñetera maldición. Además... además tuve a Ménshikov en mis manos, dispuesto a explicarme la cura, y... te fallé. Igual que fallé a Bes. Ni siquiera fui capaz de traer de vuelta a Ra como debe ser.

Me odié a mí misma por llorar, pero no era capaz de contenerme. Walt se acercó y se sentó a mi lado. No intentó pasarme el brazo por detrás de los hombros, y menos mal. Ya me tenía bastante confundida.

—No me has fallado —dijo—. No has fallado a nadie. Hiciste lo que era correcto, y para eso siempre hay que sacrificar algo.

—Pero no tú —dije—. No quiero que mueras.

Su sonrisa redujo mi mundo a solo dos personas.

—Puede que el regreso de Ra no me haya curado —dijo—, pero sí me ha dado esperanza. Eres increíble, Sadie. No sé cómo, pero conseguiremos que funcione. No pienso abandonarte.

Qué bien sonaba. Qué excelente. Qué imposible.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

Su mirada cayó en la imagen de Anubis, y luego regresó a mi cara.

—Tú intenta no preocuparte por mí. Hay que concentrarse en derrotar a Apofis.

—¿Se te ocurre alguna forma?

Hizo un gesto en dirección a mi mesita de noche, donde estaba mi vieja y destrozada grabadora de casete, la que me habían regalado mis abuelos hacía siglos.

—Cuéntale a todo el mundo lo que ha pasado de verdad —dijo—. No permitas que Jacobi y los demás difundan mentiras sobre tu familia. Yo vine a Brooklyn porque me llegó tu primer mensaje, con vuestra grabación sobre la Pirámide Roja y el amuleto *dyed*. Pedisteis ayuda y nosotros vinimos a ayudar. Ha llegado el momento de volver a pedirla.

—Pero ¿a cuántos magos llegamos la primera vez? ¿A veinte?

—Oye, que anoche lo hicimos bastante bien. —Walt me sostuvo la mirada. Pensé que a lo mejor me besaba, pero a los dos nos contuvo algo, la sensación de que lo volveríamos todo más incierto, más frágil—. Enviad otra grabación, Sadie. Contad la verdad y punto. Cuando tú hablas... —Se encogió de hombros y se levantó para marcharse—. Bueno, cuesta no hacerte caso.

Pocos momentos después de que se marchase, entró Carter con un libro bajo el

brazo. Me encontró oyendo mi música triste, mirando fijamente la grabadora de la mesita.

—¿Qué hacía Walt saliendo de tu habitación? —preguntó. En su voz había un matiz de hermano protector—. ¿Qué pasa?

—Ah, era solo... —Miré el libro que traía. Era un libro de texto viejo y hecho polvo, y me pregunté si pretendía ponerme deberes de algún tipo. Pero la portada con diseño de rombos y letras metalizadas me sonaba muchísimo—. ¿Qué es eso?

Carter se sentó a mi lado y me ofreció el libro con evidente nerviosismo.

—Es, hummm... No es un collar de oro, ni siquiera un cuchillo mágico. Pero ya te dije que tenía un regalo de cumpleaños para ti. Es... es esto.

Pasé los dedos por las letras multicolores del título. *Repaso de ciencias para el primer año de carrera, duodécima edición*. Luego lo abrí. En el lado interior de la portada había un nombre escrito con letra preciosa: Ruby Kane.

Era el libro de texto universitario de mamá, el mismo que solía leernos cuando nos acostábamos. Era ese mismo ejemplar.

Pestañeeé para evitar las lágrimas.

—¿Cómo lo has...?

—Los *shabtis* de la biblioteca —dijo Carter—. Pueden traer cualquier libro. Ya sé que es... un regalo un poco cutre. No he tenido que pagarlo, ni tampoco lo he hecho yo mismo, pero...

—¡Cállate, idiota! —Lo rodeé con los brazos—. Es un regalo de cumpleaños maravilloso. ¡Y tú eres un hermano maravilloso!

[Hala, Carter. Ahí lo tienes, registrado por los siglos de los siglos. Pero que no se te suba a la cabeza: me pillaste en un momento de debilidad.]

Pasamos las páginas, sonriendo al ver los mostachos que Carter había pintado con ceras a Isaac Newton, y los diagramas desfasados del sistema solar. Encontramos una vieja mancha que tenía que ser de mi puré de manzana. De pequeña, me encantaba el puré de manzana. Pasamos los dedos por las notas al margen, escritas con la bonita caligrafía de mamá.

El simple hecho de sostener el libro hizo que me sintiera más cerca de mi madre, y me impresionó lo mucho que había acertado Carter al regalármelo. Aunque conocía su nombre secreto y creía saberlo todo sobre él, ese chico había logrado sorprenderme.

—Bueno, ¿qué decíamos de Walt? —preguntó—. ¿Ocurre algo?

Cerré de mala gana el *Repaso de ciencias*. Y sí, seguramente fue la única vez en toda mi vida que había cerrado un libro de texto de mala gana. Me levanté y dejé el volumen en mi tocador. Entonces cogí la vieja grabadora.

—Ocurre que tenemos trabajo —dije a Carter, lanzándole el micrófono.

Así que ahora ya sabéis lo que ocurrió de verdad el día del equinoccio, cómo murió el anterior lector jefe y cómo Amos ocupó su lugar. Desjardins sacrificó su vida para darnos un poco de tiempo, pero Apofis está cada vez más cerca de salir del abismo. Puede que nos queden semanas, si tenemos suerte. O días, si no.

Amos está intentando establecerse como líder de la Casa de la Vida, pero no le será fácil. Algunos nomos se han declarado en rebeldía. Muchos creen que los Kane hemos tomado el poder por la fuerza.

Vamos a difundir esta grabación para dejar las cosas claras.

Aún no tenemos todas las respuestas. No sabemos cuándo ni dónde atacará Apofis. No tenemos forma de curar a Ra, ni a Bes, ni siquiera a Walt. No sabemos cuál será el

papel que desempeñe Zia, ni si podemos confiar en que los dioses nos apoyen. Y lo peor de todo, yo estoy completamente dividida entre dos chicos increíbles, uno que se muere y otro que es el dios de la muerte. ¿Qué clase de decisión es esa? En serio os lo pregunto.

[Ya, ya, lo siento; me iba por las ramas otra vez.]

El caso es que, estéis donde estéis y sea cual sea vuestro tipo de magia, necesitamos vuestra ayuda. Si no nos unimos y aprendemos bien rápido la senda de los dioses, no tendremos la menor oportunidad.

Espero que Walt tenga razón y de verdad os cueste no hacerme caso, porque el reloj está en marcha. Tendremos una habitación preparada para vosotros en la Casa de Brooklyn.

Nota del autor

Antes de publicar un manuscrito tan alarmante como este, me vi en la obligación de comprobar algunos detalles de la historia que cuentan Sadie y Carter. Ojalá pudiera afirmar que todo es una invención. Por desgracia, parece ser que buena parte de lo que narran está apoyado en hechos reales.

Las reliquias y lugares que mencionan en Estados Unidos, Inglaterra, Rusia y Egipto existen de verdad. El palacio del príncipe Ménshikov en San Petersburgo es real, y la historia de la boda enana es auténtica, aunque no he encontrado mención alguna a que uno de los enanos pudiera ser un dios, ni a que el príncipe tuviera un nieto llamado Vladímir.

Todos los dioses y monstruos egipcios que han encontrado Carter y Sadie aparecen reflejados en documentos de la antigüedad. Han llegado a nuestros días muchos relatos distintos del viaje que cada noche emprende Ra por la Duat y, si bien las historias son muy variadas, la descripción de Carter y Sadie encaja con lo que se conoce de la mitología egipcia.

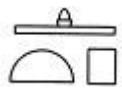
En pocas palabras, creo que podrían estar diciendo la verdad. Su petición de ayuda es genuina. Si cayera alguna otra grabación de audio en mis manos, transmitiría la información, pero, si de verdad Apofis se alza, tal vez no llegue la oportunidad. Por el bien del mundo entero, espero equivocarme.

Glosario

HECHIZOS QUE UTILIZAN CARTER Y SADIE

 **A'max** - «Arder»

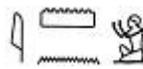
 **Ha-di** - «Destruir»

 **Ha-tep** - «Quedar en paz»

 **Heh-sieh** - «Volver atrás»

Heqat - Sirve para convocar un báculo.

 **Hi-nehm** - «Unir»

 **L'mun** - «Esconder»

 **N'dah** - «Proteger»

 **Sa-per** - «Fallar»

 **W'peh** - «Abrir»

OTRAS PALABRAS EGIPCIAS

Aaru: la ultratumba egipcia, paraíso

Atón: el Sol (el objeto físico, no el dios)

Ba: alma

Barcaza: el barco del faraón

Bau: espíritu maligno

Duat: mundo mágico

Estela: lápida de piedra caliza

Faraón: gobernante del antiguo Egipto

Jeroglífico: sistema de escritura del antiguo Egipto, que hace uso de símbolos o dibujos para denotar objetos, conceptos o sonidos.

Jopesh: espada con filo curvo en forma de garfio

Maat: orden del universo

Menhed: paleta de escriba

Netjeri (azuela): cuchillo hecho de hierro meteórico que se emplea en la ceremonia de apertura de la boca

Ren: nombre, identidad

Sarcófago: ataúd de piedra, a menudo decorado con tallas e inscripciones

Sau: creador de amuletos

Shabti: figura mágica de arcilla

Shen: eterno

Tjesu heru: serpiente de dos cabezas, una en cada extremo del cuerpo, y patas de dragón

Tyt : símbolo de Isis

Was : poder

Zoco: mercadillo al aire libre

Dioses y diosas egipcios mencionados

en *El Trono de Fuego*

Anubis: dios de la muerte y los funerales

Apofis: dios del caos

Babi: dios babuino

Bast: diosa gata

Bes: dios de los enanos

Geb: dios de la Tierra

Heket: diosa rana

Horus: dios de la guerra, hijo de Isis y Osiris

Isis: diosa de la magia, esposa de su hermano Osiris y madre de Horus

Jepri: dios escarabajo, aspecto de Ra en la mañana

Jnum: dios con cabeza de carnero, aspecto de Ra al ocaso en el inframundo

Jonsu: dios de la Luna

Mehit: diosa leona menor, casada con Onuris

Neftis: diosa de los ríos

Nejbet: diosa buitre

Nut: diosa del cielo

Osiris: dios del inframundo, marido de su hermana Isis y padre de Horus

Ptah: dios de los artesanos

Ra: dios solar, dios del orden, también conocido como Amón-Ra

Sejmet: diosa leona de la destrucción, las plagas y la hambruna

Set: dios de la maldad

Shu: dios del aire

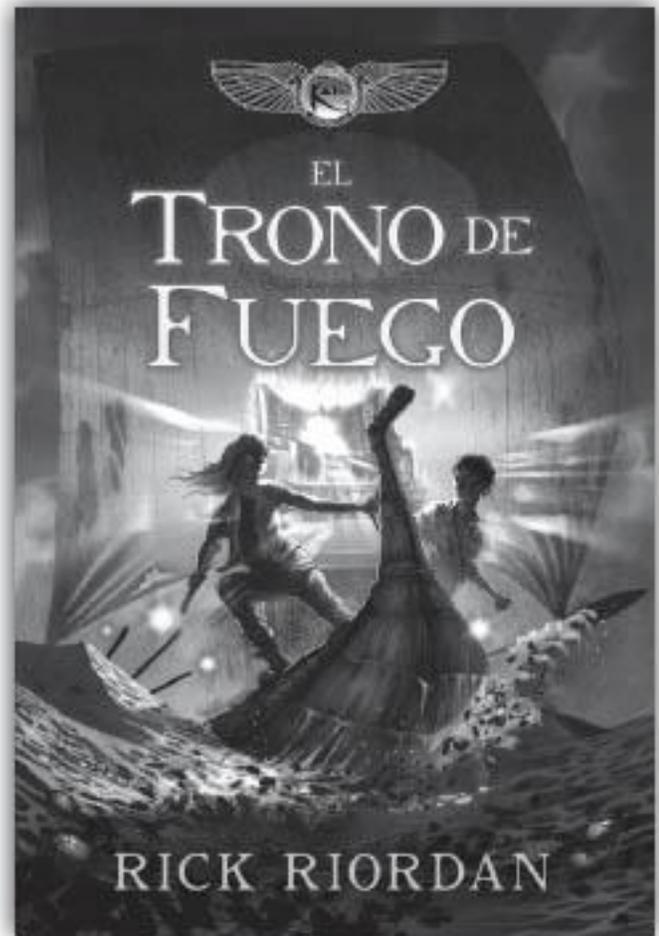
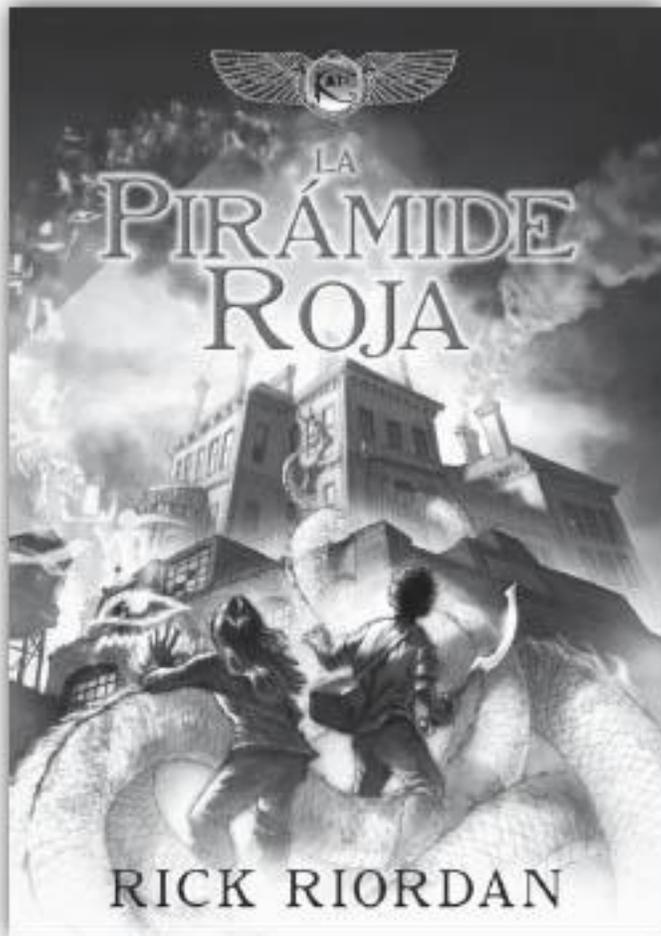
Sobek: dios cocodrilo

Tauret: diosa hipopótamo

Tot : dios del conocimiento



JUGÓ CON FUEGO Y DESATÓ LA IRA DE LOS DIOS



CONTINUARÁ EN...

LA

SOMBRA DE
LA SERPIENTE

montena

Rick Riordan es, sin duda, uno de los autores más respetados de la literatura juvenil. Profesor de instituto de profesión, el fulgurante éxito de la serie Percy Jackson y los Dioses del Olimpo hizo que tuviera que decantarse por la escritura.

La Pirámide Roja es el primer volumen de Las Crónicas de los Kane y, ya nada más salir, se colocaba en el primer puesto de la lista de los libros más vendidos del *New York Times*. Además, Disney ha comprado los derechos cinematográficos de la serie y ha sido reconocido como el autor del año en los premios Children's Choice Book.

Publicado por acuerdo con Nancy Gallt Literary Agency y Sandra Bruna Agencia Literaria

Título original: *The Kane Chronicles 2. The Throne of Fire*

Edición en formato digital: mayo de 2012

© 2011, Rick Riordan

© 2012, Random House Mondadori, S. A.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2012, Manuel Viciano Delibano, por la traducción

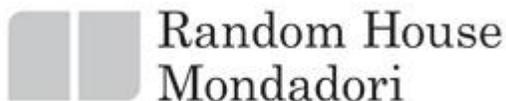
Ilustración de los jeroglíficos de Michelle Gengaro-Kokmen
Ilustración de la portada: © 2012, John Rocco
Adaptación del diseño de Joann Hill / Random House Mondadori, S. A.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, así como el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-15580-03-4

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

www.megustaleer.com



Consulte nuestro catálogo en: www.megustaleer.com

Random House Mondadori, S.A., uno de los principales líderes en edición y distribución en lengua española, es resultado de una *joint venture* entre Random House, división editorial de Bertelsmann AG, la mayor empresa internacional de comunicación, comercio electrónico y contenidos interactivos, y Mondadori, editorial líder en libros y revistas en Italia.

Forman parte de Random House Mondadori los sellos Beascoa, Debate, Debolsillo, Collins, Caballo de Troya, Electa, Grijalbo, Grijalbo Ilustrados, Lumen, Mondadori, Montena, Plaza & Janés, Rosa dels Vents, Sudamericana y Conecta.

Sede principal:

Travessera de Gràcia, 47-49

08021 BARCELONA

España

Tel.: +34 93 366 03 00

Fax: +34 93 200 22 19

Sede Madrid:

Agustín de Betancourt, 19

28003 MADRID

España

Tel.: +34 91 535 81 90

Fax: +34 91 535 89 39

Random House Mondadori también tiene presencia en el Cono Sur (Argentina, Chile y Uruguay) y América Central (México, Venezuela y Colombia). Consulte las direcciones y datos de contacto de nuestras oficinas en www.randomhousemondadori.com.



Collins

conecta

DEBATE

DEBOLSILLO

Electa

Grijalbo

Lumen



Montena

PLAZA JANÉS

ROSADÉLSVENTS Editorial Sudamericana



